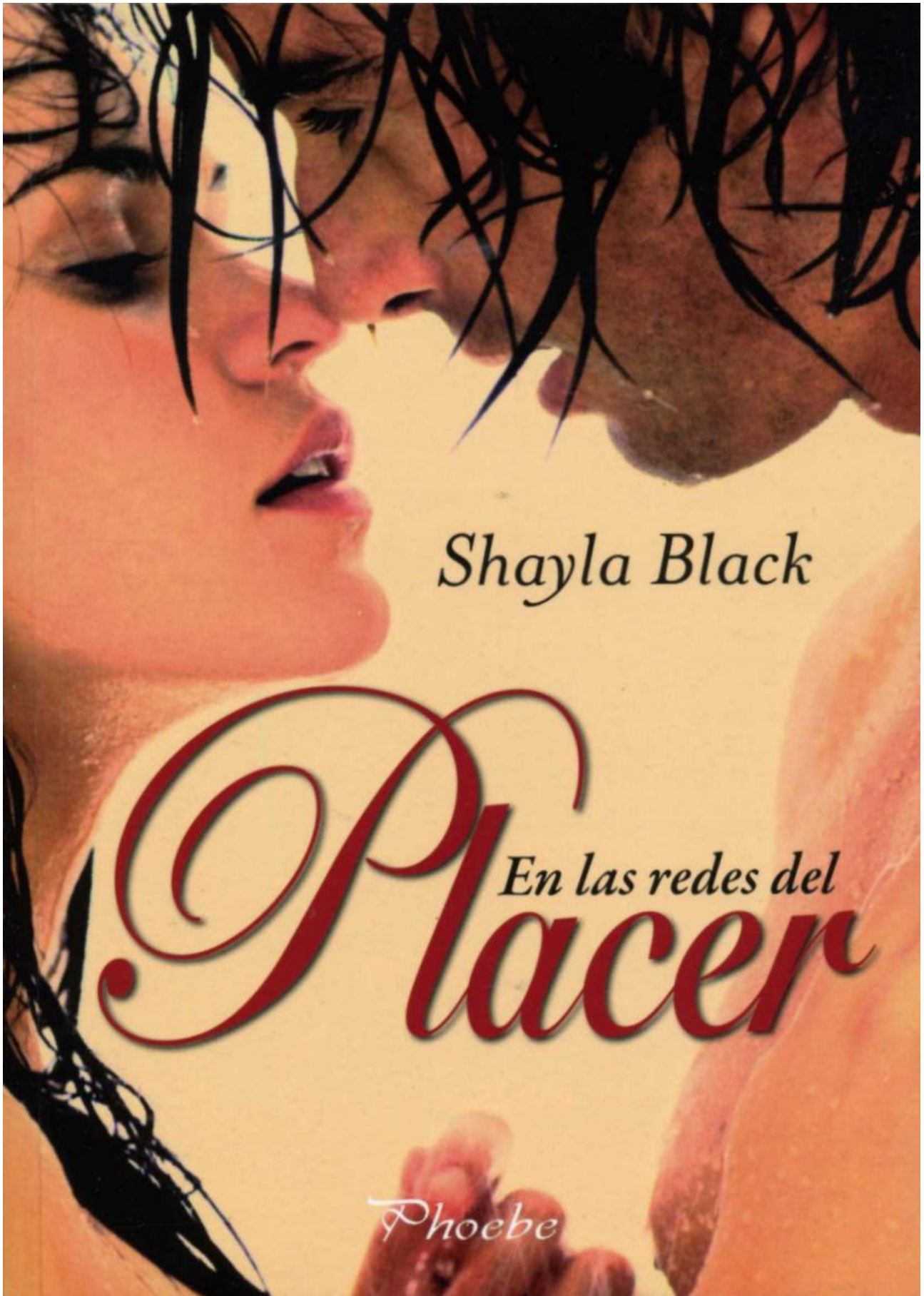


SHAYLA BLACK
En las Redes del Placer
4° de la Serie Amantes Perversos





SHAYLA BLACK

En las Redes del Placer

4° de la Serie Amantes Perversos

Surrender to Me (2011)

ARGUMENTO:

Una fantasía secreta...

Hunter Edgington tenía todo lo que deseaba hasta que una bala le hizo replantearse su trayectoria como SEAL. Inquieto e inseguro sobre su futuro, acepta una intrigante proposición: realizar con su amigo **Ben** y la novia de éste, **Katalina Muñoz**, la más secreta fantasía de la joven: un trío. Lo que iba a ser una aventura sexual sin importancia cambia de cariz al conocerla. Audaz y sexy, Kata es, además, vulnerable y distante. Decidido a que sea suya para siempre, sabe que para conseguirlo necesitará mucho más que una noche y que el tiempo corre en su contra.

Una obsesión incontrolable...

Kata jamás deseó renunciar a la cómoda relación que mantenía con Ben y comenzar algo peligroso y prohibido con un desconocido. Sin embargo, a pesar de resistirse a él con todas sus fuerzas, se rinde finalmente al abrumador placer y a Hunter, el hombre capaz de satisfacer todas sus fantasías. Pero mientras se abandonan al poderoso deseo, comienzan a acechar las sombras del pasado. Ahora, para mantenerla a salvo, Hunter le hace una atrevida proposición. Aceptarla le destruirá el corazón, rechazarla podría acabar con su vida.

SOBRE LA AUTORA:



Autora de novelas románticas contemporáneas, eróticas e históricas, **Shayla Black** vive en el sur de Estados Unidos con su marido y sus hijos, intentando compaginar todos los aspectos de su vida como escritora, madre y esposa. En su tiempo libre le gusta ver reality shows, le encanta leer y escuchar todo tipo de música.

Shayla ha ganado o ha quedado finalista en una docena de premios literarios. Su romance erótico *Decadent*, publicado en octubre de 2007, ha sido nominado para el Mejor Romance Erótico del 2007 por Romantic Times.

A Shayla le gusta enfrentarse a nuevos retos, y así lo demuestra con cada libro. Es igualmente hábil al escribir sobre sentimientos que al hacerlo sobre ardientes historias eróticas.



PRÓLOGO

Viernes.

Hunter se frotó las húmedas palmas de las manos en los vaqueros y respiró hondo ante la puerta del cuarto de baño donde Kata acababa de encerrarse. No le sirvió de nada; seguía teniendo los músculos tensos. Ojalá hubiera otra manera... Pero no la había y él lo sabía. No existía otra opción.

Se le aceleró el corazón mientras forzaba la puerta. El aire húmedo y fragante le envolvió. Todo olía a ella, a lirios frescos y vainilla; todo dulzura. Era demasiado excitante. Como siempre, se puso duro al instante.

Dios, ¡cómo amaba a esa mujer!

Al verle, Kata contuvo la respiración y estiró el brazo para coger la toalla. El llegó antes, encantado de que ella sólo llevara puesto un tanga de encaje azul claro. Suave piel dorada y exuberantes pechos con enhiestos pezones rosados que le tentaban como nada en el mundo. Los empapados mechones oscuros le caían por la espalda, enmarcando la cara recién lavada. Apenas podía esperar para volver a estar dentro de ella, para abrazarla. El día anterior ella no había estado preparada y él no la había presionado, no había disfrutado de la íntima y sedosa intimidad de su sexo.

Pero esta noche, las espadas estaban en alto.

Al darse cuenta de que él no iba a darle la toalla y de que se interponía en el camino hacia su ropa, Kata le miró orgullosa, con la barbilla alzada.

—¿Qué quieres ahora? Ya te he dicho cómo me siento y lo que necesito. Si lo que pretendes es impedir que me vaya, no lo conseguirás.

Ah, esa terca vena de Kata que tanto le gustaba. En condiciones normales discutiría con ella hasta que ambos se cansaran, o hasta que decidiera seducirla y la hiciera gritar de placer. Pero esta situación estaba muy lejos de ser normal. Hasta el amanecer, lo más importante era protegerla. Era lo único indispensable. Hunter sólo conocía una manera de conseguirlo... Concederle lo que tanto deseaba.

Algo que le destrozaría el corazón.

No se hacía ilusiones, jamás volvería a ser el mismo. Iba a sentirse tan jodido, miserable y solo como se había sentido su padre durante los últimos quince años, igual que se sentía Logan ahora. Hunter siempre había jurado que haría lo que fuera cuando encontrara a una mujer que lo significara todo para él.

Y, maldita sea, en unas horas no le quedaría más remedio que dejarla marchar.

Cruzó los brazos sobre el pecho para contener el deseo de abrazarla, de perderse en su tentadora piel... y no detenerse jamás.

—Para empezar, si te vas a casa no sólo te expondrás tú misma al peligro, sino también a tu familia. Puede que tú no sepas quien es el gilipollas que te amenaza, pero él te conoce muy bien. ¿No crees que podría atentar también contra todos a los que amas?



Kata alzó la barbilla con terquedad, pero asintió con la cabeza, aunque no quisiera reconocerlo, sabía que él tenía razón. A pesar de ello, Hunter tenía que poner las cartas sobre la mesa y sabía de sobra que la suya era la mano perdedora.

—Quiero proponerte un trato, cielo. Hoy haré todo lo que sea necesario para neutralizar la amenaza que pesa sobre ti. Mañana serás libre en todos los aspectos. —Apretó los puños—. Incluso firmaré los putos papeles del divorcio.

En cuanto escupió esas palabras, quiso poder borrarlas. Para él, ella lo era todo... Lo había sido desde el momento en que la vio por primera vez. Deseó poder conseguir que lo entendiera pero, a menos que también le amara, que aceptara sus necesidades y las de ella, estaban condenados.

La sorpresa fue evidente en la expresión de Kata, junto con algo de... ¿pena, tal vez? ¿O quizá sólo estaba viendo reflejados sus propios deseos?

Ella suavizó el gesto.

—G-gracias por ser, finalmente, un poco razonable.

¿Razonable? Dentro de cinco segundos no pensaría así.

—Pero sólo lo haré si pasas esta noche conmigo.



CAPÍTULO 01

Sábado, seis días antes.

Lo primero que Hunter Edgington pensó cuando entró en aquella abarrotada suite de un hotel de Las Vegas y vio a la sonriente morena que llevaba una copa de champán en la mano fue que quería tirársela.

Lo siguiente, que era una putada que esa curvilínea mujer perteneciera a Ben, su antiguo compañero de servicio militar.

—¿Ella lo sabe? —preguntó Hunter.

Ben se tomó el último trago de cerveza de la botella, apoyado contra la pared.

—No —gritó por encima de la ensordecedora melodía que inundaba la estancia—. Será una sorpresa. Fui yo quien planeó venir a Las Vegas para celebrar su cumpleaños y cumplir su fantasía. Después de todo lo que ha tenido que pasar últimamente, cuando me lo contó... —soltó un eructo con olor a cerveza y se apartó el pelo oscuro de los ojos vidriosos—, lo organicé todo.

Quizá fuera así, pero Hunter sospechaba que Ben se reservaba algo. Hacía seis años que era SEAL y todavía seguía vivo porque hacía caso a lo que le decía su instinto.

—¿A ti te parece bien?

—Sí. —Ben ya no pronunciaba con claridad—. Maldita sea, es muy vehemente en la cama. Muy apasionada. Es por esa ardiente sangre latina. —Se inclinó y sonrió ampliamente—. Le gusta gemir y arañar.

Las palabras crearon una imagen que hizo que Hunter se pusiera duro como una piedra. Ella estaba en la cama con él, desnuda y sudorosa; aquella voluptuosa boca gemía su nombre mientras le clavaba las uñas rojas en los hombros al tiempo que él le acariciaba los exuberantes pechos con la nariz sin dejar de taladrar implacablemente el hinchido sexo de la joven con su miembro.

Eso era lo que deseaba y haría todo lo necesario para que ocurriera.

La morena estaba enfrascada en una conversación con una mujer hispana un poco mayor que ella y otras dos jóvenes delgaduchas de su edad que llevaban unos tacones de infarto, el pelo teñido de rubio y pechos de silicona. Éstas le hacían bostezar, pero ella...

Como si sintiera su mirada, la hermosa joven levantó la vista. Sus ojos se encontraron. ¡Oh, sí! Exudaba sexo por cada uno de sus poros.

La atracción le hizo sentir una punzada en el vientre y le aceleró la sangre en las venas. Maldición, era preciosa. Enredar los dedos en ese pelo oscuro y sedoso mientras reclamaba su cuerpo y su boca —con ella esposada impotente a la cama— haría que valiera la pena cualquier cosa que hubiera tenido que hacer para conseguirlo. Incluso a más de diez metros, generaban tanta química sexual que él tenía los testículos a punto de reventar. Pero era mucho más que pura química. Hunter tenía ya treinta y dos años y conocía la diferencia. No sólo la deseaba, quería conocerla, descifrarla, poseerla.

¿Por qué?

Ella miró brevemente a sus acompañantes y luego a él. Sus pupilas eran color avellana, matizadas con un tono verde musgo y rodeadas por un halo negro. Poseía un cutis perfecto y dorado. Otro estremecimiento lo atravesó. La amplia sonrisa de la joven se desvaneció un poco.



Ella le sostuvo la mirada y respiró hondo. Le latía el pulso en el cuello. Se humedeció los exuberantes labios con la punta rosada de la lengua.

La jadeante expresión de la joven le decía que ella percibía tan bien como él la atracción que había surgido entre ellos. «¡Fantástico!» Porque la lujuria era tan intensa que se preguntaba si podría llegar a saciar en algún momento aquel repentino deseo por ella; desde luego, no en una noche.

—¿Cómo se llama? —Tenía que saberlo. Necesitaba saberlo.

—Kata. —Ben arrastró las sílabas—. En realidad se llama Katalina, pero lo odia. La llamo así cuando estoy cabreado con ella, pero entonces ella me llama Benjamín y claro...

—Lo he captado. —Hunter no quería conocer los pormenores de la relación entre Ben y Kata. Ya le tenía demasiada envidia—. ¿Hay algo que no quieras que haga?

—No, hombre. Haz lo que ella quiera.

Hunter se preguntó para sus adentros si Ben se daría cuenta de que, al no poner límites, él iba a ser absolutamente letal. De baja tras haber recibido un disparo, Hunter no tenía nada mejor que hacer que recuperarse de su herida en el hombro y seducir a Kata. Pero estaba claro que Ben y él llevaban demasiados años sin hablar sinceramente y su amigo se había olvidado de su lado más cruel.

Sin embargo, ¿por qué no advertir a la competencia? Hunter sospechaba que su amistad podría llegar a romperse a causa de esa chica. Robar la novia a un colega no era su estilo, pero por ella se saltaría cualquier regla.

Clavó los ojos en Kata, que le observaba a través de las largas pestañas negras. Notó que se le erizaban los pezones mientras lo miraba. El se estremeció.

«Para que luego Ben no dijera que no le había advertido...»

—Eres un novio muy generoso. ¿Estás seguro de que quieres compartirla?

Ben se incorporó tambaleándose por la sorpresa.

—Kata no es mi novia, tío, es sólo una amiga con derecho a roce. Sabe que follo con otras.

Una intensa sensación de regocijo atravesó a Hunter. «¿Sólo eran amigos?» Hunter se prometió a sí mismo que Ben no volvería a acostarse con Kata. A partir de ahora, él sería el único que se ocuparía de saciar el deseo de la chica.

—¿Se acuesta con otros tipos?

Ben se acercó a trompicones al pack de cervezas más cercano, cogió otra lata y la abrió.

—No últimamente. Está demasiado ocupada. Aquello se ponía cada vez mejor.

—¿A qué se dedica?

—Es agente de libertad condicional en Lafayette. Trabaja por horas controlando a los deshechos de la sociedad. Últimamente ha recibido amenazas de muerte y sospecha que provienen de uno de los seguidores de los *Gansters Disciples*. Un tipo en libertad condicional, acusado de tráfico de drogas, al que denunció por no presentarse a fichar.

Hunter notó una opresión en las entrañas. Saber que alguien la estaba amenazando le ponía hecho una furia. Había que ser muy cobarde para amenazar a una mujer. Y en ese caso en concreto además, cada una de sus células entrenadas para el combate pidió sangre.

—¿Han arrestado ya a ese gilipollas?

Ben negó con la cabeza.



—Sólo han dictado una orden de arresto. —Esbozó una sonrisa de borracho—. Kata está para comérsela con ese vestido y peinada de esa manera tan remilgada... Hmm...

Oh, Hunter se imaginaba perfectamente cómo sería arrancarle la falda que le ceñía las caderas y aquella blusa de seda tan fina como el papel. Le introduciría los dedos entre los cabellos, de manera que cayeran espesos y ondulados sobre su espalda, y luego se desharía de toda su ropa interior hasta que sólo tuviera puestas las medias, los zapatos de tacón alto y una sonrisa de lujuria.

Pero antes de seguir adelante, tenía que preguntar sobre el motivo que le había llevado hasta Las Vegas.

—¿Por qué me has pedido que me una a vosotros?

Ben pareció realmente sorprendido.

—Porque eres frío como el hielo, inalterable. Cuando echas un polvo, follas y te largas. Eres perfecto para un trío.

Sí, ése había sido su *modus operandi* hasta entonces. Pero ¿ahora? Sospechaba que las cosas habían cambiado bastante en... los últimos cinco minutos. Su instinto le decía que quería mucho más que acostarse con Kata. Aunque, por supuesto, ése era su objetivo más inmediato. Asegurarse de que ella querría mucho más que una sola noche, era el segundo.

—Así que su fantasía es participar en un trío, ¿eh? —Sonrió—. Pues, ¡a jugar!

Al menos hasta que él cambiara las reglas.

—¿Quién es ése? —preguntó Marisol, arqueando una ceja oscura mientras clavaba los ojos en el cuerpo alto y musculoso del extraño que hablaba con Ben.

El desconocido las miraba fijamente.

Katalina Muñoz quería la respuesta a la pregunta de su hermana desde que él entró por la puerta después de que terminara la cena, hacía unos minutos.

Hizo girar el anillo de plata en el dedo con nerviosismo y se obligó a mirar a su hermana.

—¿No sabes quién es? ¿No le has invitado tú?

Marisol negó con la cabeza.

—A la única persona que invité fue a mamá.

Y las dos sabían que su padrastro, Gordon, jamás permitiría que su madre saliera de casa para divertirse. ¿Por qué no se divorciaba de aquel dominante hijo de perra?

—Por la manera en que te mira ese rubio, diría que lo que quiere es conocerte en profundidad —musitó su amiga Chloe—. Dios, ¡qué bueno está! ¡Vaya macizo! Parece tan fuerte que incluso podría patearle el culo a un luchador profesional.

Totalmente de acuerdo con ella, Kata volvió a mirarle.

Los hombres como él —guapos, fuertes y con un aura de peligro que la hacía estremecer— rara vez se fijaban en las chicas como ella: tirando a altas y que usaban una talla grande. Pero él apenas había mirado a ningún otro lado desde que entró en la estancia.

—¿No se enfadará Ben? —preguntó su hermana en tono de preocupación.



¿Cómo podía explicarle a su hermana mayor, casada y muy conservadora, que Ben y ella sólo eran amigos con derecho a roce? Bueno, se lo diría sin rodeos.

—No somos novios, sólo amigos, Mari.

—¡Cómo me gustaría conocer a ese tipo! —suspiró Chloe—. Sin embargo es evidente que eres la única mujer en la que está interesado esta noche. ¡Feliz cumpleaños, chica!

«Amén.»

Tenía casi veinticinco años, estaba soltera y era feliz; ¿por qué no iba a divertirse durante unas horas con un hombre como ése? Bueno, Ben estaba allí, pero si tenía en cuenta a todas las chicas que se trajinaba, seguro que lo entendería. Y tampoco él tendría problemas para encontrar compañía para esa noche.

A menos que Ben hubiera invitado a ese desconocido a su fiesta para... «¡Oh, Dios!»

Incluso la mera posibilidad hizo que se le acelerase el corazón y que su cuerpo pidiera marcha de cintura para abajo.

—¿Así que nadie sabe quién es? Ésa es mi especialidad, lo averiguaré en un santiamén — prometió Hallie, su otra amiga, con una sonrisa ladina—. Vuelvo enseguida.

Kata se terminó el champán y buscó de nuevo la mirada azul del desconocido mientras contenía un escalofrío. Sabía que sólo había una razón para que estuviera allí rezumando pecado por cada poro de su piel.

Como había prometido, Hallie regresó unos minutos después, a punto de explotar de excitación.

—¡Oh, Dios mío! No os lo vais a creer.

Kata notó mariposas en el estómago. ¿Estaría casado? ¿Sería un boy?

—¿Qué?

—Aún no sé por qué está aquí, pero estoy en ello. Al parecer conoce a Ben desde hace siglos, hicieron juntos el servicio militar. Pero el bombón se quedó en la Marina y ahora pertenece a los SEAL. Se llama Hunter, es de Texas y está de baja porque le hirieron hace poco. Por lo que he podido ver, es un auténtico cabronazo.

No le costaba nada creerlo. Parecía gritar a los cuatro vientos «ni se te ocurra joderme». La mirada penetrante y la mandíbula dura parecían todavía más inclementes por la sombra de la barba. Llevaba el pelo rubio cortado al estilo militar; tenía el cuello ancho, y las manos y los antebrazos nervudos. Todo él destilaba poder letal.

Llenaba la camiseta gris con músculos y unos hombros anchos que no poseería un hombre de negocios. Los pectorales y los abdominales eran patentes bajo el algodón, y la tentaban a arrancarle la prenda y deslizar los dedos y la lengua por ese asombroso cuerpo. Las caderas estrechas y los muslos largos estaban cubiertos por unos vaqueros. Y allí entre las piernas... Tragó saliva. Incluso desde el otro lado de la habitación era evidente que estaba duro. Y seguía teniendo los ojos clavados en ella.

—¿De veras? Yo también me siento hoy bastante cabrona. —Le sostuvo la mirada de manera insinuante.

Chloe le dio una copa llena.

—Bébetelo y ve a por él.

Kata se lo bebió casi de golpe. «Allá voy.»



—Gracias, eso haré.

Según se acercaba a él, los ojos azules comenzaron a arder, clavados en ella como un rayo láser. Ben se volvió hacia ella con la vista nublada. ¿Estaba borracho? Maldición, nunca había sabido beber.

Observó que el tal Hunter tenía las manos vacías y cogió una lata de cerveza de la nevera mientras caminaba lentamente sobre los tacones de aguja, acentuando el balanceo de sus caderas sin apartar la mirada de él.

—Esta es la cumpleaños —farfulló Ben.

—Kata, ¿no? —preguntó el macizo.

Incluso su voz la hacía estremecer. Era un poco ronca, un poco áspera, un poco dominante. De cerca parecía más mayor.

Kata se obligó a detener todos aquellos pensamientos impuros al menos el tiempo suficiente para responder.

—Sí. ¿Tú eres Hunter?

El curvó los labios en una sonrisa.

—¿Has sentido la suficiente curiosidad por mí como para averiguar mi nombre?

Por supuesto. Pero si lo que quería él era coquetear, ella estaba demasiado cansada. Si buscaba otra cosa... definitivamente estaría muy dispuesta. Sólo de pensar en todo lo que él podría hacerle, sentía ardientes escalofríos.

—¿De qué hablabais? —preguntó Kata con una sonrisa.

Ben esbozó su típica sonrisa de muchacho americano.

—De que vamos a follarte, Kata. Y de que también te haremos eso que tú quieres.

Notó un intenso calor entre las piernas. No se había equivocado. Llevaba años recreándose en esa fantasía de participar en un trío. Pensar en que su amante y un desconocido que él hubiera elegido la acariciaban y le daban placer con sus pollas, la volvía loca de anhelo. Ben, un buen amigo suyo desde que se había mudado al mismo edificio de apartamentos dos años antes, le había prometido que la ayudaría a cumplir su fantasía. Como le había dicho: «¿para qué sino están los amigos?»

Podría haberse sentido avergonzada ante la ebria brusquedad de Ben, pero al menos por esa noche sería mejor no andarse con rodeos. ¿Para qué mostrar recato? Aunque estaba muy interesada en la opinión de Hunter al respecto. Cuando lo miró de reojo pensó que parecía encantado y, cuando bajo la vista, constató que todavía tenía una erección de campeonato. No, no había ninguna razón para que ella no satisficiera su deseo esa noche.

—Un regalo de cumpleaños estupendo. —Kata le guiñó el ojo y le ofreció a Hunter la cerveza—. He observado que no tomas nada. ¿Quieres esto?

—Gracias, pero estoy bebiendo agua. —Miró la lata de Ben—. La tuya está vacía, bébela tú, anda.

—Gracias. —Ben abrió la lata y se ventiló de golpe la mitad antes de emitir un eructo—. Voy a mear.

—Mientras lo haces —dijo Hunter conteniendo una sonrisa y lanzándole a ella una mirada ardiente y penetrante—, bailaré con la homenajead. Así nos vamos conociendo un poco mejor.



Santo Dios, cada vez que ese hombre abría la boca, notaba mariposas en el estómago. Una estúpida reacción de adolescente que no se correspondía con la madurez de sus pensamientos. Pero Hunter la hacía sentir así.

Antes de que ella pudiera decir una sola palabra, él la rodeó con el brazo y puso la mano en el hueco de su espalda. Aquel pequeño roce le provocó una sacudida y todo su cuerpo entró en combustión como una supernova. Se mordió los labios para contener un gemido mientras él la conducía a una esquina desde la que se podía contemplar una impresionante vista de Las Vegas a la puesta de sol. La gente que les rodeaba se contoneaba al ritmo de la música. Entonces, Hunter se acercó más y ella se vio inundada por su afrodisíaco aroma a almizcle, a madera, a lluvia de verano y a macho. Se apretó contra ella y Kata percibió lo mucho que la deseaba.

Supo que él no tendría ningún problema para ofrecerle todo lo que ella había anhelado... y mucho más.



CAPÍTULO 02

Hunter se acercó todavía más a Kata. Las curvas y depresiones de sus cuerpos encajaron a la perfección y sus músculos se tensaron de deseo. Ella se recostó contra su pecho, con el vientre adherido al suyo y las exuberantes caderas llenándole las manos. Aunque no parecía posible, tenerla tan cerca hacía que se pusiera todavía más duro.

Había algo en esa mujer que estimulaba todos sus sentidos y, ahora que la tenía pegada a su cuerpo, el deseo detonaba en su interior con la fuerza explosiva de un megatón de dinamita. Quería desnudarla, saborear cada centímetro de su piel, inhalar su aroma. Pero no se trataba sólo de que quería tirársela, también quería conocerla y obtener su confianza. Seducirla hasta que ella se sometiera a él por completo.

A lo largo de los años había conocido a un montón de hembras sumisas dispuestas a sucumbir a cada uno de sus dominantes deseos. También había estado con mujeres inteligentes, vibrantes y capaces, con las que conectaba a nivel intelectual. Por desgracia, jamás había podido satisfacer ambos campos con la misma persona, pero sospechaba que finalmente podría conseguirlo con Kata.

Con ella no experimentaba la misma reacción negativa al pensar en el compromiso y tampoco existía el usual desinterés que solía experimentar al cabo de unas horas con cualquier otra mujer.

En el momento en que la había tocado, algo había chirriado en su interior antes de encajar en su lugar. Supo que sería suya.

Hunter respiró hondo. Maldición, nunca se había sentido de esa manera con una mujer. Jamás había imaginado llegar a sentir esa certeza instantánea. Pero igual que aceptaba todos los presentimientos cuando se trataba de una misión, tampoco se cuestionaba ahora su intuición. Lo que tenía que ser, sería.

En el caso de que Kata no sintiera el mismo deseo que él de mantener una relación a largo plazo, lo aceptaría, pero por el momento estaba fascinado. No podía perder el tiempo intentando entender exactamente por qué iba a amarla. Sin duda, tendría que actuar con rapidez para clavarle las garras con la misma intensidad que ella se las había clavado a él. No cabía la posibilidad de que la dejara escapar.

De repente, Hunter no pudo borrar la sonrisa de su cara. A pesar del infierno en que se había convertido su vida en los últimos tiempos, las cosas parecían estar mejorando.

En el otro lado de la suite, Ben salió del cuarto de baño, cogió otra lata de cerveza y los observó con la mirada vidriosa y desconcertada. Sí, supuso que Ben no estaba acostumbrado a verle bailar o charlar con las chicas que se llevaba a la cama. Por lo general, Hunter no perdía el tiempo en tales prolegómenos porque las mujeres con las que solía estar ya conocían las reglas, así que se limitaba a desnudarse y se ponía manos a la obra. Se preguntó vagamente si a Ben le molestaría que con Kata fuera diferente. Aunque tampoco era algo que le preocupara lo suficiente como para cambiar de actitud.

Un tipo golpeó a Ben en la espalda, distrayéndole. Hunter se relajó. Ahora, la atención de Kata era toda suya.

—Me han dicho que eres SEAL —murmuró ella con voz ronca y sensual—. Y que te han herido hace poco tiempo.



Hunter hizo una mueca al recordar la bala que tres semanas antes le había atravesado casi en el mismo lugar en el que había sufrido una herida similar sólo unos meses antes. Aquello le irritaba... Casi parecía como si Víctor Sotillo y sus secuaces, esos jodidos traficantes de armas venezolanos, hubieran sabido de su anterior lesión y hubieran apuntado justo allí.

—Sí. Sin embargo, aunque a mí me alcanzaron en el hombro, mi bala se incrustó en el pecho del que me disparó, así que creo que salí ganando.

Kata se quedó boquiabierta.

—¿Le...?

—¿Si le maté? —Hunter asintió con la cabeza—. Cuando dimos con él, sus amigos le estaban practicando una reanimación cardiorrespiratoria, pero no consiguieron nada. Una suerte.

—¿Era un mal tipo?

—El peor. Era un cabrón de lo más sádico, no le importaba a quién tuviera que matar. —«Ni destruir la paz del mundo.»

—Vaya. ¿Se trataba de una misión? ¿Dónde estabas?

Hunter se encogió de hombros, ignorando la punzada de dolor en la zona de la herida.

—No puedo decírtelo. Es información clasificada. Pero terminamos con éxito la misión. Ese bastardo estaba jugando al escondite con nosotros. Menos mal que soy muy persistente... y paciente.

Kata tragó saliva y él se preguntó si ella estaría tomando nota de esos comportamientos que también le aplicaría a ella según lo necesitara. Si no era así, lo aprendería muy pronto.

—¿Cuánto tiempo estarás en los Estados Unidos?

—Una semana más. Aunque tú podrías conseguir que me quedara más tiempo.

No hubo ni una pizca de timidez en la sexy sonrisa de Kata. Lo miró fijamente bajo las espesas pestañas mientras se mordisqueaba el exuberante labio inferior. Él se imaginó cómo sería verla succionando su polla con esos mismos labios.

—No sé... Si decides quedarte, ¿qué te hace pensar que yo estaría dispuesta a pasar más tiempo contigo?

—Cariño, si no lo estuvieras, significaría que lo estoy haciendo muy mal y entonces harías bien dándome una patada en el culo.

—Humm... —Kata se estremeció y le deslizó las manos por los brazos hasta entrelazar los dedos en su nuca—. Así que sabes cómo complacer. Eso me gusta.

—Me encantaría complacerte. —Hunter se inclinó para susurrarle al oído mientras le acariciaba el cuello con la nariz—. Si te gusta la idea, nos lo pasaremos realmente bien.

Hunter notó que a ella se le endurecían los pezones. Apostaría todo el dinero que tenía en el banco a que estaba empapada. Preparada. Pero esperaría. El deseo le oprimió los testículos y tuvo que contener la impaciencia. Para conseguir lo que quería eran necesarios tiempo y confianza. Además, el resultado sería demasiado delicioso para apresurarse.

Intentó distraerse hablando.

—Me ha dicho Ben que eres agente de libertad condicional.

—Sí, desde hace dos años. Me gusta trabajar con gente que ha dado un paso en falso pero quiere realmente enderezar su vida. Algunos sólo tomaron el camino equivocado, otros se



juntaron con quién no debían o les faltó confianza en sí mismos. Es genial ver cómo consiguen superarlo.

A Hunter le gustó ella todavía más.

—Estoy seguro de que eres muy buena en tu trabajo. Pareces muy sensata, pero apuesto que además, lo haces con mucha mano izquierda.

—Guau, complaciente y encantador. Ésta es mi noche de suerte. —La risa coqueta de la joven le hizo comenzar a arder.

Hunter tuvo que morderse el interior de la mejilla para no besarla allí mismo. Los labios femeninos, rojos y jugosos, estaban a sólo unos centímetros de los de él. La vio hacer un mohín. Dios, quería esa boca bajo la suya, rodeándole la polla, abierta en un grito cuando ella alcanzara el orgasmo.

—Me ha dicho Ben que has tenido algunos problemas últimamente.

Kata frunció la nariz.

—Cortez Villarreal es un auténtico problema. Se piensa que me intimidará y que me doblegaré a sus amenazas porque soy una mujer. Está muy equivocado. He aprendido a valerme por mí misma y no podrá impedir que realice mi trabajo sólo porque me lance unas sucias amenazas. —Resopló—. Es un capullo.

—¿Te ha amenazado personalmente? —Hunter tuvo que contener un gruñido.

—Todavía no, sólo se ha saltado la condicional una semana. Cuando la policía y los cazarrecompensas le comiencen a acechar, enviará a alguno de sus secuaces a hacer el trabajo sucio. Me espero cualquier cosa, así que estaré preparada para hacer el equipaje.

Aunque a Hunter ya no le gustaba la idea de que Kata tuviera que protegerse, el hecho de que ella fuera consciente y de que no tuviera miedo, le irritaba todavía más. No había esperado esa dura actitud en una mujer tan suave y curvilínea, pero hacía que tuviera todavía más ganas de tener algo con ella. Y le confirmaba la sospecha de que había mucho más debajo de aquella cara bonita.

—¿Sabes disparar? —Le pasó la mano por la cadera, disfrutando de la sensación de acariciar sus curvas.

Kata se rozó contra él, cada vez más cerca.

—Mi hermano mayor me enseñó. Era policía en Nueva Orleans antes del Katrina. Ahora vive en Houston y trabaja de detective. Hace más de un año que no le veíamos, pero la última vez que vino a casa me enseñó a disparar.

—¿Sabes defensa personal?

Ella hizo una mueca.

—Necesito mejorar. Hasta ahora he confiado en que un buen rodillazo y conocer algunas llaves llegan para detener a un hombre.

—Recuérdame que no te cabree nunca. —Le acarició el trasero con la palma de la mano, tanteándolo, sopesándolo.

Era exuberante y perfecto. Tomarla desde atrás iba a resultar una imagen muy placentera. Follarla allí todavía sería mejor.

—¿Por qué harías eso?



Kata frotó sus caderas contra las de él. Hunter notó que su miembro palpitaba y que le bajaba un escalofrío por la espalda. La mirada de la joven contenía un reto sexual. Y que le mataran si no quería responder a él tan pronto como fuera posible. Dios, quería devorarla. El deseo le clavó unas garras implacables con más intensidad que nunca. Pero esperar era importante porque ella también lo era, y mucho.

—Bueno, sospecho que tú eres un poco terca y yo no soy siempre dócil.

—Pero si te diera un rodillazo en este impresionante equipo... —le pasó las uñas por la espalda y a él se le puso la piel de gallina—, ¿no estaría tirando piedras contra mi propio tejado?

Hunter sonrió ampliamente.

—Me gusta cómo piensas.

—Cuéntame más sobre ti.

Hunter no estaba centrado en la conversación. De hecho, estaba realizando un enorme esfuerzo para concentrarse. Conseguir conocerla también era importante. Kata no era una mujer cualquiera para él y quería que lo supiera desde el principio. Estaba totalmente empalmado ahora mismo, pero a pesar de ello, quería hablar con ella. Valorarla.

—Mi padre, a quien llamamos cariñosamente Coronel, está retirado del Ejército y se mosqueó cuando mi hermano y yo nos alistamos en la Marina y nos convertimos en SEALs. Además tengo una hermana pequeña que vive con su marido en Lafayette. Están esperando su primer hijo. ¿Qué me dices de ti?

—¿En Lafayette? Ahí es donde vivo yo. Mi madre y mi padrastro todavía están en la casa donde crecí. Mi hermana mayor, que es la que no nos quita la vista de encima, se llama Marisol y vive con su marido y sus hijos a poca distancia de ellos. Ya te he hablado de mi hermano. Yo soy la pequeña. —Ladeó la cabeza y, además de lujuria, una innegable inteligencia brilló en aquellos ojos color avellana—. ¿Y tu madre?

Ese era el único tema del que no hablaba. Con nadie. Con esa pregunta Kata había intentado ser educada, así que no se sintió obligado a responder.

Se contoneó contra ella mientras llevaba la mano a su nuca y le rozaba la mejilla con los labios camino de la oreja.

—¿De qué quieres hablar en realidad?

Kata suspiró, le deslizó la mano debajo de la camiseta y le arañó suavemente la parte inferior de la espalda, excitándole tanto que pareció que en su interior estallaban los fuegos artificiales del cuatro de julio. La necesidad de tocarla, de acariciarla y complacerla lo atravesó.

Él le deslizó la boca abierta por el cuello, casi como si estuviera lamiéndolo, casi como si estuviera besándola allí, pero sin llegar a hacerlo. Ella contuvo la respiración y ladeó la cabeza, ofreciéndole la garganta. Una señal de rendición que hizo que su erección palpitara y se humedeciera.

Con un gruñido, él apretó la polla contra su sexo. Ella presionó su cuerpo en respuesta mientras separaba los labios en un gemido.

—¿Quieres que hablemos de cómo voy a follarte, Kata?

—¿Tú y Ben?

Hunter vaciló.

—No puedo hablar por él. Pero sí sé lo que yo voy a hacerte.



Ella volvió a mirarle a los ojos, ahora con más audacia.

—Me encanta que tengas planes. Pero deberías preguntarme cuáles son los míos.

Kata se adueñó de su boca con atrevimiento y le besó de manera increíblemente suave pero exigente e intensa. Luego se apartó de forma juguetona, dejándole conocer un indicio de su sabor, nuevo e intoxicante, imposible de ignorar. Al momento, Hunter notó que una llamarada se propagaba por su cuerpo y la apretó contra sí con más fuerza.

Ella interrumpió el beso con una risa ronca que le hizo estremecer.

—Kata... —le advirtió.

La joven volvió a esbozar una sonrisa descarada. Sabía que le estaba provocando, que le tenía pillado por las pelotas y no pensaba dejar de presionarle. A él le gustaba aquella faceta juguetona que mostraba, así que le permitió continuar... por ahora.

Kata se puso de puntillas y se acercó todavía más, rozándole los labios de nuevo. Se aferró a sus brazos mientras profundizaba el beso, moviendo la lengua con la suavidad y rapidez de una elusiva mariposa. Sabía a cerezas, un poco a tequila y a puro pecado. Le ponía a cien.

Cuando ella escapó, Hunter miró a su alrededor. La hermana de Kata tenía el ceño fruncido, pero sus amigas sonreían de oreja a oreja. Ben seguía hablando con un colega mientras bebía otra cerveza y les miraba de vez en cuando con inquietud. Hunter siguió bailando y se acercó todavía más al ventanal que tenía aquellas impresionantes vistas nocturnas sobre el Strip de Las Vegas Boulevard South.

Hunter ignoró todo lo que les rodeaba e introdujo los dedos en el sedoso cabello oscuro que caía sobre la espalda de Kata. Tiró con tuerza hasta que ella arqueó la garganta.

—Estás jugando con fuego.

Una sonrisa petulante y sexy curvó sus labios en un gesto absolutamente impúdico. —Puedo manejarlo.

—Deberías averiguar qué juegos me gustan antes de mostrarte tan confiada.

—Cuéntamelos.

El miró fijamente sus dilatadas pupilas y notó el pulso que le latía en el cuello. Sonrió.

—Prefiero enseñártelos.

Hunter asumió el mando y la besó con intensidad. Traspasó los labios de Kata, aquella boca con sabor a tequila y cerezas, y enredó su lengua con la de ella en un baile sensual. Le exigió mucho. Tomó lo que quiso. Se dejó guiar por las pistas que ella le daba, los gemidos y los escalofríos, que le decían todo lo que Kata deseaba. Y luego se lo ofreció.

Todavía devorándole la boca, Hunter le agarró las muñecas y se las sujetó juntas con una mano inquebrantable en el hueco de la espalda. Pegó los muslos a los de ella y se frotó contra su cuerpo... Pecho, vientre, cadera... La apretó contra la pared para inmovilizarla.

Ella contuvo la respiración y él se tragó el suspiro con otro beso. «Maldición, sí.»

Su cuerpo se estremecía por la necesidad de desnudarla, de follarla, de poseerla por completo. Mientras su mente se veía inundada por unas imágenes crudamente eróticas y se dejaba embriagar por su sabor, ella liberó una mano y la deslizó entre sus cuerpos, cerrando los dedos en torno a su miembro. Cuando se lo apretó, el deseo atravesó a Hunter. Rechinó los dientes y contuvo un siseo mientras volvía a capturar la mano de Kata y se la llevaba de nuevo a la espalda.



Kata estaba acostumbrada a asumir el mando. No cedería el control con facilidad, pero Hunter estaba decidido a ser paciente. Le gustaban los retos. Y no pensaba rendirse hasta que ella claudicara por completo.

Después de soplar las velas, Kata se abandonó a la celebración. La tarde se convirtió en noche mientras ella charlaba, bailaba y ardía al saber el placer que le esperaba.

Dos horas después, el pastel estaba terminándose y la mayor parte de los invitados habían vuelto a sus habitaciones o habían bajado a jugar al casino. Kata se bebió el cuarto margarita de la noche y se sintió un poco más eufórica. Una chica no cumplía todos los días veinticinco años, así que no pasaba nada por estar un poco achispada.

Percibía a Hunter a su espalda, muy cerca de ella, con la mano sobre su cadera. El calor de su cuerpo atravesó el suéter y la minifalda negra cuando le apretó la erección contra el trasero. Todo él hablaba de posesión, y estaba segura de que no la dejaría marchar hasta que quedara satisfecho y la hubiera poseído de todas las maneras en que un hombre podía poseer a una mujer. Con la ayuda de Ben, por supuesto.

Desde que habían bailado, Kata encontró difícil centrar la atención en algo que no fuera desnudar el duro cuerpo de Hunter y averiguar lo bien que podía hacerla sentir. Lo que no entendía era por qué demonios había animado a Ben a beber como un cosaco.

Y respecto a eso, ¿en qué estaba pensando Ben? Ese rollo que se traía de chico universitario la aburría. Jamás le había visto beber tanta cerveza. ¿Por qué esa noche?

—¡Más, más, más! —coreó la pequeña multitud compuesta por Tim, el oponente de Ben, su novia y su hermano. Hunter guardó silencio.

Tras cuatro minutos de reto, ambos adversarios abrieron una nueva lata de cerveza —la cuarta de Tim y la quinta de Ben—, que ambos apuraron con fruición.

Dos minutos después, Ben eructó y sostuvo en alto la sexta cerveza vacía.

—¡Lo conseguí!

Dadas las copiosas cantidades de cerveza y vodka que había estado ingiriendo durante las últimas horas, Ben estaba borracho como una cuba. Sus palabras eran gangosas y movía con dificultad las extremidades. Kata suspiró y se dirigió a hacer café. Si quería que la ayudara a cumplir su fantasía, tenía que conseguir que recuperara un poco de sobriedad.

Su oponente, Tim, dejó la lata por la mitad.

—Joder, soy demasiado viejo para beber más que tú. —Suspiró, luego se volvió hacia su novia con el ceño fruncido—. Vámonos.

Después de que Tim cogiera a su novia del brazo y se dirigiera a la puerta, Trey, su hermano, se acercó a abrazar a Kata.

—Feliz cumpleaños, Kata. Espero que sea una gran noche.

Ella sonrió al policía de treinta y tantos años.

—Gracias por venir a Las Vegas para celebrarlo conmigo.

—¿Cómo iba a perderme este estupendo fin de semana? —Se volvió y miró a Hunter de arriba abajo—. ¿Ya sabes qué vas a hacer el resto de la noche o quieres que me quede contigo?

Lo que traducido quería decir «¿estás bien con este extraño?»



Nadie sabía nada de Hunter excepto Ben, que le había asegurado que era un gran tipo con un montón de medallas. Pero incluso si aquel hombre tan sexy no hubiera sido SEAL, Kata hubiera sabido que era buena gente a pesar de que cuando le dio el beso, hacía unas horas, le había demostrado que tenía un lado duro e inflexible.

Kata sonrió.

—Estoy bien. Ve a disfrutar del resto de la noche.

Trey encogió los hombros.

—Tengo una ficha de cien dólares del Caesar's en el bolsillo.

Ella se rió y les hizo señas a los tres para que se fueran. Luego se acercó lentamente a la pequeña cocina de la suite. Hallie y Chloe se habían marchado unos minutos antes para intentar ligarse a algún tío bueno con el que pasar la noche. Se reuniría con ellas por la mañana para tomar el vuelo a casa. Marisol había vuelto a su habitación poco después de que Kata hubiera apagado las velas. Madre de dos niños de corta edad, no estaba acostumbrada a pasarse la noche de marcha.

Ben, Hunter y ella estaban al fin solos en la suite. Ahora comenzaría de una vez por todas la auténtica diversión. Después de tomar café.

Puso en marcha la cafetera y cogió las tazas de la vitrina. Se dio la vuelta y se tropezó con Hunter allí mismo. Soltó un gritito.

—Oh... Me has asustado. ¡No te acerques a hurtadillas!

La sombra de una sonrisa jugueteó en los labios masculinos.

—Lo siento. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No. Gracias. ¿Quieres una taza? —dijo señalando la cafetera.

—Por ahora no. ¿Tú quieres una?

—Lo cierto es que no me gusta. —Lanzó una mirada a la salita de la suite y encogió los hombros al mirar a su amigo, que estaba repantigado en un sillón con los ojos entrecerrados—. Pero parece que Ben necesita una con urgencia.

—A mí no me hace falta ningún jodido café —ladró Ben, incorporándose—. Sólo estaba esperando a que se fuera todo el mundo para poder follarte. ¿O ya no quieres jugar, Kata?

Ella quería participar en un trío desde hacía mucho tiempo. Según había oído era algo que quien lo probaba, repetía. Ansiaba saber si le gustaría.

Pero Ben estaba como una cuba. Era cierto que jamás la había dejado insatisfecha fueran cuales fueran las circunstancias. Y él le gustaba, aunque lo consideraba un amigo y no un amante. No podía negar que follaba bien.

¿Y Hunter? Simplemente teniéndolo cerca se estremecía de pies a cabeza. Durante las últimas horas había comenzado a sospechar que él no sólo era intenso, sino que cruzaba los límites normales con contundencia y que quizá fuera demasiado dominante. Eso debería hacerle poner pies en polvorosa. Dado su historial familiar, la idea de tropezarse con un hombre dominante la aterraba. Pero Hunter conseguía que humedeciera las bragas de la excitación.

Si dejaba pasar esa oportunidad porque la situación no era perfecta, ¿volvería a tener la oportunidad de que eso ocurriera? ¿De tropezarse con un hombre como él?

De ella dependía llevar a cabo su mayor fantasía. La tenía al alcance de la mano, sólo tenía que dirigirse al dormitorio.



—Claro que quiero jugar. —Respiró hondo y sostuvo la mirada azul de Hunter—. ¿Y tú?

Cada vez que le miraba se le entrecortaba la respiración. Estaba buenísimo, pero ella no se sentía así con cada tío bueno que conocía. Era él. Parecía una tormenta a punto de estallar. Por fuera era frío y controlado, pero interiormente apenas lograba sujetar las riendas. Y Kata quería hacerle perder el control.

—He venido aquí por ti. Pero yo no juego, querida —dijo Hunter, arrastrando las palabras.

—Entonces... supongo que podemos irnos al dormitorio.

—¡Maldito escalón! —dijo Ben cuando tropezó.

Hunter le sujetó y le ayudó a recuperar el equilibrio para atravesar el vestíbulo de la suite. Se dirigió a la habitación tambaleándose. Logró avanzar dando tumbos de una pared a otra como si se tratara de una bola de billar. Ella le observó mordisqueándose los labios.

Hunter se acercó a ella y le puso la cálida palma de la mano en el hueco de la espalda.

—¿Tienes dudas?

—No. Estoy preocupada por Ben.

Él le apretó el hombro.

—Funcionará. Vamos.

Ella asintió con la cabeza, no debería perder el tiempo pensando en lo que podría ocurrir. Ahora mismo tenía a su disposición a dos macizos para intentar llevar a cabo su fantasía. ¿Por qué preocuparse por otra cosa?

Respiró hondo para aliviar la tensión y se dirigió a paso lento al dormitorio, cada vez más excitada. Y no sólo por la fantasía en sí. Estaba acostumbrada a Ben —solían acostarse juntos un par de veces a la semana, así que sabía qué encontraría exactamente—, pero Hunter...

Lo miró de reojo y contuvo la respiración. Él le dirigió una sonrisa lenta que exudaba sexo. Kata le esperó llena de anticipación. Lo más probable es que la volviera loca con algún tipo de placer que no podía ni imaginar. Apenas contenía la impaciencia por comprobarlo.

—Cuanto más rápido muevas el culo —dijo Hunter en tono ronco—, antes tendrás mi boca en tu coño.

Kata notó un vuelco en el estómago cuando se sostuvieron la mirada. Se quedó sin respiración.

«Oh, Santo Dios. Él hablaba en serio.»

Casi corrió hacia el dormitorio.

Allí, con el brillante cielo nocturno de Las Vegas como telón de fondo, Ben ya se estaba despojando de su ropa. Tenía la camisa desabrochada y se estaba quitando los zapatos apretando la puntera de un pie contra el talón del otro. También había abierto el botón de los vaqueros, pero tenía los ojos entrecerrados.

Después de que ella deslizara las pesadas cortinas del ventanal sur del dormitorio, Hunter hizo lo mismo en la pared este, dejando la estancia sumida en una oscuridad casi absoluta; lo que a ella le parecía estupendo. A pesar de que le gustaban sus curvas, podían no gustarle a su amante y, si era así, prefería no saberlo. Por eso le agradaba estar a oscuras. A Ben nunca le había importado.

Hunter encendió la lámpara de la mesilla de noche y un fulgor blanco iluminó la enorme cama. Kata vaciló, luego atravesó la habitación y la apagó, dejándoles sumidos de nuevo en la penumbra.

—Me sentiré más cómoda así...



Incluso en la oscuridad, sintió el desagrado de Hunter y lo lamentó, pero ¿por qué debería importarle lo que él pensara? Se largaría por la mañana. Y Kata estaba determinada a no buscar más satisfacción que la propia. Un minuto con un tipo machista que mostrara señales de intentar dominarla era la forma más rápida de hacerle poner pies en polvorosa. Hunter no había dicho ni una sola palabra, pero de alguna manera ella supo que él quería verla expuesta a su mirada. Vulnerable. El pensamiento la aterrorizó y la excitó a la vez.

—Kata, necesito ayuda —indicó Ben.

Aliviada de tener algo de qué ocuparse, se acercó a su amigo para ayudarlo a quitarse el otro zapato.

—Estás fatal esta noche.

—Sí, bueno, es que me cegué. Mis amigos me retaron y...

—Y tú no tuviste la suficiente sensatez para pasar de ellos a pesar de que sabías que sería lo mejor. La verdad, Ben...

—Soy un auténtico asno. —Se quitó la camisa y le brindó una sonrisa ladeada.

Kata no pudo evitar sonreír. Incluso borracho era sencillo y gracioso. Y fiable. Era imposible odiarle aun cuando estaba tan hecho polvo como esa noche.

—Lo eres. Será mejor que no me arruines el cumpleaños.

—¡Eh! ¿No te he traído a alguien? —Hizo un gesto vago en dirección a Hunter mientras se bajaba los vaqueros hasta los tobillos—. Él ya tiene experiencia en esto. Las chicas que trabajaban cerca de la base donde hicimos el servicio, disfrutaban muchísimo con él. Te he traído al mejor. ¡Feliz cumpleaños!

«¿Hunter ya había participado antes en un trío?» Le buscó con la mirada. Por lo poco que pudo ver de su expresión, ésta no confirmaba ni negaba lo que había dicho Ben... Pero ella no pensó ni por instante que él hubiera sido un santo.

Lo más seguro es que sí hubiera participado en alguno.

Comprobar que tenía experiencia debería de haber hecho que ella se sintiera mejor. Él sabría qué hacer, evitaría cualquier torpeza y maximizaría el placer. Pero en vez de sentir alivio, notó irritación. Pero, claro, ella no era especial para él, apenas le conocía.

Pero lógico o no, quería ser especial. O tal vez sólo quisiera que aquel acontecimiento fuera especial. Sí, lo más probable es que se tratara de eso.

—¿Quieres hablar sobre esto? —preguntó Hunter, aproximándose a ella. Le apoyó la mano en la cadera y Kata notó un escalofrío por la espalda.

—No. Lo que quiero es disfrutar de un trío, así que todo sigue igual. —Ella encogió los hombros—. Venga, pongámonos a ello.

—¡Ésa es mi chica! —La luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas fue suficiente para ver que Ben apartaba el cubrecama y se quitaba los calzoncillos. Se acercó a la cama dando tumbos y se dejó caer encima del colchón. En rápida sucesión, se puso a acariciarse el pene—. Estoy esperando... ¿por qué no te desnudas para nosotros?

«¿Que se desnudara para ellos?» Incluso aunque la habitación estuviese a oscuras, no se sentiría cómoda haciéndolo. Ben lo sabía. ¿Por qué entonces decía aquello? Porque el señor Budweiser hablaba por él.



Kata abrió la boca para responderle pero antes de que lo hiciera, Hunter se pegó a su espalda y se inclinó hacia ella.

—¿Quieres que te ayude? —le susurró al oído.

Imposible dejar pasar la ocasión. La anticipación hizo que le diera un vuelco el estómago.

—Sí, por favor.

Santo Dios, sonaba tan jadeante y ansiosa como se sentía.

—Será un placer —murmuró él contra su cuello.

La voz vibró en su interior y se estremeció con cada sílaba. Dios, aquel hombre era increíble. Sabía qué decir, qué hacer, cómo actuar para que ella deseara ardientemente su siguiente movimiento. Kata no estaba segura de que le gustara sentirse tan desequilibrada cuando estaba con él. Sexualmente sí, mucho más de lo que le gustaría admitir, pero independiente hasta la médula como era, se negaba a hacer cualquier cosa que la dejara en inferioridad de condiciones.

Kata sonrió y llevó el brazo a la espalda, le cogió la mano y con la otra se subió un poco el suéter rojo. Entonces guió sus dedos hacia su pecho. Incluso a través del sujetador de seda, notó una sensación eléctrica. Sus dedos la abrasaron. Contuvo el aliento y se derritió contra él.

Hunter le acarició el seno, comprobó su peso y le rozó el pezón por encima del encaje. Ella apoyó la cabeza en su hombro mientras se le escapaba un gemido.

—Por lo poco que puedo ver, está muy cachonda. Quítale la ropa, tío —gritó Ben.

—Tranquilo. No tenemos prisa. —Hunter apaciguó la agresiva petición de Ben. Luego volvió a centrarse en ella.

La besó en el hombro y le pasó la otra mano por la cadera. Ella apenas tuvo tiempo de pensar lo mucho que le gustaba la caricia antes de que él deslizara la palma por su cintura y su espalda para sacarle el suéter por la cabeza y lanzárselo a Ben.

Un instante después, su amigo emitió una exclamación de borracho.

—¡Guau! Venga, vamos. Desnúdala. Me duele la polla.

Hunter no dijo ni una palabra. Siguió acariciándola. Primero en los hombros, luego bajó y le quitó el sujetador. Los senos, grandes e hinchados, fueron liberados. Kata notó los pezones tirantes y sensibles. En ese momento, Hunter los abarcó con las manos y los alzó desde atrás, lanzando escalofríos de placer a cada rincón de su cuerpo. El dolor que sentía entre las piernas era un sordo latido desde que habían bailado juntos, pero ahora se estaba convirtiendo en una exigente punzada de deseo que se incrementó cuando Hunter le pellizcó la punta de los pechos.

—Me gustaría verte desnuda. Jadeante. Mojada. Ansiosa. Sólo de pensarlo me excito más de lo que puedas imaginar. ¿Me dejas encender la lámpara para verte?

¿Era una pregunta? No lo parecía. La orden era sutil, pero no dejaba de ser una orden. Por lo general, si escuchaba algún tipo de orden, se plantaba. Pero oír el hambre en la voz de Hunter la excitaba más que cualquier otra cosa.

—Quizá... Si tú también admites que te duele la polla sólo de verme.

—Oh, no te haces una idea. —Le sintió sonreír contra su cuello mientras volvía a pasarle los pulgares sobre los pezones—. Pero no te preocupes, te lo demostraré.

Hunter le cogió la muñeca y la llevó a su espalda, poniéndola sobre su erección. Lo que ella llevaba toda la noche sospechando se vio confirmado al instante. Tenía un miembro de considerable tamaño y estaba muy duro... Sobrepasaba todas sus expectativas. Albergar cada



centímetro sería difícil, pero Kata tenía tantas ganas de tenerlo dentro, que estaba incluso dispuesta a implorar.

Notó una opresión en el vientre. El era bueno. Realmente bueno. ¿Había deseado tanto algo alguna vez? Y eso que Hunter sólo la había besado y acariciado un poco.

Kata gimió.

—Hunter...

—Voy a quitarte la falda —murmuró contra su piel.

Ella casi protestó cuando él le apartó la mano de su miembro, pero entonces comenzó a bajarle la cremallera. El leve sonido del cierre inundó la estancia, acompañado de su jadeo.

—¡Sí! —gritó Ben—. Tiene unas piernas de infarto. Quiero que me envuelva la cabeza con los muslos.

—Paciencia —le regañó Hunter con dureza—. Ni siquiera está desnuda.

—¿Necesitas ayuda para desnudarla? —Ben se incorporó en la cama.

—No, quédate donde estás.

La orden fue taxativa. Aunque no iba dirigida a ella, Kata prestó atención... y provocó en ella una emoción que no entendió.

Hunter le palmeó ligeramente cada pierna y la instó a deshacerse de la falda, luego se la lanzó a Ben, que atrapó la pequeña prenda de piel... Un capricho absurdo por su cumpleaños.

—Oh, qué gusto frotarme la polla con ella.

—¡No se te ocurra mancharme la falda!

—Entonces daros prisa, nena.

—Dime, ¿de qué color son tus bragas? —murmuró Hunter al oído mientras le acariciaba la cadera—. Ya noto que son de encaje, ¿pero de un blanco inocente? ¿Quizá negras como la falda? ¿Rojas, porque eres atrevida y desobediente?

Hunter siguió deslizando los dedos, cada vez más cerca de la unión de sus piernas. A Kata se le debilitaron las rodillas.

«Santo Dios, por favor... que me toque ahí de una vez...»

No lo hizo.

—Estoy esperando... —Hunter pasó ligera y rápidamente los dedos por encima del monte de Venus. Ella notó su calor, pero la levedad de la caricia le mataba.

—También yo. —Kata arqueó las caderas, pero él se evadió, tentándola con aquella intimidad pero sin llegar a dársela.

—Respóndeme.

La orden provocó un escalofrío en ella como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Una sacudida. Un destello de deseo.

—Son rosas.

—Muy bien. —Como recompensa, Hunter deslizó los dedos por debajo del elástico de las braguitas y le rozó el clítoris.

A ella se le detuvo la respiración, literalmente, y su corazón comenzó a latir alocadamente mientras él trazaba un círculo en el vórtice de su sexo. Justo donde ella más lo necesitaba, pero



con demasiada suavidad para lanzarla por el borde. Se le hinchó el clítoris. Ella jadeó cuando el dolor se propagó por su vientre.

—Por favor...

—Apenas puedo esperar a oírte implorar cuando ya no puedas soportar el deseo. —Le rozó de nuevo el clítoris—. Y lo harás. Había algo en el tono de Hunter que le dijo a Kata que él no estaba jugando a dominarla, sino que realmente quería controlarla esa noche. Se mordió los labios ante la certeza. Una alarma comenzó a sonar en su cabeza pero, al mismo tiempo, se derritió contra él. Contuvo el aliento ante aquella sensación tan ardiente como una lluvia caliente. Buscando un ancla en ese mar de deseo, llevó las manos atrás y se aferró a los muslos de Hunter, apretando la espalda contra su torso.

Aquello era una locura. No estaba dispuesta a ofrecerse, ni a ceder el control... Nunca. Kata sabía demasiado bien a dónde la conduciría que un hombre la dominara. Tenía que hacerle saber ahora sus límites. Explicarle que eran iguales o lo dejaba. Pero su roce sobre el duro e inflamado nudo de placer, su incursión entre los húmedos pliegues, era demasiado mágica; lo necesitaba tanto como seguir respirando.

—Estás mojada. Perfecto —ronroneó él.

—Hunter —jadeó ella—. ¡No me gusta...! ¡Oh...! Yo... yo... —Contuvo el aliento—. No me gusta que me dominen.

—Es cierto —pronunció Ben con la voz gangosa.

A Kata le latía el sexo. Estaba a punto de alcanzar el orgasmo y lo único que podía proporcionárselo eran sus dedos. No podía alejarse de él.

Apretó los dientes ante el placer e intentó hablar en tono firme.

—Ningún hombre me domina. Punto.

—Dame tiempo —murmuró contra su oído, haciéndola estremecer otra vez—, y yo lo haré.

«¿Qué demonios...?»

Antes de que pudiera protestar, él la alzó en sus brazos. Kata se rebeló interiormente. ¿Iba a llevar en brazos hasta la cama a una chica de su tamaño? ¡Caramba, no! Hunter podría sentir el efecto de cada caloría de más, de cada onza de chocolate, de todos los días que había faltado al gimnasio...

—¡Déjame en el suelo!

En lugar de hacerle caso, la alzó más hasta que puso sus labios sobre los de ella.

—Confía en mí, Kata. No voy a lastimarte.

—Peso demasiado.

Hunter resopló.

—En absoluto, cielo.

Antes de que ella pudiera discutir, él le cubrió los labios en un beso duro. Kata le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él como si le fuera la vida en ello, esperando caer sobre la alfombra de un momento a otro. Pero él atravesó la estancia como si ella no pesara nada. Al poco rato, Kata notó el colchón y las sábanas algo tiasas del hotel contra la espalda.

—¿Mejor? —murmuró él.

—No. ¡No me has hecho caso!

—No has confiado en mí.



Ben gateó por la cama hasta ellos.

—¡Por fin!

Kata sintió la palma de una mano en el estómago y se sobresaltó. ¿Sería demasiado terrible admitir que casi no quería que Ben estuviera allí? Por lo menos no lo quería en su estado actual. Normalmente era un amante divertido, pero esa noche...

—Déjame saborear esas deliciosas tetas —le pidió a su amigo, llevando la mano a uno de los pechos de Kata y apoyándose en él para acercarse más. Ben le pasó la boca por el hombro, rozándola con los dientes suavemente—. Siempre sabes genial.

Ben le lamió un rastro hasta el pezón, y ella se acomodó en la cama, intentando relajarse. Estaba desnuda y él estaba allí... y ¿dónde estaba Hunter?

Justo en ese momento, sintió que el colchón se hundía a sus pies y que unas cálidas manos le cogían las bragas para deslizárselas por las piernas. Después, él curvó los dedos alrededor de los tobillos y le separó las piernas.

Como cada vez que Hunter se acercaba, notó una presión en el estómago y el corazón desbocado. No se resistió cuando se colocó de rodillas entre sus muslos y sopló sobre los resbaladizos pliegues.

Cuando le rozó el clítoris con el pulgar, contuvo la respiración y se aferró a las sábanas. Ben interpretó su reacción como una señal para succionarle el otro pezón y, antes de que ella pudiera digerir la sensación y el áspero roce de sus dientes, Hunter introdujo dos dedos en el anegado canal y presionó hasta el fondo. Casi al instante, él encontró un lugar mágico y sensible y comenzó a frotarlo. La excitación se incrementó cada vez más. Ella comenzó a empararle los dedos; gritó, separó más las piernas y arqueó las caderas en una súplica silenciosa.

—¿Te gusta esto, Kata? —preguntó Ben, frotando la lengua contra su pezón.

Antes de que ella pudiera responder, Hunter volvió a friccionar de nuevo aquel lugar sin ningún tipo de compasión, y le rozó el clítoris con la lengua de una manera lenta y tierna, como si dispusiera de todo el día.

Kata no podía decir nada, sólo gemir cuando el placer la atravesó y la necesidad provocó un dolor desesperante.

—Supongo que eso es que sí. —La risa retumbó en la estancia mientras Ben dejaba un rastro mojado en su cuello y le daba otro toquecito con la lengua en el pezón.

Ella apenas lo notó. Estaba demasiado ocupada ahogándose en el placer que provocaban los labios de Hunter en aquel pequeño nudo de nervios y en el calor de su boca.

—Joder, ¿dónde están los condones? Maldición, me los he dejado en el baño —murmuró Ben, bajándose de la cama. Tropezó contra la pared y fue tanteando con las manos en dirección al cuarto de baño.

Kata se sintió culpable del profundo alivio que sintió al saber que Hunter y ella estarían solos durante unos momentos, y se dejó llevar por el interminable placer de sus caricias. Él jugó y exploró, arrancándole gemidos y suspiros, llevándola cada vez más alto... Pero sin dejar que alcanzara el orgasmo.

Segundos —¿o quizá fueron minutos?— más tarde, ella escuchó un suave resuello y se puso rígida. ¿Qué era ese ruido? La oscuridad lo envolvía todo. Kata frunció el ceño. ¿Había llegado a encender Ben la luz del cuarto de baño?



Kata tanteó la cama a su lado, pero estaba vacía. ¿Estaría él todavía en el cuarto de baño? ¿Qué era ese ruido? ¿Ronquidos? Escuchó de nuevo el sonido, seguido por una ruda exhalación. ¿Ben se había quedado dormido?

Hunter siguió lamiéndola sin cesar.

—¡Espera! Ben... Para... Ohhh... ¡Oh Dios, qué bueno! —Se aferró a las mantas—. ¡Sí!

En lugar de dejar que llegara al orgasmo que tenía al alcance de la mano, Hunter se retiró y siguió jugando con ella suavemente.

Ben roncó otra vez, y Kata intentó apartarse. Pero Hunter siguió firme en la misma postura, sujetándole los muslos separados con aquellas manos enormes, con los hombros entre sus piernas y la boca sobre su sexo, prometiéndole silenciosamente el éxtasis más absoluto.

Ella intentó apartarle.

—Alto. Te digo que...

—¿Está roncando Ben?

En ese preciso instante, su amigo roncó de nuevo. Esta vez más profundamente, durante más tiempo.

—Sí. Deberíamos despertarle y...

—No le necesitamos esta noche, Kata. ¿Quieres que te lo demuestre?



CAPÍTULO 03

No era necesario que Hunter demostrara nada. Bastaba con que susurrara con esa voz pecaminosa para que ella le deseara mucho más de lo que había deseado nunca a Ben. Siempre había tenido la fantasía de ser compartida por su amante con un desconocido. Y sin embargo allí estaba, jadeando sólo de pensar en el ardiente placer que Hunter prometía. A pesar de las dudas que la asaltaban sobre su inclinación por la dominación, Kata le deseaba. Le deseaba mucho.

—No te detengas —susurró, arqueando las caderas.

El vaciló, luego se estiró para cerrar la puerta del cuarto de baño y bloquear el sonido de los suaves ronquidos de Ben. Cuando se arrodilló de nuevo sobre el colchón, gravitando sobre ella, la miró fijamente en la oscuridad.

—Te follaré yo solo esta noche.

—Lo sé.

—Muchas veces —prometió.

Ella contuvo la respiración. El deseo se reflejaba en la cara masculina cuando le acarició un pecho, cuando le rozó la cintura, antes de acomodarse de nuevo entre sus muslos, muy cerca de su sexo. Entonces se quedó quieto. Ella se ofreció a él, arqueando las caderas, dolorida de deseo.

Parecía que él sabía exactamente cómo volverla loca.

—Dime lo que te gusta. —El ronco murmullo de Hunter le erizó la piel.

—¿Quieres que te cuente lo que me gusta en la cama? —Kata no dudaba de que él fuera capaz de proporcionárselo.

—En la cama y fuera de ella. Quiero que te abras completamente a mí.

—¿Sexualmente?

—En todos los aspectos. —Su mirada era solemne, alarmantemente directa.

A Kata le dio un vuelco el corazón, se mordisqueó el labio y observó con atención los duros y oscuros ángulos de la cara de Hunter.

—¿Qué es lo que quieres exactamente?

—Todo lo que estés dispuesta a darme. —Esbozó una sonrisa torcida—. Y probablemente más.

Aquellas palabras murmuradas ondearon ante ella como una bandera roja. ¿Qué quería él además de pasión? No era posible que aspirara a nada más que una noche de placer. Hasta ese momento habían estado en inusual sincronía.

Quizá parecer posesivo era su manera de seducirla. Quizá pensaba que eso era lo que le gustaba. «Sea lo que sea...»

—No puedo prometerte que estaré de acuerdo en todo, pero si haces algo que no me guste te lo diré.

—Vale. —Le clavó los dedos en los muslos para separárselos más y se inclinó sobre ella. La boca de Hunter quedó más cerca de aquel dolor que ella necesitaba desesperadamente que aliviara—. Kata, voy a llevarte al límite.

—¿Te refieres a cosas como encender la luz de la mesilla? —Kata frunció el ceño. ¿La desearía todavía si viera sus rotundas curvas?

—Para empezar.



Ella hizo una pausa antes de hablar.

—Hunter...

—Confía en mí, cielo.

La manera en la que la llamó «cielo» la hizo estremecer. Por lo general, odiaba ese tipo de calificativos, pero la manera en que él lo decía... humm. Entonces las demás palabras penetraron en su cerebro embotado por la lujuria. Que confiara en él... ¿en qué? ¿Estaba tratando de decirle que a él le iba algún tipo de rollo extraño? Había participado antes en tríos, ¿qué más encontraría en su repertorio?

—Mira, no sé hacia donde se inclinan tus preferencias, pero yo tengo algunos límites.

—¿Cuáles? —Hunter respiró contra su estómago, una caricia que nubló completamente su mente.

—Me dan miedo los cuchillos.

La ronca risa masculina la calentó más.

—Nada de cuchillos, vale. De todas maneras, me va el sexo duro, no las cosas raras.

Kata se relajó. Quizá se estaba imaginando más de lo que había.

—No me gusta el dolor.

Hunter encogió los hombros y le deslizó los dedos entre los empapados pliegues.

—Yo sólo te haré sentir dolor bueno. Lo último que quiero es lastimarte.

Ella frunció el ceño.

—Mira, por si no me has entendido antes, no me gusta que me dominen.

—Estarás bien.

Su voz dijo más que las palabras en sí, aunque él no había hecho nada más que darle cierta entonación; pero era evidente una vibración dominante. Kata ya se había tropezado antes con algo así y había salido ilesa. Podría manejar también a Hunter.

Le lanzó una sonrisa amplia y arrogante y relajó las rodillas, permitiendo que él le separara más los muslos.

—Adelante. Sé muy malo.

—Oh, cielo —le regañó él, sosteniéndole la mirada—. No lo dudes, lo seré.

Antes de que ella pudiera responder, Hunter se inclinó otra vez hacia ella. Deslizó aquellos largos dedos en su interior y le rozó ligeramente el clítoris con el pulgar antes de atraparlo entre los labios. Se lo succionó muy despacio; una leve caricia, un suave lametazo. Juguetearlo. Ella se puso tensa y clavó los ojos en él.

Hunter emanaba confianza en sí mismo... y no sólo en la cama. Era un hombre inteligente. Interesante. Peligroso. Las caricias que prodigaba sobre su piel eran suaves... Pero su mirada le decía que no la iba a tratar con suavidad. Incluso el solo pensamiento la hacía temblar.

Entonces él frotó los dedos con firmeza sobre el punto G y cualquier reflexión se disipó de su mente. Cualquier intención que tuviera de mantener una perspectiva fría, quedó en el pasado... desapareció. Los atrevidos lametazos de Hunter hicieron que la cabeza le diera vueltas, y cuando succionó el tenso nudo de placer, consiguió que se estremeciera de los pies a la cabeza.

Santo Dios, qué bueno era. «Realmente bueno.» Cada vez que se estremecía o jadeaba, él hacía algo que la volvía más loca todavía, algo que era aún mejor. Una leve fricción con las uñas en la



fina y tierna piel de su canal, un leve mordisquito en el ultrasensible clítoris, el roce de la punta del pulgar entre los resbaladizos pliegues y más abajo, hasta presionar sobre el ano.

—No. Hunter, ohhh... ahhh...

—No pienses en si debe gustarte —susurró él contra el interior del muslo—. Sólo disfruta.

Le introdujo cada vez más profundamente el pulgar en el trasero, dilatando el apretado anillo de músculos y haciéndole sentir un agudo placer que la hizo gemir. Nadie la había tocado allí. Ben había hablado un par de veces de que le gustaría probar el sexo anal, pero ella nunca se había atrevido. Y ahora... un millón de escalofríos que jamás había sentido chisporrotearon en su interior, acoplándose con las estremecedoras y dolorosas sensaciones que notaba en el sexo.

—¿Te gusta?

Kata asintió temblorosamente con la cabeza.

—Pero no entiendo...

—Sólo siente.

Dicho eso, volvió a poner la boca sobre el clítoris, rozó los dedos una y otra vez sobre aquel sensible lugar en su interior e hizo girar el pulgar en sus profundidades.

Hunter la tocó como si hubiera descifrado algo de ella y ahora usara ese conocimiento para volverla loca. Quizá mantener el control no fuera tan fácil como había sido siempre. El corazón le latía a mil por hora, con tanta fuerza e intensidad que apenas podía escuchar otra cosa que su rugido atronador. Sus propios gemidos le resonaban en los oídos. ¿Cómo podía sentir tanto placer y terror a la vez?

Se clavó las uñas en la palma de la mano cuando el éxtasis que él le proporcionaba creció como un tsunami. Kata no dudó que la ahogaría. Pero no por ello dejaba de anhelarlo, de suplicarlo. Y aún tuvo tiempo de contener la respiración y esperar.

La sensación que provocaban los dedos se incrementó, subió vertiginosamente hasta que sintió que su cuerpo iba a explotar. Arqueó la espalda y curvó las caderas impulsada por la fuerza con que el orgasmo atravesó su cuerpo. Gritó su nombre. Las estrellas explotaron ante sus ojos cuando el éxtasis la arrolló. Y cada imparable roce de Hunter en su interior, cada caricia de su lengua la hizo caer más profundamente en un abismo de placer tan abrumador que Kata se preguntó si volvería a ser la misma.

Finalmente, su respiración se normalizó y su corazón se sosegó. Sólo entonces se levantó Hunter de la cama. Kata gimió por el vacío que sintió antes de poder contenerse. Pero cuando él dio un paso, ella supo lo que iba a hacer.

—Por favor, no enciendas la luz. No me gusta que... —«Santo Dios», se interrumpió de golpe al pensar que aquellas palabras revelaban demasiado.

—¿Que te vea? —Hunter encendió la lámpara como si ella no hubiera hablado.

Kata parpadeó ante el resplandor. Notó que se tensaba de aprensión. Ahora él podría ver lo completamente que la había arrebatado por el rubor que todavía debía de cubrirle las mejillas, por los pezones hinchados y su anegado sexo. Sin duda, tendría en la cara una mirada de deslumbrada satisfacción. Los profundos ojos azules de Hunter verían todo eso y mucho más. Kata cerró los ojos, pero era demasiado tarde para ocultarse.

Durante un instante suspendido en el tiempo, su estómago dio un vuelco. ¿Cómo había hecho Hunter para llegar a su interior? ¿Para obtener su confianza? ¿Para acceder a la vulnerable mujer



que era en realidad? Que lo hubiera hecho, la aterrorizaba. No revelaba su ser interior a nadie, en especial a alguien a quien acababa de conocer.

Kata rodó sobre la cama con una maldición y le dio la espalda. Hunter la giró con una mano en el muslo y otra en el hombro.

—No te escondas.

Antes de que pudiera replicar, él le apresó las piernas y clavó la mirada en las rotundas curvas de sus pechos.

—No me mires así. —Cruzó los brazos sobre los senos y apartó la vista.

Hunter se arrodilló a su lado y le cogió las muñecas para llevarlas, suave pero con firmeza, por encima de la cabeza.

—Eso es como decirme que deje de respirar. Imposible.

—Te he dicho que no quería que encendieras la luz. No quiero que me mires. Ahora apártate.

—¿Por qué no quieres que te mire?

«¿Por qué la presionaba de esa manera?»

—Haber hecho que me corriera no significa que merezcas una respuesta. Apaga la luz. No me gusta que me miren.

—No es cierto. Si no quisieras que te miraran, no te habrías puesto esa minifalda negra de cuero o ese suéter rojo, ceñido como una segunda piel. No llevarías ese delicioso brillo en los labios ni te habrías pintado las uñas. Querías que te miraran en la fiesta. Sólo te da miedo que te vea desnuda. ¿Por qué?

Kata palideció y notó una opresión en el pecho. Hunter era demasiado observador.

Intentó tranquilizarse usando la lógica. Hasta ese momento él había hecho observaciones, había preguntado y la había presionado un poco... No es que se hubiera pasado. No era como su padrastro, Gordon. Algo más tranquila, intentó recobrar el control; porque si de algo estaba segura era de que no iba a seguirle el juego a Hunter.

—Quiero que apagues la luz o que dejes que me levante.

Él no hizo ademán de obedecer.

—¿Algún estúpido criticó tu cuerpo en alguna ocasión?

Durante toda su vida. No había sido un estúpido en particular, sino varios. Comenzando con Sean Lampke, en segundo de secundaria, y continuando por Mike McKindle, que había sido jugador de fútbol americano en el equipo del instituto. Ninguno había llegado a verla desnuda, pero todos se habían burlado; en especial desde que sus pechos se habían desarrollado en quinto... No es que le importaran sus opiniones. Estaba orgullosa de sí misma. Qué les dieran si no les gustaba su cuerpo. Pero ¿abrirle su corazón a Hunter? Eso no lo hacía con nadie.

—¿Qué es lo que pretendes? —le desafió—. Esto es un rollo de una noche, no te voy a revelar mis más íntimos secretos. Si me deseas, apaga la maldita luz y fóllame de una vez.

—Kata, necesito verte. Por completo. Quiero verte la cara cuando me deslice en tu interior. Quiero ver cómo revolotean tus pestañas, cómo la excitación te sonroja la piel, cómo brillan esas preciosas pupilas color avellana cuando alcances el orgasmo. No quiero que nada me impida verte ni observar tu cuerpo. —Sus ojos se oscurecieron de excitación—. No permitiré que te ocultes de mí, cielo.



Ahí estaba otra vez, «cielo». Lo decía de una manera que la hacía entrar en combustión. No debería gustarle el tono dominante con que lo decía, no debería notar un hormigueo en los dedos. Maldita sea, él era todo lo que ella no debería desear.

—¿Que no me lo permitirás? —dijo intentando resistirse—. Has venido aquí a compartirme con Ben. Después le animaste a beber hasta que estuvo demasiado borracho para participar. Ahora intentas despojarme de mucho más que de mi ropa. Apenas te conozco. ¿Estás tratando de dominarme? No lo conseguirás.

Él curvó los labios, aunque no podía decirse que aquello fuera exactamente una sonrisa.

—Eres dura por fuera, pero dentro hay una mujer vulnerable. Y está ahí, por mucho que lo odies. No quieres que nadie vea más allá de tu fachada de mujer independiente. Eres una aventurera... cuando quieres. Tienes un montón de amigos, pero ninguno está realmente próximo a ti. No te gusta que te digan lo que debes hacer, en especial un amante. Kata, soy el hombre que te hará pensar de otra manera sobre todo eso.

Ella no pudo evitar quedarse boquiabierta, incluso se le puso la piel de gallina. Santo Dios, Hunter la había calado por completo. Él la había observado y examinado a fondo para luego intentar moldearla a su voluntad. Apostaría todo lo que tenía a que lo hacía con tanta naturalidad como respirar.

Alguien así no era para ella, no importaba lo fuertes que fueran las emociones que la hacía sentir.

—Eso es ser muy arrogante. Yo no... Simplemente no pienso tumbarme y hacerme la muerta. No vas a darme órdenes. Y ¿sabes qué? —Le empujó en el pecho—. Esto acaba aquí.

El no se movió, permaneció en silencio mirándola fijamente.

—Lo último que quiero es que te tumbes y te hagas la muerta, cielo. ¿Dónde estaría entonces el reto?

Kata notó que su temperamento hacía aparición. ¿Quería someterla con su ingenio, su cuerpo y algunos sentimientos enfermizos?

Kata se retorció y corcoveó, intentando desplazarle en vano.

—Maldita sea, apártate de mí. No soy un premio que conquistar ni una montaña que escalar para que puedas probarte a ti mismo lo machito que eres. Te lo he dicho, se ha acabado. —Le empujó de nuevo en el pecho—. ¡Déjame!

La expresión de Hunter se suavizó. Le pasó el dorso de los dedos por la mejilla mientras le dirigía una mirada perturbadoramente íntima.

—No quiero ganarte como si fueras un premio barato para probar mi masculinidad. Quiero estar contigo... de todas las maneras posibles. Igual que quiero que tú desees estar conmigo de la misma manera. Te desnudaré por completo, pero yo me desnudaré también. —Como si quisiera probárselo, se sacó por la cabeza la oscura camiseta que le ceñía el torso.

Como en una excitante oleada, Kata vio primero los duros y apetecibles abdominales, después quedaron ante su vista unos pectorales que hicieron que le hormigearan los dedos, seguidos por unos hombros imponentes que estaba segura que le ocultarían la habitación en el momento en que la montara. Esa certeza hizo que una parte de sí misma se estremeciera, presa de una emoción secreta... Lo que la irritó sobremanera.

—Quitarse la camiseta no es nada comparado con la manera en que tratas de que desnude mi alma.



—Es el primer paso, cielo. Créeme, quiero que me conozcas por dentro y por fuera. Que te sientas a gusto conmigo.

Kata frunció el ceño mientras daba vueltas a las palabras en su cabeza.

—Eso... Eso lleva su tiempo. ¿Qué significa para ti «rollo de una noche»? Estaremos juntos esta noche. Ninguno de los dos llegará a conocer al otro.

—No estoy de acuerdo. Quiero que me desees, que confíes en mí y que me des cada parte de ti. Eso que no le has dado a ningún hombre.

Ella le miró fijamente como si él hubiera perdido el juicio... porque estaba claro que eso es lo que sucedía.

—Casi nada, ¿no?

—Sé que pido mucho. Dame un poco esta noche, Kata. Me ganaré el resto.

Cada una de las palabras de Hunter le embotaba la mente. Así que se ganaría el resto, ¿cómo si no quisiera sólo dominarla, sino poseerla?

—No es eso lo que quiero. Estoy dispuesta a echar un polvo. A la mayoría de los tíos les llega con eso. Un poco de placer compartido y...

—Eso pensaba yo también antes de conocerte. Pero ahora... —Hunter negó con la cabeza—. No es sólo eso lo que quiero. No pienso conformarme con menos de lo que te he dicho.

La mirada de Hunter decía que hablaba muy en serio. Tragó saliva, pensando a toda velocidad. Acababan de conocerse, aquello no tenía sentido. Ningún sentido. Que él quisiera obtener algo de ella no quería decir que eso fuera a ocurrir. Kata no permitiría de ninguna manera que él tomara el control de la situación o de ella.

—Ya te lo he dicho, esto no me gusta. Un simple polvo, estupendo. Pero esto... pretender que te dé permiso para poseerme... —Negó con la cabeza—. No pertenezco a ningún hombre.

Él la observó durante un buen rato mientras la luz de la mesilla de noche se derramaba sobre sus hombros, pechos y pezones. Hunter la miró fijamente y ella supo que era consciente de su furia, de su incertidumbre y de la excitación que hervía a fuego lento bajo su piel. La mezcla era un explosivo cóctel de emociones.

Kata quiso apartar la mirada, pero no estaba dispuesta a darle la satisfacción de ser la primera en hacerlo. Pero cuanto más tiempo colisionaban sus pupilas, más crecían sus inseguridades. Las lágrimas. .. —honestamente, eran lágrimas de miedo— le hacían escocer los ojos. No sabía de dónde habían salido, pero le hacían sentir horriblemente expuesta y vulnerable. Sin embargo, no dejaría que supiera lo nerviosa que estaba.

Kata no le conocía bien, pero sospechaba que seguía algún tipo de plan previamente estructurado para someterla por completo. En el momento en que empezó a dar muestras de ser dominante, una de sus fantasías y miedos más grandes, Hunter le resultó mucho más aterrador que al principio.

—Sé que te pido mucho —murmuró, consiguiendo que las hormonas de Kata se alborotasen—. Estoy dispuesto a dedicar el tiempo necesario para obtener tu confianza, para que me conozcas bien. Pero no te mentiré sobre quién soy y lo que quiero. ¿Podrás aceptarlo?

Kata apretó los puños al notar que crecía su deseo.

—Sólo quiero que los dos obtengamos satisfacción.

—¿Y después qué? ¿Cada uno seguirá su camino? ¿Es eso lo que quieres en realidad?



Kata abrió la boca para responder que sí... Entonces se dio cuenta de que, a pesar de todo, la idea de que sus caminos no volvieran a cruzarse otra vez le pesaba mucho más de lo que debiera. ¿Por qué? Hunter la estaba instando a entregarle mucho más que su pasión, a cruzar una línea que ella se había negado a atravesar, sin importar lo tentada que se sintiera. Y cada parte de su mente se sentía impelida a ello, aunque sabía que jamás llevaría a la práctica esas fantasías. Porque, si admitía todo eso en voz alta, Hunter la absorbería y, ahora mismo, se sentía demasiado anhelante, demasiado excitada para impedirlo.

Aun así, se había ofrecido a follar con él todas las veces que deseara y Hunter todavía no la había rechazado. Si quería acostarse con él —y Kata lo deseaba con desesperación—, debía fingir que le seguía el juego.

A pesar de que odiaba admitirlo, le intrigaba. Conseguía que, con sólo mirarla, se ahogara en una piscina de deseo. Interrumpir aquello no era una opción.

—A ver qué te parece esto. Durante la próxima hora, seré sincera contigo. —Apretó los dientes y se forzó a decir el resto de las palabras—. Pero si te digo que te detengas, lo haces.

—¿Durante una hora? —Hunter no parecía contento.

Kata asintió con la cabeza.

—Es todo lo que obtendrás de mí. Quizá después, ambos habremos obtenido lo que deseamos y no te importará.

—Yo no apostaré por ello, cielo.

Durante un largo rato él no dijo nada y ella se quedó mirando fijamente aquellas inmutables pupilas azules. Antes sus ojos habían sido unas ventanas entrecerradas que sólo permitían un fugaz vislumbre del hombre ansioso y voraz que había debajo. Ahora él era accesible. El deseo seguía allí, pero se leía algo más profundo en su rostro. Esto era importante para él. ¿Por qué? Un tipo como Hunter podría tirarse a la mujer que quisiera, ¿por qué ella le importaría tanto cuando acababan de conocerse?

Aún así, él no era más que un regalo de cumpleaños que olvidaría al día siguiente. O eso esperaba.

—De acuerdo —convino él—. Una hora... para empezar. Quiero que tú me veas también. — Hunter se puso en pie y llevó la mano al botón de los vaqueros, bajó la cremallera y se inclinó para quitarse las botas, que tiró despreocupadamente sobre la alfombra. Luego se bajó los pantalones y Kata lo vio desnudo por primera vez.

—¡Oh, Santo Dios! —Las palabras se le escaparon antes de poder contenerlas.

Hunter era, en una sola palabra, impresionante. Cada centímetro de su cuerpo era duro e imponente; duro... por todas partes. Kata tragó saliva.

El se rió entre dientes.

—Me alegra que te guste lo que ves. Voy a hacer que esto sea muy bueno para ti.

Ella no dudó ni un instante que lo conseguiría.

Hunter volvió a la cama y se tumbó sobre ella, sosteniendo la mayor parte de su peso sobre las rodillas y los codos. Se acomodó entre sus muslos, pecho contra pecho y vientre contra vientre, con los labios a pocos centímetros. Como ella había sospechado antes, sus hombros impedían que percibiera el resto de la estancia haciendo que sólo pudiera verle a él. Hunter clavó los ojos en los suyos. Ni siquiera la había penetrado y Kata ya se sentía jadeante y abrumada.



El bajó la cabeza y le cubrió la boca con sus labios, en una demanda firme pero suave. Kata se entregó y Hunter se dejó llevar con un gemido que la excitó y le hizo sentir calor incluso en la yema de los dedos. Sus lenguas se enroscaron y ella se convirtió en una cautiva entregada a la seducción.

Justo cuando Kata se rindió por completo, él se retiró poco a poco, abandonando sus labios y depositando unos besos tan dulces en su cuello que le hicieron gemir y estremecerse mientras se aferraba a él y se arqueaba.

De repente, se dio cuenta de que Hunter era mucho más peligroso de lo que ella había creído. El usaría el conocimiento que tenía de su cuerpo para someterla profundamente a su hechizo. Para controlarla. La aprensión le produjo un ardor en el estómago.

—Espera, Hunter...

—Una hora. —La intensidad que había en su mirada la hizo estremecer—. No pienso desperdiciar ni un solo minuto discutiendo.

Ella no podía hacer nada sin faltar a su palabra. A pesar de las reticencias que él le provocaba, se negaba a dejarle ver su miedo.

Por otra parte, tampoco quería que él dejara de tocarla.

Hunter le frotó el labio con el pulgar.

—Va a ser un polvo glorioso, cielo. Será un placer demostrarte que una hora no es suficiente.

Una mezcla de emoción y premonición la atravesó. Santo Dios, él la hacía vibrar.

Hunter se deslizó sobre su cuerpo y se centró en sus pezones. Kata se quedó sin respiración. Sus pechos siempre habían sido sensibles, pero ahora... El se los mordisqueó, se los chupó y lamió, se los humedeció hasta que ella llevó las manos a su cabeza, frustrada porque tenía el pelo demasiado corto para poder aferrado. Gimió, un sonido agudo y desesperado. Hunter no se detuvo, pasó las manos por su cuerpo mientras seguía apesando con la boca un pezón y luego el otro, una y otra vez.

El dolor que se había apaciguado entre sus piernas, resurgió de nuevo. Se arqueó hacia él mientras una nueva humedad brotaba en su sexo. Hunter tenía que saber que estaba empapada. Tenía que sentirlo. Pero continuó centrado en su propósito: devorarle los pezones. Estos se hincharon, se pusieron cada vez más sensibles, casi tan duros que aquello ya era un placer en sí mismo. Y aún entonces, él no desistió; no flojeó en su objetivo.

Con cada lametazo, con cada caricia, ella se rendía más a su hechizo.

—Oh, Dios. ¡Cielos! Hunter... —Kata se sujetó a los protuberantes bíceps, clavándole las uñas.

Él tembló y chupó con más intensidad.

—Tienes unos pechos increíbles. —Sorbió las erguidas cimas, tomándolas por turnos y poniéndolas todavía más rígidas, más sensibles—. Jamás tendré suficiente de ellos.

—Me matas...

—Pero te gusta. —No era una pregunta, él lo sabía—. Mañana estarán muy sensibles —murmuró con satisfacción—, pero cada vez que estos hermosos e hinchados pezones se rocen contra la ropa, pensarás en mí.

Maldita sea, claro que lo haría. Y dada la devoción que estaba mostrando a los dos apretados pezones, Kata pensaría en él a menudo. Aquello le daría un nuevo poder sobre ella. Y, a pesar de



todo, seguía sin querer que se detuviera. Estúpidamente se volvió a ofrecer a él, introduciendo más el pezón en su boca... Sabiendo que pagaría esa debilidad a la mañana siguiente.

Hunter sonrió contra su piel y abarcó el montículo con la mano, acariciándolo con parsimonia. Entonces, mordió con suavidad la rígida punta. Y la excitación de Kata se incrementó todavía más, llevándola muy cerca del abismo.

Jadeó casi al borde del orgasmo cuando el deseo se convirtió en un sordo latido entre las piernas.

—¿Qué me estás haciendo?

—Causando una buena impresión. —Hunter sonrió ampliamente.

Kata quería odiarle por obligarla a rendirse, pero necesitaba todavía más alcanzar el clímax. Él se había asegurado de ello, presionándola y empujándola, tentándola hasta que no pudo ocultarle nada, hasta que no pudo hacer otra cosa que suplicarle con su cuerpo y con palabras incoherentes.

Separó los labios jadeantes mientras esperaba a que Hunter le volviera a succionar el pezón, pero no lo hizo. El se limitó a mirarla, con los ojos brillantes como los de un depredador a punto de caer sobre su presa.

Kata notó un nudo de aprensión en la garganta. Por mucho que ansiara eso con todas sus fuerzas, no podía permanecer inmóvil e impotente, no podía permitir que fuera él quien llevara la voz cantante. La abrumaba y la consumía.

Se tragó el deseo y le buscó con la mano. Le rodeó la gruesa erección con los dedos. El se estremeció de pies a cabeza, como si le hubiera pillado por sorpresa. Aquello era lo que ella buscaba. El miembro era grande y palpitaba en su mano, lleno de vida, insolente. Aterciopelado y duro. Adictivo.

Hunter apretó los dientes. Tensó los hombros y cerró los puños con fuerza. ¡Oh, sí! Ella lo acababa de llevar también hasta el límite, y saberlo la impresionó. Aunque al hacer crecer la excitación de él, la de ella también se incrementó.

—Kata...

—Querías verme, sentirme. Yo quiero lo mismo. —Lentamente deslizó la mano de arriba abajo por el largo eje. Le rozó la resbaladiza punta con el pulgar y luego llevó la mano a la sensible base del pene.

Él tensó la mandíbula, como si intentar hablar estuviera más allá de su capacidad. Kata sonrió. Eso era lo que quería; ahora tenía el mando. Después de todo, ¿por qué iba a ser ella la única que se derritiera esa noche?

—¿Te gusta? —Kata se incorporó ligeramente y ronroneó contra el pecho de Hunter. Luego deslizó la mano libre hasta los testículos y los abarcó con la palma, rozándolos y amasándolos suavemente. Definitivamente había captado su atención, en especial cuando comenzó a besarle las clavículas y los pectorales. Hunter se puso tenso. Kata le capturó una de las tetillas, haciéndole arder con más fuerza—. Sí, te gusta, ¿verdad?

En su mano, el miembro latió con más fuerza, lo mismo que todo su cuerpo.

—Maldita sea...

Kata emitió una risita gutural y deslizó la mano por la erección con más rapidez mientras le lamía con furia el pezón, celebrando la dulce sensación de victoria que la atravesaba. Pero aquello no duró mucho.



Hunter le cogió la muñeca y la apartó de su miembro, luego respiró hondo. Le introdujo los dedos en el pelo y cerró los puños en los espesos mechones para tirar con fuerza suficiente para que ella echara hacia atrás la cabeza y le sostuviera la mirada. La expresión masculina contenía una silenciosa advertencia sensual.

«Ohhh.»

Hunter se inclinó sobre el suelo y cogió algo. Un segundo después, abrió con los dientes un pequeño paquete metálico. Sin ayuda, deslizó el condón sobre su miembro, comenzando por el palpitante glande y siguiendo hasta la base del pene, que latía contra su vientre, hasta llegar al vello oscuro que le rodeaba.

Una intensa sensación de anticipación y deseo atravesó a Kata para centrarse en su vientre. Sólo Dios sabía hasta donde iba a presionarla Hunter, pero ella estaba demasiado excitada; lista para sentirle profundamente en su interior, para que la acariciara como quisiera y proporcionarles a ambos aquel placer que tanto anhelaban.

Con un gruñido, la empujó contra el colchón. Ella cayó sobre la cama y él se puso sobre ella, frotándose contra sus anegados pliegues mientras acercaba los labios a su oreja.

—Cielo, voy a introducirme en ti tan profundamente, que acabarás ofreciéndomelo todo. No te preocupes, yo te daré justo lo que necesitas.

Aquellas palabras hicieron que Kata temiera que él no iba a conformarse con otra cosa que no fuera su alma.

Le miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Me follarás. Luego me iré. Fin de la historia.

—Ya veremos —dijo él enigmáticamente.

Entonces Kata dejó de pensar. Hunter comenzó a penetrarla lentamente, rozando todas las terminaciones nerviosas de su sexo, intentando devastarla. Ella no pudo evitar arquear las caderas hacia él. Le rodeó el cuello con los brazos y se mordió el labio para contener un gemido. Sabía que parecería una rendición.

Apenas habían comenzado y ya parecía una rendición.

Hunter se detuvo de repente, en un instante interminable, y Kata se tensó. Le miró con la duda reflejada en sus pupilas, esperando que él no se diera cuenta de que casi le suplicaba en silencio.

—Te estás conteniendo. Abre esa preciosa boquita. Dame ese gemido, cielo.

—Fóllame.

El salió de su interior.

—¿Vamos a volver a discutir sobre lo mismo? Ya sabes lo que te voy a decir.

Sí, lo sabía. Y sabía que él sería lo suficientemente paciente y controlado como para contenerse y demostrar su punto de vista. Maldita sea.

—Me has prometido que me lo darías todo durante una hora —le recordó—. Todavía quedan cuarenta y cuatro minutos.

¡Santo Dios, se lo había prometido!, y no era de las que faltaban a su palabra. A Ben siempre le había dicho lo que quería, pero él no daba un significado en particular a este hecho. ¿Y Hunter? Él era más poderoso. Aquélla era una emoción aterradora. Él la había excitado como nunca y Kata quería con desesperación el placer que podía proporcionarle. Ceder debería ser fácil.



Pero en el fondo de su mente, no podía dejar de preguntarse... Si se rendía ¿tomaría él una parte de ella que jamás podría recuperar? No estaba dispuesta a seguir los pasos de su madre.

Hunter siguió mirándola fijamente, en espera de su respuesta. Tenía que tomar una decisión y mantenerse firme en sus convicciones o ceder ahora.

Se iría en cuanto todo hubiera acabado. Después no habría juegos ni se acurrucaría junto a él para conversar. Se levantaría, se vestiría y se iría... Antes de que él pudiera hacerle más daño.

Con un suspiro, le comenzó a besar a lo largo del hombro y se acercó con rapidez a sus erizadas tetillas mientras le deslizaba las uñas por la espalda.

—¿Y bien? —Hunter le apretó el pelo en un puño y acercó su cara a pocos centímetros de la suya para volver a mirarla fijamente—. Estoy hablándote. Voy a demostrarte exactamente lo que quiero de ti.

«¿No era eso lo que estaba haciendo ya con sus labios, con sus dedos, con sus apasionantes caricias?»

Kata respiró temblorosamente cuando él volvió a bajar sobre ella, introduciendo la erección en su interior de una manera tortuosa. Cada centímetro más duro, haciendo que volviera a inflamarse su necesidad.

Le clavó las uñas. Suspiró cuando él comenzó a impulsarse lentamente, reavivando más terminaciones nerviosas. A ella le comenzó a hervir la sangre.

Cuando empujó de golpe los últimos centímetros, llegando más profundamente que cualquier otro hombre, el suspiro se convirtió en un gemido... En el sonido de su nombre.

—Eso es, cielo. Siénteme.

Como si pudiera hacer otra cosa...

El se contoneó, girando y flexionando las caderas, llegando a los lugares más sensibles de su vagina, pasando de uno a otro de manera que cada uno inflamaba a los demás hasta que, finalmente, todo su cuerpo estuvo en llamas. Incapaz de detenerse, le clavó las uñas más profundamente. El echó hacia atrás la cabeza con un gemido que ella sintió en sus entrañas.

—Perfecto. —Le mordió el punto donde se unían el hombro y el cuello, luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja y, por último, trazó un húmedo reguero de besos hasta su boca, que devoró.

Al mismo tiempo que su mente se revelaba contra aquello, su cuerpo se ofrecía a él. Sus labios se separaron para saborearle otra vez, su espalda se arqueó para invitarle a hundirse más, sus piernas se abrieron para recibirle más profundamente. Él aceptó cada una de aquellas tácitas invitaciones, sellando sus bocas, hasta que ella pudo reconocer su sabor tan bien como el propio. Hunter flexionó las caderas y ella le clavó las uñas en la espalda antes de que él la asiera por las caderas para sumergirse hasta el fondo.

El estaba en todas partes; en cada imagen que ella veía, en cada aroma que inundaba sus fosas nasales, en cada sabor que sentía en la lengua... Y cada vez que se introducía en ella por completo, ocupaba todos los recovecos, convirtiéndose en cada sensación que experimentaba. Era todo lo que ella había pensado, todo lo que había imaginado.

La abrumaba como una fuerza de la naturaleza.

Hunter le acarició la cara con su palma caliente y la obligó a abrir la boca todavía más para capturarla por completo. Escondarse de él ya no era una opción, así que se dejó llevar por el beso, palpitando con cada escalofrío que le bajaba por la espalda hasta perderse en su sexo.

—Hunter —jadeó.



Unas gotas de sudor perlaron la frente, las sienes y la espalda de Hunter. Su cuerpo estaba cada vez más tenso, su polla más dura. Y aún así, la hizo consumirse en un ritmo controlado que la volvía loca.

—Eres perfecta, Kata. Estás tan resbaladiza, tan apretada. Me gustaría no salir nunca de ti.

En ese momento en concreto, ella no podía imaginarse estar sin él. Estaba segura de que aquel hecho debería aterrorizarla, pero ahora que se ahogaba en el placer, se preguntaba cómo sería capaz de olvidar a un hombre que la había hecho alcanzar un placer tan absoluto; que se había introducido en su mente. Tras haber disfrutado de un orgasmo brutal, pensó que volver a llegar al clímax era entre difícil e imposible.

Perder el control una vez ya le había resultado duro, pero ¿dos veces? Con Hunter, aquello no era un problema. La necesidad la envolvía de tal manera que lo único de lo que era consciente era de ese diminuto lugar que él friccionaba una y otra vez con el glande y que la impulsaba a entregarse por completo.

Santo Dios, estaba totalmente excitada y en armonía con él. El sabor almizclado y picante de la piel de Hunter inundó su lengua cuando le lamió el hombro. Los roncros murmullos masculinos llenaban su mente y le arrancaban cada respuesta. Pero ¿qué era lo más intenso? Sin duda la manera en que él la trataba, como si fuera la única mujer en el mundo, mientras arremetía en el mismo centro de su cuerpo con un ardor y una lentitud que la volvían loca.

—Más rápido —le exigió con una voz que apenas reconoció.

—Pronto.

No cambió el ritmo. Continuó deslizándose en su interior, friccionando sin cesar aquel punto que la hacía estremecer. Mientras, su mente le combatía con la misma intensidad que le deseaba, hasta que ya no hubo más que anhelo. Hasta que fue su cuerpo el que tomó el control.

Se retorció bajo él, intentando tomarle con más profundidad, con más rapidez, con más dureza. —¡Ahora!

—No eres tú quien controla esto, cielo.

—Pero necesito...

—Y te lo daré. En cuanto estés preparada.

«¿Preparada?» ¿Cómo iba a estar más preparada? Casi respiraba fuego, su corazón parecía bombear lava. El clítoris le dolía de una manera inhumana, amenazando con explotar y quemarla viva.

—¡Ya estoy preparada!

Él negó con la cabeza, apoyando su frente en la de ella para que no pudiera ver nada más que sus ojos.

—No, cielo. Ponte en mis manos. Yo me encargaré de todo.

Tal y como estaban, con Hunter taladrándola y andándola a la cama, no es que tuviera mucha elección. Kata se mordió los labios cuando la cólera y el deseo la atravesaron salvajemente.

La punta de su miembro seguía impactando una y otra vez contra aquel lugar. La excitación que inundaba su cuerpo se convirtió en un huracán. Una cruel necesidad la atravesó haciéndola aferrarse a él. La fricción se hacía más abrumadora cada vez que él la llenaba hasta el fondo.

Kata se quedó sin respiración y el mundo se salió de su eje. Hunter apesó su mirada y ella supo que él podría ver en sus ojos una aterradora necesidad.



—Ahora sí que estás preparada.

Hunter cambió entonces el ritmo, abalanzándose con unos veloces envites que la hicieron entrar en combustión. Su cuerpo corcoveó mientras la poseía una y otra vez. Y el placer creció exponencialmente, creando un intenso fuego que la atrapó por completo. Kata gritó, arañó, suplicó.

Y el orgasmo siguió inaccesible. Casi al alcance de sus manos.

Kata le clavó las uñas jadeando, desesperada por recuperar la poca compostura que le quedaba. Le estaba dando a Hunter todo lo que tenía y él lo absorbía para exigirle más. Sí, ella le había prometido una hora de sinceridad, pero jamás hubiera imaginado que él llegaría tan lejos, que se apoderaría de su cuerpo, su mente y sus sentidos. Había sido un error.

Ahora era demasiado tarde.

Él la embistió con fuerza, con los hombros flexionados, totalmente concentrado. Y aun así, su mirada no abandonó la de ella, obligándola a acompañarle, mostrándole exactamente cómo le afectaba a él cada una de las embestidas.

Y en su interior, Kata notó un intenso palpar. Un latido que se convirtió en temblor, haciendo más intensa la dolorosa necesidad que crecía entre sus piernas. Él siguió incrementando la sensación con crueldad, arremetiendo una y otra vez, golpeando aquel sensible lugar.

El placer era como una reacción en cadena que él provocara, que se alimentaba a sí mismo y cobraba vida en su interior. De repente, la necesidad de alcanzar la liberación la ahogó, y tuvo miedo de adonde la arrastraría. De saber hasta dónde la llevaría el hechizo de Hunter.

—Vamos, cielo. Déjate de llevar. Estaré aquí para sostenerte. Ella negó salvajemente con la cabeza.

—Es demasiado... Ohhhhh... —gimió, latiendo en todas partes—. ¡Es demasiado intenso!

—Entonces es perfecto. Córrrete, Kata.

Y como si su cuerpo sólo hubiera necesitado ese último aliento, las ataduras que le impedían llegar al orgasmo se disolvieron. Kata gritó su nombre una y otra vez mientras todo su ser se tensaba, atravesado por un placer inigualable.

—¡Sí! ¡Así! —gimió él—. Observarte alcanzar el orgasmo me hace sentir... ¡Joder!

Hunter llegó al clímax. Se tensó y sujetó con firmeza sus caderas, manteniéndola suspendida en un tipo de éxtasis que ella pensaba que no existía hasta que él le había demostrado lo contrario. Él permaneció clavado hasta el fondo mientras se vaciaba en su interior.

La había convulsionado de tal manera que sabía que jamás podría mirarle otra vez sin pensar lo completamente que él controlaba su cuerpo. La supernova que él había hecho explotar en sus entrañas la hizo arder sin fin. El placer que sintió la llevó a gritar hasta que se quedó sin aliento y sin voz.

Cuando el clímax remitió, dejó tras de sí un estado de líquida y satisfactoria languidez y el adictivo aroma masculino de Hunter. Él la miró fijamente, dejando que ella se diera cuenta de su determinación y valor... y de que seguía deseándola.

Un momento después, cuando las secuelas del orgasmo habían desaparecido, Kata supo que él había hecho caer todas sus defensas. Se sintió vulnerable. Se le llenaron los ojos de lágrimas y notó un nudo en la garganta. Estaba a punto de llorar.

No era posible que expusiera aquellos crudos sentimientos ante nadie, y menos todavía ante el hombre al que acababa de desnudar su alma. Hablar y bailar con él había sido estupendo; sólo se



trataba de pasar un rato divertido. Pero ahora... Ahora él la había afectado emocionalmente, la había dominado por completo, y por eso le resultaría imposible controlarse. Las sombras de su madre y Gordon gravitaban sobre ella. El juego había acabado.

Para no perder la cordura era necesario que jamás volviera a poner los ojos sobre él.



CAPÍTULO 04

Kata se movió debajo de él y le empujó frenéticamente, intentando apartarle. Le echó a un lado con una intensidad que denotaba el pánico que sentía. Notó que ella se estremecía de pies a cabeza. ¿Estaría enferma? ¿Le habría hecho daño de alguna manera?

Hunter frunció el ceño y rodó a un costado, pero se quedó mirándola.

—¿Kata?

La joven ya estaba fuera de la cama, recogiendo la ropa a su paso y evitando que sus ojos se encontraran.

La vio ponerse con rapidez las rosadas y sexys braguitas. Verla sin otra cosa encima que aquel provocativo encaje hizo que volviera a ponerse duro. Se quitó el condón de un tirón y lo anudó, conteniendo el deseo de arrastrarla de nuevo a la cama y atarla a él.

En lugar de hacer eso, se limitó a observar cómo se ponía el suéter con un rápido y tembloroso movimiento. Estaba irritada. Hunter frunció el ceño. Aquello no estaba provocado porque hubiera encendido la luz. Eso no le había gustado, pero lo que la molestaba ahora era algo más profundo. La vio acercarse a los pies de la cama para coger la minifalda de cuero. Aquel silencio ya había durado demasiado.

Le rodeó la muñeca con los dedos.

—Kata, dime qué te pasa. Mírame.

Ella echó la cabeza hacia atrás sin decir nada, y la larga melena oscura cayó sobre su excitante espalda, haciendo que quisiera volver a tumbarla en la cama. Hunter no sabía qué demonios había hecho mal.

—Esto ha terminado —dijo ella con voz temblorosa mientras se zafaba de él. Se alejó de la cama, recogió el sujetador y los zapatos, y se marchó.

«Ni hablar.»

Hacer el amor con ella había sido la experiencia más singular y asombrosa de su vida. Para él, el sexo siempre había sido sólo eso, sexo. Pero Kata le afectaba a un nivel que no podía explicar y que ni siquiera se molestaba en intentar entender. Al correrse sumergido en lo más profundo de su cuerpo mientras la miraba a los ojos, había sabido por primera vez en su vida lo que era sentir algo más allá del deseo. No había manera de que le permitiera salir de su vida sin más. El no era un perdedor blandengue como el Coronel, que se había dejado arrastrar al sufrimiento. Aunque sabía que Kata no sentía la misma devoción que él, jamás hubiera imaginado que saldría pitando de su cama como si le hubieran prendido fuego.

Hunter se levantó desnudo de la cama y corrió tras ella por el pasillo de la suite.

—¿Qué te pasa?

La chica no respondió, continuó andando hasta desaparecer en la cocina. Él la siguió y la encontró poniéndose los zapatos, con el bolso colgado del hombro. La vio lavarse la cara; le temblaban las manos. Seguía negándose a mirarle, pero él sabía que ella también había sentido aquella conexión entre ellos. Entonces lo entendió: le había afectado a un nivel tan profundo, que estaba asustada.

Conteniendo la alegría por su triunfo, se acercó a ella silenciosamente.

—No pasa nada, cielo.



Por fin, ella le miró. Tenía los ojos rojos y algo hinchados. «Maldita sea», había llorado.

—Por supuesto que no. —Ella se sacudió el pelo lanzándolo por encima del hombro—. Ha sido entretenido. Gracias. Pero ya hemos terminado y todavía estoy de humor para ir de marcha. Hasta la vista. —Le empujó y miró hacia la puerta principal de la suite.

Hunter le rodeó la cintura con un brazo de acero y la acercó de nuevo a su cuerpo. No se creía ni una palabra de lo que había dicho.

—Cuéntame que he hecho para contrariarte.

Kata vaciló, luego le dedicó una mirada repleta de fingida confusión.

—No sé de qué hablas. Tuve que apartarte. Pesas mucho y no me dejabas respirar. No me hagas perder el tiempo.

—¿Con quién te vas de marcha? Ben está borracho, tus amigas se han ido de ligue y tu hermana ya está durmiendo.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? Puede que estés acostumbrado a llevar la voz cantante en tu trabajo, pero ya te he dicho que a mí no me controla nadie. Me voy a ir, así que a menos que quieras que eche el hotel abajo con mis gritos, ¡quítame las manos de encima!

Todo lo que había dicho desde que se escabulló de la cama era suficiente para ponerse a discutir con ella, pero lo que no decía era mucho más interesante. Tenía el cuerpo en tensión. Le costaba contener los temblores incluso cuando se lamía los labios. Parecía que él la había hecho sentir algo que no esperaba. Y, aunque no entendiera el porqué de su actitud, no pensaba permitir que saliera de la suite sin sujetador con aquel suéter que le marcaba todas las curvas y aquellos zapatos que pedían guerra.

—Dame un minuto para vestirme. Nos iremos de juerga juntos y buscaremos toda la diversión que desees.

Ella le miró fijamente, como si él hubiera perdido el juicio.

—Oye, gracias por el revolcón, pero prefiero pasar el resto de mi cumpleaños con gente más cercana a mí. No te ofendas.

Él le apretó el brazo alrededor de la cintura.

—Bueno, creo que hemos estado todo lo cerca que pueden estar dos personas. ¿Por qué no quieres conocerme mejor? A mí me gustaría saberlo todo de ti.

Kata intentó zafarse de él.

—Ya empiezas de nuevo con el rollo de antes, como si esto fuera algún tipo de relación. Hemos echado un polvo. Fue agradable. Ahora quiero irme.

«¿Agradable?» Hunter resopló.

—Pasear bajo el sol es agradable. Los orgasmos que hacen llorar son mucho más que eso. Los dos sabemos de sobra qué está pasando.

—Creo que estás sobreestimando tu proeza —dijo arqueando una de sus cejas oscuras.

—¿De veras? ¿Así que los jadeos, los arañazos, los gritos hasta quedarte afónica eran sólo para gratificar mi ego? Bueno... —Encogió los hombros—. Creo que mientes, pero estoy más que dispuesto a follar contigo otra vez para que me saques de mi error.

Ella frunció los labios con furia, entonces, de repente, se quedó floja. ¿Se había desmayado? Él se tambaleó ante aquel peso inesperado, pero recuperó el equilibrio y la enderezó.



Cuando le apartó el pelo de la cara y susurró su nombre, ella le clavó el codo en el estómago. Hunter la soltó para agarrarse la barriga, y mientras, aquella tramposa mujer salió con rapidez de la suite.

«¡Qué arpía!» Maldita sea, estaba acostumbrado a luchar contra los enemigos, no contra mujeres sexys.

Cuando Hunter se vistió y salió al corredor, a Kata no se la veía por ningún lado. Corrió por el pasillo hasta los ascensores, pero no había ninguno en esa planta. Observó los indicadores; uno había bajado hasta el vestíbulo. Supo con certeza de que ella estaba dentro.

No podía permitir que huyera tan trastornada. Sabía que la había presionado demasiado. Él era un soldado, la sutileza no era uno de sus talentos. Sin embargo se prometió a sí mismo que cuando la encontrara le dejaría espacio. Necesitaba saber con exactitud qué era lo que la había hecho reaccionar así para poder solucionarlo. Y no podía saberlo si ella no se mostraba más accesible.

Miró de refilón al reloj y se preguntó dónde demonios iría a esas horas. Incluso aunque estuvieran en Las Vegas, estaba sola y era su cumpleaños. Le había dicho que quería ir de marcha. Oprimió el botón de llamada del ascensor y esperó. Por fin una campanilla anunció la llegada del elevador. Estaba vacío. Entró en él y pulsó el botón del vestíbulo. Mientras bajaba leyó el letrero de la pared, en el que estaba la información de todos los bares y restaurantes del hotel. Le llamó la atención un club que parecía marchoso y animado y en el que, a modo de reclamo, decía que había mucha gente bailando y bebiendo. Apostó por ese lugar.

Tras recoger a un par de personas en el descenso, las puertas se abrieron. Hunter salió y escudriñó la zona antes de maldecir por lo bajo. El vestíbulo y la recepción estaban llenos de gente por todos lados. Una multitud entraba y salía de los casinos, a los que se accedía desde el vestíbulo en el que estaban los ascensores.

Un botones pasó a su lado y le siguió. En menos de treinta segundos se encontraba subiendo la escalinata hacia uno de los casinos.

Cuando llegó arriba, la música electrónica resonó en todo su cuerpo. Enfrente había un par de puertas plateadas y el nombre del club centelleaba con pintura fluorescente sobre ellas: «Pecado».

Hunter entró y dejó que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad antes de buscar a Kata entre la multitud. Un minuto después la vio en el bar, con una copa en la mano. Apuraba el líquido de un trago y chupaba un trozo de lima.

¡Vaya mierda! Exactamente, ¿qué es lo que había hecho él para que ella estuviera tan irritada? Rememoró todo lo ocurrido desde que se conocieron, pero no había nada destacable, salvo aquel explosivo orgasmo en el que habían conectado de una manera impactante y que se había quedado grabado a fuego en su memoria. Kata no había disfrutado de un trío y no le había gustado que encendiera la luz, pero no había parecido perturbada por ninguna de las dos cosas hasta que todo terminó. Algo en su conexión la había hecho llorar.

Le había entrado el pánico cuando él se había mostrado posesivo. Bien, Kata iba a tener que aprender a vivir con ello porque él no pensaba cambiar.

Hunter recorrió el local lentamente. La observó deslizar el vaso hacia delante y pedir otra copa que bebió de un tirón antes de lamer de nuevo la lima. Repitió el proceso. Gracias a Dios parecía que se había detenido en algún lugar para ponerse el sujetador, pero eso no impedía que los hombres se la comieran con los ojos.



Un tipo alto con una gorra de béisbol y pantalones vaqueros flojos y caídos se acercó a ella. Por el lenguaje corporal supo que estaba intentando invitarla a algo. Hunter estaba lo suficientemente cerca como para leerle los labios y no pudo contener una risa ahogada. Su Kata tenía unas formas muy creativas de decir que no.

De repente se le borró la sonrisa. No permitiría que utilizara esas imaginativas respuestas con él. La deseaba otra vez, desnuda y frotándose contra él, mientras él entraba lo más profundamente que podía en su cuerpo. De hecho, «deseo» era una palabra que no alcanzaba a describir lo que sentía. Le dolía, ansiaba, anhelaba.

Cuando el presunto Romeo se largó y Kata se bebía otra copa más, Hunter se acercó.

—Si lo que quieres es acabar hecha polvo, estás haciendo un gran trabajo.

Ella chasqueó la lengua mientras le miraba fijamente.

—¿Por qué no puedo deshacerme de ti?

Hunter consideró todas las respuestas posibles, luego se inclinó por la que era menos probable que provocara conflictos.

—No puedes celebrar tu cumpleaños sola, cielo. Y acabas de espantar al último tipo que se te ha acercado, así que me parece que tendrás que conformarte conmigo.

—No tiene gracia, Hunter. Ya te lo he dicho, ha terminado. Deja de acosarme.

¿Así que quería ser franca? Pues mejor para él.

—Te he afectado lo suficiente como para hacerte llorar. ¿Qué es lo que te ha hecho huir?

Ella le pidió otra bebida al barman, negándose a mirarle.

—Que hayamos pasado una hora juntos en la cama no quiere decir que te deba una respuesta.

—Entonces, ¿qué te parece si me respondes por cortesía? De todas maneras no me marcharé hasta que me digas qué demonios te molestó.

En cuanto el camarero puso el vaso sobre la barra, Kata se ventiló el contenido de un trago, después lamió la lima y se estremeció.

—¿Ves? Ya estás de nuevo. Exiges y presionas. Intentas controlarme. Ya te he dicho que eso no me va. Y ahora ¡vete a la mierda!

No era una sorpresa que una mujer tan independiente como Kata se sintiera así, pero su cuerpo le había dicho algo totalmente distinto. Cuando él asumió el control del orgasmo y se lo había hecho alcanzar en sus términos, ella se había retraído... De acuerdo, antes de eso ella se había corrido en un frenesí salvaje. Puede que no le gustara ser controlada, pero la ponía a cien.

—Puedes mandarme donde quieras, pero no me marchó. Para empezar, estoy bastante seguro de que estás borracha. Para seguir, estás sola; lo que te convierte en el blanco perfecto para cualquiera que busque una víctima fácil. Además...

—Además, soy una mujer adulta y no pienso aguantar estas gilipolleces. —Negó con la cabeza—. Me fui de casa de mis padres el día que cumplí dieciocho años; he preferido vivir en nidos de ratas a tener que sufrir juegucitos tan despreciables como éstos que has intentado jugar conmigo. No necesito que un clon de mi padrastro me diga lo que tengo que hacer.

«¿Su padrastro? ¡Mierda!» Había rollos familiares de por medio. Eso sonaba muy mal. Eso lo cambiaba todo... incluida su táctica.

Se acercó más a ella.

—Háblame de él, cielo —la alentó suavemente con una caricia.



A una señal de Kata, el barman le sirvió otra bebida. Se la terminó de un trago echando la cabeza hacia atrás.

—¿Por qué no me dices dónde está tu interruptor de apagado?

Terca, independiente, divertida. Se irritaría todavía más si le dijera lo adorable que le parecía en ese momento. No porque estuviera tan frustrada como para mandarle a la mierda literalmente, pero no le preocupaba que se comportara así... Le habían llamado gilipollas más de una vez porque se lo había ganado a pulso.

—¿Tu padrastro te pegaba? Te aseguro que no permitiré que vuelva a ponerte un dedo encima. Le daré una paliza si lo intenta.

—¡Estás loco! Puede que mi familia sea un desastre, pero no es como un episodio de COPS.

—No es la primera vez que me lo dicen, pero es que soy persistente.

—No me digas... —La fingida sorpresa rezumaba sarcasmo—. ¡Jamás lo hubiera imaginado!

Al parecer, cuando se trataba de mecanismos de defensa, ella tenía un arsenal. Lo bueno es que él también tenía sus propias armas.

Cuando ella hizo una señal para que le sirvieran otra copa, él le cogió la mano.

—Si sigues bebiendo así, te podrás mal.

—Eso es cosa mía.

Hunter no podía discutirlo. Era una estupidez, pero la elección era de ella.

—¿Qué estás bebiendo?

Ella le lanzó una mirada recelosa.

—Tequila.

Contuvo una exclamación. Antes de que se diera cuenta, Kata no sentiría nada de nada y al día siguiente estaría como si hubiera chocado contra un muro de ladrillos.

—Oye, tío —le preguntó el barman—, ¿quieres algo?

—Un agua con gas con una rodaja de lima.

El musculoso camarero, que podría haber sido el doble de Mister Proper, arqueó una ceja con diversión.

—¿Qué pasa? ¿No te atreves con el tequila? —se burló Kata. El alcohol comenzaba a hacer estragos en ella; tenía los párpados pesados.

—No bebo.

La joven frunció el ceño cuando perdió el equilibrio durante un segundo y se agarró a él para estabilizarse. Aunque aún no lo supiera, parte de ella confiaba en él.

—¿Eres alcohólico?

—No. Pero me niego a tomar algo que es tan auto-destructivo.

Con los ojos entrecerrados, Kata alargó el brazo hacia el vaso que el camarero había puesto sobre la barra.

—Estás decidido a ponerme nerviosa, ¿verdad?

—No, pero sí estoy decidido a vigilar que no te pase nada.

El camarero de cabeza rapada puso bruscamente el vaso de agua con gas sobre la barra.

—Son cuatro dólares.



—Si haces el favor, cóbrame también lo de ella.

Ella se atragantó mientras bebía de su copa.

—Pero, ¿qué demonios?

El joven encogió los hombros tras la barra.

—Ella me dio cien dólares cuando entró y me dijo que le sirviera tequilas hasta que se acabara el dinero. Aun no ha consumido ni la mitad.

Cuando hubiera dado buena cuenta de todo ese dinero estaría como una cuba. «¡Joder!» Hunter metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera.

—No le sirvas más —le indicó, ofreciéndole otros cien dólares. Mister Proper se encogió de hombros de nuevo.

—Como quieras.

—¡Oye, tú! —Kata increpó al barman, que la ignoró. Luego se puso en pie y miró a Hunter con el ceño fruncido—. ¡Maldita sea! ¿Lo ves? Ya estás intentando controlarme otra vez. ¿Por qué demonios habré follado contigo?

El camarero contuvo una sonrisa. Hunter maldijo por lo bajo. Definitivamente Kata había bebido más de la cuenta y tenía que sacarla de allí lo antes posible. Para ser una chica que no quería perder el control, había bebido lo suficiente como para asegurarse de que lo perdía. El tequila debía servir para olvidar el miedo y el dolor; estaba seguro de ello. Ahora tenía que intentar aclarar todo el asunto antes de que ella volviera a alzar barreras entre ellos.

El conflicto con su padrastro, fuera el que fuese, era algo lo suficientemente importante como para no tratarlo allí, con la música resonando en los oídos, el humo envolviéndoles y demasiado alcohol en sangre como para superar los límites legales. Y aunque estuviera perturbada porque él había controlado su cuerpo, le había encantado. Igual que a él. Pero si se lo volvía a decir, se alejaría de él. Era probable que el padrastro de Kata hubiera utilizado su posición en la familia para abusar de su confianza, así que debía actuar con mucho cuidado.

Ella se giró, tambaleándose. Hunter la sostuvo del brazo y la atrajo hacia su cuerpo.

—Lo siento.

Kata le lanzó una mirada de sorpresa ligeramente desenfocada. —¿Qué es lo que sientes exactamente?

—Haber intentado dominarte sin hablarlo antes. Tiendo a ser un poco autoritario.

—¿Un poco? —Kata puso los ojos en blanco—. Gracias, capitán de lo obvio.

—De haber sabido cuánto iba a molestarte, lo hubiera hablado antes contigo.

—¿Antes de que me follaras? Bueno, ¿qué clase de conversación hubiera sido ésa?

Hunter suspiró. No iba a arreglar nada con los Black Eyes Peas haciendo vibrar las paredes.

Le puso la mano en el hombro y lo acarició.

—Cielo, como no comas algo y te tomes un café cargado, vas a acabar fatal. —Al ver la expresión tensa y furiosa que se extendió por los rasgos de Kata, Hunter levantó las manos en defensa propia—. No te estoy ordenando nada, sólo lo sugiero. Si no te cuidas, antes de que te des cuenta estarás en el mismo estado que Ben, durmiendo la mona en el suelo del cuarto de baño, y serás firme candidata a una buena resaca. Ahora, si realmente crees que beber para olvidar un sexo fabuloso vale el dolor de cabeza que sentirás mañana, me quedaré contigo mientras te



emborrachas y te meteré en la cama sin que hayas sufrido ningún daño. Pero si quieres encontrarte bien cuando salga el sol para regresar a casa...

Kata no dijo nada durante un buen rato.

—¿Por qué cuando me aseguras que estás intentando no controlarme, te esfuerzas tanto en demostrarme lo contrario? —Negó con la cabeza—. En serio, no sé por qué sigues aquí, ni por qué demonios te importa tanto lo que yo haga.

Hunter se acercó más a ella y le rodeó la cintura con un brazo para apretarla contra su cuerpo. Ella agrandó los ojos, y él supo que no era tan indiferente como quería hacerle creer.

—Oh, ¿importa, cielo?

Se demostraba más con hechos que con palabras, así que capturó los labios de Kata con ferocidad y abandono. Ella se puso rígida contra él y contuvo la respiración, pero a los pocos segundos, cuando frotó su lengua contra la de ella, que sabía a lima, Kata le rodeó el cuello con los brazos y se dejó llevar completamente por el beso, haciendo que él estallara en llamas... Pero había algo más.

Algo que él había sentido desde el momento en que se conocieron. Algo que le impulsaba a poseerla. No había sido suficiente haberse acostado con Kata. No sería suficiente volver a hacerlo. Ni mucho menos. Quería tener derechos sobre ella. Protegerla, cuidarla, decir que era suya... para siempre.

Ahí estaba la realidad que bullía a fuego lento en su conciencia, la razón por la que la perseguía con tal empeño. De repente todo fue transparente como el cristal. La quería para siempre.

Hunter terminó el beso, anonadado por la sorpresa, y se quedó mirando la cara ruborizada de Kata, sus ojos entreabiertos, sus labios hinchados... Pruebas fehacientes de la sensual sirena que vivía bajo su piel.

No tuvo ninguna duda, la quería para siempre. Y en ese momento en concreto, ella no quería nada con él. Dentro de ocho días tendría que reintegrarse a su unidad. Había habido un brote de actividades clandestinas en las zonas próximas a Irán y tenían noticias de que se estaban adquiriendo armas nucleares; además el gobierno venezolano parecía dispuesto a echarles una mano; Hunter no tenía ninguna duda de que las misiones se amontonaban. Si partía sin haber conseguido a Kata... Esta podría haberse casado con Ben, o con cualquier otro, antes de que él volviera a pisar los Estados Unidos.

Y eso sería inaceptable.

—¿Pero a ti qué te pasa? —atacó Kata—. Primero me irritas, luego intentas compensarlo con un beso impresionante y después te apartas. ¿De verdad pretendes convencerme de que no eres un dominante obsesivo? Pues tío, lo que tú digas.

Se dio la vuelta e intentó confundirse con un grupo cercano. Hunter observó a la gente durante un momento y se dio cuenta de que era una fiesta. Dado que una de las mujeres llevaba un vestido corto y blanco y un ramo de flores, supuso que estaban a punto de asistir a una boda de medianoche.

Hunter los miró fijamente y sonrió. Puede que estuviera perdiendo la batalla en ese momento, pero la guerra no había acabado.

Se abalanzó sobre Kata y la cogió del brazo para hacerla girar hacia él.

—Tengo dos preguntas. ¿Estás dispuesta a responderlas?



Ella frunció el ceño, como si le costara concentrarse a causa del embotamiento etílico. Hunter agradeció aquella momentánea inclinación por el tequila. Tenía muchas posibilidades de que le contestara la verdad.

—¿Después me dejarás en paz?

«No.»

—Si es eso lo que quieres.

—Oh. —Su expresión, levemente confusa y alicaída, le dio esperanzas—. Bueno, ¿de qué se trata?

—El sexo entre nosotros... ayúdame a comprender que fue lo que te hizo llorar. —Cuando ella le miró, parecía dispuesta a no responderle. Él se inclinó hacia delante y le habló al oído—. No te juzgaré ni te haré pasar un mal rato, pero necesito saber si te hice daño de alguna manera.

Kata suspiró.

—De acuerdo. Tú ganas —dijo con voz pastosa mientras dejaba caer los hombros en señal de derrota—. Tienes razón. Fue demasiado intenso. No me gusta sentirme débil, ni necesitar nada. ¿Satisfecho?

«Mucho.» Hunter se guardó una sonrisa para sí mismo. Bueno era saber que su instinto no se equivocaba.

—No eres débil, cielo, sino humana. Mi última pregunta. —Y la más importante—. ¿Tienes algo en contra de las relaciones largas? ¿Qué opinas del matrimonio?

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

El encogió los hombros, fingiendo desinterés.

—Simple curiosidad.

Kata suspiró y negó con la cabeza.

—No quiero pasar sola el resto de mi vida y adoro a mis sobrinos. Cuando los veo... fantaseo con la idea de tener un hijo algún día.

—Comprensible. Es algo con lo que sueña la mayoría de la gente, incluso yo.

—Lo que pasa es que... —Se pasó la mano por la cara—. Me gustaría encontrar a alguien paciente para compartir mi vida. Un hombre que no se asuste de tener que usar una fregona o encender la estufa. Alguien que me comprenda, que no le importe hablar de sentimientos. —Cerró los ojos por un instante—. Alguien dulce.

Hunter contuvo una mueca de disgusto. Kata estaba describiendo a una hembra con pene. Se aseguraría de que llegara a comprender lo antes posible que eso no era lo que necesitaba.

—¿Alguien a quién le gusten las antigüedades y caminar por la playa? —murmuró, pasándole la lengua por la mejilla.

—¡Sí! Pero no hago más que encontrarme a hombres que sólo quieren ir de fiesta en fiesta o que piensan que tirarse un pedo es divertido. Una vez salí con un chico que quería a su consola mucho más de lo que podría llegar a amar a una mujer. Y luego están los que son unos capullos exigentes. —Le lanzó una mirada irónica.

Hunter contuvo la risa. Se sentía eufóricamente optimista. Cuando Kata le conociera bien, se daría cuenta de que eran el uno para el otro. Necesitaba pasar más tiempo con ella y sólo se le ocurría una manera de que siguieran unidos. Permitir que desapareciera sin luchar por ella —llevándose consigo su corazón—, no era una opción. Su padre no había tenido pelotas para pelear



por la mujer que amaba. Después de que su matrimonio fracasara, se había convertido en un hosco ermitaño adicto al trabajo. Hunter se negaba a seguir los pasos del Coronel.

—¿Todavía quieres ir de marcha? Acabo de ver pasar a un grupo de gente que parecía estar pasándolo muy bien —la tentó.

Sujetándose de sus hombros para no caerse, Kata miró a su alrededor y vio las carcajadas, los abrazos, los brindis, el espíritu festivo... Esbozó una amplia sonrisa.

—¡Parece divertidísimo!



CAPÍTULO 05

La luz del sol incidió en la cara de Kata como si fuera un hacha. Hizo una mueca y se puso la mano sobre los ojos, que entrecerró ante el brillante color que le hacía explotar el cráneo.

¿Qué demonios había tomado la noche anterior para tener esa monstruosa resaca?

Emitió un gemido al tiempo que rodaba hacia un lado. Se encontró con un pesado muslo sobre los de ella y un torso musculoso. Abrió los ojos como platos. El era duro, peligroso y muy masculino.

«Hunter.»

¿Se había vuelto a acostar con él? Dado que estaba completamente desnuda y que incluso el más leve movimiento hacía que le dolieran músculos que ni siquiera sabía que poseía, se figuró que sí. Pero lo peor de todo era que incluso un leve roce contra el áspero vello que cubría aquella piel masculina la hacía sentirse caliente y mojada. Otra vez.

A pesar de que Hunter era tan suave como un martillo y que, por lo general, Kata se negaba a estar a menos de diez metros de ese tipo de hombres, una parte de ella sólo quería acurrucarse contra él para sentir sus firmes brazos envolviéndola y aquella profunda voz diciendo su nombre otra vez.

Muchos hombres huían en cuanto notaban su actitud y su lengua afilada, ¿por qué no lo hacía también Hunter? No importaba cuantas veces le hubiera mandado a freír espárragos la noche anterior, él no se había rendido. Sus contiendas verbales la excitaban y él le había demostrado a fondo que era tan bueno atacando como defendiéndose. No importaba cómo ni qué le dijera, él había permanecido a su lado para asegurarse de que estaba a salvo. Recordó leves destellos del brutal deseo de Hunter y de sus muestras de ternura que, aún ahora, la estremecían.

El la hacía sentir más deseable, en todos los aspectos, que cualquier otro hombre antes. Mentiría si dijera que no quería más.

«No es una buena idea.» Hunter era dominante, capaz de atrapar a cualquier mujer que le apeteciera y luego desarmarla; justo lo que ella no necesitaba.

Kata se desperezó y la cabeza comenzó a dolerle en serio. Se sobresaltó. ¿Qué demonios había ocurrido la noche anterior?

Rebuscó en su memoria pero no pudo rellenar todas las lagunas. Recordaba la fiesta y que Ben se había quedado frito... Y, ¡oh!, también el increíble sexo que había mantenido con Hunter antes de huir de él. Luego acabó en un club donde había litros de tequila, pero el SEAL la había seguido. Sabía que le había revelado demasiado sobre su familia y sus temores. Kata estaba horrorizada. ¿Qué la había poseído para sacar un tema tan odioso como Gordon?

Hizo una mueca mientras se alejaba poco a poco de Hunter, sacando el muslo de debajo del de él. Ignorando el martilleo en la cabeza —y el latido que todavía sentía entre las piernas—, se puso en pie, con las rodillas temblorosas.

Se agarró con fuerza el estómago revuelto sin dejar de revisar sus recuerdos mientras se deslizaba de puntillas por la habitación para recoger su ropa. En el club, Hunter y ella se habían unido finalmente a un grupo de personas con las que habían abandonado el hotel. Tenía una vaga imagen de las brillantes luces de Las Vegas pasando ante sus ojos mientras viajaban en un taxi con sus nuevos amigos. Iba sentada sobre el regazo de Hunter, con los labios de él pegados al cuello y sus dedos escondidos bajo la falda, trazándole perezosos círculos alrededor del clítoris. Todos



parecían entusiasmados de camino al centro de la ciudad, pero a su memoria sólo acudía el orgasmo que había alcanzado mientras Hunter la besaba y no podía recordar por qué su destino era tan importante. ¿Habrían ido a un casino más famoso? ¿A un show?

Lo ocurrido después del trayecto en taxi era un espacio en blanco.

Se inclinó para coger la ropa y notó que la habitación en penumbra daba vueltas. Sus bragas ahora no eran más que tres trozos de tela. Verlo no debería hacer que su sexo palpitara, pero... Kata maldijo por lo bajo. Tenía que centrarse.

La falda colgaba del pomo de la puerta, los zapatos estaban justo debajo. El suéter había acabado en el suelo del pasillo, a un par de pasos del dormitorio. ¿Y el sujetador? Había desaparecido.

Recordaba vagamente que Hunter la había desnudado unos segundos después de cerrar la puerta a sus espaldas, y que le había permitido que ejerciera de nuevo su taimada magia sobre ella. Las imágenes fragmentadas que llenaban su mente la excitaban de pies a cabeza.

Se giró hacia la cama y observó el lento vaivén del musculoso pecho de Hunter. La mayoría de la gente parecía más suave y vulnerable mientras dormía, pero a él se le veía igual de formidable que cuando estaba despierto. Y, dada su profesión, si no salía ahora a hurtadillas, se despertaría antes de que pudiera desaparecer.

Abandonarle le parecía una cobardía, pero teniendo en cuenta la atracción que sentía por él y su extraña renuencia a dejarle, sería mejor que enfilara directa hacia la puerta. Al final, habían compartido toda la noche, y su garganta, algo dolorida, era fiel reflejo de lo que le había pedido a gritos una y otra vez. Hunter debería conformarse con eso, pero ¿qué más querría su parte más posesiva?

Kata echó un vistazo alrededor buscando su bolso, conteniendo el deseo de volver a mirarle a él. No se atrevió a despertarle, podría tomarlo como una indirecta para comenzar... ¿el qué? ¿El decimoquinto round? No. Tendría que contener también las ganas de orinar.

Por fin divisó su bolsito en el suelo, cerca del armario, lo cogió y corrió lo más rápido que pudo hacia la puerta. Le pareció que tardaba una eternidad en abrir todos los cerrojos. Hunter lanzó un gruñido y los ronquidos se interrumpieron mientras ella daba la última vuelta a la cerradura. Luego se quedó inmóvil hasta que, al cabo de unos instantes, la respiración masculina se hizo de nuevo profunda y constante.

Kata abrió la puerta y la cerró con un suave «clic». Lo más probable es que jamás volviera a verle.

En cuanto tuvo ese pensamiento se detuvo en seco en el corredor. Eso era algo bueno, ¿no? Sí, aquella química feroz que había entre ellos la hacía estremecerse incluso ahora, pero Hunter era un polvo de una noche. Su trabajo era puro peligro. El era capaz de dominarla, empujarla, desafiarla. Era cierto que, cuando había estado muy furiosa, la había escuchado. No era un imbécil. Pero sólo de pensar en pasar más tiempo con él, notaba que un escalofrío de pánico le bajaba por la espalda. Era mucho más que un presentimiento. Estar con Hunter podría cambiar su vida. Y a ella.

Temía por su corazón. Lo que había pasado entre ellos no era lo que ocurría en una aventura de una noche. A pesar del pánico que la inundaba, algo en su interior le gritaba que cometía un terrible error al alejarse de él.

Ese sentimiento era... peligroso, pero innegable.



Kata se volvió hacia la puerta y miró de reojo hacia la enorme ventana, junto a los ascensores. El sol estaba en lo alto. Aquello no tenía sentido, ¿qué hora era?

Sacó el móvil del bolso y casi se atragantó cuando comprobó el reloj. ¡Su avión salía en menos de dos horas!

Bueno, ya se ocuparía de aquellos sentimientos por Hunter una vez que regresara a Lafayette. Quizá fuera bueno darse un poco de tiempo. Cuando los dos pudieran valorar la situación con más frialdad, podrían decidir lo que hacer. Si dentro de unos días seguía pensando en Hunter, le pediría a Ben su número. Si no... Quizá sería mejor despedirse a la francesa. Además, ahora que había tenido una maratón de sexo, quizá fuera el propio Hunter quien no quisiera saber nada de ella.

Aquella posibilidad la deprimió.

Kata corrió hacia el ascensor. Entró en él y apretó el botón correspondiente a la planta donde se encontraba su suite. Una vez ante la puerta, sacó su tarjeta de plástico y la pasó por la ranura. Ben estaba allí, con una toalla alrededor de la cintura, mirándola tan fijamente como si en vez de ser ella fuera la Medusa de la mitología.

—¿Dónde coño te has metido?

—He bebido demasiado y no lo recuerdo bien.

Ben gruñó y se llevó la mano a la cabeza.

—Eso me suena. Me desperté en el suelo del cuarto de baño. ¿Qué ocurrió anoche?

—¿Te refieres a después de que me dejaras semi-desnuda con Hunter y te desmayaras? —Arqueó una ceja de manera juguetona.

—¡Maldición! ¿Fue eso lo que ocurrió? —Suspiró—. Lo siento, Kata. Lo he echado todo a perder.

Lo cierto era que en realidad no había sido así. Sonrió.

—Tenías buenas intenciones.

El se acercó y un mechón de pelo oscuro le cayó en la frente.

—Puede que nos dé tiempo para uno rapidito. ¿Qué te parece, nena? Te compensaré.

«No.» La reacción fue inmediata y la dejó confundida. Por lo general, disfrutaba mucho cuando echaba un polvo rápido con Ben. El se las arreglaba muy bien cuando sólo tenía unos minutos y se esmeraba en que fuera perfecto. Pero imaginó el rostro de Hunter sobre el de ella, como había ocurrido durante la mayor parte de la noche, y recordó cuando él le había sujetado las manos por encima de la cabeza mientras la penetraba con dureza una y otra vez. Le bajó un escalofrío por la espalda.

Negó con la cabeza.

—Llegaríamos tarde. Tengo que darme una ducha y aún no he hecho el equipaje.

Ben suspiró y se alejó.

—Tienes razón. Maldita sea. Terminaré de prepararme y pediré un taxi.

—Estaré lista dentro de quince minutos —le aseguró. Cogió unos vaqueros, una camiseta y ropa interior limpia de la maleta y se dirigió al cuarto de baño, cerrando la puerta.

—Chloe, Hallie y Mari ya han salido para el aeropuerto. Tu hermana llamó por teléfono, buscándote. ¿No ibas a ir con ellas? —dijo Ben tras abrir la puerta del baño.



Kata dio un respingo.

—Lo siento. Me... me quedé dormida.

—¿Con quién? —Ben la miraba fijamente—. Estoy seguro de que esa marca en el cuello no ha salido sola.

Kata se volvió y se miró con atención en el espejo, entonces apretó los labios para reprimir un chillido. Ben la había mirado como si fuera Medusa quién hubiera atravesado la puerta, porque era lo que parecía. Su pelo estaba despeinado y enredado, se le había corrido el rímel y tenía los labios muy hinchados. Kata se desprendió de la ropa como si le quemara y contuvo la respiración al ver todas las señales que tenía. Eran rozaduras de barba, chupetones, marcas oscuras dejadas por los dedos de Hunter en sus muslos, caderas y nalgas. ¿Qué demonios habían hecho durante toda la noche? Y Santo Dios, se le empapaba el sexo sólo de pensarlo.

—Kata... ¿Con quién...? ¿Has estado con Hunter?

No pensaba responder ahora a esa pregunta. Se introdujo en la ducha y metió la cabeza debajo de la suave lluvia, el sonido del agua ahogó por completo las palabras de Ben.

Doce minutos después, salía del cuarto de baño con el pelo mojado, la cara lavada, ropa limpia y gafas de sol para encontrarse con Ben quien, completamente vestido, estaba colgando el teléfono.

—Hunter anda buscándote. Está que se sube por las paredes.

Sin hacer caso a su buen juicio, notó un calambre de excitación en el vientre; algo que la hizo sentir ridículamente mareada. Se controló metiendo las cosas en la maleta. Sí, habían disfrutado de un sexo inigualable, pero nada en la vida podría hacer que mantuviera una relación con un hombre como él. Todo era demasiado intenso cuando Hunter la tocaba. Y, aún así, aunque fuera una locura... ya le echaba de menos.

Ben hizo una mueca que significaba que se había dado cuenta de todo.

—Te has acostado con él y te ha gustado. ¿Quién lo iba a decir? Jamás hubiera imaginado que te iba su estilo. Que permitieras que te ataran y follaran a lo bestia.

—¿Qué me aten y me follen a lo bestia? —Se le aceleró el corazón sólo de pensarlo.

—Sí. —Ben cruzó los brazos sobre el pecho y la miró fijamente, como si estuviera deseando soltar una bomba que la dejaría noqueada—. Hunter está muy versado en la dominación. Lo que quiere decir que le va el BDSM. De lo que se desprende que, cuando toma a una sumisa, obtiene el control completo.

Kata se quedó sin respiración. Había oído muchas cosas sobre gente a la que le gustaba el sadomaso; controlar la mente y el dolor para alcanzar placer sexual. No es que fuera una experta, pero todo eso la asustaba de muerte.

En ese momento, todas las piezas sobre el comportamiento de Hunter encajaron en su lugar... Y, Santo Dios, su propia reacción, ¿pensaría él que podía convertirla en un juguete sumiso, dispuesta a doblegarse y a hacer lo que fuera para obtener su aprobación y una sonrisa? Pues probablemente, porque, sin ser consciente, le había indicado que a ella también le iba todo ese rollo. Sintió otro escalofrío.

Ben la observó fijamente. Kata suavizó la expresión. Él era la última persona con la que quería discutir lo que Hunter provocaba en ella.

—Será mejor que nos vayamos de una vez.



Sí, antes de que Hunter comenzara a golpear la puerta buscándola. Y lo haría, no le cabía ninguna duda.

Tras encoger los hombros con indiferencia, cerró la maleta, cogió el bolso y alargó la mano hacia Ben.

—Venga, vamos. Tenemos que coger el avión.

En el instante en que se hundió en el asiento, Kata se abrochó el cinturón y cerró los ojos. Ben hizo lo mismo en el asiento de la ventanilla, a su izquierda, y comenzó a roncar casi de inmediato. Hallie y Chloe iban dos filas más atrás y parecían tan hechas polvo como ella, pero la sonrisa en la cara de Hallie decía que había tenido suerte la noche anterior. Sin embargo, Kata no preguntó nada. No quería tener que responder a sus preguntas.

«¿Qué había sucedido en Las Vegas...?»

Sí, debería haberse quedado allí, pero Hunter le había demostrado a lo largo de la noche que sabía darle a la palabra «intenso» un nuevo significado. Si tenía interés, la encontraría.

Empujó ese pensamiento al fondo de su mente e intentó dormir, pero no pudo. No podía expulsar a Hunter de su cerebro.

Mientras se perdía entre los difusos recuerdos de la noche previa, algo le rondaba en la cabeza una y otra vez; era como si se estuviera olvidando de algo importante. Pero le resultaba elusivo como el humo. Sólo podía fijarse en imágenes sin sentido; una oficina del gobierno con funcionarios aburridos, flashes, extraños riéndose, un jardín iluminado por la luna. Recordaba en cambio con lucidez a Hunter presionándola contra la pared del ascensor y besándola con avidez camino de la habitación. Había dicho que era «suya», subrayando la palabra como si fuera tan solemne como una promesa.

Kata abrió los ojos y se encontró con la auxiliar de vuelo parada al lado de su asiento con un carrito de bebidas.

—¿Quiere beber algo, señora?

—Un café con leche y azúcar.

La rubia, que aparentaba poco más de cuarenta años, hizo un gesto con la cabeza mientras preparaba el pedido.

—¿Y qué quiere su marido?

Kata frunció el ceño. ¿Por qué demonios pensaba esa mujer que...? Entonces sintió que la mano de Ben, grande y cálida como él, entrelazada con la suya.

—No quiere nada —murmuró en voz baja para que la azafata no le despertara.

La joven se alejó con una sonrisa educada.

Unos minutos después, Ben se movió a su lado.

—Maldita sea, ¿me he perdido el café?

—Puedes tomarte el mío. —Le ofreció la taza con la mano libre.

—Oh, muchas gracias. Te conseguiré otro cuando cambiemos de avión en Dallas. —Le apretó la mano cariñosamente.

La incomodidad la hizo estremecer. Jamás le había importado que Ben la tocara, ¿por qué ahora sí? Todavía le consideraba un amigo —de hecho, había ayudado a Mari a organizar una gran



fiesta de cumpleaños—, pero ahora no le apetecía mantener relaciones sexuales con él. De hecho, ni se le pasaba tal cosa por la cabeza.

Ben era un buen amante, pero no estaba enamorada de él. Durante mucho tiempo, Kata había considerado eso como una bendición, pues esperaba que la relación que había visto entre Gordon y su madre a lo largo de la última década le hubiera formado una costra que la mantuviera alejada de las relaciones demasiado profundas.

Pero durante unas breves horas, Hunter había vuelto del revés todas sus creencias. Sólo podía pensar en perderse con él entre las sábanas otra vez... Incluso no le importaría que la atara. Aquello la excitó al instante. Santo Dios, ¿cómo era posible que en una sola noche hubiera conseguido que su cuerpo respondiera a él tan completamente? ¿Qué sólo pudiera pensar en él?

¿Qué demonios iba a hacer con su cómodo acuerdo con Ben? Le miró, volvía a estar dormido. Dejando a un lado la borrachera de la última noche, era un tipo gracioso y amable. Atractivo. Responsable. Sería un buen marido algún día. Pero no el suyo.

El piloto anunció que comenzaba el descenso hacia Dallas/Fort Worth, donde embarcarían en el avión que les llevaría a Lafayette. Le gustaba mucho vivir allí, pero no había vuelos directos a casi ningún sitio.

Con mucho cuidado, sacó la mano de debajo de la de él, y el rayo de sol que se colaba por un resquicio de la ventanilla hizo brillar algo inesperado. No llevaba el enorme anillo de plata de artesanía que siempre se ponía. El que llevaba tenía un peso similar, pero... Aquello era una banda Usa de oro que ella no había visto nunca.

Le dio un vuelco el estómago. De repente la obriedad de la situación fue como una bofetada en la cara. Contuvo la respiración.

El sonido hizo que Ben se despertara.

—¿Qué ocurre?

Kata había clavado los ojos en el anillo con horror, aquello que la rondaba desde la noche anterior hizo «che» en su lugar.

Habían ido con los desconocidos desde el club hasta la oficina del secretario del condado porque Christi y... ¿Cómo se llamaba? Sí, Nick. Christi y Nick querían casarse a pesar de que se conocían desde hacía sólo dos semanas. Habían ido a Las Vegas para eso. Hunter y ella les habían acompañado, atraídos por la gran celebración posterior.

Cuando estaban en las oficinas, Kata había comentado que su padrastro se volvería loco si ella se casaba con alguien que hubiera conocido sólo quince días antes. Hunter le había lanzado una ladina mirada antes de preguntar «Bueno, ¿y si sólo hiciera cuatro horas que le conocieras?».

Como siempre buscaba la manera de fastidiar a Gordon y no había visto ninguna razón para no hacerlo, en especial con el coraje añadido que le daba el tequila, las palabras de Hunter le habían sugerido una idea muy mala... A la que él no puso ninguna objeción.

—¿Kata? —La voz de Ben hizo que mirara temblorosamente hacia su izquierda—. ¿Qué es lo que llevas en el dedo?

—Creo que es... —cerró los ojos y alejó la mano de la de Ben— un anillo de boda.

«¡Oh, Santo Dios!» Se había casado con Hunter.



Tres horas más tarde, Hunter aterrizaba en el aeropuerto de Dallas. Encendió el móvil al instante y llamó a Kata. Saltó el buzón de voz, otra vez.

Su flamante esposa se había escabullido de la habitación esa mañana. De acuerdo, su avión salía antes que el de él y no podía perderlo. Sin embargo, no le gustaba nada la sensación que le provocaba no haber podido hablar con ella antes de que se fuera.

¿Lamentaría la apresurada decisión que habían tomado la noche anterior?

Kata debía de haber llegado ya a Lafayette. Intentó de nuevo contactar con ella. Sólo escuchó su voz grabada pidiéndole que dejara un mensaje. La ansiedad comenzaba a formar una bola en su estómago cuando llegó hasta el empleado de la línea aérea para cambiar el vuelo. Una vez que estuviera con Kata, tenía que hablar con ella a fondo para tranquilizarla e impedir que saliera huyendo otra vez.

¿Cómo era posible que no se hubiera despertado cuando ella salió de la habitación?, se reprochó Hunter mentalmente. A eso de las tres de la madrugada habían ido a su suite y habían disfrutado de otra hora del sexo más hedonista y extravagante que jamás hubiera compartido con nadie; después se había quedado frito. Tanto como para no oírla marcharse. Se había comportado de una manera negligente y perezosa que jamás debía volver a permitirse. Ahora estaba pagando el precio: estar separado de Kata durante un espacio de tiempo que, se temía, resultaría crítico para su matrimonio.

Tenía que hacer lo imposible para que aquella distancia no se volviera permanente.

Tras obtener el billete de avión, fue en busca de una taza de café decente. Volvió a llamar a Kata y soltó una maldición cuando se encontró de nuevo con el buzón de voz. Luego realizó otra llamada que resultaba obligatoria, y que también podría ayudar a su causa.

—Raptor. —Andy Barnes, antiguo camarada de Hunter y ahora su superior inmediato, respondió después de la primera señal—. ¿No estás de permiso, teniente?

Tras haber sido ascendido unos meses antes, Andy se había vuelto un adicto a los rangos. Todavía estaba en la fase en la que le gustaba recordarse a sí mismo —y a todos los que le rodeaban—, que ahora era capitán, como si necesitara pellizcarse para creérselo.

Hunter puso los ojos en blanco. Andy había trabajado mucho para lograr ese ascenso, llegando a dejar de lado a su familia para labrarse una reputación sin tacha en la Marina. Sin embargo, se lo habían ofrecido antes a Hunter, y Andy se había quedado muy sorprendido cuando éste lo rechazó. Sin embargo, trabajar en un despacho no era su objetivo. Prefería cortarse las venas antes que permanecer tras una mesa.

—Sí, señor.

—¿Qué tal va el hombro? ¿Está ya curado?

—No va mal. Sigo las prescripciones al pie de la letra y continúo con mi entrenamiento.

—Jamás lo he dudado. ¿Para qué me llamas? Te aseguro que el mundo no se cae a pedazos sin ti. Por lo menos todavía no.

—Me alegra oírlo. He llamado para solicitar que se prolongue mi permiso, señor.

—Pero no tienes que reincorporarte hasta el próximo domingo a las cinco.

—Ya lo sé, pero se me ha presentado una situación que requiere más tiempo.

Andy se quedó callado.

—¿Por qué no hablas claro? Ve al grano.



Maldición. No es que fuera asunto de Andy, pero si quería que Kata obtuviera beneficios por ser la esposa de un SEAL, tarde o temprano se enteraría.

—Ayer me casé.

—¿Te has casado? —gritó—. ¿En serio? Jamás pensé que llegaría a escuchar semejante cosa. Llevas casado con tu unidad más de una docena de años. ¿La has dejado preñada?

Hunter apretó los dientes ante el tono y la implicación de Andy.

—No.

—¿Forma parte del cuerpo?

—Es civil. —Hunter comenzaba a estar ansioso por terminar aquella conversación y poder llamarla a ella.

—No sabía que mantenías una relación tan seria con nadie.

Hunter vaciló y Andy alargó el silencio. ¡Mierda!, si quería que le prolongaran el permiso iba a tener que contarle todo.

—No la tenía. Conocí a Kata ayer.

—¿La conociste y te casaste con ella en el mismo día? —La pregunta de Andy sonó calmada, pero Hunter sabía que no era más que una fachada. A Barnes no le gustaba nada que interfiriera en la vida de sus hombres, y ésa era una de las cosas más peligrosas.

«¡Oh, Dios! De perdidos al río.»

—Estoy loco por ella, Andy.

—Siempre supe que eras un hombre de decisiones rápidas, pero aún así, ¡joder! —Su amigo soltó un largo suspiro—. Dame sus datos, los necesito para que reciba los beneficios que le corresponden. Puedo comenzar los trámites mientras estás de permiso, ganaremos algo de tiempo.

Muy amable por parte de su capitán pero, por supuesto, Hunter sabía que tanta colaboración ayudaría a suavizar el golpe en caso de que no atendieran su petición.

—Katalina, de soltera Muñoz. Cumplió ayer veinticinco años. —Agradeciendo para sus adentros haber tenido la precaución de mirar el carnet de conducir y de aprenderse de memoria su dirección, facilitó a Barnes todos los datos.

—Eso es todo.

—Necesito que me prolonguen el permiso para resolver este asunto y regresar concentrado y relajado.

—Tú lo que quieres es tener tiempo para follar como un loco —se burló Andy—. Maldita sea, Raptor, ¿puedo suponer que no servirá de nada que te diga que esto es una estupidez de marca mayor?

—No. Señor... —añadió con rapidez.

Hunter se olvidaba en ocasiones de tratar a Andy como su superior, pero al viejo Barnes le gustaba que lo hiciera y ésta era una situación en la que ceñirse al protocolo podría ayudar.

Se escuchó un anuncio por megafonía y Andy saltó al ataque.

—¿Estás en el aeropuerto? Ya veo que estás muy seguro de que te concederán el permiso. ¿Adónde vas?



—A Lafayette, la ciudad donde vive mi mujer. Tengo que conocer a sus padres. —Tras enterarse del problema con su padrastro, sabía exactamente lo que no debía hacer si quería conservar a Kata y ganarse su confianza.

—Veré lo que puedo hacer respecto al permiso. Pero si te soy sincero, por aquí no van bien las cosas. Se rumorea de que las tropas fieles a Víctor Sotillo ahora lo son a su hermano, Adán.

Hunter frunció el ceño.

—¿El bailarín de salsa? ¿Ése es su hermano? Por lo que me han contado sólo le preocupa asistir a fiestas y tirarse a todas las tías que se le ponen delante. No parece el tipo de hombre dispuesto a tomar el control de una organización tan sangrienta.

—Se rigen por lazos familiares. Siempre ha sido así. Tras la muerte de Víctor, Adán ocupó su puesto. Lo que es seguro es que se están reagrupando y organizando.

¡Maldita sea! Incluso aunque Adán fuera un auténtico inepto, aquello hacía que hubiera muchas posibilidades de que no le prorrogaran el permiso. La situación necesitaba mucha vigilancia. Pero él también tenía que arreglar las cosas con Kata.

Hunter suspiró.

—Sólo necesito unos días más. Luego estaré preparado para lo que sea necesario.

—Estaremos en contacto.

La comunicación se interrumpió sin una palabra más. Hunter presionó el botón de colgar y negó con la cabeza. Vaya, aquello no había ido muy bien. Y, sin duda, la conversación con su padre iría todavía peor, aunque cuando fuera a ver al Coronel llevaría a Kata con él.

En cuanto la encontrara.

En un principio había pensado permanecer en Dallas con su hermano, Logan. Ahora su objetivo era estar con Kata, y tener que esperar tres horas para conseguirlo, le frustraba. Se paseó por la terminal, picoteó el almuerzo e intentó contactar con ella una docena de veces.

Al final, cuando ya le habían llamado para embarcar, sonó su móvil. En la pantalla aparecieron el nombre y el número de Kata. «¡Por fin!» Parte de la tensión que le encogía el estómago desapareció por un momento, aunque luego regresó con más fuerza. ¿Qué le diría de la noche anterior?

—Buenas tardes, cielo.

—¿¡Cielo!?! —chilló ella—. ¿Qué demonios me hiciste anoche, además de grabar tu número en mi teléfono?

El se quedó paralizado.

—Será lo que hicimos. ¿No lo recuerdas?

—Apenas.

Se vio asaltado por la sorpresa y la decepción. Eso cambiaba mucho las cosas. Sí, sabía que estaba borracha, pero no parecía que fuera tanto. Había asumido que... ¡Maldita sea! Había supuesto lo que no era y ahora tenía que rectificar.

—Pero estoy empezando a recordar —le tembló la voz—. Dime que me equivoco. Es una locura. Es imposible. No es posible que nos hayamos...

—¿Que nos hayamos casado? Tienes el certificado en el bolso. El secretario dijo que podemos llevarlo dentro de unas semanas a las oficinas de nuestro condado para recoger el definitivo.

Kata contuvo el aliento, parecía invadida por el pánico.



—Suenas muy tranquilo. ¿Por qué no estás histérico?

Porque no tenía ninguna razón para estarlo. Además, si mostraba la más leve señal de incertidumbre, ella sólo se asustaría más. Sería mejor para todos que él mantuviera un firme control.

—Escucha, todo saldrá bien. Puede que este matrimonio tan repentino no sea demasiado convencional, pero...

—¡Es una locura! —Kata se atragantó, fruto del resoplido de horror—. Pareces... Pareces feliz por lo ocurrido.

—Mucho. Te quiero, Kata, y mi instinto me dice que somos el uno para el otro. Espera unas horas para hacerte a la idea de...

—¿De que mi familia me matará? ¿De que es lo más inconsciente que he hecho en la vida? ¿O de que te aprovechaste de una manera infame de una mujer borracha?

Sí, ésa es la manera en que ella lo veía... y quizá fuera la correcta. Lo único que él sabía era que, a menos que Andy moviera sus hilos, tendría que reincorporarse a su puesto sin haber dejado resuelta esa situación. Apenas dispondría de tiempo para conseguir que Kata se enamorara de él. Y era posible que transcurrieran seis meses o más antes de que volviera a pisar suelo americano. La noche anterior había sabido que si no encontraba la manera de atarla a él con rapidez, se le escurriría entre los dedos. La decisión de casarse con ella había sido pura estrategia, como buscar refugio en un bunker.

Si hubiera habido otro camino lo habría seguido, pero el tiempo y los miedos de Kata pesaban en su contra. No vaha de nada esperar, sólo actuar. Esa era el modus operandi que seguía en su trabajo.

Quizá no fuera la manera más noble, pero ser un SEAL le había enseñado que algunas veces había que pelear sucio para solventar con éxito las misiones. Y si había aprendido algo de su padre, era que un hombre debía estar dispuesto a hacer lo que fuera necesario para conservar a su mujer o la perdería para siempre. Y, a diferencia del Coronel, él no era un perdedor.

Hunter contuvo el deseo de señalar que la idea de contraer matrimonio había sido de ella y le siguió la corriente con voz calmada.

—Tenemos que discutir esto a fondo. Sé que es muy repentino, pero quiero que funcione.

—¡Apenas nos conocemos!

Hunter suspiró, conteniendo la frustración. Quería gritar, cierto, pero no era cuestión de hacerlo. Lo que tenían ahora no era tan importante como lo que podrían tener. Pero Kata estaba aterrada y él no quería resultar agobiante. No quería que fuera infeliz. No se habría empeñado en contraer matrimonio de esa manera tan implacable si no creyera a pies juntillas que debían permanecer juntos. Pero ahora no debía preocuparse más que de encontrar la táctica correcta para conseguirlo.

—Kata, podremos solucionarlo... Esto y cualquier cosa que surja, si nos concentramos en ello. Dame una oportunidad.

—Hunter... ¿Por qué? Sé que parte de la culpa es mía. Borracha o no, estoy segura de que fui yo quien propuso que nos casáramos como Christi y Nick...

—Mick.

—Como sea. Tú estabas sobrio. El buen sexo no es razón suficiente para casarse.

—¿Sólo «bueno»? —replicó él con picardía.



—De acuerdo —concedió ella—. Sexo sin igual. Pero aún así...

—Creo que los dos somos lo suficientemente maduros como para saber que se trata de algo más.

—Pero las personas normales dedican más tiempo a conocerse. Hablan. Se citan.

—Haremos todas esas cosas, Kata. De hecho, ésa es mi intención.

—Deberíamos haber empezado por ahí.

Hunter recurrió a toda su paciencia.

—Si no te hubieras encontrado el anillo en el dedo esta mañana y te hubiera llamado para salir, ¿qué habrías respondido?

Su silencio fue más elocuente que las palabras. Las intensas emociones que crepitaban entre ellos todavía la asustaban. Lo más probable es que ella le hubiera dado largas y que no volviera a verlo. Y sólo el tiempo ayudaría a que Kata se diera cuenta de que podría funcionar una relación entre ellos.

—Tú no estabas borracho. ¿Por qué te casaste conmigo?

Aquélla era una pregunta fácil de contestar.

—Porque es lo que quería hacer.

El tembloroso suspiro de Kata hizo que a Hunter le bajara un escalofrío por la espalda mientras ocupaba su asiento y se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Uf, justo cuando comienzo a considerarte un gilipollas integral y controlador, vas y dices algo agradable.

—Cielo, puede que sea un gilipollas integral y un controlador nato. —Hunter sonrió—. Pero siempre digo la verdad.

—¿Cómo sabes que no soy una tía desquiciada en la que no se puede confiar?

—No lo sé. Pero sí sé lo que siento por ti. Confiar en mi instinto me ha mantenido con vida más de una vez. Y creo en lo que me dice ahora mismo.

—Esto va demasiado rápido. Necesito pensar. Sola.

Hunter rechinó los dientes. Podía permitirse el lujo de darle tiempo para hacer un montón de cosas, pero no para pensar si quería o no estar con él. Apenas faltaba una semana para que se reincorporara a su unidad y, si le dejaba tiempo para pensar, Kata desaparecería.

—¿Dónde estás, cielo? Creo que deberíamos hablar en cuanto llegue a Lafayette.

—¿Lafayette? ¿Tu billete no era para Dallas? Así que lo había mirado. Interesante.

—Fue fácil cambiarlo.

Hunter lamentaba no poder reunirse con Logan y poner a su hermano al día. Pero eso tendría que esperar por ahora.

—N-no puedes venir aquí.

—Ahí es donde tú estás, cielo. Iré directamente a tu casa.

—N-no estoy en casa. He tenido que salir. Ben...

Ben probablemente querría continuar dónde lo habían dejado la noche anterior. Hunter tendría que advertirle o matarle.

—Yo me encargaré de él.

—¡Alto! No quiero que te encargues de nada.



Hunter tragó saliva y controló la furia.

—Eres mi mujer. No volverás a follar con él —dijo en voz muy baja.

Ella contuvo la respiración.

—¿Has pensado que...? ¡Oh, esto es simplemente perfecto! ¿Por qué demonios quieres estar casado conmigo si piensas que en el momento en que te dé la espalda voy a irme con otro?

Ella tenía razón, y a Hunter le gustaría conocer la respuesta correcta a esa pregunta.

—No sé lo que sientes por él. Y sé que ese pedazo de papel que firmamos no supondrá ninguna diferencia para Ben. Pero quiero dejarte clara una cosa: para mí sí significa algo.

—Es mi amigo y manteníamos una relación muy conveniente para los dos. No es celoso. Sin embargo, cuando volví y no quise acostarme con él, se puso a despotricar. No pude quedarme a oírle, tengo la cabeza como un bombo.

Hunter contuvo una sonrisa. Su pobre Kata tenía una resaca de campeonato. Le complació saber que no quería volver a mantener relaciones con Ben.

—Entiendo. Siento que discutiréis. No era mi intención insultarte. —Apretó el teléfono con más fuerza—. Cielo, dime dónde estás. Iré a buscarte y podremos mantener una conversación relajada. No quiero cambiar tu vida, sólo formar parte de ella.

—Lo cambiarás todo simplemente con tu presencia, igual que lo hace Gordon. —Tenía la voz llorosa y la escuchó inhalar por la nariz—. Puff, debería callarme.

«¿Quién demonios era Gordon?»

—Danos al menos la oportunidad de resolverlo todo. ¿Estás en casa de tu hermana?

Ella se rió entre hipidos.

—¿Crees de verdad que tendría ganas de estar con dos niños que no paran quietos, cuando la cabeza me palpita como un pie roto? Sería como ir al infierno. No, me he venido a la oficina. Los domingos no hay nadie.

—¿En qué calle está?

Kata se quedó callada mucho tiempo, y Hunter apostaría lo que fuera a que ella estaba pensando si sería prudente decírselo o si era mejor echar a correr.

—Tú ganas —suspiró ella, finalmente.

Él se aprendió de memoria la dirección.

—Estaré ahí dentro de dos horas.

—Sabes que este matrimonio está abocado al desastre, ¿verdad?

Hunter se rió.

—Quizá sea la aventura de nuestras vidas.

—Bueno, yo...

De repente, Hunter oyó una explosión al otro lado de la línea. Se trataba, sin ningún género de duda, de un disparo. Kata gritó. Justo en ese momento, se cortó la comunicación.



CAPÍTULO 06

Hunter comprobó que le temblaban los dedos cuando marcó de nuevo el número de Kata. Cuatro timbrazos y luego saltó el buzón de voz. No obtuvo un resultado distinto cuando lo intentó de nuevo.

¿Quién dispararía dentro de una oficina? No pudo dejar de pensar que Kata no le respondía al teléfono porque le había ocurrido algo terrible.

Intentó contener el miedo echando mano de su entrenamiento. Encerrado en un maldito avión, lo único que estaba en su mano era enviar ayuda. Tenía que hacerlo antes de que el aparato se pusiera en movimiento y los asistentes de vuelo le obligaran a apagar el móvil.

No lo dudó y comenzó a presionar los números del teléfono a toda velocidad. Gracias a Dios, Deke se había mudado a Lafayette para estar más cerca del trabajo y de donde su primo Luc vivía desde hacía unos meses.

—Hola, Hunter —respondió su cuñado casi al instante.

—Tengo un problema. Acaban de atacar a una mujer. Es agente de libertad condicional, se llama Kata Muñoz; ha sido objeto de unos disparos en... —Le dio la dirección—. Ha tenido algunos encontronazos previos con un delincuente local que no hace más que amenazarla. Ve para allá, ahora. Yo llegaré en cuanto me baje de este puto avión.

Deke podría haberle hecho un buen número de preguntas, y seguramente se las haría después, pero el militar que había sido se puso en movimiento ante el tono de urgencia de la voz de Hunter.

—De acuerdo. Te enviaré un mensaje de texto con lo que me encuentre.

—Señor, tiene que apagar el teléfono. —La azafata le miró desde el pasillo con el ceño fruncido.

—Gracias, Deke —se despidió y colgó. Comenzó a moverse con inquietud en el asiento, rezando para que la ayuda no llegara demasiado tarde para Kata.

La conocía desde hacía apenas veinticuatro horas y ya estaba a punto de convertirse en lo más importante de su vida. Jamás había buscado el amor, pero ahora que había encontrado a la persona con quien podría ser feliz, no quería perderla.

A pesar de la irritación que le provocaba, Hunter apagó el teléfono y lo metió en el bolsillo de los vaqueros. No sabía cómo iba a sobrevivir a ese vuelo sin perder el juicio. Se pasó una mano por la cara e intentó no imaginar a Kata herida, sangrando y sola. Moribunda. Santo Dios, tenía que haber estado allí para salvarla.

Juró que si ella vivía, jamás volvería a dejarla sin protección otra vez. Ni un segundo.

El sonido del disparo retumbó en la oficina y sobresaltó a Kata. Saltó de la silla y dejó caer el teléfono, que se deslizó por el pavimento hasta quedar bajo una silla, a unos tres metros de distancia, mientras ella se aplastaba contra el suelo para refugiarse debajo del pesado escritorio de metal.

¿De dónde había venido el disparo? Dado el ensordecedor sonido, desde dentro del edificio; quizá desde esa misma estancia. Pero ella era la única persona que estaba en el interior y era



domingo. Santo Dios, ¿quién le había disparado? ¿La habrían seguido Cortez Villarreal y sus secuaces?

Con el corazón palpitando de tal manera que temía que le explotara, Kata barajó mentalmente sus opciones. El teléfono había caído demasiado lejos como para poder recuperarlo sin riesgos. Así que, en vez de pensar en recuperarlo, tenía que concentrarse en escapar. La salida estaba en la misma dirección por la que había llegado el disparo. La puerta de emergencia estaba al otro lado de la estancia, a más de quince metros. ¿Cómo iba a llegar hasta allí sin que le alcanzara una bala? Aún así tenía que intentarlo.

El teléfono comenzó a sonar de nuevo, un irritante estrépito en medio del silencio. Hunter. Sólo Dios sabía lo que él se estaba imaginando. El timbre se detuvo, pero comenzó de nuevo.

De repente, el móvil quedó misteriosamente silencioso. Un metódico ruido de pasos resonó en el suelo de baldosas del archivo. Allí no había nadie para rescatarla y los dos lo sabían. Si quería salvarse, tenía que hacerlo sola.

Sujetándose con firmeza a la pata del escritorio, miró a hurtadillas para ver si lograba averiguar la posición exacta del tirador o alguna otra ruta de escape posible. Lo único que pudo ver fueron filas de mesas vacías, ordenadores desfasados y montones de papeles de oficina. Entonces sonó otra explosión, seguida de un ruido corto y metálico, justo al lado de su oído. Se echó hacia atrás de golpe y vio una abolladura con forma de bala a un lado del escritorio.

El francotirador sabía exactamente dónde estaba. Kata sospechó que aquel bastardo estaba jugando con ella y que la próxima vez apuntaría a dar.

Maldijo para sus adentros cuando pensó que había dejado el bolso —con el arma que llevaba dentro— en el cajón de arriba del escritorio. Si intentaba cogerlo sería un blanco fácil, pero mejor morir en el intento que sentarse a esperar a que le alcanzara una bala.

Se arrastró sobre el estómago por debajo del escritorio, y se detuvo frente a los cajones. Alargó la mano hasta el tirador del compartimiento superior y lo abrió lentamente. El módulo rechinó, y el ruido resonó en la silenciosa oficina. Bueno, ya había puesto en guardia al adversario, sería mejor que se diera prisa.

Tras abrir el cajón, buscó a tientas el bolso.

Se escuchó otro disparo; esta vez más cerca. Kata contuvo el aliento y se llevó la otra mano a la boca. Había sentido el zumbido de la bala sobre la muñeca y tuvo que cubrirse los labios para contener el grito.

Aquello le enfureció. El muy cabrón quería volverla loca antes de matarla. Que la condenaran si permitía que lo hiciera sin luchar.

Una vez más, se estiró hacia el cajón. En la anterior incursión había averiguado dónde buscar y encontró enseguida el pequeño bolso. Tiró de él.

Aterrizó con un golpe seco entre sus pies mientras escuchaba el susurro de unos pasos en el pasillo, entre los escritorios, a sólo unos metros.

Se estaba acercando.

Abrió el bolsito bruscamente y sacó una semiautomática. Quitó el seguro al tiempo que lanzaba una mirada hacia donde había oído los pasos. Luego se deslizó a gatas hasta el siguiente escritorio, que estaba mucho más cerca de la salida de emergencia.

Volvió a escuchar pisadas y se preguntó lo cerca que estaría el extraño. Después sólo pudo oír su propia respiración jadeante, demasiado fuerte en aquel espantoso silencio.



Mordiéndose los labios, Kata lanzó una mirada por encima del escritorio. El asaltante no estaba a la vista.

Una nueva oleada de terror la invadió. Estaba segura de que él no se había ido; podía sentir cómo jugaba con ella, cómo se acercaba sibilinamente. Su mente no dejaba de dar vueltas, barajando las opciones.

«¿Qué sería mejor? ¿Esperar una oportunidad mejor o comenzar a correr ya?» Era posible que no surgiera otra ocasión.

Respiró hondo y salió con rapidez hacia otro escritorio. No hubo más disparos. Escuchó con atención, con el arma en una mano y la otra sobre la boca. Aunque no podía ver ni oír al asesino, sabía que iba a por ella.

Exhaló el aire que contenía y corrió agachada hasta la siguiente mesa. Se apretó contra el frío metal mientras los tiradores de los cajones se le clavaban en la espalda. Aquel dolor le recordó que, por lo menos, todavía seguía viva. Aferró el arma entre los dedos, determinada a continuar así mucho tiempo.

El recuerdo de Hunter atravesó su mente.

A pesar de que no la había llamado de nuevo, sabía que estaba preocupado por ella. Y si no conseguía salir con vida, estaba segura de que él guardaría luto por ella. Por alguna razón que Kata no comprendía, le importaba mucho; mucho más de lo que cabía esperar. Lamentaría profundamente no poder volver a verle.

Santo Dios, se encontraba en la situación más aterradora de su vida y aún así se preocupaba por un hombre al que había conocido hacía menos de veinticuatro horas. ¿Se habría vuelto loca?

Se quedó inmóvil, aguzando el oído para poder captar la respiración del tirador o algún ruido de pasos. Nada. Aquel cabrón, quienquiera que fuera, era muy bueno. ¿Dónde demonios estaba? Kata sabía de sobra que no se había ido. Lo más seguro es que estuviera rodeándola. El sabía cómo actuar... tan bien como ella.

Se movió contra el escritorio hasta que pudo vislumbrar casi la mitad de la oficina, incluido el camino hasta la salida de emergencia. No vio ni oyó nada.

Kata se arriesgó y se deslizó gateando, lo más rápido que pudo, hasta la siguiente mesa. La salida estaba ahora a sólo dos metros, pero una vez que abandonara la relativa seguridad que le ofrecía el escritorio, nada la protegería en el recorrido hasta la puerta de emergencia. Tendría que correr sin ninguna protección, empujar la pesada puerta y abrirla lo suficiente como para poder atravesarla. Aquello proporcionaría al asesino tiempo de sobra para realizar su trabajo.

Pero no tenía otra opción.

Kata respiró hondo y comenzó a contar mentalmente. «Uno, dos, tr...»

Escuchó que alguien amartillaba un arma justo a su espalda, a no más de diez centímetros. Se quedó paralizada, sin mover ni un pelo.

—Sigue de rodillas —exigió el hombre—. Inclina la cabeza.

«¡No!» Había leído muchas descripciones de escenas de crímenes a lo largo de los años. Había visto fotos capaces de revolver el estómago. Supuso que el asesino pensaba dispararle a la cabeza y el pánico la inundó.

—¿Qué te ha ofrecido Villarreal por matarme? Estoy dispuesta a pagarte lo que sea para que me dejes con vida.



El hombre no respondió, se limitó a presionarle el frío cañón del arma en la nuca. Su corazón latió desbocado y resurgieron las ansias de luchar. Si él era uno de los secuaces de Villarreal, no le traicionaría. En ese tipo de mafias los lazos de amistad eran todavía más fuertes que los familiares. Buscaban poder y estaban dispuestos a matar para obtenerlo. Asesinar a una mujer para ayudar a un «hermano» no era nada. Aunque Kata le ofreciera todo el oro del mundo, no supondría ninguna diferencia.

—Despídete —gruñó él. Tenía un marcado acento latino.

«Qué te lo has creído.»

Justo en ese instante, Kata se tiró al suelo y apretó el estómago contra el pavimento a la vez que le pateaba con todas sus fuerzas, golpeando al asaltante en la espinilla. Resonó un fuerte traqueteo metálico y una maldición que le dijeron a Kata que le había hecho caer sobre el escritorio. Entonces, escuchó el impacto del arma del asesino contra el suelo y la vio deslizarse sobre el terrazo.

Se giró con rapidez y se interpuso entre él y la pistola mientras le apuntaba con su arma. Le observó. No le había visto en la vida. Tenía rasgos latinos, altura y constitución medias; le calculó unos treinta años. Se había afeitado la cabeza. Sus ojos castaños eran tan fríos que le hicieron estremecer. No llevaba tatuajes visibles, pero la camisa negra era de manga larga y cubriría cualquiera de ellos. Su atuendo constaba además de unos vaqueros flojos y unas zapatillas deportivas a la última.

De repente, vio que el hombre sonreía como si ella le hiciera gracia.

—No vas a disparar.

«¡Qué te lo has creído!»

Antes de que pudiera responderle, él se abalanzó sobre ella con la mano extendida hacia el arma. Kata intentó disparar, pero no le dio tiempo. Intentó escapar a gatas para que no la atrapara, pero él logró cogerle la muñeca. Si le quitaba el arma, era mujer muerta. Sí, le gustaría acorralar a aquel bastardo y llamar a la policía para que le detuvieran, pero lo que más quería era seguir con vida.

Echó el brazo hacia atrás con todas sus fuerzas y le dio un codazo en la nariz. Por el sonido fue evidente que se la había roto, pero ella también notó dolor en el brazo. Al verse Ubre, corrió hacia la salida de emergencia como si la oficina fuera pasto de las llamas, sin mirar atrás para ver si su asaltante la seguía.

Apenas le había dado tiempo de abrir la puerta cuando chocó contra un torso masculino, duro como una pared de ladrillos. Se vio rodeada por unos brazos musculosos. Emitió un agudo grito cuando el extraño la abrazó. Era alto, con los ojos verdes y el pelo color arena. Un tipo muy apuesto. Resultaba evidente que acudía con frecuencia al gimnasio, pero su ropa decía que se dedicaba a los negocios.

Santo Dios, ¿había enviado Villarreal a un equipo para matarla?

Muerta de miedo, intentó zafarse del hombre, pero no pudo deshacerse de él ni moverse. Comenzó a gritar tan fuerte como le permitieron sus pulmones, por sí así podía alertar a alguien cercano, pero aquella era una zona de oficinas que estaba desierta los domingos.

—Shhh... —Aquel hombre enorme la apartó de la puerta de emergencia y la llevó al callejón. Tenía una voz extrañamente suave para alguien de ese tamaño—. Me ha enviado Hunter.



Aquellas palabras resonaron en la mente de Kata y la gélida sensación que la inundaba se convirtió en una llama de esperanza. Estaba a salvo. La única persona que conocía su relación con Hunter era Ben, que había acudido a su apartamento para largarse al poco rato echando sapos y culebras por la boca cuando ella le rechazó y le dijo que quería estar sola. Ningún sicario que Villarreal hubiera enviado a matarla hubiera pronunciado las palabras que dijo ese hombre, las que hicieron que confiara en él al instante. Con un tembloroso suspiro, se quedó mirando fijamente los tranquilos ojos verdes del desconocido.

—Gracias a Dios.

El rubio le lanzó una mirada consoladora y la hizo ponerse a su espalda antes de volverse hacia la puerta abierta para mirar lo que ocurría en la oficina.

Los sonidos indicaban que estaba teniendo lugar una pelea. Kata miró desde detrás de su rescatador y vio a un amigo del rubio musculoso, éste con el pelo cortado al estilo militar y una sombría sonrisa, aplastando a su asaltante contra el suelo mientras le rodeaba el cuello con una mano enorme y llena de venas.

¿Quiénes eran estos hombres? ¿Cómo habían sido capaces de acudir en su rescate con tanta rapidez?

—Dame una razón para matarte —decía el segundo rescatador al asaltante— y no me lo pensaré dos veces.

—¡Te voy a dar por el culo, cabrón! —vociferó el latino en español. Pero estaba muerto de miedo y tenía en los ojos una mirada de pánico que su adversario reconoció.

—Estoy casado y tú no eres mi tipo —se burló el hombre—. En pie, gilipollas.

El sicario se resistió y el enorme desconocido pareció muy contento de tener que agredirle para contenerle. Al final lo inmovilizó con una llave que podría dislocarle el hombro.

De repente, el asesino gritó en un tono agudo.

—Si no quieres que te duela más —advirtió el extraño—, tendrás que estar dispuesto a colaborar.

El cruel bastardo que habían enviado a matarla asintió temblorosamente con la cabeza.

El rubio sonrió.

—Tyler, llama a la policía.

—Voy.

Kata lanzó una mirada a Tyler, el hombre que la había detenido en la puerta y que ahora le rodeaba protectoramente la cintura con un brazo. Tenía un móvil pegado a la oreja y miraba al asaltante como si quisiera cortarles en rodajas.

Debido a su cercanía, ella escuchó la respuesta de la telefonista. El facilitó la información pertinente en voz baja y calmada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el otro rescatador al asaltante.

—No tengo nada que decir —escupió él.

—¿No quieres cooperar? Me parece que eso puede ser muy malo para tu salud, ¿entiendes?

Los ojos oscuros se entrecerraron.

—No sois de la poli.

—Cierto. Lo que quiere decir que no tenemos por qué seguir sus reglas. Y si la poli llega antes de que pueda terminar de tratarte como me gustaría... Bueno, siempre puedo asegurarme de que



cuando vayas a la prisión del condado tengas un compañero de celda que se encargue de ello. Te interesa comenzar a hablar. Dime, ¿por qué intentabas matarla? —preguntó, señalando a Kata.

El asaltante vaciló.

—Sólo era un encargo.

A Kata se le puso un nudo enorme y apretado en el estómago al escucharle. Como se había temido desde el principio, alguien —probablemente Villarreal— tenía tantas ganas de verla muerta como para contratar a alguien que hiciera el trabajo. Una rápida mirada a la cara de sus rescatadores le dijo que los dos estaban dispuestos a obtener respuestas.

—¿Quién te contrató?

El hispano frunció la boca y apartó la vista, negándose a mantener cualquier tipo de diálogo. Tyler se metió el móvil en el bolsillo. —La poli está de camino.

El hombretón que retenía al asaltante emitió un gruñido.

—Eso quiere decir que sólo tengo cinco minutos para romperle las narices. Tendré que darme prisa.

El criminal se sobresaltó antes de poner cara de tipo duro. Era bueno intentando ignorar las amenazas, pero a los otros dos hombres no pareció importarles.

—¿Quieres que te ayude, Deke? —preguntó Tyler lleno de esperanza.

—Me basto y me sobro. Este placer es sólo mío. Odio a los cabrones que se meten con las mujeres. No son más que unos jodidos y cobardes. —Agarró al sicario por los pelos con un puño y le inclinó la cabeza, dispuesto a romperle la cara.

—¡Un momento! —gritó ella.

Deke vaciló y le lanzó una mirada furiosa.

—Si le haces daño te arrestarán también a ti. Y... él seguirá sin hablar. Nada de lo que le hagas conseguirá que cante.

Deke gruñó de nuevo mientras metía la mano en el bolsillo de atrás para sacar unas esposas.

—Maldita sea, me has arruinado la diversión, pero si eso es lo que quieres... —En ese momento la miró directamente—. Kata, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—¿También te ha enviado Hunter?

—Sí. Es mi cuñado. Me llamó por teléfono. —Aseguró las manos del asesino en la espalda al tiempo que hacía que se tumbase en el suelo boca abajo.

Sólo oír su nombre hacía que le diera un vuelco el estómago. Hunter la había protegido incluso a miles de kilómetros.

Aquello la llenó de deleite y ansiedad a partes iguales. Le estaba más que agradecida de que le hubiera enviado ayuda, pero era evidente que no tenía intención de dejarla en paz en un futuro próximo.

—Entiendo. —Incluso ella notó el temblor en su voz.

Deke puso el pie, cubierto por una enorme bota de combate, en la espalda del asaltante e hizo una mueca.

—Maldición, pareces a punto de caerte. Tyler, se está mareando.



En cuanto le oyó decir eso, comenzaron a flaquearle las piernas. La adrenalina que todavía tenía en el cuerpo se evaporó y sus rodillas parecieron de gelatina. Trastabilló, pero Tyler la cogió en brazos antes de que cayera.

—Tranquila, cariño —murmuró él alzándola.

A Kata no le gustó aquella temblorosa sensación, y se crispó al ver lo vulnerable que el ataque del asesino la hacía sentir.

—Estoy bien —aseguró—. Déjame en el suelo.

Tyler puso los ojos en blanco y siguió caminando.

—Para mayor seguridad, nos sentaremos. Hunter me haría pedazos si permito que te desmayes y te golpees en la cabeza.

Kata tragó saliva. Sí, podía imaginárselo. ¿Aquel musculitos de portada de revista de culturismo no quería desagradar a su marido? Tragó saliva al usar ese calificativo. ¿Sería aquello lo que había cautivado a su madre? ¿Un poco de atención halagadora y una cierta cantidad de sobreprotección?

—¿Le conoces... bien?

Ambos hombres intercambiaron una mirada. Luego, Tyler la dejó en una silla y se arrodilló frente a ella. El encogió los hombros en un gesto vacilante.

—Tuve... Trabajé para un miembro de la familia de Deke.

Al oír aquello, Deke se rió.

—Mi primo Luc no estaría de acuerdo con eso. Diría que lo que hiciste fue intentar meterte bajo las bragas de su esposa.

—Y le contestaría que me besase el culo.

Deke clavó entonces en ella una penetrante mirada.

—¿Desde cuándo conoces a Hunter? —indagó. Kata se quedó congelada.

—¿No te lo dijo?

—No tuvimos demasiado tiempo. Me ordenó que te protegiera. Supuse que ya tendría la oportunidad de preguntarle luego. Cuéntamelo tú.

Maldición, no quería ser ella quien le dijera a la familia de Hunter que estaban casados. ¿Por qué tendría que hacerlo? Hunter podía no tener intención de poner punto final a ese impulsivo matrimonio, pero Kata tenía muchas dudas al respecto. Muchísimas. No es que no le agradeciera que le hubiera enviado a la caballería, pero...

«Hunter está muy versado en la dominación. Lo que quiere decir que le va el BDSM. De lo que se desprende que, cuando toma a una sumisa, obtiene el control completo.»

—Nos conocimos anoche en Las Vegas. —Era una respuesta sencilla y concisa que no invitaba a más preguntas.

La expresión aguda de Deke le dijo que estaba sopesando su respuesta.

—Así que eras tú la que celebraba anoche su cumpleaños. Dime, ¿le hizo...? ¿Le hizo ese favorcito a su amigo Ben?

Kata contuvo la respiración. ¿Deke sabía que Hunter había tomado un avión para participar en aquel trío que Ben pretendía regalarle por su cumpleaños? El destello en sus ojos azules decía que sí.



Notó la cara caliente y roja. ¿Por qué demonios no se abría el suelo y la tragaba?

—¿Hunter te lo contó?

—No. —Deke negó con la cabeza—. Tyler y yo estábamos con él cuando recibió la llamada de Ben. Si no hubiera sido así, todavía nos estaríamos preguntando dónde demonios se había metido la noche pasada. ¿Te regalaron lo que querías por tu cumpleaños?

—No... exactamente —intentó evadirse.

Deke frunció el ceño.

—¿Ben cambió de idea?

Tyler la miró de arriba abajo y resopló.

—Si Kata fuera mi chica, yo sí hubiera cambiado de idea. Te aseguro que no habría invitado a ningún tío para compartirla con él. Los dos la miraron con interés.

—Bueno... —Kata vaciló llena de mortificación y bastante irritada. Maldita sea, ¿por qué no metían las narices en sus propios asuntos? ¿Qué demonios podía decirles?

Deke clavó la mirada en su mano izquierda.

—Ese anillo brilla mucho, parece nuevo, ¿te casaste anoche con Ben? —preguntó con suavidad.

Kata tragó saliva, intentando buscar una salida que consiguiera que la conversación no siguiera por esos derroteros.

—No... exactamente.

—¡Joder! —Deke se puso tenso, luego la inmovilizó con una penetrante y dura mirada que hizo que Kata sintiera que él podía leerle el pensamiento—. Ahora entiendo lo que me resultó tan extraño en la voz de Hunter, no sólo era preocupación, era posesión. No te has casado con Ben, lo has hecho con Hunter.

Sin duda, Hunter parecía tan tranquilo como un lago en un día sin viento. Ejercitó todo su control mental para no pasearse por el pasillo del avión, para no imaginar que, en esos momentos, Kata podría estar muerta. Pero por dentro apenas podía aguantar la inquietud, y no saber lo que había pasado le corroía de una manera implacable.

Era un misterio cómo ella se había convertido en algo tan importante para él en una sola noche. Sus miradas se encontraron. Bailaron y se besaron, y entonces, ¡plaf!, había ocurrido. Cayó totalmente hechizado. Puede que todavía no amara a Kata; puede... Pero si no era así, su instinto le decía que estaba a punto de hacerlo.

Si ella sobrevivía.

Contuvo una maldición y agarró el teléfono en la palma de la mano, dispuesto a encenderlo en el mismo instante en que el avión tocara tierra. La asistente de vuelo podría decir misa.

En cuanto el pequeño dispositivo volvió a la vida, vio el mensaje de texto de Deke. Habían encontrado a Kata en su oficina. Estaba sana y salva. El atacante había sido detenido. La policía se había hecho cargo de todo. «¡Gracias a Dios!» Un enorme alivio se adueñó de su cuerpo y se relajó en el asiento.

Cuando abrieron las puertas, cogió el petate, se lo puso al hombro y corrió hacia la salida de la terminal para subirse a un taxi. Se sentó con rigidez en el borde del asiento trasero de aquel vehículo con olor a moho; dividido entre la necesidad de abrazarla cuando la viera y el deseo de



matar al bastardo que le había disparado. Apenas se fijó en las calles ajardinadas de Lafayette por las que transitaban.

Alguien había intentado matar a su Kata. Seguramente la razón no era otra que el que ella hubiera cumplido con su trabajo y denunciado a un criminal que había pasado por alto los permisos penitenciarios. Pero aquel canalla se había fijado en la mujer del hombre equivocado. Si el bastardo intentaba volver a tocar un solo pelo de Kata, no se molestaría en acudir a la policía y demostraría a aquel gilipollas que él había aprendido a matar de muchas maneras. Y todas ellas muy dolorosas.

Los diez minutos que duró el trayecto hasta donde Kata trabajaba le parecieron dos horas. Por fin, el taxi se detuvo ante un bloque de oficinas delante del cual había un montón de vehículos de la policía, un par de ellos de incógnito, y una ambulancia. Hunter pagó al taxista y salió del coche a una velocidad sin precedentes.

—Lo siento, señor, pero no puede pasar —le detuvo un oficial uniformado en el perímetro del edificio—. Se trata de una investigación policial. Tendrá que esperar aquí.

—Alguien ha intentado matar a mi mujer. Me gustaría ir con ella.

El joven policía frunció el ceño.

—Conozco a Kata. No está casada.

—Nos casamos anoche y no pienso perder más tiempo discutiendo.

Hunter se coló por debajo de la cinta y, con la mochila a la espalda, corrió hacia el edificio en busca de su esposa. «Por fin.»

La encontró sentada en una silla con la cabeza entre las piernas, parecía que estaba mareada. La luz del sol del atardecer arrancaba brillos rojizos de su pelo oscuro. Vio como Tyler se arrodillaba a su lado y le ofrecía una botella de agua. Un detective estaba interrogándola. La escena al completo hacía aflorar todos los instintos protectores de Hunter.

Se abrió paso a empujones hasta Kata, le puso las manos en los hombros y la estrechó contra su cuerpo. Ella levantó el rostro y él contuvo una maldición. Tenía mala cara, estaba pálida y agotada, su boca se había convertido en una línea sombría. Su mirada decía que había estado sometida a demasiada tensión durante las últimas veinticuatro horas.

—Hunter.

Incluso le temblaba la voz.

—Aquí estoy, cielo. Yo me ocuparé de todo.

—Tiene que apartarse, señor. Estoy interrogando a la testigo —insistió el detective.

Hunter miró impassible a aquel idiota.

—Mi mujer no está en condiciones de ser interrogada en este momento. ¿Es que no la ha visto? Está agotada y a punto de desmayarse. No puede parecer más afectada. No quiero que le haga ni una pregunta más hasta que la vea un médico.

—Hunter, cállate. —Kata parecía enfadada—. Puedo hablar por mí misma.

Le sorprendió su tono acerado, aunque supuso que no debería haberlo hecho. Aquella mezcla de fuerza y suavidad era una de las cosas que más le gustaba de ella. Y cuanto más la conociera, más cualidades añadiría a esa lista, y más profundamente se enamoraría de ella. «Para bien y para mal...»

—No tienes por qué —aseguró él con suavidad.



—Pero quiero hacerlo. No he querido que me viera un médico. Estoy bien.

¿Hablabas en serio? La volvió a mirar y supo que él tenía razón.

—Apenas te mantienes en pie.

Ella le obsequió con una mirada airada. Evidentemente no le habían gustado nada sus palabras.

—Mira, llevo veinticuatro horas infernales. Te agradezco que enviaras a Tyler y Deke, pero no necesito que vengas a ladrarme a la cara. Quiero acabar con este interrogatorio para poder irme a casa y dormir un poco. Ya tengo suficiente con que un extraño intentara matarme y no quiera confesar por qué lo hizo ni quién le contrató para ello.

Hunter se quedó paralizado.

—¿No fue Villarreal?

—No ha dicho nada al respecto. —Kata se encogió de hombros—. La policía se encargará de todo. Estaré bien. Sólo necesito descansar un poco. Puff, venir a trabajar mañana será toda una hazaña.

—¿Trabajar? —«Oh no, de eso nada»—. Alguien quiere matarte. No puedes venir a trabajar ni alejarte de mi vista hasta que lo solucione.

Kata se puso en pie de golpe, aunque el mareo hizo que se volviera a sentar de inmediato.

A su lado, Tyler comenzó a menear la cabeza.

—Ahora sí que se va a liar parda...

Tanto Hunter como Kata le ignoraron.

Kata se puso en pie de nuevo con la respiración agitada. Se irguió frente a él en toda su altura, lo que quería decir que le llegaba hasta la parte inferior de la barbilla. Pero no permitió que eso la disuadiera.

—Ben me dijo lo que eres, pero yo jamás seré tu pequeña sumisa. Debería de haberte quedado claro en Las Vegas. No pienso pedirle permiso a nadie para hacer lo que quiero, en especial si es relativo a mi trabajo. Un incidente de esta índole no impedirá que acuda a cumplir con una tarea que me encanta. Me encontraré perfectamente en cuanto duerma un poco. Entiendo que estés preocupado por mí, es muy dulce por tu parte, pero estoy entrenada para defenderme. Mañana la oficina estará llena de gente a la que recurrir en busca de ayuda si llegara a ser necesario. Pero hoy me he enfrentado sola a ese bastardo; me he mantenido con vida gracias a mi cerebro, mi valor y mi determinación por no dejarme vencer.

Hunter notó una opresión en el vientre. Kata era demasiado testaruda. Demasiado fuerte. Eso sólo haría que su rendición fuera más dulce. Pero por ahora tendría que dejarle las cosas claras.

Aun así, suavizó el tono de voz.

—Me siento orgulloso de que lucharas contra él. Estoy totalmente seguro de que eres capaz de eso y de mucho más, pero ahora voy a ser yo quien va a ocuparse de todo. Llevo más de una década defendiendo este país. Nadie se acercará a ti hasta que me libre de este tipo. Te protegeré; te lo juro. —Le tendió la mano.

Kata retrocedió.

—Aprecio tu preocupación, pero soy una mujer adulta. Llevo siete años viviendo sola y ocupándome de mí misma. Soy perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones. No permitiré que nadie vaya de machote arrogante conmigo. —Se pasó los dedos por la larga melena; parecía exhausta—. De eso ya he tenido suficiente para toda una vida.



Maldición, Hunter supuso que volvía a referirse a su padrastro. Una incontrolable frustración le inundó, pero la contuvo apretando los dientes. La percepción que Kata tenía de la realidad se veía afectada por el miedo y todavía no entendía que él no era el enemigo. Sin embargo, se aseguraría de que descansara lo que le hiciera falta. De que todos la dejaban en paz. Entonces ella se daría cuenta de que él tenía razón.

Le cogió la mano y acarició entre el pulgar y el índice el anillo de boda, haciéndolo girar suavemente para recordarle que era él quien lo había puesto allí.

—He prometido amarte, honrarte y permanecer a tu lado hasta que la muerte nos separe. Eso incluye protegerte. —Se inclinó hacia ella para seguir hablándole al oído—. Así que si tengo que atarte desnuda a la puta cama y mantenerte ocupada hasta que atrapemos a ese tipo, no creas que me va a importar hacerlo.



CAPÍTULO 07

—Hunter, ¿qué demonios haces? —Una familiar voz femenina sonó a su espalda.

Intentando no fruncir el ceño, Hunter se volvió para mirar a Deke que le observaba desde la puerta con el brazo sobre los hombros de su esposa, Kimber. Hunter clavó los ojos en su hermana. Parecía feliz, saludable y... muy embarazada. Hacía meses que no la veía y constatar que su hermanita iba a tener un niño, era cuando menos impactante.

Se preguntó cuánto habría escuchado Kimber del discurso que acababa de soltarle a Kata y dio un respingo.

—Hola, hermanita. ¡Estás enorme! ¿Cuándo dijiste que salías de cuentas?

—Hola. La semana que viene, y no uses mi embarazo para cambiar de tema. —Le lanzó una mirada furiosa mientras se apartaba de Deke para acercarse a él, luego echó una ojeada a Kata—. Cuéntame lo que está pasando o te pegaré hasta que me lo digas. Las hormonas del embarazo transforman a las mujeres en brujas.

—Esto no me lo pierdo —dijo Tyler con voz de risa.

—Es cierto que está muy irritable estos últimos días —confirmó Deke.

—Luego me ocuparé de vosotros dos —anunció, mirándoles por encima del hombro.

—¿Ves? —Deke lanzó a Hunter una mirada de advertencia para que cooperara.

Se hubiera reído si la situación no hubiera sido tan seria. Así que se limitó a sostenerle la mirada a su cuñado.

—¿Por qué la has traído? Ninguna mujer embarazada, en especial mi hermana, debería estar presente en el escenario de un crimen.

—Como si cualquiera de vosotros pudiera impedir que viniera —se burló Kimber—. Ahora, déjate de rollos machistas y comienza a explicarme por qué Deke sabe que te has casado y yo no. —Se acercó a Kata y le tendió la mano—. Por cierto hola, soy Kimber Trenton. ¿Puedo ayudarte en algo?

Kata, que parecía tan cansada como aturdida, ladeó la cabeza y le estrechó la mano.

—Kata Muñoz.

—Edgington —le recordó Hunter con los dientes apretados.

Kata apartó la mirada y él notó que se estremecía.

—¿Así que es cierto que os habéis casado? ¿Cuándo? —exigió Kimber.

Puede que no fuera el mejor momento, pero nada podría impedir que Kimber obtuviera toda la información.

—Anoche.

—¡Los tienes cuadrados! ¿Os habéis casado sin decírselo a la familia? ¿No se te ha ocurrido que querríamos estar allí? De hecho, no es sólo que no nos hayas invitado, es que ¡jamás hemos oído hablar de Kata! ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Jamás hemos tenido una cita —comenzó a decir Kata—. La boda no ha sido más que un estúpido error producto de una borrachera en Las Vegas. Lamento haberte causado problemas con tu familia.



Escuchar aquellas palabras fue como si le cortaran con un cuchillo. Haberse casado con Kata era lo correcto. Sabía que era así a pesar de lo aterrada y nerviosa que estaba ella ahora. Desde que le puso el anillo, Hunter había esperado que en alguna parte, en lo más profundo de su ser, Kata también supiera que estaban hechos el uno para el otro. Pero ella no podía o no quería admitirlo.

—No es un error. —Se vio forzado a decir, a pesar de todo, mientras la observaba con un reto en la mirada.

Las dos mujeres le ignoraron.

—Kata, no estaba gritándote a ti —aseguró Kimber. Luego se volvió y clavó los ojos en Hunter—. Y tú... Ni siquiera sé por dónde empezar contigo.

La boda no había sido lo que se dice planeada, maldita sea, y no pensaba dejar que Kimber le censurara por no habérselo dicho antes. Aunque bien sabía Dios que su hermana lo intentaría.

—¿Tú te permitías el lujo de criticarme por... por la inusual relación que mantuve con Deke antes de casarnos? ¡Le dijo la sartén al cazo! Deberías aplicarte el cuento ya que apenas conoces a Kata. Por cierto, bonito nombre. Sin embargo, yo soy consciente de que es tu vida.

—Exactamente —gruñó él.

—Sí. Pero está claro que no sabes nada sobre el matrimonio. No es que llevar un año casada me haya convertido en una experta, pero lo que sí puedo decirte es que si Deke me hubiera amenazado de la manera en que acabas de hacerlo tú con Kata, ahora estaríamos discutiendo a gritos en el aparcamiento.

¿Kimber le había oído? Maldición...

Tyler tosió para disimular la risa. Deke apretó los labios y se dio la vuelta en un fútil intento de no estallar en carcajadas. Hunter les obsequió a ambos con una mirada aniquiladora.

Quizá Kimber tuviera razón, pero Kata era independiente y terca. Jamás reconocería que necesitaba ayuda para mantenerse a salvo. No aceptaría su protección por las buenas, a pesar de que podría haber muerto hacía sólo unas horas. Además, cuando él había visto la escena del crimen, había tenido un mal presentimiento. Algunas cosas no tenían sentido.

—Gatita —dijo Deke mirando a Kimber—. A Kata le han disparado y ya sabes cómo somos los hombres cuando se trata de proteger a nuestras esposas.

—Estoy completamente familiarizada con el exceso de testosterona. Pero si le han atacado, lo que necesita son mimos y abrazos, no que la amenacen con atarla a la cama.

—No es la táctica que yo hubiera usado —admitió Deke—, pero...

—Gilipollecés —intervino Tyler de repente—, utilizarías cualquier excusa para atar a Kimber a la cama.

—Eso también es cierto. —Deke contuvo una sonrisa mientras clavaba la mirada en su esposa—. Pero Kata tiene intención de regresar al trabajo antes de que sepamos por qué están tratando de matarla. Si yo fuera Hunter, también haría cualquier cosa con tal de proteger a mi mujer.

—No entiendo por qué debe amenazarla justo ahora, cuando ella acaba de pasar por una experiencia ya de por sí traumática. —Kimber puso los ojos en blanco; parecía a punto de perder la paciencia—. Hunter, ¿puedo hablar contigo un minuto a solas?

El suspiró. La pregunta de su hermana podría interpretarse como «¿podría echarte la bronca por haber sido tan estúpido en privado?». Pero sabía que o la escuchaba ahora, o tendría que



hacerlo más tarde y con intereses. A pesar de todas las diferencias que había tenido con Kimber en el pasado, quería a su hermana. Si ella deseaba hablar con él, estaba dispuesto a oír lo que tuviera que decir.

—¿Estarás bien? Sólo será un minuto —le preguntó a Kata, pasándole suavemente la palma de la mano por la espalda.

—Llevo un rato diciéndote que estoy bien. —Kata puso los brazos en jarras y alzó la barbilla.

Su actitud no ocultó su vulnerabilidad ni lo asustada que parecía; se la veía temblorosa y aturdida. Hunter notó que la preocupación le retorció las entrañas. ¿Por qué era tan terca? Decía que había tenido suficiente de hombres dominantes para toda la vida, comparándole con su padrastro, pero es que él no podía permitirse el lujo de no comportarse así cuando le quedaban tan pocos días para reincorporarse a su unidad y había un asesino suelto.

Hunter asintió con la cabeza.

—Siéntate, cielo. Ahora vengo.

—En cuanto el detective Montrose haya terminado sus preguntas, me voy a casa a dormir.

—No irás sola. No pienso permitir que estés sola antes de que sepamos quién te amenaza. Así que vas a esperarme.

Kata vaciló y Hunter supo que no era eso lo que había pensado hacer. Ese hecho aislado era la certeza final de que protegerla y mantenerla a salvo era la maniobra correcta, incluso aunque a ella no le gustara. Si no la vigilaba alguien, podría morir.

—Esto no ha sido un ataque fortuito —señaló él—. ¿Por qué iba a venir un sicario a la oficina un domingo? Tu coche es el único en el aparcamiento. Ese hombre sabía que estabas aquí, y que estabas sola.

—Pero ¿cómo? Tú eras la única persona que sabía que estaba aquí.

Hunter se irguió en toda su altura. Aquella acusación implícita no era mucho mejor que un puñetazo.

—Estaba en un avión —escupió—, estuve hablando contigo desde el momento en que me diste la dirección de la oficina hasta el instante en que te dispararon. ¿Cómo coño iba a decírselo a nadie? Además, si hubiera sido así, ¿por qué dos minutos después llamaría a Deke para que acudiera a rescatarte?

Santo Dios, se estaba empezando a enfadar muy en serio. No necesariamente con Kata —aunque tampoco es que no fuera con ella—, sino con la situación. Si ella pensaba, siquiera durante un segundo, que él era capaz de enviar a un asesino a darle caza, tenían problemas de confianza mucho más graves de lo que él había pensado.

El pesar cubrió la cara de Kata.

—Tienes razón, por supuesto. No estaba siendo racional. Lo siento. Es sólo que... —Se mordió los labios, conteniendo las lágrimas—. Estoy un poco asustada.

Hunter no quería asustarla más, pero sí que entrara en razón.

—Lo sé. Mi teoría es que este tipo te siguió desde tu apartamento. Quienquiera que quiere matarte, sabe dónde vives. Por eso quiero protegerte. —Miró a los otros hombres para que le apoyaran—. Tyler, Deke, decídselo vosotros, no puede estar sola.

—No, no es aconsejable. —Tyler cruzó los brazos sobre el pecho, frente a Kata, bloqueándole eficazmente el camino al aparcamiento—. Hunter tiene razón, cariño.



A Hunter no le gustó nada que otro hombre se dirigiera a su esposa de manera afectiva, pero antes de que pudiera actuar, Kimber le agarró por el brazo y le arrastró para poder hablar a solas.

—Pero ¿es que no te escuchas cuando hablas? —siseó ella.

—Bueno, es un hecho irrefutable. No puede irse sola a casa hasta que sepamos que es seguro.

—Tal vez, pero es la manera en que lo dices. —Kimber le golpeó la frente con la palma de la mano—. Hunter, puede que a veces parezcas estúpido, pero sé que jamás te habrías casado con nadie, y mucho menos con una total desconocida, a menos que estuvieras seguro de que es la persona adecuada.

Que Kimber hubiera ido directa al meollo del asunto no debería sorprenderle, su hermanita era muy lista.

—Exactamente. Así que voy a proteger a Kata.

—Sé que eso es lo que pretendes —le dijo Kimber en voz baja— pero tienes que pensar las cosas con más cuidado. La has escuchado, ¿verdad? Kata considera que el matrimonio fue un error y no quiere verse intimidada ni por ti ni por nadie.

Sí, vaya una sorpresa. Kata había luchado contra él desde el mismo momento en que prendieron fuego a las sábanas. Necesitaba conocerla mejor, consolarla, conseguir que sintiera por él lo que él sentía por ella. El primer día de su matrimonio había sido un desastre; comenzando por el detalle de que cuando despertó Kata no recordaba que estaban casados. Desde ese momento, todo había ido de mal en peor. Saber que ella corría peligro hacía que tuviera los nervios de punta.

—Si lo que quieres es que Kata sea feliz y que tu matrimonio funcione, no puedes atropellarla como si fueras un camión —le advirtió Kimber—. Papá lo hizo durante años con mamá y mira cómo acabaron.

Hunter se apartó inconscientemente.

—Nosotros no nos parecemos en nada al Coronel y a Amanda. No pienso renunciar a este matrimonio sin luchar.

—Eres un maldito idiota. Nuestros padres se separaron porque papá se comportaba como tú estás haciendo ahora. Piénsalo. Como mantengas esta actitud avasalladora acabarás arrepintiéndote. Lo único que conseguirás es que Kata huya de ti tan rápido que ni siquiera te enterarás.

—¿Conoce a alguien que quiera matarla?

La pregunta del detective Montrose reclamó de nuevo la atención que Kata había concentrado en Hunter hasta ese momento. ¿Sobre qué estaría discutiendo con su hermana mientras Deke y Tyler se acercaban para poner la antena? Parecía como si ella le estuviera metiendo en cintura y, predeciblemente, él no diera el brazo a torcer. Kimber no había dado ninguna indicación de que desaprobara la elección de esposa que había hecho Hunter, pero...

Kata apartó la mirada. Daba igual si le gustaba o no a su familia. Hunter y ella no iban a estar casados el tiempo suficiente como para que le importara su opinión. Pero tenía que admitir que Kimber le había caído bien. Y ver cómo Hunter recibía una zorra verbal de su muy embarazada hermana, la hacía sonreír. Que él permaneciera allí quieto, escuchando lo que ella tenía que decirle... Sin duda, Gordon jamás habría tolerado aquel tipo de actitud de ninguna mujer.



El detective cuarentón se quitó las gafas de sol. El húmedo calor reinante aquel mes de mayo hacía que estuviera sudoroso.

—¿Señorita Muñoz? —reclamó su atención.

—Lo siento. ¿Me ha preguntado si sé de alguien que quiera matarme? Sí. Como ya he dicho, soy agente de libertad condicional, así que probablemente haya más de uno. Pero debería anotar el nombre de Cortez Villarreal. Es mi principal sospechoso; pertenece a la organización de los *Gansters Disciples*. Ya pesa una orden de arresto sobre él.

El detective hojeó sus notas.

—Cierto. Me informaré de si lo hemos detenido. —Sacó el móvil de la funda del cinturón y marcó un número—. Ponme con Boudreaux. Sí, esperaré. —Entonces la miró otra vez—. ¿Algún sospechoso más?

Ella revisó mentalmente la lista de reinsertados a su cargo. No le llamó la atención nadie más.

—Creo que no.

—¿Algún miembro de su familia? ¿Algún enemigo?

Sin duda su padrastro no le tenía demasiado aprecio, pero Gordon nunca había sido violento; sólo un capullo manipulador con un agujero en el lugar donde debiera tener el corazón. Negó con la cabeza.

—¿Un antiguo amante?

El único que tenía alguna razón para estar enfadado con ella era Ben, pero no se había mostrado celoso cuando supo que se había casado con Hunter, sólo le había molestado que se negara a mantener relaciones sexuales con él. Se disculparía en un par de días, cómo hacía siempre que discutían. A pesar de haber sido militar, Ben no era demasiado agresivo.

—Definitivamente no.

Montrose tomó nota.

—Nos ha dicho que no había visto antes a su asaltante. ¿Está segura?

—Sí.

—¿Existen posibilidades de que esté relacionado con Villarreal?

Ella encogió los hombros.

—Supongo. Cuando le encierren, deberían comprobar sus huellas dactilares.

El detective asintió con la cabeza.

—Es la manera más fácil de saber si tiene antecedentes. El sospechoso debería estar ya en comisaría. Lo preguntaré tan pronto como... —De repente, sonó el móvil, reclamando su atención—. Sí, Armand. ¿Está ahí Cortez Villarreal?... Sí, se le ha terminado el permiso. —Un momento después, maldijo por lo bajo—. No es posible. Háblame sobre el tipo que acaba de ingresar acusado de intento de asesinato, mira los antecedentes... —El detective frunció ceño—. ¿Qué? —Luego pareció quedarse completamente anonadado—. ¡Joder! ¿Cuándo? —El detective cerró los ojos y suspiró—. Manténme informado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella con impaciencia, notando un doloroso nudo en el estómago—. ¿Se ha escapado?

Montrose cerró el teléfono de golpe y la miró indeciso.

—¿Tiene algún lugar adonde ir? Me refiero a un sitio seguro.



«A casa.» En aquel momento pensar en una ducha caliente antes de meterse en la cama sonaba celestial... Pero la advertencia de Hunter y el repentino nerviosismo del detective hicieron que Kata se lo planteara de nuevo.

—¿Qué ha ocurrido?

—El hombre que la ha intentado matar fue apuñalado en su celda. Un trabajo desde dentro. Muy profesional.

Kata comenzó a temblar.

—¿Está muerto?

Montrose asintió con la cabeza y bajó la vista a las gafas de sol que sostenía entre los dedos antes de mirarla con serios ojos oscuros.

—Quien vaya detrás de usted, se ha molestado mucho para no dejar cabos sueltos. Va en serio.

Hunter tenía razón; aquel ataque no había sido fortuito. De hecho, su atacante había llegado a admitir que era un encargo. Alguien le había contratado. Pero ese alguien también se había ocupado de él antes de que pudiera hablar con la policía.

—Aún no tenemos la identidad del agresor. No hay nada que lo relacione con los *Gansters Disciples* ni con otra banda, lo que no quiere decir nada, quizá asesinarla a usted habría sido su iniciación o...

—Parecía demasiado mayor para ser un chico de las calles. El policía suspiró.

—Bueno, cualquiera sabe... Tome precauciones y alójese en algún lugar seguro durante unos días.

«¿Mierda?» Pero ¿dónde? Kata comenzó a temblar de nuevo y se sentó en la silla intentando tranquilizarse. Alguien quería verla muerta... y pronto.

Una cosa era evidente. No podía ir a casa de Marisol sin poner en peligro a su hermana y a sus sobrinos. Tampoco podía ir con su madre. Gordon la tomaría con ella si aparecía por allí sin avisar para quedarse. Después de todo lo que su madre había sufrido, Kata no quería causarle problemas. Además, cuanto más lejos estuviera de Gordon, mejor.

¿En dónde la dejaba eso? ¿Debía recurrir a su hermano Joaquín? ¿Seguiría en Houston? No tenía ni idea. El año anterior había mantenido en secreto su paradero, y dudaba que se lo fuera a decir ahora. Joaquín era como un fantasma para ellos.

Suspiró y se pasó la mano por el pelo. No podía poner en peligro a Ben; su relación había sido superficial y conveniente, nada más. Quizá pudiera coger el arma, un poco de dinero en efectivo y esconderse una temporada hasta que las cosas se apaciguaran. Pero si, como parecía, habían ido a por ella, el asunto no se resolvería hasta que quien quisiera verla muerta lo hubiera conseguido. Algo que no tenía intención de permitir.

Por los retazos de conversaciones que había escuchado durante las últimas horas, Kata había llegado a la conclusión de que Deke y un tipo llamado Jack, que ahora se encontraba de viaje, eran propietarios de una empresa de guardaespaldas privados. Tyler, que había sido detective de homicidios, les echaba una mano de vez en cuando. ¿Podría contratarles para que la protegieran? Era posible... pero todos ellos eran amigos de Hunter y harían lo que él dijera.

Todo ello la llevaba de nuevo a su nuevo e inesperado marido. Pero, si le pedía ayuda, ¿lo consideraría como algún tipo de consentimiento tácito para hacerse con el control de su vida? Quizá estuviera siendo paranoica, pero había visto a Gordon demasiados años en acción y Ben ya le había advertido que a Hunter le gustaba dominar. Los dos parecían no comprender el



significado de la palabra «no» y poseer un talento natural para manejar todo a su antojo, sobre todo a las mujeres.

Quizá no fuera justa al comparar a Hunter con su padrastro. Kata sabía que la noche anterior no había sido demasiado magnánima con él y su marido no se comportaba como era habitual en Gordon.

«Eres tan hermosa, cielo.» La voz de Hunter resonó en su cabeza. No, ésa no era la manera en que Gordon le hablaba a su madre.

Lanzó una mirada a Hunter. Estaba erguido, concentrado; su postura y su cuerpo eran los de un guerrero. Era perfectamente capaz de mantenerla apartada de cualquier peligro. Embrujadores recuerdos de sus grandes manos calentándole la piel, separándole los muslos, amenazando con atarla a la cama, la inundaron. Había llegado a ella a todos los niveles, de una manera que no había conseguido ningún hombre con anterioridad.

Aun así, no vaha la pena morir por no ceder a la vulnerabilidad y al miedo que la hacía sentir.

—¿Tiene algún sitio al que ir? —preguntó de nuevo Montrose en voz baja, interrumpiendo sus pensamientos.

«¿Dónde no tuviera que dormir con un ojo abierto y un arma bajo la almohada?»

—No, pero Hunter sí.

Apretando el volante del todoterreno de Tyler, Hunter se concentró en el escaso tráfico que había en Lafayette ese domingo por la mañana. El sol brillaba, los pájaros cantaban, la gente comía helados en las esquinas. Y la furia que burbujeaba en su interior estaba a punto de hacerle perder la compostura.

Algún capullo quería matar a su esposa. Ese era el resumen, pero la conversación con el detective Montrose empeoraba todavía más el asunto.

Su único consuelo era que ella había recurrido a él para que la protegiera. Aquella mujer terca confiaba en él. Era un buen punto de partida... Y lo utilizaría en cuanto hubiera terminado con aquello que amenazaba su vida.

—Has actuado bien al permitir que te protegiera —le aseguró—. Yo me encargaré de todo.

Kata negó con la cabeza; el largo pelo negro le rozó los brazos y el nacimiento de los pechos que él recordaba haber saboreado. Todavía tenía los labios hinchados y los ojos irritados y pesados por la falta de sueño. La adrenalina que la había sostenido antes ya había agotado su energía, pero a pesar de que había recurrido a él, Kata se negaba a mostrar debilidad.

Su propia adrenalina todavía bullía en su sangre. En lo único que podía pensar era en cargarse al bastardo que quería hacer daño a Kata. O en acostarse con ella. Quería hacer ambas cosas, pero parecía que iba a tardar en lograr cualquiera de las dos.

—Aprecio mucho tu ayuda, pero quiero dejar claro algo. —Se volvió hacia él en el acogedor interior del vehículo con una mirada de advertencia—. He recurrido a ti porque no estoy segura de que pueda solucionarlo sola, pero no me gusta que seas tú el que se encargue de ello.

Tanto monta, monta tanto. Ella no tenía experiencia en esa clase de asuntos y él no pensaba permitir que Kata corriera peligro por culpa de aquel terco orgullo. La dejaría decorar la casa como quisiera, ponerle el nombre a las mascotas, elegir dónde ir de vacaciones; pensaba delegar en ella



multitud de temas a lo largo de su matrimonio, pero sería él quien se encargaría de todo lo referente al sexo y a su seguridad.

Con las palabras de Kimber resonando todavía en sus oídos, y el abandono de Kata de esa mañana enlazando un bucle sin fin en su cerebro, Hunter deseó poder permitirse el lujo de desistir. Pero no podía hacerlo, aunque tal vez fuera capaz de encontrar una manera suave de hacerle ver su lógica.

Hunter asintió con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Qué habías pensado?

La expresión de Kata decía que ésa era una cuestión que no se había planteado todavía.

—S-supongo que lo mejor será buscar refugio en algún sitio, al menos hasta que la policía haya atrapado a Cortez Villarreal.

—Yo conozco el lugar adecuado.

Lo más probable es que a Logan no le entusiasmara la presencia de un extraño en sus dominios, pero no diría nada. Si Hunter estaba seguro de algo era de que su hermano habría hecho lo mismo en su lugar. El apartamento de Logan era tan seguro como un bunker. Hunter utilizaría las especiales instalaciones de su hermano según surgiera.

—Bien. —Ella asintió con la cabeza; parecía aturrida y a punto de llegar al límite de sus fuerzas—. Te lo agradezco. En cuanto tenga la mente clara, me ocuparé de todo, pero por ahora creo que lo más prudente será esconderme. Casi nadie sabe que estamos relacionados, en especial alguien como Cortez Villarreal.

—Hablando de eso... —Hunter deseó no tener que comentar ahora ese tema, pero era demasiado importante para pasarlo por alto—. Pensémoslo detenidamente. El asesino te dijo que le habían contratado, no que eran órdenes de su jefe. Por lo que dijo el detective, no llevaba ningún tatuaje que le identificara como perteneciente a los *Gansters Disciples*, lo que me lleva a pensar que no se trataba de un hombre de confianza de la organización, sino de un auténtico asesino a sueldo.

Kata se echó hacia atrás repentinamente, parecía todavía más pálida. Era evidente que no se había permitido pensar en el asunto hasta ese momento.

—Pero... si eso es cierto, ¿por qué no me dio cuando disparó? ¿Cómo me libré?

A pesar de que no quería preocuparla más, tenía que continuar.

—Supongo que es porque le diste más trabajo del que esperaba y le pillaste desprevenido. Era un profesional. Cuando Deke le registró, encontró una SIG 232. Tenía el cañón roscado, así que podría haberle puesto un silenciador si hubiera sido necesario. De hecho, llevaba uno en el bolsillo. Estamos hablando del mejor instrumental. Pero eso no quiere decir que alguien de los Gansters no pudiera...

—Aunque es improbable. —Le tembló la voz, luego cerró los ojos y respiró hondo—. ¿Qué más? Noto en tu voz que ahí no acaba todo.

«Chica lista...» Le habían pasado un montón de cosas durante las últimas veinticuatro horas: sexo maratónico, una boda inesperada, una resaca de campeonato y un intento de asesinato. Aún así, Kata estaba temblorosa pero no derrotada. El respeto que sentía por ella se incrementó todavía más.

Hunter intentó decírselo de la manera más suave posible.



—Por lo general los asesinos son como fantasmas. Intentan que todo resulte lo más «limpio» posible, investigan a su víctima y le disparan con un rifle de precisión desde larga distancia. Cuanto más se acerca un asesino al blanco, mayor riesgo corre de ser visto e identificado y, por tanto, de poner en peligro la misión. Pero si la persona que le contrata quiere lanzar una advertencia a alguien yendo a por ese blanco, cuando contrata al profesional le dice que tiene que representar una «función».

—El tipo que me persiguió... estaba actuando. —Kata no lo preguntaba; lo sabía. Tragó saliva compulsivamente.

—Sí. —«¿Por qué si no se había acercado a ella en la oficina, con el arma sin silenciador, en vez de buscar un lugar donde apostarse en la torre de apartamentos al otro lado de la calle y esperar a que ella saliera al aparcamiento?» Quien la hubiera atacado quería que fuera una declaración pública de intereses. Eso le llevaba a preguntarse por qué y quién estaba detrás.

Todo ese episodio podía estar relacionado con una venganza por la manera en que Kata había afectado al comercio de droga de los Gansters. Pero había algo que no encajaba. Ya existía un orden de arresto sobre Villarreal, ¿por qué liar más las cosas y cabrear a la policía? Había muchas maneras de dar ejemplo sin gastar tiempo y dinero contratando a un asesino.

«Maldición.»

—Tenemos que averiguar quién querría hacerte esto.

—No hago más que darle vueltas, pero...

—No quiero que te preocupes por ello, cielo. Estás exhausta. Duerme un poco. Hablaremos dentro de unas horas.

—¿Horas? Mi apartamento está en las afueras de la ciudad. Tengo que coger unas cuantas cosas antes de que vayamos a ningún sitio.

Hunter giró el volante para coger la 149.

—No pararemos en ningún sitio. Nos vamos a Dallas.

—¿Y mi maleta? Estaba en el maletero de mi coche. ¿Le dijiste a Tyler que te la diera antes de que se lo llevara?

—No. Alejarte de allí era lo más importante.

Kata parecía perdida y frustrada. Hunter entendía que estuviera enfadada con la situación, pero no con él. Sin embargo él era lo que tenía más a mano para dar salida a su irritación. Deseó que no se fatigara innecesariamente, aunque Kata no era un soldado adiestrado para contener sus emociones centrándolas en algo útil.

—Necesito mis vitaminas, un cepillo de dientes...

Él la miró fijamente.

—¿Alguna de esas cosas es más importante que tu vida?

Kata suspiró.

—No.

—Te compraré de todo cuando lleguemos al apartamento de mi hermano.

—Necesito ropa interior limpia.

Hunter intentó distraerla con una picara sonrisa.

—Querida, si me salgo con la mía, no tendrás necesidad de volver a usarla.



Kata puso los ojos en blanco e intentó que pareciera que estaba molesta, pero él percibió el sonrojo que le coloreó las mejillas.

—No haces más que pensar en el sexo.

—Cuando tú estás conmigo, sí.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, pero no pudo impedir que Hunter viera que se le habían erizado los pezones.

—Tenemos cosas más importantes que hacer, ¿sabes?

—Por desgracia, lo sé. No te preocupes, cielo.

Kata cerró los ojos durante un momento y pareció perder algo de rigidez.

—Es difícil no hacerlo.

Hunter hizo una mueca. Cada vez que comenzaba una misión, tenía muy claro que el enemigo intentaría matarle si él no conseguía hacerlo antes. Sabía que algunas de esas figuras oscuras de su pasado habían querido acabar con él. Pero, o bien se habían dado por vencidos, o Hunter se había asegurado de acabar con ellos. A Kata era la primera vez que le ocurría y estaba muy asustada.

Por eso, intentó no presionarla.

—¿Has hecho planes para después de esta noche? ¿Tienes pensado cómo vas a deshacerte de esta amenaza? —Hunter dudaba que hubiera planeado nada. Y si fuera así ya la convencería, pero antes necesitaba que ella lo admitiera para que él pudiera asumir el control, o Kata se enfadaría.

—C-creo que me pondré en contacto con algunos de mis amigos de la policía, por ejemplo Trey, y que me cuente lo que ha oído. Si esto no es cosa de Villarreal, tengo que saber quién está detrás... —Kata hizo una pausa, parpadeó y le observó con el ceño fruncido antes de mirar hacia fuera.

Él llegó a ver las lágrimas en sus ojos.

Hunter odiaba que su esposa, tan determinada y sexy, estuviera a punto de desmoronarse. Cuando averiguara quién era el cabrón que la amenazaba, éste tendría suerte si podía respirar una sola vez más.

Ella exhaló un suspiro tembloroso.

—Pero... No puedo esperar a que le detengan o consigan pruebas para recuperar mi vida. Dios, jamás me había sentido tan indefensa, y no pienso empezar ahora.

Tan feroz como inconformista. Sin duda, Kata iba a darle interés a su vida durante los próximos cincuenta años.

Hunter le cogió la mano.

—No lo estás. Ni mucho menos.

—Mírame —se mofó Kata—. Estoy nerviosa y confundida. No sé qué hacer. Tengo que tomar decisiones.

—¿Vas a permitir que te maten?

Ella se quedó mirándole boquiabierta, como si él hubiera perdido el juicio.

—¡Ni de coña!

—Buena chica. Algunas personas se rinden, no saben cómo actuar; se dan por vencidas y esperan lo inevitable.

—No es inevitable.



Hunter sonrió. Le gustaba verla animada otra vez.

—Si peleas, no lo es. Y tú, cielo, eres una luchadora nata. Pero tienes que darte cuenta por ti misma. Yo ya lo sé; hoy has vencido a un profesional. Estoy muy orgulloso de ti.

Kata esbozó una sonrisa antes de volver a ponerse seria.

—Pero además de pelear, no sé qué más hacer. Alguien quiere matarme.

—Deke y su socio, Jack, nos ayudarán a averiguar quién está detrás. Hasta que obtengan esa información, preferiría no confiar en ninguno de los polis que conoces. Te apuesto lo que quieras a que alguno de ellos estaba hoy de servicio, justo cuando detuvieron a tu atacante. Y alguien le asesinó. Hasta que sepamos lo que está pasando, no quiero involucrar a nadie.

—Pero son mis amigos. Jamás...

—¿Estarías dispuesta a confiarles tu vida?

Kata vaciló y se mordió el labio inferior.

—No, pero ¿por qué debería confiársela en Deke y Jack?

—Porque yo sí pondría la mía en sus manos. —Hunter alargó el brazo y entrelazó sus dedos—. Cielo, una vez que sepamos quién es el responsable de esto, actuaremos. Si esperamos a que sea él quien lleve la voz cantante, estaremos a su merced. Una vez que lo averigüemos, lucharemos contra él, pero seremos nosotros quienes dictemos los términos y el momento; los que le haremos mantenerse en guardia. Entonces se volverá negligente y cometerá errores. Le estaremos esperando.

—¿La mejor defensa es un buen ataque?

—Exacto. ¿Te sientes ya más optimista y confiada?

—No me queda otra opción.

Y era cierto; Hunter se sintió orgulloso de ella por admitirlo. Saber que aquello era cosa de un profesional habría provocado el pánico en la mayoría de las mujeres. Pero Kata había conseguido mantener la calma. Había admitido su impotencia para seguir la pista a un asesino y escuchado a la razón. Incluso cuando más vulnerable se sentía, se había negado a quedarse de brazos cruzados.

Hunter no estaba dispuesto a ceder en nada, no dejaría de protegerla ni renunciaría a su matrimonio. No había perseguido a Kata hasta allí para permitir que se le escabullera entre los dedos. Apretó con fuerza el volante. Kata se movió sobre el asiento y se acercó más, hasta que apoyó la cabeza en su hombro. Cuando la rodeó con un brazo, ella se acurrucó todavía más cerca, haciendo que el corazón le diera un vuelco. Aquella mujer lo era todo para él. ¡Joder! Sólo tenía una semana... Ese era el tiempo del que disponía para salvarle la vida y conseguir que se enamorara de él. Fracasas no era una opción.



CAPÍTULO 08

Era casi medianoche cuando Hunter aparcó el todoterreno de Tyler frente al apartamento de Logan, al noreste de Dallas. Había sido un día duro tras una noche aún más azarosa, pero era capaz de pasar muchas horas sin dormir. Incluso días si tenía que hacerlo.

Miró a Kata, acurrucada a su lado y apoyada beatíficamente en su hombro. No le gustaba ver sus ojeras ni que se hubiera negado a cenar cuando se habían detenido en el trayecto. Durante el viaje, Kata apenas había abierto la boca.

Hunter se había negado a dejarle usar el móvil para ponerse en contacto con su familia, en especial para decirle dónde iba y con quién estaba. Después de que le hubiera explicado que su aparato podía estar intervenido, Kata se sintió frustrada pero renunció a ello. En su lugar, usó un teléfono público para llamar a Mari, asegurarle que estaba bien a pesar de lo que pudiera escuchar en las noticias, y para avisar a su madre. Luego llamó a su jefe para pedir la semana libre. Después, ya en el interior del todoterreno, la vio llevarse las rodillas al pecho y fijar la vista más allá del parabrisas con la mirada perdida, como si fuera un caparazón vacío. ¡Joder!, él haría cualquier cosa con tal de borrar esa expresión de su cara. Cuando atrapara a aquel hijo de perra que la amenazaba, le haría comerse sus propias pelotas.

Pero antes tenía que encargarse de su esposa.

La sacudió suavemente para despertarla.

—Ya hemos llegado, cielo.

—Hmm. —Ella agitó las pestañas y separó los labios.

Al verla se puso duro al instante. Conteniendo el deseo de besarla hasta que se aferrara a él, empapada, y de hundirse profundamente en su sexo hasta sentir aquella intensa conexión que surgía entre ellos, se movió y le apartó el pelo de la cara.

—Ahora te abro la puerta. Recoge tus cosas.

Por fin pareció que ella escuchaba sus palabras. Se puso derecha y cogió el bolso.

Hunter saltó del todoterreno y se vio envuelto por la noche húmeda y calurosa mientras rodeaba el vehículo para abrir la puerta de Kata. Antes de que ella pudiera protestar, la alzó en brazos.

Ella abrió los ojos como platos.

—Déjame en el suelo.

—No me arruines la diversión.

Una sonrisa, que ella intentó ocultar, atravesó su expresión de cansancio.

—Llevarme en brazos no puede ser tan divertido.

—Te equivocas. Me gusta tenerte entre mis brazos. —La alzó un poco más al tiempo que inclinaba la cabeza y le robaba un beso suave.

Sus labios sabían a menta y a vestigios del batido de vainilla que él había conseguido que tomara hacía más de cien kilómetros. A pecado. Kata siempre sabía así, estaba hecha para eso. Y Hunter quería compartirlo con ella otra vez.

—Soy perfectamente capaz de caminar —insistió ella. Pero a la vez que protestaba le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la frente en su hombro.



—Sí, y me encanta la manera en que caminas, meciendo las caderas, bamboleando el culo. Hmm...

Ella suspiró.

—Es agradable saber que miras mi culo tan de cerca.

Un momento de dulce armonía fluyó entre ellos, y la satisfacción se enroscó en el vientre de Hunter mientras se reía.

—Te miro de arriba abajo, cielo. Créeme, es un placer para mí.

Llegaron a la puerta del apartamento de Logan. A regañadientes, Hunter dejó a Kata en el suelo del pequeño porche. Su hermano no iría por allí hasta dentro de dos días y Hunter mentiría si dijera que no estaba deseando disfrutar de ese tiempo a solas con su esposa. Como luna de miel no era ninguna maravilla, pero la resarciría en el siguiente permiso.

De momento, tendría que conformarse con eso.

Vaciló mientras cogía la llave y la insertaba en la cerradura, esperando que el gusto decorativo de Logan hubiera mejorado durante el año anterior. Aunque no apostaba por ello.

Abrió el cerrojo y marcó el código en el teclado de la alarma para que no sonara. Había otra comprobación que hacer antes de entrar: una tomografía de la huella del pulgar; el sensor estaba ubicado justo debajo del timbre. La puerta se abrió finalmente unos segundos después.

—¡Oh, Dios mío! ¿Tu hermano es un poco paranoico?

Hunter contuvo una sonrisa.

—También es SEAL. Cielo, cuando alguien tiene un trabajo como el nuestro, hace algunos enemigos. Vale la pena ser precavido.

Kata se detuvo antes de cruzar el umbral.

—Entonces, no le gustará que yo esté aquí.

—Ahora formas parte de la familia. Entra.

Presionó la mano contra el hueco de su espalda para que accediera a una habitación donde reinaba una negrura absoluta. Apenas habían dado un paso en el interior cuando un agudo pitido resonó en sus oídos. Hunter la cogió del codo y la obligó a apretarse contra la pared, luego cerró la puerta.

—Quédate aquí. Logan ha activado los sensores de movimiento.

El insistente sonido de la alarma era mortal para el dolor de cabeza que tenía, pero se dirigió a la centralita de la alarma y pulsó el código. El agudo pitido se interrumpió de inmediato. Por fin, bendito silencio.

—¿Hay luz en este lugar? —dijo Kata con voz temblorosa.

El volvió a activar la alarma exterior y se acercó a Kata para rodearle la cintura con el brazo y guiarla a través de la oscuridad. No encendía las luces a propósito. Ya vería el lugar por la mañana. No había necesidad de añadir más impresiones a las que ya había recibido en ese alocado día.

—No es necesaria. Pégate a mí, yo te guiaré.

Ella caminó con vacilación, arrastrando los pies.

—¡Espera! Voy a tropezar y...

—Tienes que confiar en mí, cielo. ¿Crees que dejaría que te ocurriera algo?



Kata vaciló. Hunter supo justo en qué instante se daba cuenta de que si la protegía contra quien la quería asesinar, impediría que se hiciera daño en una habitación a oscuras.

Notó que se relajaba.

—No, pero...

—Nunca —la interrumpió él. No importaba lo que pensara decir. Tenía que aceptar la verdad—. Jamás dejaría que te pasara nada. Debería ponerte el culo rojo sólo por pensarlo.

El resoplido de Kata se dirigió directamente a su miembro. Estar sentado junto a ella durante horas, inundado por el aroma suave y femenino que flotaba en el habitáculo del todoterreno, mientras ella descansaba confiada contra su costado con la mano apoyada en su muslo, le había excitado hasta más no poder.

—No puedes decir eso. Que no se te ocurra ni siquiera pensar que vas a zurrarme —gruñó. Hunter sonrió en la oscuridad.

—¿Qué no se me ocurra? Cielo, apenas puedo esperar.

—Deja de intentar mantenerme en la ignorancia, obligándome a confiar en ti a cada rato, sólo... para...

Hunter notó el temblor de su voz. La noche anterior no esperaba tener el control. Por derecho aquello correspondía a Ben, que era vainilla total; así que él había ido dispuesto a pasar un buen rato y nada más. Pero entonces, su amigo se emborrachó y él sintió un impulso posesivo que le había hecho cambiar todos los planes. En aquel momento no hubiera podido guiarla en ninguna escena de Dominación y sumisión, pero allí, a solas, sí. Apenas lograba contener la ansiedad de enseñarle exactamente cómo quería desafiarla.

Dieron unos pasos más y la hizo pasar al dormitorio principal, activó los sensores de movimiento de la sala y cerró la puerta del dormitorio. Entonces encendió la luz. Un brillante fulgor se derramó sobre la colcha en tonos grises de diseño moderno. El cabecero de la cama estaba tapizado en color negro y destacaba contra la pared también gris, entre dos ventanas verticales cubiertas con persianas. El conjunto lo completaban un tocador, mesillas de noche a juego y una alfombra de lana —todo negro—, que contribuían a hacer más pesada la atmósfera de la estancia. El único toque de color era el suelo de madera de cerezo del Brasil y la foto de boda de Kimber. ¿El resto? Agobiante e impersonal, muy del gusto de Logan.

Hunter se preguntó para sus adentros cuánto tiempo le llevaría a Kata reparar en las cadenas que colgaban a ambos lados del cabecero.

—¡Guau! —Kata desplazó la mirada de un lado a otro de la habitación de una manera casi frenética—. ¿Este es el dormitorio de tu hermano?

—Acogedor, ¿verdad? —dijo Hunter tras asentir con la cabeza.

—Si tú lo dices...

Logan llevaba años jodido. Y su estado mental empeoraba con el tiempo a pasos agigantados. Otra razón más para que su hermano y él mantuvieran una conversación íntima. No es que él no comprendiera las oscuras necesidades de Logan, en ese tema tenían bastante en común, pero últimamente su hermano se comportaba como si hubiera caído en un pozo sin fondo del que no pudiera salir.

En vez de darle a Kata más tiempo para que viera algo que no quería que viera, Hunter la empujó hacia el cuarto de baño. Al menos allí el ambiente estaba aligerado por el revestimiento de mármol travertino que decoraba las cornisas, los cajones y las esquinas negras.



—Mi hermano tiene... un pequeño problema de gusto en cuestión de decoración.

O simplemente, el negro era el color que mejor se correspondía con su estado de ánimo. Pero, ¿para qué darle más vueltas al tema?

—Deja que te prepare un baño caliente, cielo.

Hunter abrió el grifo y puso el tapón en la bañera sin esperar respuesta. Debajo del lavabo encontró una toalla y una esponja y los puso sobre la encimera. Rebuscó en los cajones donde encontró un cepillo de dientes sin estrenar y un peine nuevo.

Luego se volvió hacia Kata, que miraba a cualquier sitio menos a él. Aquella actitud evasiva tenía que finalizar, en especial ahora, cuando él se moría por volver a conectar con ella. Con el tiempo, se acostumbraría al matrimonio y a él... Y cuando lo consiguiera, pasaría al plan B.

Respiró hondo. Sí, tenía que andarse con tiento si quería conseguir que confiara en él, sobre todo considerando lo que le había dicho. No permitiría que levantara barreras entre ellos.

«Tienes que empezar como tengas intención de seguir.»

—Gracias —murmuró ella, acercándose a la puerta en un gesto inconsciente para que él saliera.

Hunter se interpuso en su camino.

—De nada. Desnúdate.

Kata abrió los ojos como platos.

—¿Perdón?

Aquella frívola respuesta no interesaba a Hunter; pero la esperaba y se ocuparía de ello. Pero Kata no pudo ocultar la dilatación de sus pupilas y el rubor de sus mejillas. Aquellas reacciones involuntarias hablaban de deseo y eso le ponía a cien. Hunter le dirigió una mirada dura, que fijó en su rostro durante un rato mientras invadía un poco más su espacio personal.

A Kata se le erizaron los pezones en respuesta. La vio tragar saliva, incapaz de mirarle a los ojos.

Definitivamente sumisa. La noche anterior él lo había sospechado, a pesar de la manera en que ella se había revelado una y otra vez. Pero entonces Kata no era suya para experimentar o reclamar. Ahora, en cambio, todo era distinto. Hunter pensaba asegurarse de que ella comprendía exactamente quién y qué era él, y se ocuparía de liberar a la sumisa que ocultaba en su interior. Estaba seguro de que Kata jamás había confiado lo suficiente en un hombre para permitirse tal cosa.

Su esposa tenía algunos serios e imprevistos problemas con el control. Pensaba acabar con ellos. Sí, de acuerdo, una sumisa siempre podía negarse, pero sospechaba que ella sólo necesitaba tener la certeza de que él no quería un felpudo; de que no quería cambiarla. La ayudaría a comprender esos anhelos secretos y le enseñaría a pedir lo que tenía miedo de desear.

—Es una orden, querida, no una petición. —Hunter mantuvo la voz baja, engañosamente suave—. Estoy esperando.

Ella vaciló y él percibió el millón de pensamientos que revolotearon en su cabeza. Deseo, cólera, exasperación cruzaron vertiginosamente por aquellos hermosos rasgos. Al final vio que alzaba la barbilla y cruzaba los brazos sobre el pecho.

Sumisa o no, no acataría órdenes sin luchar. El contuvo una sonrisa.



—No me hagas esto ahora, cuando estoy exhausta y asustada —murmuró ella—. Sé que quieres ejercer tu dominación, o lo que sea, pero ¿por qué por algo tan insignificante como un baño?

Aquella no era una pregunta injustificada, puesto que ella no comprendía lo que hacía ni a su manera de comportarse. Notó un intenso dolor en el pene; la impaciencia le impulsaba a acercarse a su mujer, derribar sus defensas y obligarla a someterse a él, pero aquél era su problema. Kata merecía respuestas.

—Todo lo tuyo me concierne a mí. Eres una chica lista y estoy seguro de que a estas alturas sospechas que no sólo soy dominante, sino que soy un Amo.

¿A eso se refería Ben? Kata no estaba segura de qué quería decir. ¿Que deseaba atarla y zurrarla? ¿Que le gustaría jugar con ella al amo y la esclava?

Un dolor prohibido comenzó a latir con insistencia en su clítoris. Intentó ignorarlo. No cabía ni la más mínima posibilidad de que renunciara a una pizca de su independencia, ni siquiera en el dormitorio, sólo porque él lo dijera.

Comenzó a pensar en cómo escapar de aquel mini Fort Knox.

—No conmigo. ¡Ni de coña!

La cara de Hunter reflejaba cólera y decepción, junto con una buena dosis de cansancio. Kata notó una punzada de culpa, que ignoró, al observar la determinación de Hunter por explicarle las causas. Podrían estar ya en la cama, durmiendo como tanto necesitaban, sin embargo él insistía en presionarla. No había manera de que ella fuera su felpudo, sobre todo después de lo que había visto durante los últimos años. Prefería que le dispararan un tiro antes de soportar lo que su madre había aguantado bajo la autoridad de Gordon.

Hunter podía atarla con cualquier nudo imposible si quería hacerlo, Dios sabía que disponía de la fuerza, la inteligencia y los cojones, así que ella tenía que mantener la sangre fría. Intentó retroceder un paso.

El la cogió de la mano y le rozó suavemente el dorso con el pulgar en una caricia que resultó inesperadamente tranquilizadora.

—Kata, yo soy así. Mis exigencias no tienen más finalidad que darte lo que necesitas. Pero al hacerlo, yo también obtengo lo que más ansío. Esta noche, lo que quiero es que te relajes en la bañera mientras te doy un masaje hasta que desaparezca la tensión de tus músculos y puedas alcanzar un estado físico y mental óptimo para dormir. —Encogió los hombros—. Así podré tener la seguridad de que dormiré sabiendo que estás sana y salva.

«¿Eso es todo?» Kata le miró con suspicacia. «¿Tenía que creer que todo aquello era sólo por su bien? ¿Y qué pasaba con lo que él obtenía al dominarla? ¿Se sentiría más fuerte al ejercer su poder sobre ella?»

—¿Por qué no me dices eso en vez de darme órdenes?

—Parte de lo que necesito como dominante es que tú confíes en mí, así que no te daré más explicaciones a menos que estés realmente preocupada y asustada. Necesito que te pongas en mis manos, que te sometas a mí por completo y que sepas que todo lo que hago es por ti. Sé que lo considerarás un reto. La sumisión no te resultará fácil.

«¿No será fácil?» Kata se habría reído en su cara si sus pensamientos no estuvieran enredados con emociones que apenas comprendía. Lo más irónico era que él parecía estar muy confiado en que ella finalmente accedería.



El hecho de que él pensara que ella se mostraría de acuerdo, probaba que no la comprendía en absoluto. Quizá no quisiera entenderla. Quizá no había sido lo suficientemente clara.

Kata se lo quedó mirando, observando cada milímetro de su hermoso rostro. No podía negar la atracción que sentía por él. ¿Por qué no podía ser tranquilo y relajado como Ben? ¿Por qué no podían disfrutar el uno del otro sin meterse en esos rollos de dominación y poder? Quería acostarse con Hunter. La hacía sentir algo que ningún otro hombre le había hecho sentir nunca. ¿Por qué no podían mantener relaciones sexuales sin que ella tuviera que mostrarse sumisa?

Él suspiró mientras cerraba el grifo. El agua caliente llenaba de vapor la estancia.

—Tu cara es como un libro abierto, cielo. Sé todo lo que piensas. Necesitamos hablar de qué es dominación y qué no lo es.

—Entiendo que es una cuestión de poder puro y duro.

—Trata sobre el poder, pero en su mayor parte tuyo. Yo sólo puedo tomar lo que tú quieras darme. Y eso no sirve para alimentar mi ego, sino para cimentar nuestra unión. Pondremos a prueba la confianza todos los días. Y todas y cada una de esas veces respetaré tus límites, pero te presionaré hasta que tú te quedes satisfecha mental, emotiva y sexualmente. Eso hará más profunda la conexión que existe entre nosotros.

Una parte de Kata quería creerle. De hecho, ansiaba tal relación. Pero ¿cuán peligrosa sería? Que Hunter pudiera conocer su alma, y viceversa, podía sonar muy bonito... en teoría. Sin embargo, ella tenía sus dudas sobre llevarlo a la práctica. Por lo que había visto, el hombre exigía y la mujer accedía, al verse intimidada, hasta que él quebraba su autoestima y obtenía una enfermiza satisfacción al imponer su voluntad sobre la de ella. Al día siguiente la doblegaba todavía más, y luego más aún, hasta que ella se desmoronaba. El acababa con su cuerpo, su autoestima y su espíritu, y mostraba un impenitente regocijo por ello.

—Gilipolces. —Arrancó la mano de la de él y cruzó los brazos.

—¿Tienes mucha experiencia en asuntos de Dominación y sumisión? —Hunter arqueó una de sus cejas leonadas.

—No necesito tenerla para saber que no quiero nada de eso. Así que coge tus cadenas, tus cuerdas y tus esposas, y vete a la...

—No termines la frase. —Hunter se acercó un paso. No se cernió sobre ella, pero se inclinó hasta que sus ojos quedaron a la misma altura—. Quiero que esta noche sea cómoda y relajada. Pero si terminas esa frase, voy a tener que zurrarte el trasero hasta que esté tan rojo que no podrás sentarte durante días.

Ella parpadeó.

—¿Abusarías de mí?

La sonrisa de Hunter no fue agradable, pero no provocó que sintiera una opresión en el vientre por miedo. Resultó ser una respuesta que fue directa a incrementar la tensión que notaba entre las piernas.

El caminó lentamente a su alrededor, le puso las manos en las caderas y se inclinó para hablarle al oído.

—No abusaré de ti. Te correrás; más de una vez. Puedes pensar que estoy loco, pero apuesto lo que quieras a que en lo más profundo tienes fantasías que no eres capaz de confesar... y que quieres ver satisfechas. Yo seré el hombre que las haga realidad.



Hunter le acarició suavemente las nalgas. Kata sintió que le ardía la piel, se tensó y contuvo la respiración. El corazón le golpeó en el pecho con un latido sordo y doloroso. No podía enlazar dos palabras para lanzarle la cortante respuesta que tenía en la punta de la lengua.

El volvió a rodearla y la contempló de frente, con una mirada larga y ardiente. Kata notó que se le humedecía el tanga.

Santo Dios, ¿estaría él leyendo sus escandalosos pensamientos? Si se basaba en el sexo que habían compartido la noche anterior, se temía que pudiera incluso leerle el alma. No dudaba que él pudiera satisfacer su cuerpo por completo pero, ¿y su corazón? ¿Cómo podría funcionar una relación entre ellos si él le exigía mucho más de lo que ella estaba dispuesta a darle voluntariamente?

—No quiero esto. —Le tembló la voz. «Mentirosa.»

—No toleraré que te engañes a ti misma. Es tu segunda falta hoy. Lo dejaré pasar porque estás cansada y todo esto es nuevo para ti. Pero una más y...

La rodeó de nuevo y le dio un azote en el culo, luego apaciguó la carne caliente con la palma.

Kata contuvo el aliento sin poder evitarlo y no precisamente por el dolor. Hunter le dirigió una sonrisa amplia y satisfecha.

Un nuevo miedo la envolvió. ¿Por qué no podía comprender —ni controlar— sus traidoras reacciones? De repente, aquello que había temido durante tanto tiempo era lo que más deseaba.

—Vamos a intentarlo de nuevo —sugirió él—. Desnúdate.

Si accedía, se quedaría desnuda en cuerpo y alma. Lo sabía. Después de todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas, ya se sentía así. No podría soportar más.

—Prefiero bañarme sola.

Hunter se tomó su tiempo antes de responder.

—Bueno. Pero cuando estés caliente y necesites que alivie tu ardor, te haré implorar un orgasmo durante horas. —Encogió los hombros—. Tú eliges.

Kata no dudaba de Hunter, sabía que podía hacer eso. Incluso la sugerencia hacía que le palpitara el clítoris. Él la agarró por los hombros.

—No quiero discutir por esto. Confía en mí, cielo. No te lastimaré ni te decepcionaré.

Las llamas que vio en sus ojos hicieron que le hormigueara la piel. El tono profundo de su seductora voz resonó a través de ella, dirigiéndose directamente a su entrepierna. Hunter, junto con su aire de poder y control, la excitaba como ningún hombre antes lo había hecho. Si alguien como Ben estuviera en su lugar, habría comenzado a gritar y maldecir. Pero Hunter se había limitado a poner las cartas sobre la mesa y a esperar pacientemente, seguro de que finalmente saldría victorioso.

Kata tragó saliva. Quizá estaba siendo un poco paranoica al considerar sus demandas de una manera incorrecta. Negarse el placer de estar con un amante ardiente no era su estilo. No querer probar algo nuevo tampoco iba con ella. Hunter hacía las cosas de manera diferente a Ben o a cualquiera de sus anteriores amantes, pero tampoco ninguno le había hecho disfrutar como él, ¿verdad? No podía negar que todo lo que él le hacía le proporcionaba un inmenso placer. Sí, era un poco dominante, pero ella era fuerte. No existían razones para pensar que no podría manejarlo.

—Si... ¿y si lo intentamos y no quiero seguir?



—«No» no es una palabra segura aceptable. Será mejor elegir otra como «Ben». Si la dices, sabré que aún no estás preparada para lo que te estoy pidiendo y retrocederé hasta que lo estés.

Casi parecía demasiado sencillo. ¿Dónde estaba el truco? ¿Era Hunter capaz de controlarse de tal manera que no sería un problema detenerse cuando ella se lo pidiera?

—¿Eso es todo?

—Ni más ni menos. Ya sabes lo que quiero. Estoy esperando, cielo.

¡Genial! Si quería verla desnuda porque eso le excitaba, pues vale, ella estaba de acuerdo. Kata debía admitir además que la manera en que él la observaba, como un depredador preparado para saltar sobre su presa, la ponía a cien.

Cogió el dobladillo de la camiseta y se la pasó por la cabeza, luego la lanzó al suelo. Hunter contuvo la respiración y Kata bajó la vista. Ah, sí... El sujetador rojo de encaje era tan fino que resultaba casi transparente. La mirada de Hunter acarició la areola rosada y supo que él estaba viendo que sus pezones estaban tan duros que casi traspasaban la delicada prenda.

Él no se movió, no dijo una palabra, pero no pudo ocultar la repentina tensión en su cuerpo ni la erección que pugnaba contra la bragueta de los vaqueros. La había colmado por completo la noche anterior, pero ahora... Parecía incluso más duro, más grande. Tendría que ir muy despacio para conseguir meter todo eso en su interior.

Kata se estremeció y sus bragas se mojaron todavía más ante ese pensamiento. Llevó las manos al botón del pantalón y se lo desabrochó lentamente. Deslizó los dedos sobre la tela hasta que llegó al montículo del sexo. A Hunter le palpó un músculo en la mandíbula.

Ella contuvo una sonrisa y llevó la mano hacia arriba, hasta la lengüeta de la cremallera. Comenzó a tirar de ella muy despacio, tortuosamente despacio. Una mirada a Hunter le hizo comprobar que él estaba todavía más rígido... en todas partes.

Cuando hubo bajado la cremallera, enganchó la cinturilla con los pulgares y comenzó a deslizar los pantalones por las caderas, las nalgas, los muslos... finalmente los dejó caer a los tobillos, exponiendo el tanga de encaje a juego.

—¡Joder!, mírate... —masculló él, lanzándole una mirada cargada de electricidad, posesiva como el infierno.

Kata notó un espasmo en la entrepierna.

A pesar de lo mucho que le costaba admitirlo, Hunter tenía razón. En sus fantasías más íntimas y oscuras, Kata fantaseaba con ser dominada, atada... Imaginar que era él quien lo hacía, quien le rodeaba las muñecas con cuerdas y la tomaba a placer, sólo convirtió aquel espasmo en un latido imparable.

—Ahora el sujetador, Kata.

La tensión inundaba la voz de Hunter, que se hizo más ronca y áspera. El tono profundo, unido a aquellos brillantes ojos azules, la hizo comenzar a arder. Se dio cuenta de que con cada latido de su corazón, con cada centímetro de piel expuesta, afloraba una fantasía reprimida.

Llevó los brazos a la espalda y desabrochó los corchetes. Antes de deslizar el sujetador por los brazos, presionó las palmas de las manos contra los pechos, sujetando las copas en su lugar.

—Déjalo caer —Hunter cerró los puños— o te lo arrancaré.

Kata no dudó del significado de sus palabras. Pero el diablillo que tenía dentro la impulsó a provocarle.



—Pero es el único sujetador que tengo aquí.

Una picara sonrisa curvó los labios de Hunter.

—Pues ya sabes, déjalo caer.

Hunter se puso tenso y alargó los brazos hacia ella. Kata dejó caer la prenda, desnudando los pechos.

Los sentía pesados e hinchados. La sangre se acumuló en las puntas ya sensibles, que se endurecieron hasta que sólo notó un doloroso placer. La mirada de Hunter fue como un calambrazo, una sacudida de sensaciones que atravesó cada pezón.

Santo Dios, no había estado nunca tan excitada y él ni siquiera la había tocado.

La mirada masculina se deslizó por su estómago, deteniéndose en el rubí que destellaba en el *piercing* de su ombligo, y bajó a la unión de sus muslos. Kata los apretó, intentando aliviar el dolor, pero aquello sólo agudizó el deseo. Necesitaba alivio.

Kata introdujo una mano en el encaje que protegía su sexo y la apretó contra el monte de Venus, haciendo rodar los dedos sobre la sensible carne. Tuvo que contener el aliento. El placer la atravesó cuando notó un leve hormigueo bajo la piel. El dolor se aplacaba. Santo Dios, estaba tan cerca...

Hunter le agarró la muñeca y, con la presión justa y necesaria, la obligó a alzar los dedos unos centímetros.

—Tus orgasmos me pertenecen. Yo digo cuándo y cómo. Aún no tienes permiso para correrte.

Aquello no encajaba en sus fantasías. Intentó zafarse de su zapa.

El no se lo permitió.

—Te lo advertí. Ya tienes un castigo pendiente, ¿quieres más?

—Tú no tienes derecho a...

—Anoche cambió todo. Reconoce que quieres esto y quítate ese tanga mojado si quieres que siga de una pieza.

La cólera y el deseo la inundaron a la vez, atravesándola de pies a cabeza. En ese momento Kata estaba furiosa, pero sin embargo le deseaba de una manera incontrolable.

Con una maldición, separó las tiras de encaje de sus caderas y deslizó el tanga por las piernas hasta que estuvo tan desnuda como el día en que nació.

—¿Feliz?

—Sí. —Una media sonrisa arrogante ocupó la comisura de su boca—. Separa las piernas el ancho de los hombros.

—¿Qué? ¿Vas a cachearme?

—Si quisiera lo haría. Con el tiempo, lo haré. En algún momento tendré a mi disposición este jugoso coño y podrás sentir cada lametazo de mi lengua entre tus pliegues. Pero ahora mismo, lo que quiero es que separen las piernas. Vacila otra vez y serás merecedora de dos castigos.

Kata apretó los dientes pero hizo lo que le ordenaba. No porque le tuviera miedo, sino porque, a pesar de la cólera que ardía a fuego lento bajo su piel, le deseaba con todas sus fuerzas.

—Excelente. —El deslizó la mirada por el interior de su sexo, luego la miró a los ojos—. Estás muy mojada.

Era cierto, pero Kata odiaba darle demasiado poder sobre ella.



—Quizá no tenga nada que ver contigo.

Hunter meneó la cabeza.

—Parece que lo único que quieres esta noche es que te castigue, cielo. Y ya van dos. A menos que quieras un tercero, te sugiero que lleves los dedos a tu coño y comiences a frotártelo. Yo te diré cuando debes detenerte.

A Kata le dio un vuelco el corazón. Tocarse a solas era una cosa, pero eso...

—¿Quieres que me masturbe delante de ti?

—Para mí. Venga, hazlo.

El reto en su tono hizo que se excitara y se erizara a la vez. Tragó saliva.

Kata jamás había hecho eso ante ningún amante, pero quería que Hunter se volviera loco de lujuria, que fuera él quien perdiera la razón. Quien lamentara haberla presionado.

Sonrió con timidez. Sus miradas se encontraron y se fundieron en un momento mágico. Entonces, trazó muy despacio una línea sobre su vientre dirigiendo la mano lentamente hacia la unión de sus muslos. Jugueteeó con el clítoris antes de deslizar los dedos más abajo e introducir dos en su apretado sexo.

La sensación la cubrió como una ardiente oleada, un delicioso placer que la hizo contener la respiración. En algún lugar recóndito de su mente, se sorprendió por lo caliente y provocativa que se sentía, pero el placer acaparó sus jadeos y pensamientos.

Kata se llevó la otra mano a la cabeza e introdujo los dedos en la sedosa mata, luego bajó el brazo hasta que llegó al pecho. Se lo acarició con la palma y se pellizcó el pezón. Gimió.

La cabeza le daba vueltas. El momento se alargó con un dulce dolor mientras el placer zumbaba en su interior. Un aluvión de placer amenazaba con enviar su intenso abandono a un abismo de necesidad. Kata buscó a tientas la pared y separó más las piernas para introducir los dedos más profundamente entre sus pliegues.

Hunter se puso tenso. La manera en que él se aferraba los muslos le dijo a Kata que estaba ejerciendo un intenso control sobre sí mismo para no tirarla al suelo de baño y follarla allí mismo.

—Frótate el clítoris.

Sería un placer. El pequeño nudo de nervios se había hinchado hasta alcanzar dos veces su tamaño natural. Cuando retiró los dedos de la vagina y los llevó con determinación sobre el clítoris, una nueva oleada de estremecimientos la atravesó. La certeza de que Hunter no se perdía detalle de su gozo hizo que éste se incrementara todavía más. Por lo general le llevaba al menos diez minutos alcanzar el orgasmo. Ahora, después de unos pocos roces, sentía un latido que podría convertirse en una explosión que la devastaría.

Le temblaron los dedos y respiró hondo. Estaba ya muy cerca. Oh, Dios... Una caricia más y llegaría. Se le aflojaron las rodillas y los latidos del corazón le resonaron en los oídos. Anticipaba un orgasmo salvaje. Lo necesitaba.

—Alto. —Hunter le arrancó la mano del sexo. Se puso detrás de ella y llevó la muñeca al hueco de su espalda.

—¡Maldita sea, no! —gimió ella.

El no dijo nada, sólo le cogió la otra mano y sostuvo las dos juntas en la espalda de una forma tan inquebrantable que la excitó todavía más.



Se le aceleró la respiración. Incluso sin la estimulación en el clítoris, estaba al borde del orgasmo. El calor del cuerpo de Hunter a su espalda, la mano que él deslizaba por su pelo y su cuello, poco antes de que siguiera el mismo camino con los labios sobre la sensible piel... Se estremeció y notó que las sensaciones se hacían demasiado intensas.

—Por favor... —Santo Dios, odiaba implorar, pero no lo podía evitar.

El se movió a un lado, le acarició la depresión de la columna, le recorrió la piel con la yema de los dedos. Se arqueó bajo su tacto.

—Eres tan hermosa —susurró él.

Hunter la hacía sentirse así, como una diosa. Le encantaba la manera en que él parecía volverse loco de deseo con ella.

De repente, dejó de sentir sus dedos. Contuvo el aliento llena de expectación. Justo entonces, «¡zas!» Hunter le golpeó el culo con la mano abierta.

—¿Qué coño haces? —le gritó.

—Prometí castigarte y eso hago —gruñó.

Una ardiente sensación comenzó a extenderse lentamente por la nalga derecha, dejándola aturdida y muda. Sólo el cálido ritmo de la respiración de Hunter en su hombro y la sujeción de las muñecas le decía que él seguía detrás de ella. Entonces le golpeó la nalga izquierda con la misma fuerza. Y repitió el proceso otra vez. Y otra.

El trasero comenzó a latirle, se convirtió en un delicioso palpitar. Aquel dolor se unió al que ya sentía en el clítoris. La necesidad se hizo más intensa. El corazón le golpeaba contra las costillas y se le aflojaron las rodillas.

Hunter le rodeó la cintura con el brazo para sostenerla mientras hacía revolotear los dedos sobre su sexo. Kata jadeó de anticipación, pero él no la tocó, dejándola anhelante justo al borde de una abrumadora necesidad.

—Oh, Dios mío. Por favor... —gimió.

—¿Por qué debería recompensar tu desobediencia haciéndote alcanzar el orgasmo?

—Porque lo necesito —admitió Kata con un gemido.

—Yo necesitaba que te desnudaras y te negaste.

—Me lo ordenaste.

Hunter llevó los dedos más abajo hasta trazar con la punta unos círculos ligeros y perezosos sobre el capuchón del clítoris; una presión demasiado ligera y dispersa para otra cosa que no fuera incrementar todavía más su anhelo. Kata retorció las manos, arqueó la pelvis contra sus dedos, suplicando que él le friccionara justo ese punto. Pero Hunter le sujetó firmemente las caderas, controlando cada movimiento.

—Y lo haré una y otra vez. Aprende a obedecerme y encontrarás que puedo ser muy generoso. Si no...

Dejó suspendida la frase con todas sus implicaciones.

¡Qué le partiera un rayo! Podría tenerla en ese momento. Pero ni en broma iba a estar a su disposición las veinticuatro horas de cada día. Tenía intención de hacerle pagar a Hunter por eso. Después podía irse al infierno.

—¡Quédate quieta! —ordenó él—. No te muevas.



Kata se tensó ante su orden, gimiendo de necesidad y temor. Le gustaría rebelarse, que viera que ella no comía en la palma de su mano, pero si lo intentaba sólo le negaría el orgasmo otra vez. Y ahora mismo lo necesitaba tanto que él podría hacer lo que quisiera con ella.

—No lo haré.

—Contéstame correctamente: «Sí, Señor».

«¿Señor?» De eso nada... Aquello iba contra la misma esencia de su independencia. En serio, se lo haría pagar con creces.

El tiempo se alargó eternamente, su cuerpo ya no le dolía, le pedía a gritos una liberación que sabía que él no le daría hasta que cooperase.

Apretó los párpados cerrados.

—Sí, Señor —se rindió finalmente, casi atragantándose.

—Has tardado mucho y no me has parecido sincera, pero lo dejaré pasar por esta noche. —Le soltó las muñecas—. Date la vuelta y métete en la ducha. Apoya las manos en la pared de enfrente y separa bien las piernas.

Kata se quedó paralizada, su mente daba vueltas a toda velocidad. Entonces, lentamente, se dio la vuelta mirando a Hunter por encima del hombro.

—Vista al frente —le ordenó él, objetando con la cabeza.

¿Qué demonios habría planeado él? Se lo revelaría tarde o temprano, pero si le preguntaba, lo único que conseguiría sería que él le negara el orgasmo un poco más. Aquel pensamiento le hizo respirar hondo, conteniendo un sollozo.

Miró a la pared con resolución, apretó los labios y esperó.

—Bien. Vamos progresando —la alabó, acariciándole el pecho en la palma de la mano y rozándole el dolorido pezón con el pulgar.

Ella contuvo un jadeo. Santo Dios, le ardía cada célula de su cuerpo. Cuando Hunter deslizó la mano por sus costillas, su cadera, sus nalgas... Kata contuvo el aliento a punto de morir de necesidad. Entonces, él llevó la otra mano hasta su trasero y le separó las nalgas suavemente. Ella se puso tensa.

—¿Nunca has practicado sexo anal?

—Nunca. —No había querido. Pero con Hunter sonaba ardiente y prohibido. Erótico como el infierno.

Le pasó el dedo por la hendidura trasera, rozando el frunce escondido, acariciando más profundamente el cerrado orificio.

—Cuando llegue el momento seré muy suave. Pero me albergarás aquí por completo.

Jugueteó con la punta del dedo en la pequeña abertura y ella se estremeció de arriba abajo. Kata respiró hondo. ¡Dios...! Pensaren tener su polla en el culo le daba un miedo mortal... Pero estaba desesperada por saber cómo sería, por saber si se sentiría totalmente dominada si Hunter la tomaba de esa manera. De repente, Kata deseó ardientemente que lo hiciera.

—Tan hermosa y... tan poco dispuesta a obedecer. —Hunter le acarició la curva de la cintura otra vez y le besó el hombro mientras apretaba su cuerpo desnudo contra ella, presionando su duro miembro contra su trasero. ¿Cuándo se había desvestido?—. Ya nos ocuparemos de ello.

Le dio un vuelco el corazón; estaba dispuesta para cualquier cosa que Hunter quisiera darle... A todo con tal de que él le permitiera correrse.



—Por favor... —Se contoneó contra él, implorándole de nuevo.

Escuchó el sonido de un papel al ser rasgado. ¡Gracias a Dios! Hunter se estaba poniendo un condón. Se tensó de pies a cabeza de anticipación.

Hunter buscó la entrada de su cuerpo entre los resbaladizos pliegues. Presionó con el glande... y se detuvo.

—No te corras hasta que te dé permiso. ¿Entendido?

En aquellos últimos minutos, ella había recuperado un poco el control; ya no tenía una necesidad tan acuciante. Pero no se hacía ilusiones; podría llevarla con rapidez hasta el borde otra vez para luego abandonarla. Le daba la impresión de llevar horas dolorida y desesperada por alcanzar el éxtasis, aunque lo más probable es que no hubieran sido más de diez minutos. Seguramente él sería capaz de hacerla sufrir así durante días. ¿Por qué correr el riesgo de que se sintiera tentado a hacer tal cosa?

—Sí, Señor —dijo, asustada y excitada a la vez.

—Tu obediencia va directa a mi polla, cielo. —Presionó el fornido pecho contra su espalda y le acarició el cuello con la nariz mientras le daba un montón de besos suaves—. Hmm..., podría acostumbrarme a esto.

También ella. Y eso le asustaba muchísimo. Pero ahora estaba demasiado excitada para pensar en ello.

Hunter cerró las manos sobre sus pechos y le pellizcó los pezones hasta que el dolor le hizo abrir la boca y su sexo volvió a empaparse de nuevo. La necesidad de alcanzar el orgasmo creció, atravesando su cuerpo con fuerza.

Hunter le cogió las caderas y se clavó en ella con un empuje salvaje.

—¡Joder, sí!

Kata gritó cuando un desgarrador dolor inundó su cuerpo. Santo Dios, él era enorme. Se puso de puntillas para poner más distancia entre ellos mientras intentaba acostumbrarse a su tamaño, pero él embistió con más fuerza, con más intensidad, más hondo. Ella gimió, intentando acomodar todo su miembro, dejándose llevar por la avalancha de sensaciones que la sepultaban. El clímax surgió amenazador. .. Pero necesitaba un poco más.

—Hunter, por favor... ¡fóllame! —gritó.

—Lo haré. Te follaré hasta que tengas la garganta en carne viva por los gritos —le prometió—. Pero lo haré cuando yo quiera, no cuando tú lo digas.



CAPÍTULO 09

A Hunter no le sorprendió que Kata se tensara entre sus brazos, ésa había sido su intención cuando la presionó.

La sujetó por las caderas y esperó. Su pequeña fiera quería entregarse —él podía sentir su necesidad—, pero esa mente independiente suya estaba llena de cicatrices y había hecho prevalecer su desconfianza antes de intentar conocerle. Lo entendía; Kata tenía dificultades para conciliar lo que quería con lo que pensaba que debía querer. Hunter pretendía solucionar esa contradicción lo antes posible.

—Maldita sea, no sigas haciéndome esto. Sigue o déjalo. —Kata meneó el trasero, pero no le estaba invitado sino retando—. Señor.

¿De verdad pensaba que le haría perder el control y que lograría tentarle para que la follara como ella quería? No ocurriría, pero ¡qué tentador sería sumergirse en ese túnel resbaladizo y demostrarle el alcance de la lujuria que sentía por ella!

Reprimió el pensamiento al instante e interrumpió todo movimiento.

—Podemos hacerlo por las buenas —le susurró al oído—. Si te muestras dócil y sumisa, si cedas a mi autoridad, yo te recompensaré. También podemos hacerlo por las malas, aunque no te gustaría nada que yo me retirara y te atara a la cama. Odiarías que te despertara cada hora, te excitara hasta que no pudieras soportarlo más y luego no te dejara alcanzar el orgasmo hasta que hicieras lo que te ordenara. No, cielo, no te gustaría nada que tuviera que hacer eso.

Hunter le acarició el vientre... Y siguió bajando hasta el húmedo vello para introducir los dedos entre los tiernos pliegues que protegían el clítoris. Ella gimió. Sintió cómo el sexo de Kata palpitaba en torno a su polla y maldijo entre dientes. El deseo que sentía por ella le había cubierto la frente y la espalda de sudor. La sangre le hervía en las venas. Deseaba follar a Kata hasta que ambos alcanzaran la satisfacción total, pero antes era necesario dejar claro quién mandaba; quién tenía el control. Una vez que ella se sometiera, los dos serían más felices. Sabía, sin embargo, que conseguir que ella se rindiera sería muy difícil.

—¡Maldición! No puedes simplemente... —Gimió y se empujó hacia él, provocando que se clavara más profundamente en su apretado y sedoso sexo.

Hunter se tuvo que morder la lengua literalmente para contener un gemido. Dejar que ella supiera lo mucho que disfrutaba a pesar de su desobediencia, sólo serviría para alentarla.

—No me presiones.

—¿O qué? —Su voz era sugerente, una intoxicante combinación de temor y anhelo. Alzó una mano y le rodeó el cuello, haciendo que se apoyara en su espalda y atrayendo sus labios hacia los de ella.

Hunter giró la cabeza, rechazando el beso. Había contestado a la pregunta de Kata, pero ella seguía presionándole intentando que hiciera las cosas a su manera. Y eso era impensable.

—Separa más las piernas.

Pasó un buen rato antes de que ella accediera. Él suspiró en parte de alivio y en parte porque la imagen que ella ofrecía era una de las más eróticas que hubiera visto nunca.

—¡Quieta! No muevas las manos. Puedes gemir y gritar mi nombre, nada más.

—No me gusta que me des órdenes —jadeó ella.



—A mí no me gusta que me desafíes. Es mi última advertencia.

Hunter seguía sumergido en el apretado interior de su sexo, muriéndose de ganas por retirarse y volver a deslizarse en su interior, por friccionar aquel lugar secreto y hacerla alcanzar el éxtasis que le proporcionaría a él el sublime delirio de oírla gritar su nombre. A pesar de ello estaba preparado para castigarla si volvía a desobedecerle. Kata ya estaba obteniendo más de lo que se merecía. Estaba siendo blando con ella porque sabía que nunca se había sometido antes y que las últimas veinticuatro horas había sido muy duras. Sin embargo mentiría si dijera que la promesa del frenesí que latía en sus testículos y que hacía palpar su polla no hacía que estuviera a punto de mandar a freír espárragos todas sus buenas intenciones.

Kata se estremeció, vacilando. Finalmente, accedió.

—Bien. Baja la cabeza.

La frase de Hunter llevaba implícito un «de lo contrario...» si a ella se le ocurría no obedecer.

—¿Que baje la...? —Respiró hondo y dobló el cuello hacia atrás, derramando el pelo oscuro por la espalda—. No. Estoy dispuesta a muchas cosas, pero no a eso. No renunciaré a tanto. No puedo... someterme a ti.

«¡Mierda!» Hunter se retiró de su sexo lentamente.

—¡No! —Ella se echó hacia atrás, luchando por retenerle en su interior—. Hunter, no...

No ceder a la tentación casi le mató. Quería sumergirse hasta el fondo, que sus testículos chocaran contra los empapados pliegues, enredar los dedos en aquellos espesos cabellos oscuros e inhalar su aroma mientras escuchaba como los gemidos de Kata se convertían en gritos. Pero no lo hizo. Luchó por recobrar el control mientras rozaba el clítoris con los nudillos en un movimiento lento e hipnótico. Presionó la erección contra las nalgas de la joven mientras rechinaba los dientes.

Ella le lanzó una mirada desafiante por encima del hombro.

Hunter retiró los dedos del clítoris, dio un paso atrás y cruzó los brazos. Por mucho que le doliera la polla, no iba a rendirse. Los ojos de Kata hervían de furia, tenía los labios fruncidos como si se muriera por escupir bilis por la boca. El se preparó para una larga noche.

—Al parecer, será por las malas. —Hunter negó con la cabeza y, con un rápido movimiento, se quitó el condón. «¡Mierda!»

Kata se enderezó y estiró la espalda. Se giró con rapidez para enfrentarse a él con los ojos entrecerrados. El intentó no mirar aquellos pechos gloriosos, los oscuros pezones rosados, las imponentes curvas. Distraerse ahora sería lo peor que podía pasar.

—Que baje la cabeza, ¿lo has dicho en serio? ¿Por qué no podemos tener sexo normal? ¿Por qué no podemos hablar de lo que ambos queremos y llevarlo a la práctica juntos?

Porque ella quería ser dominada tanto como él quería dominarla. Lo demostraba la humedad de su sexo. Kata no quedaría satisfecha por completo hasta que se sometiera. Pero aun así, él no quería que ella pensara que no la escuchaba o que no le importaban sus necesidades.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Lo primero, dormir. Estoy exhausta.

—Si hubieras cumplido mis órdenes...

—¿Por qué iba a hacerlo? No eres mi dueño.



El se puso rígido, pero se obligó a relajarse. Kata pronto comprendería que sí lo era. Ella conocía las razones por las que él esperaba su obediencia; se las había explicado. Sus protestas y sus preguntas sólo eran tácticas para retrasar lo inevitable.

—Lo único que tenías que hacer para detenerme era decir «Ben», pero no lo has hecho. ¿Puedes explicarme por qué?

Ella suspiró y dejó caer los hombros.

—No lo sé. Quizá si me dejaras dormir un poco tendría la suficiente claridad mental para entenderlo y contártelo.

«Ah, qué previsible.»

Para Kata era más fácil decir aquello que admitir que le daba miedo aceptar lo que él quería darle; prefería aplastar su deseo.

Cuando ella se inclinó para recoger la ropa, Hunter la agarró por los hombros y la atrajo contra su cuerpo.

—Escúchame, haré lo que sea para que sepas qué soy yo, qué eres tú y lo bien que estaremos juntos. Métete en la bañera.

Kata le taladró con la mirada, luego giró la vista hacia el agua caliente; todavía emitía vapor. Hunter sintió que la tensión abandonaba sus hombros; gracias a Dios un atisbo de rendición.

—De acuerdo —masculló ella finalmente—. Pero sólo porque me muero por darme un baño.

Sí, y porque había comprendido que él no permitiría que le pasara por encima. Además, sospechaba que su excitación comenzaba a pesar más que la renuencia. Apostaría lo que fuera a que todavía le palpitaba el sexo.

La soltó y ella se acercó a la bañera. Se hundió en el agua con un suspiro que fue directo a su polla.

Mientras ella se acomodaba en la bañera llena de vapor, él se situó a su espalda y se sentó en el amplio borde. Kata se puso rígida y se volvió para protestar, pero la silenció poniéndole las manos sobre los hombros y comenzando a masajearse los para eliminar la tensión. Unos segundos después ella se derretía en sus manos. Sonrió.

—Santo Dios, qué placer —gimió Kata.

—Si fueras una buena chica, te haría descubrir otros muchos placeres.

Kata negó con la cabeza.

—No te rendirás, ¿verdad?

—Por si todavía no lo has adivinado, soy implacable. Y tú eres mi principal objetivo.

Antes de que ella pudiera añadir una palabra más, él comenzó a trabajar un nudo de tensión en la escápula y presionó los pulgares a lo largo de la columna hasta llegar al cuello, donde comenzó a relajar los músculos y tendones. En sólo unos minutos estaba laxa bajo sus manos.

—Siempre haces algo que te redime cuando estoy a punto de pegarte —confesó ella entre dientes.

Él sonrió ampliamente y se inclinó para coger el jabón. Comprobó con alivio que no protestó cuando le lavó los brazos y los costados hasta las nalgas, ni cuando sujetó toda la espesa melena en un puño para enjabonarle la espalda. Después de aclararla con rapidez, se levantó y se inclinó sobre ella, instándola a reclinarse contra la bañera. La obligó a doblar las piernas hasta apoyar los pies en el fondo. De hecho, ella no mostró ni un indicio de desafío y permitió que él la recostara



suavemente contra la porcelana blanca y que le deslizara las manos por el abdomen y los hombros, demorándose en los pechos. Avanzó despacio hacia la entrepierna y, como había sospechado, estaba resbaladiza.

De repente, Kata contuvo la respiración y le sujetó la muñeca.

—Eso puedo hacerlo yo.

Hunter no cedió ni un centímetro.

—Mírame. —No dijo ni una palabra más hasta que ella obedeció—. Métete esto en la cabeza, Kata. Soy yo quien se ocupa de ti.

Ella se mordió los labios y lo miró con inseguridad.

—No es que no quiera que me toques, pero eso puedo hacerlo sola.

—No lo dudo. Explícame el verdadero problema.

Ella bajó la mirada a la mano masculina que todavía cubría su sexo, reclamándolo.

—Es... es demasiado íntimo.

—Así debe ser nuestra relación.

Ella apartó la mirada mientras buscaba una respuesta.

—Hunter, estar a gusto con alguien lleva su tiempo. No puedo apretar un interruptor en mi interior y mostrarme dispuesta a cualquier cosa...

—El tiempo no es el único impedimento. Los dos tenemos que abrir nuestra mente a todo.

Ella vaciló durante un buen rato, luego bajó la mirada.

—Yo no lo consigo.

—¿Te he hecho daño?

—No.

—¿Crees que lo haría?

—Físicamente, no; pero podrías hacerme mucho más daño. —La mirada de Kata tenía una expresión fervorosa cuando se enfrentó a la suya—. Confiar tu cuerpo a alguien es distinto a confiarle tu alma.

—Estoy de acuerdo. Pero hasta ahora no me has confiado de verdad ninguna de las dos cosas. Ni siquiera lo has intentado.

Ella cerró los ojos como si le doliera la cabeza. La vio luchar contra sí misma durante un momento. Parecía muy incómoda y una parte de él quiso tratarla con menos rigor, pero si lo hacía estaría enviándole el mensaje equivocado y negándole lo que realmente necesitaba.

Por fin, Kata le soltó la muñeca que sostenía sobre sus muslos abiertos. Una sensación de triunfo inundó a Hunter.

Limpió suavemente los resbaladizos pliegues femeninos. K abrió los ojos y dejó que se encargara de ella a pesar de lo rígida que estaba. Cuando terminó, le dio un masaje en el cuello, en los hombros y en la espalda hasta que se relajó por completo.

Cuando hubo acabado, quitó el tapón de la bañera y le indicó que se pusiera en pie. Ella le obedeció y apoyó la cabeza en su hombro; un gesto con el que le demostró que confiaba en él más que nunca. Le dio un vuelco el corazón cuando la alzó en brazos para sacarla de la bañera.

—Hunter, esta manía de llevarme en brazos... —intervino ella en ese preciso momento.

—¿Quieres discutir también por esto?



Tras un momento, Kata suspiró y se relajó. Otro pequeño progreso. Hunter sonrió.

Entró con ella en el dormitorio de Logan, débilmente iluminado por la pequeña lámpara de la mesilla de noche.

—¿Tienes hambre? ¿Sed?

—No.

—¿Te sientes segura?

Las pestañas negras de Kata revolotearon sobre sus hermosos ojos color avellana, y se le puso un nudo en la garganta. ¿Por qué se sentía tan afectado por esa mujer? ¿Tenía algo que ver la independencia que demostraba? ¿De estar seguro de que no se entregaría fácilmente y el hecho de saber que cuando lo hiciera valdría la pena cualquier batalla librada? No conocía las respuestas, pero quería saberlas. De cualquier manera, Kata era, sin lugar a dudas, suya.

—Sí —musitó ella con voz ronca—. Nadie podrá entrar y pasar sobre ti. Odio admitirlo, pero es probable que no hubiera podido pegar ojo si me hubiera quedado en casa. Gracias por velar por mí. Aunque no te perdonaré que no me dejaras llegar al orgasmo.

—Ya arreglaremos eso. —El sonrió—. Ahora descansa.

Sin decir otra palabra, Kata se tapó con la sábana y se acurrucó junto a él, quedándose dormida en el acto. Cuando cerraba los ojos, cuando dejaba de pensar, confiaba en él. Notó que apretaba la espalda contra su pecho como si encontrara sosiego en su roce. Encajaban como si estuvieran hechos el uno para el otro; como piezas de un puzzle que por fin se unieran.

Hunter emitió un trémulo suspiro de cansancio. A pesar de lo exhausto que estaba, cuando Kata se relajaba cálida y desnuda a su lado, su miembro se endurecía por completo. «¡Mierda!» Lanzó una mirada al reloj. Faltaban treinta y ocho minutos para la hora en punto. Activó la alarma del móvil y cerró los ojos.

A pesar de lo dócil y receptiva que pareciera Kata ahora, aquella iba a ser una noche muy larga.

Kata estaba tendida sobre las sábanas como una virgen dispuesta para el sacrificio, con los brazos y las piernas estirados en la oscuridad. Notaba una sombra entre los muslos. Un hombre. No podía verle la cara. Unos hombros inmensamente anchos bloqueaban el resto de la habitación. El deslizaba unas manos poderosas por sus muslos hasta llegar a las caderas. Sintió un hormigueo en todas las partes que él tocaba. Entonces, le puso la palma allí, y todas las sensaciones convergieron en un dolor imparable que él incrementó frotando el clítoris con el pulgar de una manera ardiente e implacable.

Kata se removió inquieta, intentando captar mejor aquella sensación. El deseo se multiplicó, se agudizó, creció como una tormenta tropical arremolinándose a su alrededor. Gimió y trató de agarrarse a algo para mantener el equilibrio, pero no encontró nada. No tenía escapatoria. El se aseguraba de que notara cada uno de los hábiles y suaves roces de sus manos... Pero no le daba suficiente como para que alcanzara la liberación.

«Más... ¡Por favor!»

Kata gimió mientras se movía, presa de una agitada necesidad.

El se detuvo; no movió ni un músculo, no siguió proporcionando aquella atención tan perfecta a su clítoris. El dulce dolor entre sus piernas se volvió voraz.



Kata quiso implorar, pero no podía hablar. Gimió de frustración. Como si él la hubiera entendido, comenzó a prodigar nuevas caricias a su clítoris; más duro, más rápido... casi la presión perfecta para lanzarla hacia un orgasmo explosivo. Incrementó las sensaciones deslizando algo en su interior y agujijoneando un sensible lugar y haciendo que se ahogara en una piscina de necesidad.

En alguna parte de su mente nebulosa sabía que estaba inmersa en una increíble fantasía sexual, pero aquello era demasiado delicioso para despertarse. Saber que todo estaba en su cabeza hizo que se dejara llevar por aquel creciente placer. Dios, el hombre de su sueño sabía cómo tocar su cuerpo... ¿no era como alcanzar el paraíso?

Arqueó la espalda, alzando su cuerpo y apretando los puños mientras se movía con alocada agitación en busca de aquel pequeño roce donde más lo necesitaba. Estaba casi al límite, a punto de explotar. El se alejó de nuevo, proporcionándole una caricia más suave, evitando los lugares más sensibles. Ella gimió en protesta.

Necesitaba aquello. Puede que fuera un sueño, pero era muy vivido. Quería ver a su amante, preguntarle por qué la atormentaba de aquella manera, quería suplicarle que le diera alivio.

—Kata...

El susurro fue tan real como el cálido aliento contra su pecho.

Abrió los ojos. Hunter estaba arrodillado entre sus piernas. Su enorme cuerpo hacía sombra sobre ella y la observaba con una mirada fija y depredadora. El corte de pelo estilo militar daba un aire severo a lo que podría haber sido una hermosa cara masculina, resaltando cada ángulo, cada plano y cada sombra. Llevaba sólo unos descoloridos vaqueros que dejaban al descubierto sus músculos abdominales. Tenía cerrada la cremallera, pero no el botón y, en aquel punto, asomaba el final de la protuberancia que tensaba la bragueta. Kata casi se atragantó. Su deseo alcanzó un grado más elevado.

Sin dejar de mirarla a los ojos, Hunter la cogió por los muslos y deslizó las manos hacia arriba, de regreso a su sexo húmedo y anhelante. Comenzó a jugar con su clítoris.

Kata supo que lo que había estado sintiendo no había sido un sueño. Hunter la había llevado hasta la misma orilla del clímax y la había dejado allí, anhelante y dolorida. Tal y como había prometido que haría.

Deseó arrancarle la cabeza, decirle que la dejara en paz. Pero si le decía eso, él tomaría el desafío como algo personal. No podría disfrutar del orgasmo ni ahora ni en mucho tiempo. Y Hunter habría cumplido su cometido como ella imaginaba que hacía todas las cosas, completa y hábilmente. Por culpa de sus doctas caricias, necesitaba lo que sólo él podía darle... si se decidía de una vez.

—¿Hunter? —Alzó las caderas hacia él, implorándole todo lo que le permitían el orgullo y la aprensión.

Se temía que las palabras la dejarían expuesta de una manera que no lo hacía la desnudez. Admitir que ansiaba ser cubierta, llenada, cuando estaba impotente ante sus caricias le parecía tan inteligente como sumergirse en aguas infestadas de tiburones. Hunter era perfectamente capaz de acabar con su resistencia y devorarla viva.

El pícaro brillo en sus ojos y su sonrisa ladeada le dijeron a Kata que él sabía todo lo que ella estaba sintiendo y temiendo.

—¿Quieres algo, cielo?



Kata apretó los labios. Era una adulta y podía ocuparse sola de sus orgasmos. Estaba acostumbrada a hacerlo.

Pero cuando intentó mover el brazo situado por encima de la cabeza para deslizar los dedos entre sus pliegues mojados, se encontró con que estaba encadenada a la cama. Trató de mover el otro, con el mismo resultado. Una profunda furia y un intenso pánico la envolvieron.

—¿Me has atado a la cama?

—En realidad te he esposado. Y aunque estén forradas de piel, he utilizado unas esposas de acero cuyas cadenas están soldadas a unos soportes anclados a la pared detrás del cabecero.

En otras palabras, no podría ir a ningún sitio hasta que él estuviera dispuesto a soltarla. Ahora sintió más pánico que furia. Pero también notó una nueva oleada de deseo. Desde el momento en que se habían conocido, Hunter había intentado dominarla verbal y sexualmente, sin embargo ahora las cosas se habían puesto muy serias. Cadenas y esposas de acero. «¡Oh, Dios!»

—No estoy preparada para esto —farfulló con la voz entrecortada.

—Tu cuerpo sí que lo está, es tu mente la que lucha contra ello. Vamos a ayudarla un poco. Te has ganado el castigo a conciencia.

—Así que me has encadenado a la cama y vas ¿a qué? ¿A negarme el orgasmo? —Sólo de pensarlo lo deseaba con más ardor.

—Y te lo negaré cada hora hasta que cooperes. Tal y como te prometí.

Oh, santo Dios. Kata ya le deseaba tanto que estaba a punto de morir. ¿Cómo sería aquella sensación cuando él la llevara más allá? A ella no le gustaba que la controlaran así. No le gustaba que la controlaran, punto.

—¡Vete a la mierda!

—Si es eso lo que quieres... —Hunter se recostó sobre ella, sosteniendo su peso en los codos—. Pero quizá sería mejor que aprendieras un poco de sometimiento. Si me obedeces te darás cuenta de que puedo ser tan complaciente como deseas.

Kata sintió el vello del pecho de Hunter sobre los senos, los músculos de su abdomen sobre el vientre. Notó que colocaba una erección de proporciones gigantescas entre sus muslos separados. El clítoris le palpitaba de deseo. Cuando intentó cerrar las piernas para incrementar el placer, se encontró con que también las tenía inmovilizadas.

Se le escapó un jadeo. Sentirse tan indefensa la excitó todavía más. Dios mío, ¿por qué encontraba todo eso tan condenadamente erótico?

Encima de ella, Hunter sonrió; un destello desconcertantemente blanco en la oscuridad.

—Sí, también tienes atados los tobillos, están amarrados con cadenas ancladas a soportes de titanio debajo de las tablas del suelo. Sé muy bien cómo porque ayudé a Logan a instalarlos.

—¿Piensas mantenerme atada hasta que me rinda? —Notó que su sexo se llenaba de fluidos al pensarlo.

—No. Quiero hacerte pagar tu desobediencia, pero no pienso obligarte a hacer nada. Una vez que el castigo acabe, te soltaré. Pero ya que todo esto comenzó por negarte a cooperar, puedes ponerle fin ahora...

—¿Eso significa que si me niego seguirás jugando conmigo? —espetó ella.

Vale, no le hacía ascos a ese orgasmo que deseaba tan ardientemente y que sólo Hunter podía proporcionarle, pero todo era demasiado fuerte, demasiado intenso con él, no sólo su cuerpo, y



aquello la asustaba a muerte. Aquella lucha por el poder... Toda esa mierda comenzaba a recordarle en exceso a Gordon. Si cedía ahora en esa menudencia, Hunter tomaría ventaja más adelante.

—Quiero tener una mujer sumisa, no un perro bien adiestrado. Y mi intento de ir despacio y tranquilizarte paso a paso no nos llevaba a ninguna parte.

—¡Vete al infierno... ohh!

El había interrumpido su protesta lamiéndole el pezón, y agujoneando luego el duro brote con el pulgar. El pellizco era una sacudida de dolor, un mordisco en su carne caliente seguido por un lametazo tranquilizador. Hunter homenajeó de manera similar el otro pecho hasta que ella sintió los dos pezones hinchados y palpitantes de deseo. Kata quería mantenerse firme, arrojarle su seducción a la cara, pero terminó arqueándose hacia su boca en una súplica silenciosa.

Hunter se deslizó entonces por su cuerpo, llevando los labios a la sensible parte inferior de los pechos, acariciando sus costillas. Le introdujo la lengua en el ombligo y le rodeó las caderas con los brazos de una manera que sólo podía describir como posesiva.

Kata tragó saliva. Ese «castigo» que supuestamente se había ganado parecía más dirigido a abrumar sus sentidos que a probar que él podía imponerle su voluntad.

Se estremeció de miedo.

—¿Por qué me estás haciendo esto?

Hunter se quedó paralizado, levantó la cabeza y le lanzó una mirada penetrante.

—¿Qué es lo que crees que te estoy haciendo?

—Intentando demostrar que eres un hombre y que como tal puedes doblegar a una mujer a tu antojo, y que para ello te da igual pisotear mi independencia y mi autoestima. Que me puedes hacer suplicar un orgasmo porque, sabe Dios por qué, puedes hacerme sentir explosivas sensaciones. Pero al hacer eso, estás tratando de poseer mi alma. Y puedes irte al infierno porque no pienso dártela.

El arqueó las cejas bruscamente. Pareció sentirse insultado. Se quedó pensativo. Por fin, fue preocupación lo que atravesó los angulosos rasgos de su cara.

—Cielo, todavía no lo entiendes. No estoy haciendo esto por ti. Lo hago por nosotros. No podremos estar juntos hasta que seas honesta conmigo y contigo misma. Ansías que domine tu cuerpo, aceptas mis caricias como si la rendición fuera lo más natural del mundo para ti, pero tu mente se interpone entre nosotros. Bien sabe Dios que te he dicho por activa y por pasiva que quiero ser el hombre que complazca todas tus fantasías durante el resto de tu vida, sin embargo tú sigues pensando que lo único que quiero es humillarte y doblegarte cuando lo que quiero es construir algo para nosotros. No puedes estar más equivocada. ¿No lo entiendes?

Hizo la pregunta mientras le acariciaba el vientre con la nariz y los labios, luego le pellizcó con los dientes al tiempo que le rozaba el clítoris con la punta de los dedos. La combinación de placer y dolor fue hipnótica y seductora.

Kata se vio dividida entre el pánico, la irritación, el miedo y la sensación de una peligrosa excitación. Sin tener en cuenta el discurso, Kata se sentía rebasada. Hunter casi había aplastado su libre albedrío y la había llevado una y otra vez al mismo borde del deseo. Se retorció intentando quitárselo de encima, pero él no se movió ni un centímetro.

Lo cierto es que no debería doblegarse, sino seguir en sus trece.



Pero sabía que Hunter era lo suficientemente implacable para mantenerla atada a la cama hasta que dijera todo lo que él quería. Si él prefería estar en la lista negra del 411, era cosa suya.

—Voy a explicarte por qué pienso como lo hago. ¿Te he mencionado alguna vez que mi madre no puede elegir la ropa que se pone cada día? Gordon insiste en hacerlo por ella.

Hunter arqueó las cejas y encogió los hombros.

—Si son una pareja de Amo y sumisa, no es tan raro. Yo no quiero una esclava las veinticuatro horas del día, pero algunos Amos...

—No sé si él es un Amo o no. Incluso aunque lo sea, su auténtico problema es que es un gilipollas. Durante los últimos doce años se ha dedicado a decirle a mi madre cómo puede estar mejor. Comenzó por elegir sus joyas porque, según Gordon, él tiene un talento innato para esas cosas que, por supuesto, a ella le falta. Luego empezó a elegir sus zapatos, sus camisas, sus faldas, sus pantalones... Ahora ella no da un paso sin consultarle porque la ha convencido de que sin él no vale nada.

Incluso en la penumbra, Kata vio que parecía todavía más preocupado.

—Kata, yo...

—¡No! —No podía atreverse a tener remordimientos por obligarla a hablar. Hunter había querido destapar la caja de Pandora, así que ahora iba a escuchar todo lo que tenía que decir—. Eso fue sólo el comienzo. La apartó de todos sus amigos fingiendo conflictos cuando había cualquier tipo de acontecimiento, inventando «crisis» cada vez que ella había hecho planes. Al poco tiempo, incluso los amigos que conservaba después de la muerte de mi padre se dieron por vencidos. Gordon la convenció de que él era mejor para ella que todos los demás juntos. Mi madre trabajaba de enfermera de quirófano, pero hace cinco años perdieron a un niño en una operación. La echaron. ¿Sabes qué dijo Gordon? Que tal vez no tuviera tanto talento como ella pensaba, que todos estarían mejor si se quedaba en casa. ¡Decirle eso a mi madre, que tanto amaba su trabajo! Aquello le hizo perder la satisfacción que le proporcionaba su profesión. Pero él la atemorizó hasta tal punto que ni siquiera buscó otro. Le caducó el permiso de conducir y la ha convencido para que no lo renueve.

—Tienes razón. Es gilipollas —dijo Hunter con suavidad. Kata se interrumpió y clavó la mirada en él en la oscuridad. No le estaba dando la razón sin más, lo decía sinceramente. De alguna manera, toda la mezcla de cólera, pánico y deseo se transformó en pesar. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Gordon es quien manda en casa, mi madre no es la misma mujer que antes. Ahora le da miedo hasta respirar sin el precioso permiso de Gordon. Es un... caparazón vacío. Entonces, hace tres años...

Unas lágrimas ardientes comenzaron a resbalar por su cara, intentó enjugárselas, pero se lo impidieron las cadenas. El desamparo y una impotente cólera la inundaron una vez más. Dios, lo que había sufrido su madre...

Kata hizo una pausa, incapaz de volver a vivir el horror de la noche en que toda su vida se había ido al garete. Hunter había querido que ella le confesara su doloroso pasado para poder desatarla, pero ella estaba a un pelo de ceder a algo que podía destrozarla.

De acuerdo, Hunter no la había menospreciado. Pero ella quería que él supiera por qué el control que quería ejercer sobre su vida la asustaba de esa manera y dejara de intentar obtener su alma.



—¿Hace tres años...? —la apremió él, enjugándole las lágrimas.

Kata cerró los ojos de golpe. Al pensar en cómo terminaba esa frase, se le formó un sollozo en el pecho ante el horror que su familia había vivido cada día. Daban igual la pena y el dolor. Si compartía eso con Hunter, él podía aprovecharlo y hacerla más vulnerable.

—¡Alto! Bien sabe Dios que atándome de esta manera puedes hacer lo que quieras conmigo y yo no podré detenerte. Es probable que consigas que me guste, pero yo... tenía que decirlo.

—Vale. Shhh... —Hunter le besó la frente, le acarició la mejilla—. Gracias por compartir la situación de tu madre conmigo. Aprecio el coraje y la confianza que requiere. —Su voz, sorprendentemente tierna, la tranquilizó—. Creo que ahora te entiendo mejor. Temes que el poder que ejerza para controlarte en la cama afecte al resto de tu vida. Antes de estar conmigo jamás habías estado ni diez minutos con un Amo, pero sí un montón de tiempo con Gordon. Es normal que tengas miedo.

De todas las cosas que él podría haberle dicho, aquélla fue la que más le sorprendió. Y la que provocó más lágrimas.

—¿No crees que haya dicho ninguna estupidez?

—No. Nos casamos sin pensar y tú todavía no me conoces bien. Crees que me aproveché de una mujer borracha y la apresuré a pasar por el altar, luego pasé la noche contigo y te perseguí hasta tu ciudad natal cuando sólo querías algo de tiempo. Entonces, después de que estuvieras en peligro, te ordené que no volvieras al trabajo, lo que supongo que es algo que Gordon exigiría. —Ladeó la cabeza al decirlo—. Supongo que también piensas que te arrastré a Dallas, lejos de tu familia y tus amigos, así que también puedes considerar que te aislé. Me metí bajo tus bragas, en tu cabeza, hasta que me diste la información que necesitaba para poder usarla en tu contra. ¿Me equivoco?

A Kata volvieron a llenársele los ojos de lágrimas. Quería creer que eran provocadas por el cansancio y la frustración por no haber podido alcanzar el orgasmo que tan desesperadamente necesitaba. O quizá sus malditos ojos estaban inundados por haber recordado tantas cosas sobre su madre, cosas en las que normalmente no pensaba. Pero sobre todo, era por Hunter. Era tan perceptivo... Parecía capaz de ver la situación desde un punto de vista distinto del suyo.

«Guau.» No estaba acostumbrada a eso.

—Ahora mismo no pareces un gilipollas de ésos que se sienten mejor haciendo sentir peor a los demás. —Kata respiró hondo, hizo una pausa pensando todavía la respuesta. Hunter se esforzaba por ser justo, así que ella debería hacer lo mismo—. Por muy borracha que estuviera, sé que casarnos fue idea mía. Y después de haber oído el silbido de una bala a unos centímetros de mi cara, no dudo que corro peligro. Puede que me haya librado de quienes quieren matarme, sí —la angustiaba admitir eso—, pero es probable que no tarden mucho en volver a encontrarme. También sé que los hombres alfa como tú quieren proteger a su mujer o a sus posesiones y admito que no sé cómo ocultarme de un asesino.

—¿Pero?

Maldición, su tono hacía que aparecieran más lágrimas.

—No creo que pueda soportar que quieras colarte en mi mente. Diversión casual, sexo normal... Sí. Pero lo que quieres...

—En una unión intensa, dos personas no sólo unen sus cuerpos en busca del orgasmo, sino también sus mentes y sus corazones para que el placer que comparten sea todavía mayor. Cuando



alguien se entrega tan completamente a su pareja, consigue que lo que se crea entre ellos sea tan sólido que jamás se puede romper. ¿No quieres eso para nosotros?

Kata no podía apartar los ojos de su solemne e inquebrantable mirada, oculta en la penumbra. Se estremeció de pies a cabeza. Cuando él describía ese tipo de relación, sonaba muy hermoso. Pero no era real. Aquello no era una postal de Hallmark ni una película romántica.

—No cuando tú empiezas a mangonearme. Y yo no puedo...

—Tú no eres el tipo de mujer que huye de sí misma. Me niego a creerlo. En vez de enfrentarte a tus miedos o a mí ¿prefieres conformarte con orgasmos poco satisfactorios con alguien como Ben, que jamás te saciará de verdad ni obtendrá tu amor?

Kata no se engañaba. Ya sabía que no podría volver con Ben. El se le había insinuado tres veces desde que entró en su habitación del hotel —¿había sido esa misma mañana?—, y ella no había dudado en rechazarle.

—No me puedes hacer creer que has tenido esta clase de relación con cada mujer que te has acostado.

—Tienes razón —suspiró—. Es la primera vez. La única.

Aquellas palabras la afectaron, a pesar del peligro que representaban. Y las condenadas lágrimas no paraban de manar. Hunter había conseguido romper algo dentro de ella. La noche anterior había deseado lo que él parecía ofrecerle y, ¿qué deseaba ahora que había puesto todas las cartas boca arriba? Ahora lo deseaba más. Desesperadamente. Si bien la aterraba.

Y la hacía seguir llorando. «Maldición.»

—Cielo, confía en mí. No soy Gordon. Cuando algo te moleste, lo hablaremos. Quiero saber cómo te sientes y qué es lo que te pasa por la cabeza. —Suspiró y le apartó el pelo de la cara con suavidad—. Muchos Amos quieren sumisas dulces que no supongan ningún reto. Podría coger el teléfono ahora mismo y llamar a una de las docenas de sumisas que conozco, pero sólo tu sumisión es tan buena como mi dominación. Es tu vitalidad y tu pasión lo que quiero, y que contribuyas libremente a ello. En circunstancias normales jamás interferiría en tu trabajo ni en tus amistades. Si alguna vez me comporto como Gordon, tienes permiso para cortarme los huevos. Quiero adiestrar tu cuerpo, no esclavizar tu vida.

«¿De veras?»

Kata se mordió los labios mientras miraba fijamente el hermoso rostro de Hunter; sus ojos, tan azules incluso en la penumbra. Él le sostuvo la mirada en todo momento, sin parpadear. Sin apresurarla. Las palabras resonaron en su mente.

El había explicado la situación perfectamente. Ahora ella tenía que decidir. ¿Quería regresar con sus amantes casuales y mantener con ellos relaciones sexuales con las que no se sentiría totalmente satisfecha, o someterse a él?



CAPÍTULO 10

—Vale. —Kata soltó el aire de golpe y asintió temblorosamente con la cabeza—. Si no me agobias demasiado, intentaré someterme a ti.

Hunter sonrió.

—Te pareces a Yoda. Pero la cuestión no es intentarlo, sino hacerlo.

Sí, con Hunter sería todo o nada. Y hasta entonces, Kata lo había hecho todo a medias. Si quería eso, si quería realmente que él colmara esa necesidad, ese doloroso vacío que jamás había logrado satisfacer, iba a tener que cooperar. Hunter no podría proporcionarle aquella elusiva satisfacción final si ella no se lo permitía.

—Bueno —tragó saliva—, lo haré.

Una decidida expresión de satisfacción inundó los sombríos rasgos masculinos.

—Gracias.

Aquella mirada la llenó de placer. Por lo general, no le importaba nada lo que pensara un hombre. Gordon había conseguido que no se esmerara demasiado en complacer a ningún varón. Pero por alguna razón, con Hunter era diferente. Sí, a menudo resultaba insistente e inquebrantable, lo que quería decir que a veces le hacía rechinar los dientes de frustración, pero no parecía querer darle órdenes sólo por el placer de satisfacer a un yo cavernícola ni por demostrar quién llevaba los pantalones en esa relación. Tenía un propósito. Y si ella quería sus sonrisas, su afecto y aquellas caricias suaves y perfectas —y ese orgasmo que le había negado antes— iba a tener que hacer lo que dijera.

Él le rozó la mejilla con ternura y le cubrió los labios con los suyos. Los pensamientos de Kata se disolvieron. El beso fue una caricia más suave que un susurro, pero más impactante que un martillo. Suspiró temblorosa. Una agitada sensación le atravesó los pechos y sus pezones se erizaron otra vez. Aquella emoción iba más allá del simple deseo de que la tocara, se había convertido en un alocado anhelo de ser importante para él. Le había traspasado el corazón haciéndola consciente de una conclusión aterradora: él y ella debían fusionarse por completo.

Kata se dio cuenta de que Hunter se contenía porque ella lo ansiaba.

Arqueó el cuello todo lo que le permitieron las cadenas y unió sus bocas en una súplica silenciosa. Se ofreció, se curvó hacia él, diciéndole de mil formas sutiles que era bienvenido.

En lugar de aceptar lo que ella le ofrecía, Hunter se apartó y la miró fijamente como si fuera un acertijo que debía resolver. Estar desnuda bajo aquella luz tenue, prisionera de su penetrante mirada, la hizo ser consciente de su propia piel, del ventilador que giraba en el techo haciendo que una fresca brisa le rozara los pezones expuestos, de la carne hinchada y mojada entre sus piernas. Atada como estaba, no podía ocultar nada. Pero en lugar de retorcerse de incomodidad como sería usual, notó que la sangre le hinchaba más los pezones y el clítoris, que le hormigueaba la piel.

La mirada de Hunter era íntima, voraz. La gruesa cordillera de su miembro era perceptible tras la cremallera de los vaqueros. Saber que era ella la que le ponía en ese estado le hizo sentir una emoción casi ridícula. Se arqueó, ofreciéndole los pechos sin palabras, necesitando que los tomara.



Como si le leyera la mente, Hunter pasó el dedo por la dura cima de un pezón antes de dibujar una línea por encima de su vientre hasta su anegado sexo. Ligero y juguetón, cada roce tenía como finalidad excitarla todavía más. La atravesó una nueva oleada de placer.

—¿Qué es lo que quieres, cielo? Dímelo.

Lo que ella quería era que la cubriera con su cuerpo, que cada centímetro de esa erección que abultaba los vaqueros se hundiera profundamente en su sexo mientras se esforzaban por alcanzar un clímax asombroso.

Alzó las caderas hacia él en una silenciosa invitación, esperando que comprendiera.

El clavó la mirada más abajo, entre sus piernas, pero no se acercó a ella.

—Kata —le advirtió—. Cualquier relación entre un Amo y una sumisa parte de una buena comunicación. —Comenzó a sonar la alarma del móvil de Hunter. Él le lanzó una mirada penetrante—. Ha llegado la hora, cielo. Es el momento de otro castigo. Dime qué es lo que quieres o prepárate.

Ella se sintió enervada ante la atenta mirada de él, ante su calma. ¿Cómo decirle a un hombre tan lleno de control y capacidad de mando que querías que te hiciera de todo, pero que eso te daba un miedo mortal? El ya lo sabía. ¿Por qué tenía que hacerla sentir más vulnerable todavía?

—Yo... yo... —«Estaba muerta de miedo.»

—De acuerdo pues. Lástima... —Comenzó a abrir los cajones de la mesilla de noche con los dientes apretados. No había manera de malinterpretar su enfado y decepción.

Aquello no presagiaba precisamente un orgasmo rápido. Y una parte de ella odiaba decepcionarle.

—¡Un momento! —Respiró entrecortadamente—. Si lo que quieres es que admita que te deseo, lo hago. Te deseo por completo.

El agitó la cabeza, sin mirarla siquiera. Continuó rebuscando en el fondo del cajón.

—Eso es evidente. Lo veo en tus pezones y en lo mojada que estás. No te he preguntado lo que sientes. Te he preguntado qué quieres.

Chorradas. Él le había dado otra oportunidad y a ella le había podido la reticencia y aquella boca que no sabía mantener cerrada. ¿Por qué le resultaba tan difícil admitir sus sentimientos y su deseo por él? ¿Por qué se sentía tan expuesta? Por Gordon... y su madre. Aquella envenenada relación la aterraba. Pero, ¿sería Hunter capaz de hacerle confesar sus sentimientos para usarlos en su contra? ¿O aquellas evasivas se debían a que ella temía abrirle el corazón porque le daría demasiado poder?

Dio un respingo ante aquella fea certeza mientras observaba los movimientos rápidos y precisos de Hunter. La expresión de desagrado en su rostro era como una puñalada en el corazón. Y Kata tenía el presentimiento de que lo que él estaba buscando en ese cajón avivaría el dolor de su insatisfecho cuerpo de tal manera que eclipsaría con rapidez cualquier incomodidad mental por mostrarse honesta.

—Hunter, tienes razón. Lo siento. Por favor... —Kata deseó que él la mirara, pero no lo hizo—. Esto es muy difícil para mí.

El suspiró y volvió los ojos hacia ella.

—Lo sé. Te resulta extraño y te incomoda. Lo he tenido en cuenta. Mi problema es que todavía tratas de someterte en tus propios términos y no pienso dejar que eso ocurra, cielo.



Le pasó los dedos entre los pliegues empapados. Ella contuvo la respiración ante el inmediato resurgimiento del placer. Él podía conseguir con suma facilidad que lo deseara incondicionalmente. La enervaba hasta la médula.

—Tu cuerpo ansía esto. —Clavó en ella aquellas serias pupilas azules como si así pudiera hacerla entender—. Ahora debe aceptarlo tu mente. Veo en tu cara la necesidad de ser sumisa, pero tu miedo se interpone entre nosotros.

Kata quería decirle que se equivocaba, pero mentiría. Cuando el pulgar de Hunter frotó su clítoris otra vez, el deseo la hizo estremecer. Se arqueó hacia él, intentando aumentar la presión sobre el pequeño nudo de placer.

Hunter retiró la mano de su anhelante sexo y comenzó a sacar artículos de la mesilla y a colocarlos más arriba de su cabeza, justo donde ella no podía verlos.

—Vamos a ver si consigo que lo pierdas.

Kata notó un sudor frío. Darle la llave de su cuerpo —y de su corazón— a alguien que era un alfa cruel como Hunter la aterraba. Pero si no quería someterse realmente, ¿por qué esperaba con ansiedad todo lo que él le hiciera en esa relación sin sentido?

—Te deseo —farfulló—. Deseo lo que quieras hacerme. Lo que sea... Pero me aterra.

El esbozó una sonrisa que alivió la dureza de su rostro.

—Buena chica.

Gracias a Dios, Hunter lo entendía. Soltó el aire que estaba reteniendo.

—¿Qué me vas a hacer?

Al instante, la mirada masculina recobró su dureza, haciéndola estremecer.

—Haré lo que sea. Y tú lo aceptarás sin comentarios ni quejas porque confías en mí.

Kata se mordió los labios. Su primer deseo fue decirle que se fuera al infierno, pero se tragó las palabras. Estar atada e indefensa podía ir contra su naturaleza independiente, aunque no podía negar que a su cuerpo le encantaba... y que lo deseaba ardientemente

¿Cómo sería entregarse a él por completo durante una noche? Sin preocupaciones, sin miedos, sin responsabilidades... Como si lo único que importara en el mundo fuera la conexión entre ellos... Aquel seductor pensamiento le rondó en la cabeza como una droga adictiva y aterradora.

Hunter permanecía al lado de la cama sin hacer otra cosa que mirarla y esperar a que los pensamientos abandonaran su mente.

—Lo siento —susurró ella—. Por favor, no te detengas.

Él asintió bruscamente con la cabeza y luego cogió uno de los artículos que había colocado sobre el colchón por encima de su cabeza. Escuchó el ruido de un plástico al rasgarse. Él respiró hondo; su pecho parecía letal y poderoso. Kata se moría por saber qué era lo que pensaba hacerle, pero no preguntó. Sólo prolongaría una discusión que sabía que iba a perder.

Hunter se inclinó y le succionó el pezón. Al instante la inundó una oleada de calor mientras el pequeño brote se arrugaba de una manera casi dolorosa. Los fluidos brotaron de su sexo, haciendo que los pliegues se volvieran todavía más resbaladizos. El se enderezó y bajó la mirada hacia aquel lugar antes de friccionar dos dedos sobre el hinchado capuchón del clítoris. La sensación la golpeó como un relámpago. Se retorció y se arqueó. Gimió.

—Hunter...

—¿Cómo tienes que referirte a mí cuando estamos en la cama?



No pudo contener la respuesta.

—Señor. Por favor...

—Bien. ¿Te habían atado alguna vez, cielo? —Cubrió el otro pezón con la boca sin dejar de mirarle a la cara.

Ella observó cómo movía la boca sobre ella, cómo la chupaba y succionaba, cómo sus mejillas se volvían cóncavas, cómo la mordisqueaba suavemente hasta hacerla gemir.

Entonces, volvió a comenzar, repitiendo todo el proceso con más fuerza.

—Te he hecho una pregunta.

A pesar de que no estaba segura de a qué se refería, respondió al instante.

—No. —Al ver la ceja arqueada, añadió con rapidez—: Señor.

El fantasma de una amplia sonrisa se insinuó en aquellos hermosos labios masculinos.

—Estoy deseando hacer esto. Recuerda, si te resulta demasiado doloroso sólo tienes que decir «Ben». No quiero ninguna queja más. Y nada de correrse.

«¿Nada de correrse? ¿Todavía?» Kata gimió.

Hunter la ignoró y llevó la mano a sus pechos, deteniéndose justo sobre los pezones. Apretó algo entre los dedos y luego lo bajó.

«¡Oh, mierda!» Eran unas pinzas para pezones.

De una manera intensa y cruel, las tenazas apresaron su carne sensible, y ella gritó. Al principio sintió un inmenso dolor, pero se transformó con rapidez en un placer ardiente y envolvente.

De pronto notó como si los pezones se hincharan hasta alcanzar dos veces su tamaño. Le hormigueó la piel de una manera que no había sentido nunca. Su sexo se volvió a anegar de fluidos. Apretó los puños.

—¡Hunter! —tragó saliva—. Señor.

—Mejor —la alabó mientras rozaba las pinzas con los dedos y las hacía girar un poco—. ¿Te gusta?

«Sí, sí, sí.» Kata no podía ocultar la verdad.

—Sí.

—Excelente. ¿Quieres que te folle? —preguntó mientras retorció un poco más las tenazas.

Kata nunca había imaginado que sus pezones pudieran latir con la misma intensidad que su clítoris, pero ahora era como si estuvieran conectados por un alambre invisible, listos para saltar en el momento en que los tocaran. Cada movimiento de Hunter la llevaba al borde del placer y del dolor, y la certeza de que ella no podía hacer nada para evitarlo incrementaba el anhelo todavía más. Tenía que haberse vuelto loca. Jamás había pensado que se plegaría a la voluntad de un hombre, pero Hunter lo había conseguido y ella todavía no se explicaba cómo.

—¿Qué crees? —gritó ella—. ¡Por supuesto que quiero que me folles!

Cualquier signo de ternura desapareció de la expresión de Hunter. El ártico era cálido si se comparaba con su mirada.

—Habría preferido un educado «Sí, Señor».

Sin duda. Y dado el mal uso que ella estaba dando a su boca, podría pasar una década antes de que él permitiera que se corriera.

—Sí, Señor. —Kata se tragó la impaciencia. Al menos todo lo que pudo.



Hunter se rió.

—Incluso cuando dices las palabras correctas, tu tono parece insinuar «vete al cuerno». Contener tu descaro me va a llevar mucho tiempo. Y lo más probable es que estuviera condenado al fracaso. —Maldición, lo intento.

—Silencio. —Un momento después, él alzó la mano y la dejó caer golpeándole con los dedos el monte de Venus.

«¡Oh, Dios mío!» La razón le decía que debería sentirse degradada. Por lo menos, enfurecida. Pero no. Una lengua de fuego se propagó a través de su cuerpo. Le palpitó el clítoris de una manera que la dejó sin aliento. El deseo creció hasta convertirse en llamas, un doloroso e intenso latido que provocó que cada pulsación de su corazón resonara entre sus piernas.

—¿Q-qué me estás haciendo? —gimió.

El deslizó un dedo entre los pliegues empapados y luego lo alzó cubierto de brillantes fluidos.

—¿Estás intentando insinuar que no te gusta?

Se burlaba de ella. Kata se mordió el labio para no decir nada.

Hunter se sentó en el borde de la cama.

—No vamos a hacer ningún progreso hasta que comiences a ser honesta conmigo... y contigo misma. Yo dispongo de todo el tiempo del mundo. ¿Y tú?

Kata había alcanzado el límite y él lo sabía. Hunter no era como Ben ni como ningún otro tipo con el que se hubiera acostado. No le podía manipular con una palabra o una mirada sugerente. Hunter había buceado en su psique y conocía todos sus miedos, sus deseos y secretos más oscuros. La excitaba más que cualquier otro. Y aún así, ella no dudaba que la presionaría hasta que cambiara su actitud y se sometiera a él con sinceridad.

El deseo sólo se hizo más intenso cuando vio que dejaba caer los vaqueros.

«¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!»

Alto, con unos hombros casi tan anchos como la puerta que tenía a la espalda. Con un miembro grueso, duro y largo; preparado. Kata no podía apartar los ojos, no imaginaba cómo aguantaría siquiera diez segundos más sin que la penetrara. Cuando la tomaba, lo hacía con un determinado propósito que la hacía sentir deseable y única, algo que no había sentido antes. Algo que necesitaba ya.

—Por favor, Señor. Ya no puedo soportarlo más.

—Hmm —meditó en voz alta—. No está mal. Pero todavía noto cierta crispación en ti.

Ya, claro, sólo había conseguido derribar parte de las barreras con las que se protegía. Pero Hunter le había dejado muy claro que no descansaría hasta que le ofreciera toda su sumisión, su misma alma. Debía morderse la lengua para que él aliviara aquel ardor, aquel sofocante deseo que la devoraba viva.

Se tragó la cólera.

—No... Señor. Nada de crispación.

—Hace años que trato con sumisas. Conozco todas las señales. Tú estás pensando en la mejor manera de aplacarme para obtener lo que quieres, no en cómo ofrecerte para que yo te dé lo que necesitas.

Kata se sintió más expuesta que nunca, pero Hunter tenía razón. Un vistazo a su implacable expresión le dijo que él no iba a rendirse.



La mirada penetrante y desafiante de Hunter la dejó petrificada. Cerró los ojos.

—Me esfuerzo por resultar accesible, Señor.

Hunter se sentó en el borde de la cama y le rozó los pechos con los nudillos.

—Me doy cuenta de que he llegado muy lejos y que eso, dado tu historia familiar, no te resulta fácil. No me lo has dado todo todavía, pero sí suficiente. Las guerras no se ganan en un día. — Sonrió—. Ahora por lo menos eres honesta y educada. Mereces una recompensa.

Hunter deslizó su cuerpo, masculino y atractivo, sobre el de ella. La besó con una ansiedad llena de desesperación. Controlado, pero a duras penas. De alguna manera, notar eso la hizo sentir mejor. Algo apaciguada, separó los labios y se permitió perderse en el beso.

Se hizo eterno. Hunter le cogió la cabeza para poder acceder mejor al interior de su boca, introduciendo la lengua y robándole el aliento y la resistencia. Él le sujetó la cara entre las manos y la sostuvo justo cómo quería, para tomar... y dar. El beso sabía a dulce comodidad y hacía incrementar su deseo. La devoción de Hunter la inundó; un cálido afrodisíaco que la arrastraba todavía más.

Desde el principio, Hunter la había afectado de una manera distinta. Ahora le había demostrado que, para ella, él era diferente. Era especial.

Si ponían fin en algún momento a ese alocado y espontáneo matrimonio, ¿llegaría a sentirse así con otro hombre? Se habían acostado juntos sólo un par de veces y ya se sentía atada a él, desesperada por alcanzar el inigualable éxtasis que le ofrecía. Deseando entregarse por completo a él. Aplastó la vocecita interior que todavía intentaba protestar y se fundió en su abrazo.

Hunter alzó la cabeza y la miró entre las sombras.

—Mucho mejor. —Con una firme demanda, sus labios capturaron los de ella con una oscura y lenta insistencia. Cuando ella respondió de la misma manera, sin cerrarse a él de ninguna manera, Hunter gimió—. Eres increíble.

Aquella alabanza la atravesó con un cálido resplandor. Entregándose a él por completo de esa manera, le había complacido. Se sintió muy bien a pesar de haberse pasado tanto tiempo sin dar crédito a lo que podía sentir alguien como su madre. Era espeluznante, pero sublime.

Él se deslizó por su cuerpo; se detuvo para lamer los pezones alrededor de las pinzas. Un doloroso y vertiginoso placer incrementó aquel suave destello que acababa de notar, haciéndola experimentar un deseo tan fuerte que dejó de respirar. Era intenso, absorbente, imposible de ignorar. —Hunter...

—Lo sé, cielo. Te las quitaré pronto y te haré gritar como nunca. Será lo más sexy del mundo. Apenas puedo esperar.

Sus palabras eran una erótica corriente que la succionaba todavía más. Ahogarse era inevitable y la anticipación la hizo estremecer.

Entonces, él siguió bajando por su cuerpo, desplazando la boca de un punto a otro, suavemente sobre su estómago; un mordisquito aquí, un pellizco allá, excitándola todavía más. Notaba una tensión increíble. Necesitaba meter los dedos entre los cortos cabellos de Hunter, notarlo caliente y vivo bajo las manos; la necesidad de hacer eso la atacó como si fuera una drogadicta que necesitara la siguiente dosis.

—Libérame las manos, por favor.



Hunter negó con la cabeza. Le rozó los erectos pezones con los pulgares con una suavidad tal, que ella pensó que se volvería loca de placer.

—El control es mío. Tienes que confiar en que yo te daré lo que necesitas, que te empujaré más allá de donde crees que podría llegar y que te encantará.

Kata se arqueó, movió la cabeza de un lado a otro intentando resistir el tormento. Pero su cuerpo se había convertido en un latido gigante que sólo conocía la necesidad de que Hunter le poseyera.

Él deslizó la mano por su estómago hasta los empapados rizos entre sus piernas.

—Hmm, estás tan mojada y caliente... Podrías poner el mismo empeño en comprender lo que ocurre entre nosotros. Cuando te toco sé que estás a punto.

Hunter arrastró el pulgar sobre el clítoris una vez más. Un segundo después, ella notó el roce de su experimentada lengua sobre el brote del placer. Gimió, y él repitió la acción hasta que Kata retorció las caderas y emitió un gemido constante de necesidad.

—No te corras hasta que yo lo diga —le recordó.

Ella movió la cabeza de un lado para otro en una muda negación. Después de los besos, las caricias, los reiterados mordisquitos y pellizcos, su cuerpo estaba más que preparado para estallar.

—No... no podré contenerme.

—Eres fuerte. Podrás. Te lo permitiré en el momento oportuno. Confía en mí.

Presionó dos dedos en su interior y arrastró aquella nueva humedad sobre el sensible nudo, frotándolo en un incesante e interminable círculo que la desarmó por completo. Hunter volvió a utilizar la lengua, un ardiente latigazo que estuvo a punto de destruirla. Kata dejó de respirar, de pensar. Cada músculo de su cuerpo se tensó por el esfuerzo de retrasar lo inevitable. Pero oh..., retener el orgasmo era como intentar detener una avalancha con un plato de cartón.

—¿Qué me vas a dar esta noche, cielo?

—Todo. —El dolor por alcanzar la liberación ardía bajo su piel y ella gimió de anhelo.

—¿Cuánto deseas correrte?

Santo Dios, Hunter quería que le implorara.

—Jamás me había sentido así... Tan ardiente. Es como si... —jadeó—. Es un dolor exquisito. Por favor, Hunter. Señor. Por favor...

—Eres increíblemente sexy, cielo. ¿Tomas la píldora?

—Sí. —Por favor, que aquella pregunta significara que él pensaba follarla ya.

Hunter se detuvo, retiró los dedos; ella se puso rígida.

«¡No!»

—¿Por Ben?

La pregunta penetró de golpe en su cerebro. ¿Estaba celoso? ¿La castigaría otra vez dejándola dolorida y con un ardor todavía más intenso que antes?

—Dime la verdad —le exigió, mientras se colocaba a su lado presionando aquel cálido cuerpo contra su costado y envolviéndola con su calor—. Ahora.

—No. Tengo ciclos irregulares. La tomo desde los catorce años.

—¿Estás sana?



Ella asintió temblorosamente con la cabeza. Lo cierto era que jamás había mantenido relaciones sin usar condón, pero con el calor que emitía el miembro de Hunter revoloteando a su lado, prometiéndole el cielo, y el peligroso latido en su clítoris palpitante, le resultaba imposible hablar.

—Contéstame.

—Sí... Señor —se atragantó.

—Excelente. Lo estás haciendo muy bien. Tienes la piel ardiente, húmeda y sonrojada. —El cálido aliento de Hunter le acarició la oreja y le bajó un escalofrío por la espalda—. ¿Confías en mí?

Una docena de respuestas agudas murieron en su boca antes de que dejara escapar un gemido.

—Sí, Señor.

El sonrió mientras le quitaba ambas pinzas a la vez. La sangre inundó de golpe sus pezones en una dolorosa sensación y todavía... Gritó ante la cacofonía de sensaciones que la atacó.

—Eso es... —Hunter se movió y volvió a poner los dedos sobre el clítoris para rodear despiadadamente la carne anhelante.

El aguijón en sus pezones se unió a la bola de fuego entre sus piernas. Oh, Dios, no podía contenerse. El orgasmo llegaba como un tren sin frenos, como una apisonadora sin marcha atrás, como una supernova a punto de explotar en el espacio.

—¡Córrete! —le ordenó.

Con esa única palabra el éxtasis se incrementó todavía más. Un placer más intenso que cualquier fantasía hizo estallar sus sentidos, concentrando la atención de Kata en el almizcle terroso de algodón y sexo, en el profundo timbre de su orden rebotando en su mente, en el fuerte sabor del sudor que le bajaba por el cuello, en la imagen de la penetrante mirada de Hunter llena de aprobación.

Como si fuera el monte Everest, un enorme pico se cernió sobre ella dejándola sin respiración cuando el abrasador calor de la piel de Hunter levantó llamas en el interior de sus muslos. Se agitó, desesperada por agarrar el cabecero con las manos pero sin poder hacer otra cosa que observar, como una esclava indefensa, cómo Hunter introducía el glande desnudo en su vagina y se sumergía de golpe en su sexo anegado.

Gritó cuando él se adueñó de ella, conquistándola sin piedad, imponiendo la rendición. Debería de haberle dolido, pensó Kata vagamente. Pero, sin embargo, recibió con anhelo la invasión de aquella dura carne que friccionó cada sensible célula de su sexo.

El clímax se alargó, se hizo más grande. Hunter apretó los dientes mientras colocaba los codos a ambos lados de su cabeza, agarrándose al cabecero para hacer palanca cuando se estrellaba contra ella. Lo hizo una y otra vez, con un ritmo cada vez más rápido. Cada embestida la impulsaba más arriba y Kata gritó de placer... Para él.

—Sí, cielo. Joder, ¡sí! —gruñó él entre dientes—. ¡Así!

Cada vez que Kata pensaba que podría recobrar el aliento, Hunter se lo volvía a robar. Su cuerpo alcanzaba un increíble orgasmo tras otro. Cuando su boca apesó la de ella, se apoderó de su lengua y le exigió todo lo que ella podía darle.

Ella se alzó hacia él, alojándole hasta el fondo, conociéndole, sintiéndose una con él. Aquello no era sólo sexo, pero no sabía lo que era. Trascendía del placer. Se había convertido en una conexión



total, en pura energía y... Dios, apenas podía describir con palabras las abrumadoras y deslumbrantes sensaciones.

En ese momento Kata supo que aquel hombre la había cambiado para siempre.

Hunter arrancó la boca de la suya y siguió embistiendo con veloces envites mientras fundía su mirada con la de ella, con los ojos intensamente azules y las mejillas ruborizadas. El sudor le caía por las sienes. Cada músculo de sus hombros estaba rígido por la fuerza de los empujes. Los tendones del cuello se tensaban con cada golpe contra su cérvix.

—Córrete otra vez —le ordenó bruscamente—. Córrete ahora conmigo.

Santo Dios, si desde que había alcanzado el clímax éste no había remitido. Pero cuando él se hinchó en las profundidades de su vientre, contuvo el aliento. Hunter le mordió el hombro y gimió contra su piel, estremeciéndose mientras se derramaba dentro de ella. Kata sintió una inundación de calor abrasador en su interior, haciéndola caer de nuevo en el abismo con un grito.

—¡Hunter!

El fuego se extendió por su cuerpo una vez más. Cuando él se puso rígido, detuvo poco a poco el ritmo hasta que cada latido en el interior del sexo de Kata fue un placer por derecho propio. Ella se convulsionó de nuevo. Emitió un último gemido y quedó desmadejada bajo él.

Unos momentos después, él se movió. Kata escuchó un chasquido y luego un «clic». Notó que tenía las muñecas libres. Él le dio un firme y largo masaje en cada una mientras le besaba el hombro y las mejillas. Cerró los ojos y se acurrucó contra él, exhausta y satisfecha, mientras él la mimaba suavemente.

—Abrazame —le pidió Hunter. Su voz sonó profunda, ronca, casi desesperada—. ¿Me abrazas?

Sus miradas se encontraron en las sombras. Un agudo zumbido inundó la conciencia de Kata. El había hecho el amor con ella de una manera que rozaba la perfección. De hecho, le parecía oír el Aleluya en su interior.

Hunter llevó una mano temblorosa a su cara, acariciándole un rizo que le había caído sobre la mejilla.

—Por favor.

Después de eso ella no podría negarle un simple abrazo... Ni, se temía, ninguna otra cosa. Alzó los brazos y le rodeó el cuello, presionando las manos en sus hombros y su cuerpo contra el de él. Y, Dios, se le llenaron los ojos de lágrimas. El la había estremecido por completo; la había arruinado para cualquier relación sencilla y casual. Ahora era suya.

—Kata —murmuró él, con una voz que era casi un gruñido—. Tengo que decirte que... te amo.

Aquellas palabras la sorprendieron. Kata se quedó sin respiración, cerró los ojos y los apretó con fuerza. ¿Amor? ¿En menos de treinta y seis horas? Era una locura. Era imposible...

Su corazón comenzó a latir desbocado. Por desgracia, se temía que ella no se había quedado atrás.

—No tienes que decir nada ahora mismo —susurró él, curvando los labios en una sonrisa exhausta—. Tu mirada me ha dicho todo lo que necesito.

Kata sabía lo que él había visto: una mujer a punto de perderé! corazón; una mujer muerta de miedo. Una mujer que prefería dar un discurso ante millones de personas, o saltar desde un rascacielos sin paracaídas. Pero pensó que ni siquiera el miedo detendría aquel proceso.



Kata tragó saliva y escondió la cara en el hueco de su cuello. Pero aún así se vio rodeada por su almizcle, por su sudor y su fuerza. Y mientras él le acariciaba el pelo, susurrándole palabras tiernas contra la sien, ella sintió su amor.

Un agudo sonido desgarró aquel jadeante silencio. Hunter emitió una maldición y se estiró hacia la mesilla de noche sin soltarla. Kata se dio cuenta de que se negaba a perder el contacto con ella.

El miró la pantalla del móvil con irritación. Frunció el ceño y maldijo de nuevo con más intensidad.

—Barnes, ¿qué pasa?

Tan cerca de Hunter, Kata no pudo evitar oír la conversación.

—Sé que estás de permiso, tío, pero acabamos de recibir un mensaje crítico. ¿Sabes aquel asunto que discutimos sobre tu última misión? Pues ha surgido un problema.



CAPÍTULO 11

—¿Kata? —Hunter la acercó a su cuerpo en el interior del todoterreno para acariciarle el hombro.

Ella se apartó y se puso a mirar por la ventanilla.

«Cabrón.»

Él retiró la mano y cerró los dedos en torno al volante mientras conducía en dirección este, hacia el sol naciente. Lo último que deseaba era interrumpir su permiso y aquella espontánea luna de miel. No quería incorporarse a su unidad, en especial después de la increíble rendición de Kata. Le había revelado muchos detalles importantes sobre su familia y sabía que cuando él se fuera, iba a sentirse abandonada.

Barnes, él y los otros dos componentes de la unidad de SEALs llevaban cuatro años tras la pista del traficante de armas venezolano Víctor Sotillo y su banda. Cabía la posibilidad de que el hermano del traficante, Adán, hubiera reorganizado el grupo tras la muerte de Víctor e intentara recuperar el contacto con sus clientes iraníes en las próximas veinticuatro horas. Si era así tenían que hacer lo imposible para impedirlo, y a ser posible para siempre.

Le había prometido a Barnes que, después de llevar a su esposa a Lafayette, tomaría un avión y estaría en la base en Virginia Beach al mediodía. Sin duda se encontraría fuera del país al anochecer.

A su lado, Kata parecía dolida y conmocionada. Todos sus planes para hacerla sentir segura y saciada, para conseguir que se enamorara de él, se habían ido al garete con una simple llamada.

«¡Joder!»

Su tiempo para ganarse a Kata se había reducido considerablemente ahora que tenía que marcharse inesperadamente a un maldito agujero en la selva. Casi escuchaba un puñetero «tic-tac» en la cabeza. Lo peor del asunto era que le había confesado sus sentimientos antes de que estuviera preparada para escucharlos. Y esa mañana, las barreras de Kata volvían a ocupar su lugar. Sabía que podía excitar su cuerpo, pero comenzaba a preguntarse si también podría conquistar su mente. El apretado nudo que notaba en las entrañas le advertía que aquélla era una misión que quizá no fuera capaz de completar. El padrastro de Kata había dejado una huella muy profunda en su psique. La cuestión era que, si ahora tenía que interrumpir su estrategia para marcharse a otro continente a combatir a los traficantes de armas, cuando regresara ¿sería suficiente el poco tiempo que le quedaba de permiso para conseguir que ella se enamorara de él? Aunque parecía imposible, Hunter se negaba a darse por vencido.

—¿Qué te pasa, cielo? —Estiró el brazo para cogerle la mano.

—¿Adonde me llevas? —Kata se puso tensa e intentó soltarse Hunter no se lo permitió.

—Vamos de vuelta a Lafayette. Espero estar de vuelta en un par de días, tres a lo sumo. Mientras estoy fuera te protegerán mis amigos, sé que ellos harán todo lo posible para conseguirlo.

Kata le miró con el ceño fruncido.

—¿Vas a dejarme en la puerta de uno de tus colegas para que me cuide como si fuera una cría? De eso nada. Llamaré a alguno de los polis que conozco.



—Ya hemos discutido ese tema. Se han cargado a tu agresor mientras estaba detenido, no sabemos si podemos confiar en la policía. Por lo general sólo me gusta mandar en la cama, pero en lo que se refiere a tu seguridad no pienso dejar nada al azar. Mientras te duchabas hice algunas llamadas. Te quedarás un par de días con Tyler. —Aquello era lo que más le cabreaba de todo, pero no podía hacer otra cosa.

—¿Con Tyler? ¿El ligón que me llamó «nena»?

Hunter apretó el volante deseando que fuera el cuello de Tyler.

—Sí, ése. Trabajó en la policía y ha realizado algunos encargos como guardaespaldas. Te protegerá bien. Preferiría que se encargara Deke, pero mi hermana se puso de parto esta madrugada.

¿No era lo que faltaba? Además se iba a perder el nacimiento de su sobrino. Sin embargo, tener que dejar a Kata con Tyler le carcomía por dentro. Su cuñado jamás le pondría un dedo encima, pero no tenía esa certeza con el otro hombre.

—Me alegro por Kimber, pero...

—Jack Cole no estará de regreso hasta mañana por la noche, entonces relevará a Tyler. Jack es el mejor. —Y además estaba tan locamente enamorado de su esposa, una hermosa sumisa, que ni siquiera se enteraría de que Kata era una mujer.

—Sé que estas preocupado por mi seguridad, pero no conozco a ninguna de esas personas. No es razonable que les molestemos así. Tiene que haber otra solución.

Él le lanzó una mirada severa.

—Voy a irme a la otra punta del continente para ocuparme de unos traficantes de armas y toda su mierda. No podré concentrarme en mi misión a menos que sepa que estás en manos de profesionales que harán todo lo necesario para protegerte. Supongo que puede resultarte embarazoso, pero necesito saber que estás a salvo mientras estoy fuera.

Ella le respondió con una mirada tan intensa como la de él.

—En otras palabras, me estás diciendo que o hago lo que dices o podrías acabar muerto. ¡Eso es chantaje!

Hunter le brindó una amplia sonrisa.

—¿Funciona?

—¡Uf! Eres un condenado hijo de... —Negó con la cabeza y su brillante pelo negro se onduló sobre su espalda—. De acuerdo. Me quedaré con tus amigos mientras no estés.

Hunter le apretó la mano y le acarició los nudillos con el pulgar.

—Cuando vuelva, todavía me quedarán unos días de permiso. Entonces nos ocuparemos de nosotros. Quiero conocer a tus padres y aliviar tus inquietudes. Quiero que te sientas cómoda conmigo y que te puedas entregar a mí sin miedos ni preocupaciones.

Kara arrancó bruscamente la mano de la de él. Cuando Hunter la miró, vio que tenía una expresión tensa y que había bajado la vista. Se puso en guardia. «Oh, oh.»

—¿Qué estás pensando, cielo?

—He visto la salita de tu hermano, si es que a eso se le puede llamar así. No es que me haya tranquilizado precisamente. ¿De qué va? ¿Mantiene relaciones normales en alguna ocasión? ¿O quizá le parecen demasiado insípidas?



Hunter temía esa conversación. Cuando habían atravesado la sala de Logan, al amanecer, Kata había tenido oportunidad de echar un buen vistazo. No había sofás ni pantallas gigantes, no. Su hermano había instalado una cruz, un banco de azotes, una mesa con cadenas, unas barras y unas cadenas que colgaban del techo.

Para una mujer a la que le aterraba ceder el control, la sala de Logan era una pesadilla. Hunter no hacía más que pensar en cómo chantres lograría minimizar los daños.

—Tanto a Logan como a mí nos gusta ser Amos, pero ahí acaban nuestras similitudes. Sus aparatos no tienen nada que ver con nosotros.

—¿Estás diciéndome que jamás has usado ninguna de esas cosas?

No, claro que las había usado y ella lo sabía de sobra.

—Me gusta usar las mesas con cadenas y los bancos de azotes en ocasiones, pero no me van nada las cruces. —Encogió los hombros—. No importa lo que haya utilizado antes, jamás te haría daño.

—No, sólo me atarías y harías cualquier cosa que consideraras necesaria para dominarme. ¿Por qué tanto a ti como a tu hermano os gusta atar a las mujeres? ¿Qué os pasa?

Hunter ya le había explicado su necesidad de protegerla y satisfacerla. Incluso de presionarla lo que considerara necesario hasta que llegaran a estar realmente conectados; se lo había repetido vanas veces. Lo que no pensaba era explicarle también que había descubierto el BDSM el verano que su madre les abandonó. De acuerdo, puede que ambas cosas estuvieran relacionadas pero, llegados a ese punto, ¿qué más daba? Era lo que era.

—Hace sólo unas horas estabas gritando de placer como una loca mientras yo me contenía, pero al final te dejé satisfecha por completo ¿verdad? —la desafió Hunter—. ¿Crees de verdad que te obligaría a hacer algo a lo que tu cuerpo no respondiera?

—No, pero mi cuerpo y mi mente mantienen una lucha a muerte sobre lo que le pido realmente a una relación a largo plazo, y tú estás tratando de que rebase mis límites más rápido de lo que puedo. —Miró por la ventanilla del coche.

Cierto. De no ser por la misión, se pasaría más tiempo ganándose su confianza antes de dar buen uso a algunos de los artículos de la sala de Logan, de mostrarle el placer más oscuro de la dominación. Kata necesitaba experimentarla más en profundidad, darse cuenta de que el increíble intercambio que podría haber entre ellos no debía darle miedo. Pero su trabajo hacía que tuviera que aplazar sus intenciones. No era de extrañar que se sintiera un poco perdida.

—Kata, escúchame...

—No, Hunter, me vas a escuchar tú. Entre nosotros existe una química increíble. No puedo negarlo, pero... —suspiró—. Me gustó lo que hicimos anoche, no pienses que no. Me hiciste sentir adorada y me excitaste de una manera que jamás consideré posible. Sin embargo, no creo que pueda manejar todo esto. Nos casamos siguiendo un impulso estúpido y tú quieres algo que yo no puedo darte. Deberíamos actuar de una manera inteligente y poner punto final a todo esto antes de que ambos resultemos heridos.

Hunter se estremeció de temor. ¿Kata quería el divorcio?

—No pienso renunciar a ti.

—Sé razonable. Nos conocemos desde hace sólo dos días.

El negó con la cabeza.

—No pienso renunciar. Te amo.



—Cállate —dijo ella bajando la mirada y meneando la cabeza—. Ni siquiera me conoces.

El apretó los dientes, aunque lo que quería era aplastar aquella «lógica» con sus propias manos. Lo único que la hacía huir era el miedo.

—Cielo, lo que te he dicho es cierto. —Hunter no sabía cómo hacerle comprender que lo que le decía su instinto era la verdad. Movi6 la cabeza, intentando pensar una manera—. ¿Por qué invitaste a tu hermana a tu fiesta de cumpleaños?

Kata frunci6 el ceño como si pensara que 6l haba perdido el juicio.

—Porque es mi hermana.

—Pero est6 casada, tiene hijos pequeos y no es el tipo de fiesta que le gusta.

—S6. Pero la celebraci6n no hubiera sido redonda sin ella. —Le respondi6 tras pensarlo un momento.

—Tambi6n invitaste a tu madre.

Ahora Kata puso una expresi6n de congoja.

—Pero Gordon no le dej6 venir.

Otro hecho que pesaba en contra de Hunter. Cada vez comprenda m6s el odio de Kata por ese hombre.

—Te apuesto lo que quieras a que tambi6n invitaste a tu hermano.

—Joaqu6n no respondi6. —Kata encogi6 los hombros con des6nimo—. Supongo que anda de inc6gnito.

Hunter le rode6 los hombros con un brazo.

—Sab6as que no podr6a, pero lo intentaste. Y lo volver6as a intentar porque es importante para ti. Eres qui6n mantiene unida a tu familia, ¿verdad? Esa es una de las razones por las que te amo. Cielo, eres inteligente, sexy como un demonio y, aun cuando est6s enfadada conmigo, tu agudo sentido del humor me hace sonre6r. S6 que guardas en tu interior a una chica asustada a la que quiero demostrarle mi amor y no siempre ejerciendo el control.

Kata se mordisque6 los labios.

—No me gusta ser dominada.

—A una parte de ti s6 le gusta, por lo menos en la cama. Lo has descubierto esta noche, y la profundidad de tu sumisi6n te ha asustado.

Por primera vez desde que la conoc6a, Kata no ten6a una respuesta descarada.

—S6.

6l le acun6 la mejilla con la palma de la mano.

—Nuestro matrimonio no ha sido un error. Y en cuanto regrese de esta misi6n, vamos a pasar juntos mucho tiempo, hasta que te encuentres a gusto conmigo. Seguir6 haciendo lo que sea necesario para ganar tu sumisi6n y tu amor. No lo dudes nunca.

Kata frunci6 el ceño con pesar. Apret6 los labios como si estuviera conteniendo las l6grimas.

—No funcionar6. Soy muy independiente. No soporto que la gente me diga qu6 tengo que hacer. Soy terca y decidida... Todo lo que t6 no quieres. Eres un buen t6o pero...

—Uno que sabe cu6ndo debe hacer caso a su instinto. Por eso he forzado las cosas entre nosotros. Puede que no sepa cu6l es tu color favorito o qu6 programas de la televisi6n te gustan. Puede que t6 no sepas qu6 cicatrices me hice de ni6o y cu6les en una misi6n, pero, ¿importa? Son



sólo detalles. —Negó con la cabeza—. No confundas a un Amo con un gilipollas. Lo cierto es que has mantenido relaciones «fáciles» porque no querías que tu corazón se viera amenazado. Si fueras realmente honesta contigo misma, sabrías que jamás serás feliz con un hombre como Ben, con alguien que te permitiera llevar la voz cantante.

Kata apretó más los labios y miró por la ventanilla. Sólo el zumbido del motor y el repicar de una campana en una vieja estación del Oeste quebraban el silencio. Hunter no pensaba rendirse. Incluso aunque no lo admitiera, ella sabía que lo que le había dicho era cierto.

—¿Qué sabes sobre mí? —la apremió en un tono que no admitía réplicas—. Y ahórrate los comentarios sarcásticos. Ya sabes que no tengo problemas para zurrarte el trasero.

Kata permaneció un buen rato en silencio y luego encogió los hombros.

—Eres guapísimo, pero actúas como si no fueras consciente de ello. Tienes familiares y amigos leales, lo que sugiere que tú también lo eres. Afrontas cada situación con confianza, pero sin arrogancia. Eres rápido e inteligente... Y seguramente también se te den bien los bebés y los gatitos —terminó con sarcasmo, esbozando un mohín que hizo renacer las esperanzas de Hunter—. Pero también eres implacable y demasiado receptivo. Cada minuto parece descubrir un nuevo método para someterme. Y yo odio la palabra «sumisa». Para mí significa que soy un poco tonta y que me he vuelto loca...

—No. Te lo he dicho ya, ésa es una de las razones por las que estoy enamorado de ti. Hay muchos sumisos que pierden su identidad por culpa de sus Amos. Si no se sienten oprimidos, la relación no funciona. Necesitan ser dependientes para sentirse útiles, sino se ven perdidos. Pero contigo jamás pasará eso, no tengo ninguna duda de que siempre me desafiarás. Cielo, la gran diferencia entre Gordon y yo, y escúchame bien, es que ese gilipollas egoísta sólo piensa en satisfacer sus propios deseos. Yo no soy feliz si no te doy lo que necesitas. Admito que nos casamos con mucha rapidez, pero danos una oportunidad antes de ceder al miedo y huir.

Ya había pasado la hora punta en Lafayette cuando Kata y Hunter llegaron a la ciudad. Kata se estiró y luego se aplicó un poco de brillo en los labios mientras su marido —Dios, qué raro sonaba eso— conducía con unas gafas de aviador cubriendo aquellos penetrantes ojos azules. Él sujetaba el volante con una mano y con la otra agarraba la suya.

Antes de la última noche, la brecha que él había abierto en sus defensas en Las Vegas había comenzado a cicatrizar. Podría haber reanudado la vida sin él; de acuerdo, puede que lo hubiera lamentado un poco. Pero tras lo ocurrido en el apartamento de Logan...

Kata se estremeció. Hunter la había iniciado en un placer completamente nuevo. Electrizante. Que la dejaba sin respiración. Que se encontraba una sola vez en la vida. No pensaba engañarse a sí misma y decir que no había disfrutado de las ataduras y de su mano firme. La había obligado a rebuscar en lo más profundo de su alma y a entregarle todos sus miedos. Mientras la dominaba, se había sentido adorada por completo, casi mimada, lo que era todo lo contrario a lo que había imaginado. El había arrancado la costra para dejar una cicatriz permanente en sus barreras.

Sin embargo, ahora odiaba sentirse desnuda, vulnerable, apartada. Cada maniobra de Hunter había sido planeada para introducirse en su vida, en su cuerpo, en su corazón. Había hecho que sintiera por él algo tan profundo que no estaba segura de poder manejarlo. Estaba segura de que había otras mujeres que disfrutarían siendo controladas así, pero Kata no estaba dispuesta a dejar que alguien llegara a su alma.



Y la atara Hunter o no, él quería controlar todos los juegos en el dormitorio. Era ahí donde ella tenía problemas. No, Hunter no era Gordon. Era su padrastro con esteroides, era más inteligente y determinado. Seguramente, bajo aquella actitud avasalladora había un tipo decente, pero también podía actuar como un auténtico capullo si quería. Afirmaba que su comportamiento sólo tenía como finalidad darle lo que necesitaba; tiernas palabras. Apostaría lo que fuera a que Gordon también pensaba eso. De acuerdo, Hunter no la había insultado para sentirse él mejor, pero ¿tenía eso importancia si ella no tenía ningún poder en su relación? Al final, el único resultado posible sería que ella acabaría perdiendo el respeto por sí misma y sintiéndose insignificante.

Por otro lado, Hunter la había acusado de no dar una oportunidad real a su matrimonio y a él.

Le miró. El sostuvo su mirada y el aire que les rodeaba se cargó de tensión.

¿Sería eso lo que habría sentido su madre con Gordon? ¿Algo que la llenaba de tal manera que le daba igual renunciar a sus amigas, su trabajo y su propia individualidad? Incluso Hunter admitía que algunos sumisos se veían perdidos sin su Amo. Pero a ella, además de que no podía imaginar estar atada a nadie de esa manera, le preocupaba si realmente podría permitir que él tuviera completo control sobre su cuerpo. Por otra parte, si eso sucedía podía volverse adicta al placer extremo que le proporcionaba y perder su alma al mismo tiempo.

—¿Estás bien, cielo? —murmuró Hunter.

Kata eligió las palabras con cuidado. Puede que le aterrara lo que le hacía sentir, pero tenía razón; Hunter tenía que concentrarse en la misión. No quería que pensar en ella le pusiera en peligro. Lo aclararían todo cuando regresara.

—Sólo estoy cansada. Abrumada.

Él le dirigió una mirada inquisitiva antes de aparcar delante de un edificio de apartamentos, bajo la sombra de un árbol. Tyler estaba a diez metros, en el portal, esperando. «¡Guau!» Había olvidado lo grande que era. Al ver a un tipo como él, Kata hubiera pensado que era una rata de gimnasio cuyo único objetivo era conseguir unos músculos más protuberantes. Sin embargo le había visto en acción y sabía que poseía un agudo poder de observación y que estaba tan dispuesto como parecía a patear el culo de cualquiera que se acercara.

Sí, él la protegería, aunque Kata no estaba satisfecha con ese arreglo. ¿Por qué, a pesar de las ganas que había tenido de poner distancia entre Hunter y ella, le echaba ya de menos?

Salieron del todoterreno al tiempo que Tyler bajaba las escaleras exteriores para saludarlos.

—Hola, nena. Ya tienes arriba lo que había en el maletero del coche.

—Gracias. —Fruunció el ceño y le lanzó una mirada asesina a aquel musculitos de ojos verdes—. ¿Cómo has abierto el maletero de mi coche sin las llaves?

Tyler esbozó una sonrisa petulante y miró a Hunter.

—Ya he hablado con Jack. Vendrá a buscarla mañana por la noche. —Luego su sonrisa se volvió astuta—. Es decir, si ella quiere irse.

Hunter se acercó, ocupando el espacio personal de Tyler.

—Vamos a aclarar las cosas —gruñó—. Kata no es tu «nena», es mi mujer. No la tocarás. Ni siquiera se te ocurrirá. O a Dios pongo por testigo de que te arrancaré la cabeza.



Lo cierto es que Hunter no tenía nada de qué preocuparse. Tyler era atractivo, pero su vida ya era lo suficientemente complicada, pensó Kata.

Tyler parecía divertirse mucho.

—¿No estás siendo demasiado posesivo?

—Concéntrate en el hecho de que alguien quiere asesinar a Kata y en protegerla. Ya sé que te gusta fijarte en las mujeres de otros hombres, pero...

—Yo me aseguraré de que no pasa de las palabras, Hunter. —Un hombre que a Kata le resultó familiar, salió del portal de Tyler. Tenía el pelo oscuro y largo hasta los hombros; algo que hubiera resultado casi femenino en otro individuo y que a él le hacía parecer muy sexy mientras bajaba lentamente los escalones.

—¿Luc Traverson? —Kata se lo quedó mirando aturdida—. ¡Oh, Dios! ¡Me encanta tu programa de cocina!

Y estaba todavía más bueno en persona.

—Gracias. —Le tendió la mano—. Es un placer conocerte. Eres la esposa de Hunter, ¿Kata, verdad? —Encogió los hombros y añadió con acento arrastrado—: Mi más profundo pésame.

—Muy gracioso. —Hunter no parecía muy contento cuando miró a Luc—. ¿A qué has venido?

Kata frunció el ceño.

—¿Os conocéis?

Los dos hombres intercambiaron una mirada; ella supo que se cocía algo entre ellos. Por fin, Luc asintió con la cabeza.

—El marido de Kimber, Deke, es mi primo.

«¿Deke era primo de Luc?»

Tyler resopló.

—Deke y él solían compartirlo todo.

¿Acaso quería decir que él...? Por la cara que habían puesto todos, sí. ¿Kimber, Deke y Luc? Kata se quedó boquiabierta.

Luc le lanzó a Tyler una mirada fulminante.

—Cállate. —Entonces se volvió hacia Hunter—. He venido porque estaba preocupadísimo preguntándome qué locura te ha dado para dejar a tu esposa con este tipo. —Señaló a Tyler con el pulgar—. No sé cómo se te ocurre. No me importaría hacerte el favor de cuidarla hasta que me toque ir a preparar el servicio para la cena en el Bonheur. Además, Alyssa, a pesar de estar ya de treinta semanas, está muy ocupada con la reconstrucción de Las Sirenas Sexys y se muere de curiosidad; me envió a enterarme de todos los detalles jugosos sobre tu boda.

—Gracias por preocuparte por Kata.

Mascullando una maldición entre clientes, Hunter lanzó una mirada al reloj y resopló. Centró toda su formidable atención en ella con una expresión de pesar. Maldición, sólo con esa mirada le hizo sentir un hormigueo de los pies a la cabeza; él la hacía sentirse así siempre, aún cuando ella no quería.

—Te voy a echar de menos, cielo. —Presionó sus labios contra los de ella.

Hunter la había besado muchas veces con posesión y pasión abrumadora. Era como si un tornado fuerza cinco atravesara los muros que protegían su corazón y los derribara. Pero en ese momento fue como un penacho de humo, tan ligero que ella casi se preguntó si se habría



imaginado el beso. Casi al momento, a Kata comenzaron a hormiguarle los labios, justo como le pasaba después de probar la salsa picante de su abuela; pero aquella sensación no se pasaría con un poco de leche fría. Hunter dejaba su impronta en ella. Y ese beso, tan tierno, fue como un golpe en el pecho.

Siempre le pasaba igual con él, era algo increíble y aterrador a partes iguales.

Necesitaba más. Se puso de puntillas y abrió los labios para él, clavándole los dedos en los hombros al tiempo que contenía un gemido.

Él le acarició la mejilla con los nudillos y se apartó, luego le encerró la cara entre las manos con una desesperación que derrumbó todas las defensas de Kata.

—Volveré pronto —murmuró él—. Te lo prometo.

—Cuídate —susurró ella con la voz entrecortada.

Después de otro beso abrasador, él bajó los escalones y se dirigió hacia el aparcamiento donde el asfalto brillante ya emitía volutas de vapor a pesar de que sólo eran las nueve de la mañana.

Le dolía verle marchar, pero se dio cuenta de que él le había hecho tener la certeza de que ninguna misión en el culo del mundo le impediría volver con ella. Sabía que Hunter tenía un trabajo peligroso, más que el de un policía o un bombero; luchaba contra adversarios que tenían como objetivo matarle cada vez que aparecía ante ellos. Se estremeció y notó un nudo en la garganta; tuvo que contenerse para no llamarle. Dudaba que Hunter y ella tuvieran un futuro juntos, pero ¿y si le pasaba algo? Santo Dios, ella quedaría destrozada; se moriría de dolor.

¿Por qué?

Llegó el taxi que Hunter había llamado. Se despidió de ella con un gesto de la mano y Kata siguió con la vista al vehículo amarillo y negro hasta que se perdió de vista.

Tan pronto como dobló la esquina, Tyler la tomó del codo y sonrió.

—¿Por qué no entras y te pones cómoda, nena? Intentaremos pasar el rato lo mejor posible. — Le guiñó un ojo y luego lanzó una mirada airada a Luc—. Incluso aunque tengamos carabina.

Tras un corto trayecto en coche hasta una hamburguesería con parada en el videoclub incluida, Kata se sentó al lado de Tyler en el sofá para ver una película.

—Cuando hablé de acomodarnos en el sofá después de que Luc se fuera, no me refería a esto. —Su expresión dolorida decía que prefería que lo metieran en aceite hirviendo—. ¿Vas a obligarme a ver esto de verdad?

Cálido, gracioso, atento pero no apabullante, Tyler poseía todas las cualidades que le pedía normalmente a un amigo. Habían coqueteado, parecía que para él era algo involuntario y constante. Pero Kata no notaba ningún tipo de química entre ellos, lo que era un alivio. Por lo general le gustaba flirtear, pero Hunter se había apoderado hasta de la última neurona de su cerebro y la había llenado de pensamientos sobre él.

—Tomaré tu silencio como un no. —Tyler intentó apropiarse del mando.

Ella lo alejó bruscamente de su mano y luego se rió ante su mueca de enfado fingido.

—Me encantan Edward y Bella. ¿Has visto alguna de sus películas? —indagó.

—¡Joder, no! Ella parece estreñida y estoy seguro de que él es de la otra acera.

Kata reprimió una carcajada. No debería haber preguntado.



—Eso se llama angustia. Supongo que tú no la has sentido nunca.

Tyler le lanzó una dura mirada que decía que no se pasara un pelo. Entonces le salvó de mascullar una embarazosa disculpa poniendo en marcha la película. Kata se tragó lo que había pensado decir. Puesto que su vida estaba en manos ajenas, no estaba en la mejor posición para dar consejos. Se centró en la voz familiar de Bella Swan cuando comenzó el largometraje.

Habían visto casi la mitad cuando él se dirigió a la cocina a hacer palomitas, y Kata vio reflejada su larga figura en un cristal mientras éstas estallaban en el microondas. Apretó un cojín contra el pecho y sonrió.

—Oh, venga —murmuró él—. Hasta Helen Keller y Stevie Wonder verían que eso es un triángulo amoroso. ¿Cuánto dinero dices que recaudó esta mierda?

Kata le lanzó el cojín.

—¡Shhh!

—No me mandes callar, nena, o te zurraré sobre mis rodillas.

Ella se quedó paralizada.

—¿A ti también te va eso? Pero ¿qué estoy diciendo? Por supuesto que te va. Eres amigo de Hunter.

¿Cómo había sido tan estúpida para no haberlo imaginado antes?

Tyler frunció el ceño.

—¿Si me va el qué? —Arqueó una ceja y negó con la cabeza—. Ah, ya, Hunter está metido en esos rollos del BDSM. Le gusta dominar. Pero no, a mí no me va. Se lo dejo todo a él y a Jack Cole.

—¿El mismo Jack que viene a buscarme mañana por la noche?

—El mismo. Es un tipo tranquilo y su mujer una chica atractiva. Morgan te caerá bien.

—Porque ella es... —Kata buscó una palabra elogiosa para no insultar a una mujer a la que Tyler, evidentemente, admiraba—. ¿amigable?

¿Habría Jack anulado la personalidad de Morgan, reemplazándola por una amigable mujer que sólo sabía decir «sí, señor»? Tyler soltó una carcajada.

—¿Morgan amigable? Yo se lo insinué en una ocasión y casi me arrancó los huevos. Es una mujer espeluznante cuando se cabrea. Hasta Jack es lo suficientemente listo como para no enfrentarse a ella.

Kata no sabía cómo interpretar las palabras de Tyler. Si su madre intentara imponerse, Gordon encontraría mil maneras sutiles de decirle que estaba equivocada y que había tenido una rabieta ridícula. Pero cuando era él quién se enfurecía... ¡cuidadito! Sin embargo, Tyler hablaba de una manera que hacía que pareciera que a Jack le importaban los estados de ánimo de su esposa, no que le desagradaran. ¿Sería una norma en un matrimonio de Amo y sumisa, o sólo ocurría entre Jack y Morgan?

No importaba. A pesar de los sentimientos que tuviera por Hunter, de lo explosivos que fueran en la cama, no había sitio en su vida para permanecer casada con alguien que conocía desde hacía menos de dos días. Un hombre que podía estrujar su cuerpo y su corazón.

Necesitaba hablar con alguien. Quizá con su madre, que siempre la comprendía.

—Eh, oye... —llamó la atención de Tyler—. Voy un momento al baño.

Con la cabeza dándole vueltas, recorrió el pasillo hasta el dormitorio. Una estancia puramente masculina decorada con muebles de madera oscura y una alfombra de diseño lineal con tres rayas



oscuras. Había armas por todas partes, así como un número impresionante de dispositivos electrónicos.

Kata encontró su maleta en la esquina y se inclinó sobre ella. Tenía allí el cargador del móvil. El teléfono se había quedado sin batería por la tarde y había sido incapaz de ponerlo a cargar bajo las miradas vigilantes de Luc y Tyler.

—¿Quieres que le dé a pausa? —gritó él.

—No, ya la he visto, así que no me perderé nada importante. Sigue tú.

Con Tyler ocupado, quizá podría intentar hacer una rápida y susurrante llamada. Sí, vale, Hunter le había dicho que su teléfono era fácil de rastrear, pero le parecía descabellado que alguien que no perteneciera al gobierno dispusiera de tal clase de tecnología.

Conectó el móvil al cargador y lo encendió. Entonces lo puso en modo vibración. Comenzaron a llegarle mensajes de texto y del buzón de voz. Mari, Chloe, Hallie, Ben. Sabía lo que iban a decirle antes de escuchar sus mensajes. Mari preguntaba si estaba bien tras el tiroteo y si se había vuelto loca por casarse con un hombre al que apenas conocía. Insistía en hablar con ella de inmediato e invitaba a Hunter al almuerzo dominical. Por supuesto Chloe y Hallie todavía no sabían que habían intentado asesinarla, así que sólo querían los detalles más calientes de su polvo con Hunter. Ben... estaba herido, confundido y enfadado. No le culpaba; había arreglado su mayor fantasía como regalo cumpleaños y ella le había dado una puñalada en la espalda. Definitivamente, le debía una llamada y algún tipo de explicación.

De pronto saltó otro mensaje de voz de un número local que no conocía. Kata se dispuso a escucharlo. Cuando oyó una voz femenina, jadeante y ronca, frunció el ceño confundida... Hasta que la mujer en cuestión se identificó como su madre.

—Hija, me han dicho que te dispararon. —Su voz resumaba preocupación—. Por favor, llámame para decirme que estás bien. Gordon está de viaje y se ha llevado el móvil, así que te llamo desde casa de los vecinos. —Tosió, un sonido rudo y ronco que hizo que Kata se sobresaltara—. Perdón. Gordon dice que tengo alergia, y creo que tiene razón.

—Ya, claro. Si eso es una alergia, yo soy el Yeti —rezongó Kata, sumamente preocupada. Escuchaba el silbido de la respiración de su madre en cada aliento.

—Me dejó unas pastillas de ibuprofeno y un jarabe para la tos, así que pronto estaré bien. —Volvió a toser durante un buen rato. Cuando reanudó su monólogo, la voz sonaba todavía más débil—. Ven a verme tan pronto como puedas, hija. Te quiero.

Al colgar comenzó a toser otra vez. Kata se quedó aterrada. Estaba segura de que su madre tenía bronquitis... o algo peor. Maldito Gordon. Estaba ciego y era demasiado egocéntrico para preocuparse por si su madre estaba enferma de verdad. La había dejado en casa sin coche, sin móvil y, probablemente, sin dinero. En la mente de Gordon ella no debía ir a ningún lado, no debía hablar con nadie ni nada de nada, así que ¿para qué iba a necesitar dinero? El muy bastardo sabía de sobra que la dependencia era una debilidad y que nada dejaba a su madre más rápido a su merced.

Apretó con firmeza el móvil e intentó decidir qué hacer. Su madre no tenía forma de llamar al médico y no lo haría desde el teléfono del vecino. Gordon se disgustaría mucho si ella se atrevía a hacer tal cosa. Su madre debería haber llamado a Mari, pero su hermana tenía ahora una familia de la que ocuparse y mamá no querría complicar más la vida de su hija mayor.

Así que la única manera efectiva para evaluar la gravedad de la enfermedad era que Kata la viera con sus propios ojos.



Kata dejó caer el teléfono y se dirigió a la puerta del dormitorio. No conocía demasiado bien a Tyler, pero hasta ahora se había mostrado razonable y amistoso. Seguramente, si le explicaba la situación, él la ayudaría. Parecía tan lógico...

Pero Tyler ya se había negado a llevarla a cualquiera de los sitios que frecuentaba, como su apartamento. Sostenía que quienes querían matarla podían tener vigilados todos esos lugares. Y la lealtad de Tyler no era para ella, sino para Hunter.

Aferró el pomo de la puerta y se quedó paralizada. ¿Y si Tyler no la ayudaba? ¿Y si no la dejaba salir? A pesar de su aire bromista y relajado, era muy capaz de mantenerla atrapada allí. No tenía duda de que si se negaba a llevarla a ver a su madre, jamás podría escapar a su vigilancia.

Y nadie más ayudaría a su madre. A Mari no le gustaba entrometerse entre Gordon y ella. Además, los lunes su hermana colaboraba en una asociación de Baton Rouge con algunos de sus colegas. Era su cuñado quien se quedaba en casa con los niños, con un ojo puesto en los deberes de sus hijos y otro en el partido de la tele. Si a Tyler se le ocurría ir solo, su madre no le abriría la puerta por temor a las represalias de Gordon. La necesitaba a ella.

Se mordió los labios. Si, sabía que escapar era peligroso; no era tan estúpida como para no saberlo, pero su madre tenía un enorme historial de problemas respiratorios y Kata tenía que comprobar cómo estaba ahora.

—¿Todo bien? —preguntó Tyler a través de la puerta.

Ella se estremeció. ¿Cómo había logrado él recorrer el pasillo sin que hubiera oído sus pasos? Tyler podía parecer un tipo estupendo al que le gustaba flirtear, pero debajo de todo ese encanto se ocultaba un hombre letal.

—Muy bien —respondió antes de levantar sus sospechas—. Estoy poniéndome cómoda. ¿Te importa si me doy una ducha?

El vaciló.

—No, claro... pero... er... No tardes mucho. He parado la película para que podamos seguir viéndola juntos.

«Piensa, piensa...» ¿Cómo podía salir de allí?

—¿Quieres decir que al final te has enganchado a la historia de Bella y Edward? —bromeó, para que no sospechara nada... Y porque él se lo merecía.

—Bueno, no es una porquería total. Es el mayor elogio que voy a decir. Te doy diez minutos, Kata.

—Perfecto. Salgo enseguida.

¿Qué diantres iba a hacer para librarse de él en diez minutos?

De repente se le ocurrió una idea. Entró corriendo en el cuarto de baño y abrió el grifo para disimular cualquier ruido. Esperando que aquello no la pusiera en peligro, le envió entonces un mensaje de texto a la única persona en la que confiaba por completo y que sabía que jamás la traicionaría.



CAPÍTULO 12

Las veinticuatro horas transcurridas desde que se había escabullido del apartamento de Tyler habían sido las peores de su vida. Kata se pasó la mano por el pelo mientras iba de un lado a otro de la habitación del hospital donde habían ingresado a su madre. Ya se estaba haciendo de noche; necesitaba darse una ducha, comer algo y... controlarse para no estrangular a Gordon.

—Tranquilízate, Katalina —la recriminó su padrastro—. Pareces un elefante que irrumpiera furioso en una cacharrería. Has heredado la elegancia de tu madre, es decir ninguna, y...

—¡Cállate! —Se volvió con rapidez hacia él, con los puños cerrados y la furia bullendo en su interior—. ¿Cómo coño pudiste dejarla sola y sin recursos cuando sabías que estaba enferma? ¡Podría haber muerto!

Desde la silla situada en la esquina, Marisol meneó imperceptiblemente la cabeza. Kata sabía lo que le estaba diciendo su hermana: aquello sólo haría que Gordon se enfadara más, que se pusiera más a la defensiva; algo que, a la postre, acabaría pagando su madre. Mari era de la opinión de que no había que meterse en temas de pareja. Pero Kata apenas podía contener la ira. Quería que aquel gilipollas pagara por sus acciones.

Gordon puso los ojos en blanco.

—¡Qué dramática eres! Por supuesto, el médico nos dirá que ha estado a las puertas de la muerte; así gana más dinero. Pero esto es sólo un catarro sin importancia.

—¿Un catarro? Mi madre tiene una neumonía. Si hubiéramos esperado más tiempo, hubiera sido fatal para ella. Los médicos no mienten.

—Katalina, ningún hombre quiere a su lado a una mujer chillona y malhablada que cuestiona sus decisiones y le corrige. Visto lo visto, no es de extrañar que sigas soltera.

Kata estaba lo suficientemente enfadada para comerse las uñas y escupírselas a la cara. Podía decirle que ya no estaba soltera, pero no era el momento de desviarse del tema. Tenía que concentrarse en su madre.

—Bueno. —Mari se levantó y se interpuso entre ellos, elegante y delgada—. Son las ocho. El autoservicio del hospital cerrará dentro de poco. ¿Has comido algo, Gordon?

Él negó con la cabeza y miró a su esposa.

—Me voy para casa. Ya tomaré algo allí.

—¿Sólo vas a estar aquí diez minutos? —Kata estaba boquiabierta.

—Hoy echan CSI. Carlotta sabe que no me lo pierdo nunca.

¿Incluso aunque su mujer estuviera ingresada en el hospital? Bueno, supuso que si había llegado tarde por quedarse preparando una reunión programada para la semana próxima, no podía perderse un estúpido programa de la tele. Típico de Gordon. Egocéntrico hasta la médula.

Kata se tragó la furia.

—Muy bien. Ahí tienes la puerta.

—No me gusta nada tu actitud, Katalina. —Cogió el abrigo e hizo tintinear en el bolsillo las llaves del coche.

«¿De veras?» Pues ella no le soportaba, punto. Pero, ¿serviría de algo volver a decírselo? Gordon sabía de sobra lo que opinaba sobre él.



—Vete a la mierda.

Él farfulló algo por lo bajo y luego se dirigió a la salida, con la misma altivez que si fuera el rey de Inglaterra. «Perdedor...» Lo único realmente grande que poseía Gordon era la opinión sobre sí mismo.

—Buenas noches, Mari —se despidió. Luego lanzó una mirada furibunda a Kata con los ojos entrecerrados y se fue.

Si su padrastro pensaba que a ella le importaba algo su desaire, no podía estar más equivocado.

—Dios mío, le odio —le dijo Kata a su hermana una vez que desapareció de su vista.

—No más que yo.

—¡Pero tú jamás le dices nada!

Mari arqueó las cejas y la miró con reprobación, indicándole que estaba a punto de perder la paciencia.

—No pienso hacer nada que complique más las cosas a mamá.

Kata sabía que Gordon siempre acababa sacándola de sus casillas.

—Lo siento.

Su hermana encogió los hombros.

—Sé que lo haces para defenderla y ella sabe que la quieres. Yo también lo hago, pero no me involucraré en su relación hasta que ella decida dejarle.

Sí, era lo que Mari siempre había dicho.

—¿Por qué no se divorcia de él? Sé que es infeliz, que piensa que no tiene otra alternativa, pero joder, todavía es joven, y lista, y amable...

—Y tiene la autoestima por los suelos. Gordon ha conseguido que dependa de él económica y psicológicamente. Hasta que ella sepa cuáles son sus opciones, al presionarla sólo conseguiremos complicar la situación.

Kata se mordisqueó el labio.

—Siempre eres lógica y razonable, y sé que tienes razón pero... Se me rompe el corazón al verla así. Desearía poder hacer algo.

Mari meneó la cabeza mientras introducía la mano en la cartera para extraer unos papeles.

—También yo estoy preocupada por ti.

—¿Por mí?

Mari la taladró con una penetrante mirada de hermana mayor y asintió con la cabeza.

—Cuando desapareciste después del tiroteo, llamé a Ben. Decir que me sorprendió saber que te habías casado con Hunter es una declaración comedida. No se lo he dicho a mamá, pero... —suspiró, exasperada—, ¿en qué estabas pensando? No sabes nada de él y, por lo que me ha contado Ben, Hunter es autoritario y dominante. Este asunto no me da buena espina.

—Es dominante sexualmente. —Kata notó con vergüenza que se sonrojaba—. Pero no un idiota como Gordon —le defendió.

—¿Estás segura de ello? —Mari, que siempre era una juiciosa abogada, se dejaba llevar por el corazón con respecto a Kata.

¿Cómo podría convencer a su hermana de que aquello, que en cualquier otra ocasión podía estar mal, ahora no era así? Ni siquiera estaba convencida ella misma. Hunter no era una mala



persona como Gordon, aunque podía llegar a ser cruel si quería. Y, desde luego, Kata no sabía qué clase de marido sería.

Mari continuó con su interrogatorio.

—¿Por qué no me dijiste adonde ibas después del tiroteo? No supe dónde estabas hasta que tuviste el detalle de llamar.

—Bueno, eso es culpa mía. No tuve mucho tiempo, cierto, pero no quería que te preocuparas por mí.

—Hmm... —Mari no sonaba convencida—. ¿Hunter quería decirnos dónde estabas?

—No, creo que no —admitió Kata.

—Entonces, ¿por qué te echas la culpa a ti misma? —le preguntó su hermana con incredulidad—. ¿A quién le gusta hacer eso? A su madre, pero...

—Después de que intentaran matarme, Hunter no quería q nadie supiera donde estaba; fue por seguridad. Yo estaba bien y lo sabías, realmente no importa dónde me llevó.

Mari arqueó una ceja oscura con escepticismo.

—Mira, admito que Hunter puede ser arrogante, pero no malo. Me hace sentir especial. Algunas veces... dice justo lo que necesito oír y... —suspiró—, y yo me derrito.

Si algo tenía claro Kata, era que si fuera ella la que estuviera enferma en el hospital, Hunter jamás la dejaría sola por ver CSI. Lo más probable es que no la dejara sola ni un minuto.

Mari la miró con dureza.

—No sé si te acuerdas, pero al principio Gordon también te gustaba.

Aquello hizo que Kata se callara. Mari tenía razón. Hacía muchos años, cuando su madre comenzó a salir con Gordon, éste había sido encantador. Una vez, les había llevado a los tres a un parque de atracciones y más tarde a una heladería. Siempre les llevaba chucherías y juguetes cuando iba a recoger a su madre. Les había hecho trucos de magia, cantado con el karaoke e incluso había jugado con ellos al Super Mario Bros, en la consola. Después de que se casara con Carlotta, había ido cambiando poco a poco su comportamiento, hasta convertirse en el capullo que tanto odiaban.

—Kata, piénsalo. No sabes nada de este tipo salvo que es un SEAL y que es bueno en la cama.

Era buenísimo en la cama, pero Kata comprendía lo que su hermana quería decir. Quería creer que Mari estaba equivocada, pero por muy doloroso que fuera, tenía razón. Aquella advertencia despertó de nuevo todas sus dudas e incertidumbres y las magnificó. Mari podía estar muriéndose en ese momento y Kata no se habría dado ni cuenta.

—Es sólo un poco... protector—dijo, extrañamente determinada a que su hermana entendiera que Hunter tenía buenas cualidades.

—Él afirma que te protege, pero ¿no crees que apartarte de todos tus seres queridos y obligarte a pedir permiso en el trabajo es ir demasiado lejos?

—El hombre que fue a por mí era un asesino profesional —defendió a Hunter, incluso aunque las palabras de su hermana la hundieron. ¿No había dicho ella misma el día anterior que aquel matrimonio había sido un impulsivo error? ¿Por qué trataba de convencer a Mari de lo contrario?

—¿Cómo sabes que eso no es algo que te ha dicho él para poder mantenerte encerrada?

—Hunter no mentiría sobre eso. Además, el tipo me apuntó a la cabeza. —Kata se estremeció al recordarlo.



—No quiero decir que no corrieras peligro, pero ¿cómo sabes que no fue uno de los secuaces de Villarreal o alguien a quién cabrearas en algún momento en vez de un asesino? ¿Cómo lo sabe Hunter?

—Mi atacante me confesó que le habían contratado para matarme.

Mari apretó los labios.

—¿Un asesino profesional se molestó en comunicarte eso? Oye, no me entiendas mal, me preocupa tu seguridad. Casi me muero de miedo cuando me dijeron que te habían disparado, pero también me preocupa el comportamiento de Hunter. Puede que ande totalmente descaminada... —su tono decía que no lo pensaba ni por un minuto—, pero creo que deberías pensar seriamente en poner punto final a ese matrimonio antes de que él te anule por completo.

Las palabras de su hermana hicieron que Kata se estremeciera por la gravedad de la situación. Su confusión se hizo más intensa.

Por fin, Mari le tendió los papeles que tenía en la mano.

—Me he tomado la libertad de redactar esto.

Kata tomó la documentación con dedos helados y la abrió. «Demanda de divorcio.» Si bien ella misma había hablado con Hunter de terminar con su matrimonio, verlo por escrito hizo que se le aflojaran las rodillas.

—Lo único que tienes que hacer es firmar y obligar a Hunter a hacer lo mismo; entonces todo habrá acabado. Si en realidad le importas, te llamará. A partir de ahí, puedes comenzar con él una relación normal, conoceros poco a poco. Si no quiere intentarlo, si él se comporta contigo como Gordon lo haría con mamá...

En ese caso lo sabría. La cosa era que no podía imaginarse saliendo con Hunter como si acabaran de conocerse. Desde el momento en que se vieron, él se había concentrado de inmediato en ella, los había vinculado de una manera que no habría hecho si sólo quisiera salir con ella. Además, Kata había mencionado a Hunter que deberían dar por finalizado ese matrimonio y él se había negado en redondo. Pero Mari tenía razón, aunque Kata desearía que no la tuviera. De hecho, se resistía a ello con todas sus fuerzas. Miró a su madre, pálida y exhausta sobre la cama. Una mujer muy diferente a la madre animada y vivaz que las había criado.

¿Sería ella así dentro de veinte años si se quedaba con Hunter?

Kata contuvo con firmeza la cólera y la confusión que la desgarraban por dentro. Hacía tres días que conocía a Hunter y habían estado separados la mitad de ese tiempo. Pensar en no verle no debería de dolerle tanto, pero le echaba muchísimo de menos.

Se mordió los labios para contener las lágrimas. Luchó contra ellas, pero lo acaecido en los últimos días y la enfermedad de su madre eran como losas que la hacían tambalearse.

Mari borró la distancia que había entre ellas y la abrazó.

—Te gusta, ¿verdad?

¿Cómo responder a eso? Lo que sentía por él iba mucho más allá de «gustarse». Si sólo pudiera tener dos minutos con él, querría más... y más... Sollozó.

—No sé si quiero vivir sin él.

—¿Te has enamorado de él? —Mari parecía incrédula ante tal posibilidad.

A Kata le gustaría decir que no. Pero no podía.



—Yo... Yo... —Respiró hondo. Una parte de ella se había sentido aliviada cuando Hunter había tenido que irse. Otra se quedó aterrada y desolada—. No lo sé.

Mari parecía consternada.

—¿En serio?

Teniendo en cuenta que Kata no había respondido con tal abandono a ningún otro hombre, que cuando él le dijo que la amaba había comenzado a bailar por dentro, sí.

—Tal vez. Me da miedo lo que siento.

Su hermana no parecía contenta, pero logró suavizar la expresión hasta que fue totalmente neutral.

—No le conozco, así que debería callarme. Pero esos documentos te dan cierto poder. Fírmalos, hermana. Si realmente existe algo entre vosotros, hacedlo de la manera correcta, no en una capilla de mierda en Las Vegas mientras estabas borracha. Daos tiempo para conoceros, para presentaros a vuestras familias y amigos. Entonces, cuando estés lista, casaros delante de todos nosotros y proclamad vuestro amor.

Lo que Mari decía tenía mucho sentido... en el mundo en que ella vivía. Kata no podía escucharla; no tomaba sus decisiones con la razón. Y cada emoción que sentía ahora contribuía a crear una enorme confusión en su interior.

Kata se mordisqueó otra vez el labio. O se entregaba por completo a esa relación supersónica o le ponía punto final. Ahora, antes que pasaran diez años y fuera demasiado mayor o demasiado decadente o —Dios no lo quisiera—, tuviera que arrastrar a sus hijos a un divorcio.

Metió los documentos en el bolso.

—Lo pensaré.

Mari frunció los labios rojos como si su primera intención fuera intentar presionarla, pero se limitó a asentir con la cabeza. Un momento después, Ben regresó con dos humeantes tazas de té y volvió la cabeza con descaro atisbando toda la habitación.

—¿Se ha ido Gordon? Sí que ha sido una visita rápida.

—Sí, gracias a Dios —murmuró Kata, aliviada.

—Llámame luego. —Mari cogió el bolso—. Si dejo a Carlos solo con los niños demasiado tiempo, Javi y Robby pueden atarle y quemar la casa.

El marido de Mari adoraba a sus hijos y algunas veces relajaba demasiado la disciplina en favor de la diversión.

—Vete —le aconsejó—. Te haré saber cualquier cambio que ocurra con mamá.

—Tú también necesitas descansar. —Mari esbozó una expresión de preocupación—. Piensa en lo que te he dicho.

Kata asintió con la cabeza mientras Mari se dirigía a la puerta, con la falda gris de ejecutiva siseando a cada paso. Se sentía muy cansada. Un millón de pensamientos daban vueltas en su cabeza, pero estaba demasiado exhausta para pararse en cualquiera de ellos. Necesitaba comer y dormir... y decidir qué hacía con Hunter.

—¿Todo bien? —Ben le ofreció una taza de café y le acarició el hombro con una cálida mano—. ¿Quieres contarme algo?

La última persona con la que Kata quería discutir sobre Hunter era con Ben. Puede que su antiguo amante no estuviera furioso porque se hubieran casado, pero tampoco le hacía gracia.



—No, gracias.

—Algo te ronda en la cabeza. Lo veo en tu cara. ¿Te ha molestado algo de lo que dijo Gordon? Es un imbécil.

—No me importa lo que diga de mí, pero la manera en que trata ni madre es imperdonable. Aunque sea lo último que haga, la convenceré para que le deje.

Ben la guió a la silla al lado de la cama de Carlotta, que estaba llena de tubos y rodeada por monitores. En cuanto estuvo sentada en el feo asiento de vinilo verde, miró a su madre.

Se bebió un buen sorbo de café y suspiró.

—Gracias por todo, Ben. Por ayudarme a escapar de Tyler, llevarme hasta casa de mi madre para que pudiera traerla al hospital y por no haberte separado de mi lado desde que llegamos.

Ben dejó su café sobre la mesita y, negando con la cabeza, se arrodilló ante ella.

—Para eso están los amigos. Para eso... —le deslizó la mano por el muslo—, y para otras cosas. Vuelve a casa conmigo, Kata. Necesitas una ducha, dormir..., alguien que te abrace. Te echo de menos. No sé qué es lo que hay entre Hunter y tú, pero no me importa.

Unos días antes, ella hubiera respondido «sí» con facilidad. Ben era familiar, le gustaba estar con él. Brazos firmes, risas, tranquilidad... sexo previsible. Un orgasmo garantizado.

Pero ahora no quería saber nada de su oferta. Sabía que la culpa era de los sentimientos indefinibles que Hunter había provocado en ella. No tenía sentido. ¿Cómo podía sentirse tan dolorosamente unida a Hunter cuando le aterraba depender de él emocionalmente?

—Ben...

Un hombre con gafas de sol entró en la estancia de repente. Exudaba peligro como si fuera una colonia cara. Tenía el pelo azabache y estaba vestido de negro de la cabeza a los pies; su ceño fruncido gritaba a todo el que quisiera entender: «cuidadito con meterte conmigo».

¿Sería uno de los hombres de Villarreal? Kata cogió el teléfono con rapidez para marcar el 911.

—Suéltala —gruñó, mirando fijamente a Ben que le seguía acariciando el muslo—. A Hunter no le gustará nada que le hagas proposiciones deshonestas a su esposa. Aparta las manos de ella. Ahora.

Ben le miró con el ceño fruncido pero no se movió.

—¿Quién eres?

—Alguien a quién le haría muy feliz romperte las narices. Vete, o uno de mis amigos hará explotar tu coche en menos de dos minutos.

Ben se puso en pie cabreado y lanzó una mirada furiosa al desconocido. Fue como si un terrier se enfrentara a un pitbull.

—No puedes... ¡Ni se te ocurra hacerle nada a mi coche!

El desconocido lanzó una mirada indiferente al reloj.

—Un minuto cuarenta y cinco segundos. Estás perdiendo el tiempo.

—¿Cómo sé que no le harás daño a Kata? —le desafió Ben, interponiéndose entre ella y el desconocido.

A Kata le encantaba que Ben estuviera dispuesto a defenderla, en especial cuando estaba corriendo el riesgo de perder su amado coche, pero acabaría consiguiendo que le patearan el culo, o algo peor. Comenzó a presionar los botones del móvil.



—Cuelga —le ordenó el desconocido—. Soy amigo de Hunter —agregó con suavidad.

—¿Sí? Yo también. —Ben cruzó los brazos sobre el pecho.

El extraño se acercó amenazadoramente.

—Estoy seguro de que si hubiera visto lo que yo, no se mostraría muy amigable contigo. Estás intentando acostarte con su mujer.

Kata se puso en pie y se enfrentó al hombre.

—No sé quién diantres eres ni para qué has venido, pero no permitiré que vengas pavoneándote y amenaces a mis amigos.

Él esbozó una sonrisa ladeada.

—Es verdad que lo hago. Pero también que me envió tu marido. Soy Jack Cole.

Veinte minutos después, Kata seguía sin poder apartar los ojos de Jack. Estaba apoyado en la pared blanca del hospital y la observaba con una mirada inquietante. Ben se había marchado hacía unos minutos, visiblemente molesto por tener que ir a trabajar, aunque ella no dudaba ni por un segundo que se alegraba de llevarse el coche.

—No tienes por qué estar aquí —le dijo a Jack.

El se encogió de hombros.

—No tengo nada mejor que hacer.

Jack Cole la ponía nerviosa. Todo, incluso los movimientos de sus caderas, estaban calculados y rezumaban controlado poder. Transmitía peligro. Jack era un auténtico hijo de perra al que no querría encontrarse en un callejón oscuro. Y no le costaba nada creer que podía dominar por completo a una mujer. Hunter y él tenían mucho en común.

—¿Dónde está Tyler? —preguntó, en lugar de señalarle que no le había pedido que hiciera el trabajo, pues sería desperdiciar saliva.

Prefería tener al antiguo detective de niñera y no a ese cajún amenazador.

Jack sonrió con aire satisfecho, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Está revisando las medidas de seguridad del hospital. No había tenido tiempo de hacerlo desde que llegasteis a este lugar hace veinticuatro horas.

Kata casi se atragantó.

—¿Tyler ha estado aquí todo el tiempo? Si me escapé de su apartamento. ¿Cómo consiguió...?

—*Chère*, ¿sabías que no tardó ni tres minutos en salir detrás de ti? —informó Jack con voz arrastrada, pareciendo muy divertido—. No te llevó de vuelta al apartamento porque sabía que tu madre necesitaba ayuda.

Alivio y gratitud la inundaron como una cálida oleada cuando miró a su madre, todavía dormida por los sedantes. Carlotta ya tenía mejor color, pero la tos no había desaparecido. El médico esperaba que al día siguiente pudiera irse a casa. Pero si lo hacía, ¿quién cuidaría de ella? Estaba claro que no podía contar con Gordon.

—Entonces, ¿Tyler me vigiló desde lejos?

—No. Se transformó en tu sombra. Sabía que si le veías, se la jugaba; podrías huir otra vez, lo que no era bueno ni para ti ni para tu madre. Puede que los hospitales resulten un poco caóticos,



pero algunos de los guardas jurados son amigos nuestros y se puso de acuerdo con ellos para protegerte hasta que yo pudiera ocuparme del asunto.

«¡Caramba!» Tyler había conseguido su objetivo haciéndose invisible. Kata había tenido los nervios de punta desde que llegaron al hospital, preocupándose no sólo de su madre, sino también de que pudiera encontrarse con alguna amenaza personal. Pero Tyler había logrado protegerla con suma eficacia. A pesar de todo su encanto y fanfarronadas, era un auténtico profesional.

—No pienso dejar sola a mi madre —prometió, alzando la barbilla.

Jack sonrió, y no fue una sonrisa agradable.

—A Hunter le encantan los retos. Entiendo por qué le tienes tan fascinado. —Encogió los hombros—. Pero no es asunto mío zurrarte y castigarte como te mereces.

—¿Castigarme? ¿Por hacerme cargo de mi madre? —Se acercó a él con los ojos entrecerrados. Seguramente era una estupidez provocar a alguien mucho más grande que ella, pero estaba exhausta, y lo que él acababa de decir era la gota que colmaba el vaso—. Soy una adulta responsable, no una cría. No necesito que ningún hombre me diga lo que tengo que hacer.

—Claro, claro, ¿los adultos responsables se escapan por la ventana de su guardaespaldas, poniéndose en peligro?

Kata dio un respingo ante su pregunta. Bueno, es lo que había hecho. Pero...

—No estaba segura de que Tyler me permitiera marcharme.

—Pero ni siquiera se lo preguntaste. No le informaste de la situación. —Jack dio un paso hacia ella, su voz se volvió acerada y amenazadora—. Puede que no seas una cría, Kata, pero Hunter querrá zurrarte porque ni siquiera intentaste hablar con Tyler; no le diste la oportunidad de seguir protegiéndote. Hunter está sabe Dios dónde, pensando que estás a salvo. Y tú, en vez de confiar en tu guardaespaldas, te escapas de él y actúas impulsivamente. ¿Te imaginas que el asesino hubiera estado esperándote en casa de tu madre y te hubiera metido una bala entre ceja y ceja?

Kata se quedó horrorizada. Supuso que estaría a salvo si se movía con la suficiente rapidez. Después estuvo todo el tiempo en un lugar público como el hospital. Sí, entendía que Jack pensara que había actuado con demasiada temeridad, pero algo en ella se rebelaba contra la idea de un castigo.

—¿No puede limitarse a hablar conmigo? ¿A decirme qué es lo que le molesta? Castigarme físicamente por eso es tan...

—Simple y efectivo. La gente que pasa por experiencias desagradables tiende a evitar los comportamientos que las provocan. No te hará daño en un sentido tradicional, pero se asegurará de que te arrepientas de lo que has hecho. Estoy seguro de que impedirte alcanzar el orgasmo será más efectivo que ninguna otra cosa. Kata quería negar que encontraría excitante que la zurrara, afirmar que aquello no la llevaría al borde del clímax, pero se lo pensó mejor. Sabía de sobra que Hunter podía demorar su orgasmo durante horas y horas si era eso lo que quería. Puso los brazos en jarras.

—¿No crees que darme una zorra es un tanto inhumano?

—¿Estoy ofendiendo tu sensibilidad feminista con la verdad? —Jack arqueó una ceja oscura—. Mira, sabemos que sois mujeres, no niñas. Pero la zorra no sólo servirá para castigarte a ti, *chère*. Cuando un Amo sabe que su mujer se ha expuesto al peligro, algunas veces necesita la gratificación que supone sentir la piel de su sumisa bajo la mano y sus gritos resonando en los



oídos. Somos un poco cavernícolas. Como si la evolución no nos hubiera afectado. Por ahora, por mí puedes quedarte en el hospital, te protegeremos aquí. Pero no sé lo que opinará Hunter cuando esté de vuelta.

Kata estuvo a punto de preguntarle quién demonios se pensaba que era para darle «permiso» para quedarse con su madre, pero era el enviado de Hunter, el perro guardián que su marido le había asignado y parecía dispuesto a hacer lo que fuera necesario para protegerla. Ya era todo un éxito que no la arrastrara a un lugar más seguro. Cuando Hunter regresara, tendría que pagar con creces... Y, maldita sea, la idea de una erótica zurra la ponía más mojada de lo que debería.

¿Debería plantarle los papeles del divorcio debajo de las narices y terminar con todo aquello antes de que resultara más difícil?

Kata se mordisqueó el labio y se retiró a una esquina para meditar e intentar ordenar aquellos enmarañados pensamientos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Jack, es un bebé precioso! —exclamó una pelirroja no muy alta entrando de repente. Sus ojos azules estaban iluminados por la excitación cuando se acercó para besar la intimidadora boca de Jack—. ¡Te va a encantar!

Debía de ser Morgan Cole.

Cada paso que daba, el reluciente rubí que colgaba en una gargantilla de oro brillaba en el hueco de su garganta y sus caderas delgadas hablaban de una sensualidad bien satisfecha. Llevaba un diamante enorme en la mano izquierda. ¿Jack se había casado con ella y la había sometido?

Los labios de la mujer estaban hinchados, como si hubiera sido besada a conciencia no hacía mucho tiempo, y parecía muy feliz. Cuando Jack la rodeó con sus brazos, tenía una expresión de deleite.

Kata sintió una envidia inexplicable. No es que quisiera tener nada con Jack, por supuesto, pero anhelaba lo que Morgan poseía. Quería disfrutar de esa clase de ternura y sexualidad con alguien que lo significara todo para ella. Kata no había sido consciente hasta entonces de tal necesidad. Es más, hasta hacía poco, la hubiera negado con su último aliento; en especial después de haber tenido como modelo la relación entre Gordon y su madre. Pero ahora deseaba disfrutar de una como la que mostraban Jack y Morgan. Hunter se la había descrito. La cara de su marido parpadeó en su mente.

—Cuéntamelo todo sobre el bebé de Deke y Kimber, *mon coeur*. —Jack sonrió a su esposa.

El intercambió con Morgan otra mirada y algunas palabras que provocaron de nuevo la envidia de Kata. ¿La sumisión hacía más profunda la relación entre un hombre y una mujer, o sólo la convertía en algo más peligroso? Morgan parecía una mujer vibrante y delirantemente feliz. Pero Kata no sabía cómo reconciliar esa imagen con la realidad que había vivido día a día con su padrastro durante tantos años. ¿Una mujer podía no ser desgraciada bajo la autoridad de un marido dominante?

—Tiene diez deditos en las manos y diez en los piecitos. Es sonrosadito y gordito. Tan perfecto... —Morgan suspiró—. No lo han llevado al nido, así que pude tenerle en brazos.

—¿Qué? ¿Quieres uno? —La sonrisa de Jack fue indulgente—. Desde que nos casamos te he dicho una y otra vez que me encantaría tener niños.

Morgan se puso roja.

—Has tenido mucha paciencia.



El hombre le brindó una enorme sonrisa pero no dijo nada más. No la presionó ni intentó convencerla. Sólo la miró con aquellos ojos brillantes por la excitación. Al mirar a Jack y a Morgan, Kata no sabía a qué atenerse. ¿Quién ostentaba el poder en esa relación?

—¿Podemos...? —preguntó Morgan con los ojos azules llenos de esperanza.

La sonrisa de Jack se hizo más amplia. Su expresión, que ella consideraba fría y pétrea, se volvió más cálida de lo que nunca hubiera imaginado.

—Lo que tú quieras. Ya lo sabes. Por supuesto, a mí me encantaría.

—Estoy abierta a discutir las... posibilidades. —Morgan besó a su marido y se estremeció bajo sus manos—. Pero lo primero es lo primero. ¿Dónde...? —Morgan observó la estancia al tiempo que se giraba hasta que vio a Kata. La pelirroja se llevó entonces una mano al pecho—. Oh, no te había visto. Kata ¿verdad? Y, ¡oh Dios!, acabo de hablar de tener un niño. —Se sonrojó y le dio un puñetazo juguetón a su marido—. ¿Por qué no me has dicho que no estábamos solos?

Jack se rió y puso el brazo sobre los hombros de su esposa con un guiño.

—Si Kata ha estado casada con Hunter más de diez minutos, seguro que sabe de dónde vienen los bebés.

Morgan no logró contener la sonrisa.

—Sí, y sin duda Hunter querrá... hum... practicar una y otra vez cuando vuelva.

Eso es lo que se temía Kata. Y lo que anhelaba con todas sus fuerzas. Recuerdos de la noche pasada en el apartamento de Logan se arremolinaban en su mente. Hunter la había controlado de una manera que todavía le aturdiría. Pensar en entregarse así nuevo la aterraba y excitaba a la vez. Hunter estaría de vuelta en próximas veinticuatro horas y los documentos parecían arder dentro de su bolso.

Se había tropezado con una bifurcación en el camino. ¿O correr el riesgo y que su relación fuera como la de Jack y Morgan? ¿O sería aspirar a un cuento de hadas? ¿Estarían Hunter y ella destinados a ser como Gordon y su madre?

A las seis de la madrugada, Hunter se metió el móvil en el bolsillo con una maldición y se dirigió al interior del hospital. No le gustaba nada todo aquello.

Las últimas cuarenta y ocho horas habían sido una pérdida de tiempo total. No había encontrado a ninguno de los miembros de la antigua banda de Víctor Sotillo. Por lo que él había averiguado, la organización se tambaleaba al borde del desastre. Ahora se dedicaban a sobornar a los gobernantes locales que, a su vez, negociaban con Irán para financiar terroristas y armas nucleares. Su informante le había asegurado que Adán Sotillo, el bailarín de salsa hermano de Víctor, había muerto; aunque no tenía pruebas de ello. Si aquello era cierto, si no era el hermano del traficante de armas quien se había hecho cargo del negocio ilegal, ¿quién manejaba ahora los hilos de la organización?

Aunque lo que más perplejo le dejaba era que le hubieran enviado a Venezuela. ¿Era aquella la jodida emergencia por la que había tenido que interrumpir su permiso? Un asunto del que no había encontrado ninguna prueba. Por lo general, cuando los cuatro miembros de su unidad de SEALs acudían a alguno de los lugares frecuentados por Sotillo, las cosas se solían poner feas con suma rapidez. Ahora no habían encontrado nada.



¿Sería posible que la súbita muerte de Adán, así como la de Víctor, hubiera obligado a los criminales a cambiar de planes? ¿Acaso alguien les había avisado? Fuera como fuera, la «emergencia» que había surgido y que le había llevado hasta Venezuela, interrumpiendo su luna de miel, no había sido tal. Y estaba muy cabreado por ello.

En cuanto tuviera delante a Barnes... Pensaba comerse con patatas a su comandante. Muy respetuosamente, por supuesto. Algo que haría que le reprendieran, ya que a Andy le gustaba hacer ostentación de su poder recién adquirido. Pero ahora tenía entre manos un problema mucho mayor que éste.

Comprendía la necesidad de dejarlo todo para ayudar a un ser querido. Respetaba a Kata por anteponer el bienestar de su madre al suyo, ya que él lo hacía todos los días en la Marina pero, maldición, ella no estaba preparada para esas situaciones. Había desobedecido todas las órdenes que le había dado y escapado del guardaespaldas que le había puesto. No pidió ayuda cuando lo necesitaba.

Sabía que ella se resistiría al castigo, aunque se lo mereciera. Y él necesitaba sentir que Kata se sometía a su autoridad, que le aceptaba. Necesitaba relacionarse con ella de una manera que jamás había necesitado de nada ni nadie.

No era uno de esos capullos que se asustaban por los compromisos y las emociones, pero él no era el único término de la ecuación. Había presionado a Kata hasta su límite físico y mental antes de irse a la misión. Llevaba tres días rebosando adrenalina y sin dormir. Su estado de ánimo era pésimo y su humor peor. En condiciones normales no se acercaría a Kata hasta que hubiera descansado y estuviera más tranquilo, pero como tenía que volver a irse el domingo por la mañana, y probablemente no volvería a verla hasta varios meses después, no podía perder el tiempo. Tenía que reunirse y tratar con ella ahora.

Una vez dentro del immaculado vestíbulo blanco del hospital, pasó ante el dormido recepcionista y se dirigió a los ascensores. Contó hasta diez. Veinte... ¡Joder, no se apaciguaría ni contando hasta mil! Si Tyler no hubiera tenido la situación bajo control, Kata podría haber caído en las garras de un asesino. Con sólo pensarlo se le detenía el corazón y se le helaba la sangre.

El ascensor se detuvo en el tercer piso con un campanilleo. Recorrió el pasillo y vio a Tyler entre las sombras, frente al mostrador de las enfermeras, tal y como le había prometido. Jack y Morgan habían ido a casa a dormir. Deke estaba con su esposa. Ninguno había sido capaz de convencer a Kata para que dejara el hospital y descansara en un lugar seguro.

Le hormigueó la mano. Iba a zurrarla a base de bien. Después de haber acomodado a su madre, iban a pasarse horas durmiendo, haciendo el amor y resolviendo sus problemas. Haría lo que fuera necesario para que ella le prometiera que no volvería a ponerse en peligro otra vez y ganarse su amor antes del domingo.

Por fin, la 304. Sin embargo, la última docena de pasos le resultó interminable. Dobló la esquina y entró en la habitación.

Y se quedó helado.

En la estancia había dos sillas, Kata estaba sentada en una de ellas, encima del regazo de Ben. Tenía la cabeza apoyada en el hombro masculino y le rodeaba con los brazos, profundamente dormida. Ben tenía una mano sobre los muslos de su esposa y los dedos caían sobre sus caderas. Con el otro brazo le rodeaba la nuca. Los dos parecían cómodos. Íntimos.

La imagen fue como un ariete impactando contra su plexo solar.

A su espalda, escuchó pasos y supo, sin mirar, que pertenecían a Tyler.



—¿Cuánto tiempo lleva él aquí? —Hunter tragó saliva, pero nada podía mantener alejada la aguda furia que estaba a punto de explotar en su interior.

—Fue quien trajo a Kata y a su madre el lunes por la noche. Apenas ha salido desde entonces. Kata no ha ido a ningún sitio con él, pero...

La frase inacabada de Tyler sugería que, dada la intimidad del abrazo, del afecto que mostraban incluso en el sueño, sólo era cuestión de tiempo que Kata volviera a estar con Ben. Y por lo que Hunter podía observar, parecía una valoración muy precisa.

«¡Mierda!»

El meollo de la cuestión era que Ben había estado allí cuando ella le necesitó y él no.

«¿Qué esperabas? ¿Un marido ausente no me puede dar lo que necesito?» El sí podía. Su madre había gritado esas palabras a su padre quince años antes. Nadie de su familia había vuelto a ver a Amanda, salvo cuando firmó los papeles del divorcio, antes de morir.

Hunter cerró los puños y se quedó mirando a su esposa, acurrucada en el regazo de otro hombre, mientras un millón de pensamientos atravesaba su cabeza a toda velocidad. Podía darse la vuelta, salir de allí y no volver nunca más, pero eso era justo lo que había hecho el Coronel cuando su esposa comenzó a relacionarse con otro. Y lo que le había hecho añicos el corazón. El no se rendiría.

Su padre jamás había vuelto a ser el mismo tras el amargo divorcio, y sabía que si dejaba ir a Kata, seguiría el mismo camino que él. A diferencia del Coronel, no tiraría la toalla sin luchar.

—¿Quieres matarle tú o me lo dejas a mí? —susurró Tyler.

Hubiera apostado que su amigo se pondría de parte de Ben, dado que había sentido un amor no correspondido por Alyssa, la mujer de Luc, durante más de un año. Pero ahora no era el momento de pensar en Tyler.

—No lo haremos ninguno de los dos. Yo se la quité a Ben. Quizá haya pensado que esto se trata del diente por diente. Ya hablaré con él más tarde. A la madre de Kata no le darán el alta hasta última hora de la mañana, así que voy a tener una charla larga, muy larga, con mi mujer.

Cuando terminara, ella tendría muy claro lo que él era capaz de hacer para demostrarle que era suya.



CAPÍTULO 13

Una presencia tangible arrancó a Kata de su profundo y confuso sueño. ¿Había vuelto el médico? Abrió los ojos y se encontró en el regazo de Ben; frunció el ceño. ¿Cómo había llegado allí? Negó con la cabeza y se levantó con piernas temblorosas. Se giró... y se quedó sin respiración.

Justo a su lado había una sombra intimidante, una cara inescrutable en la oscuridad que precede al amanecer. Su corazón comenzó a latir desbocado, se quedó boquiabierta, la adrenalina le inundó la sangre. Entonces le reconoció.

—¡Hunter! —Su primer impulso fue lanzarse a sus brazos pero, de repente, notó la tensión en sus hombros y la frialdad en sus ojos, que él desplazó hasta la figura de Ben antes de volver a mirarla a ella con la letal agudeza de un cuchillo. Notó una opresión en el vientre.

Kata miró a su vez a Ben, que se removió inquieto en la silla, antes de volverse hacia Hunter.

—No es lo que parece... Estaba exhausta. Supongo que nos quedamos dormidos. No recuerdo qué pasó. Pero nada...

—Aquí no. —La voz de Hunter restalló como un látigo—. El médico dice que dará el alta a tu madre esta tarde. Entonces la llevaremos a casa y la instalaremos allí. ¿Cuánto tiempo hace que no te duchas o comes algo decente?

Kata se tragó la desilusión. Sabía mejor que nadie que a él le importaba que estuviera durmiendo el regazo de Ben. Estaba demasiado furioso para que no fuera así, pero estaba reservándose para otro momento. Puede que Ben hubiera estado conforme en compartirla con Hunter, pero ni se le ocurría pensar que Hunter estuviera dispuesto a hacer lo mismo.

La advertencia de Jack sobre el castigo inundó su mente. ¿Tenía que añadir haberse quedado dormida en el regazo de Ben a su lista de pecados? ¿La obligaría Hunter a desnudarse, a arrodillarse y a aceptar un montón de ardientes golpes en las nalgas? ¿Qué mujer independiente y digna de respeto querría eso? De acuerdo, los azotes que le había dado en casa de Logan habían sido... agradables, pero ¿quería de verdad que él le zurrara? De eso nada. De ninguna manera.

Y aún así, pensarlo le detenía el corazón y hacía que su sexo se empapara.

Santo Dios, esa relación era confusa y destructiva. Se había quedado dormida mientras intentaba decidir si debía firmar o no los documentos del divorcio y todavía no sabía qué hacer. La manera en que él la había tocado, la forma en que le dijo que la amaba... Deseaba que todo eso fuera cierto, a pesar de lo mucho que la aterraba.

—Kata, ¿cuándo fue la última vez que te duchaste y comiste?

El talante con que repitió la pregunta la puso nerviosa. Toda la calidez, la pasión, el fuego que había mostrado anteriormente, se habían convertido en furia. Una extraña vergüenza la atravesó. Lo que ella había hecho le desagradaba y, por alguna extraña razón, le molestaba provocar esa reacción en él. Mucho.

Saberlo no le gustó nada.

—Hola a ti también. —Puso las manos en las caderas—. Me alegra ver que todavía estás de una pieza. Gracias por contármelo todo sobre tu viaje. A pesar de que no preguntes, aquí las cosas se han puesto feas, pero me las he arreglado perfectamente.

Él apretó los dientes y suavizó el tono de voz.



—Ya sé lo que ha ocurrido. Tu madre se ha puesto enferma. Tyler me puso al tanto de la situación en cuanto llegué y me alegra que esté recuperándose. Ahora me preocupas más tú. Contesta a mi pregunta, Kata, ¿cuándo?

—El modo en que me miras, tan lleno de furia, hace que no tenga muchas ganas de responder, pero desde hace dos días.

Si antes tenía una expresión furiosa, ahora era algo superlativo.

—¡Maldición!

Ben gimió, se estiró y abrió los ojos sin levantarse de la silla. Se quedó paralizado al ver a Hunter.

—Ah, ya has vuelto.

Ben ni siquiera se molestó en aparentar que eso no le gustaba. Hunter asintió una vez con la cabeza y cogió la mano de Kata.

—A partir de ahora yo me encargaré de mi mujer. Y me aseguraré de que come bien.

Ben se puso en pie, situándose justo a la espalda de Kata y echando más leña al fuego al pasarle el brazo por la cintura.

—¡Vete al carajo! Intenté que comiera algo. He sido yo quien estado con ella durante las últimas treinta horas mientras tú estabas por ahí jugando a los soldaditos. Y, de hecho, he sido yo quien ha estado con ella durante los últimos dos años. Seguiré siéndole leal, cueste lo que cueste, y ella lo sabe. Es decisión de Kata elegir quién quiere que... la ayude.

«Que la ayudara», eso era claramente un eufemismo para algo mucho más significativo. Kata miró boquiabierta a Ben por encima del hombro. Sólo habían sido amigos con derecho a roce, ¿estaba reclamando en serio algún tipo de relación más profunda?

—¿Ben? —Le lanzó una mirada inquisitiva, con la tensión anudándole las entrañas.

El brazo que le rodeaba la cintura se endureció.

—Supongo que no me di cuenta de lo importante que eras para mí hasta que te fuiste con él. Pero lo eres, y quiero que sepas que estoy aquí.

Kata también estaba ahí, pero para ella Ben sólo era un amigo. No sabía si era porque ahora había madurado más que él o si era por culpa de Hunter, pero sí sabía que lo que había habido entre ellos había terminado.

—Suéltala. —Hunter arrancó a Kata de los brazos de Ben y la apretó contra su costado. El anillo de boda de la joven destelló bajo la pálida luz blanca del hospital que se filtraba desde el pasillo—, Yo me ocupo de lo mío.

—Eres un bastardo —gruñó Ben.

La testosterona que flotaba en la estancia era tan espesa que Kata pensó que se atragantaría. Se alejó de los dos.

—Eso ya lo sabías cuando me invitaste a Las Vegas. —Hunter sonrió con frialdad.

Ben cerró los puños con fuerza y la miró con una expresión de súplica. Kata se sintió culpable. Sí, había sido ella quien le llamó, pero no con esa intención. Sin duda, deberían aclarar las cosas.

Se dio la vuelta y le abrazó con cariño.

—Gracias por todo. No lo habría conseguido sin tu ayuda, pero ahora estoy bien. Descansa. Ya te llamaré.



Ben cerró los ojos. A pesar de que ella le había rechazado suavemente, tenía una expresión de dolor. Se apartó bruscamente.

—Te aseguro que vives en jupilandia si crees que este gilipollas dominador dejará que me vuelvas a llamar.

Le hizo una última caricia en el hombro antes de salir de la estancia.

¿Tendría razón Ben? ¿Sería cierto que Hunter le prohibiría llamar a un hombre que había sido su amigo más íntimo durante dos años? Kata no lo permitiría.

—A tu madre no le darán el alta hasta por lo menos la una, aún faltan siete horas. Está fuera de peligro y tú no te has alejado de ella en todo este tiempo. Necesitas descansar y comer algo. Y tenemos que hablar. Tyler se quedará aquí y nos llamará si surge algo. —Hunter tiró de su mano—. Vamos.

Kata clavó los pies en el suelo.

—No puedo ir a ningún sitio. Si mamá despierta, necesitará que me encargue de ella.

Hunter entrecerró sus fríos ojos.

—Está en un hospital lleno de profesionales. No puedes hacerte cargo de alguien cuando tú misma estás a punto de desmoronarte. Si no quieres cuidarte, yo lo haré por ti. No creas que no soy capaz de sacarte de aquí en brazos.

Kata sabía que lo haría. Una parte de ella estaba encantada, la otra quería pegarle. ¿Cómo pretendía que se fuera cuando su madre la necesitaba?

—Si es así como vas a ocuparte de mí, me siento acosada.

Él se acercó, inundando sus sentidos, y clavó los ojos en sus pechos, acariciándolos con la mirada.

—Pero eso te gusta.

«¡Mierda!» Kata se dio cuenta de que sus pezones, duros y apretados, se marcaban contra la camiseta. Sólo llevaba unos minutos en su presencia y éstas eran las consecuencias. Se sentía excitada, jadeante. ¿Y sus bragas? Mejor no pensar en lo mojadas que estaban.

—Ni siquiera alcanzas a imaginar todas las maneras en que me voy a ocupar de ti. Ven conmigo. Ahora. —Cada palabra que él decía con aquel tono ronco, con aquella voz humeante y acerada, hablaba de esa controladora demanda que ella conocía muy bien.

Sabía que debía callarse, pero no se resignaba a ceder sin más.

—¿Y si no voy?

Él le apretó la mano con más fuerza y se acercó un paso, rozándole los pezones con el torso.

—¿De verdad deseas que el castigo que te espera sea todavía mayor?

A Kata se le aceleró el pulso. Una repentina llamarada impactó en sus pezones. Nuevos fluidos anegaron su sexo. Apretó los muslos, pero sólo consiguió que el dolor se intensificara. ¡Maldito fuera Hunter! Sus caricias podían convertirse en una adicción con mucha facilidad. De hecho, ya sentía demasiada necesidad.

Levantó la vista y sus ojos se encontraron. Hunter estaba tan furioso que el azul de sus pupilas se había transformado en gris. Una ojeada más abajo reveló a Kata una erección que hizo que su cuerpo vibrara de anhelo. Pero cuando volvió a mirarle a la cara, observó que él parecía tan cansado como ella y tenía los labios apretados. Aquel desafío le afectaba mucho.

Kata le puso la mano en el hombro.



—¿Y cuándo fue la última vez que tú dormiste y comiste bien? Él se quedó inmóvil, aparentemente desarmado por la pregunta. Parte de la tensión se evaporó y le vio suspirar.

—Hace días.

Lo que explicaba que se mostrara especialmente brusco. Encontrarse con Ben en el hospital no había ayudado demasiado.

—Vale. Entonces vamos. ¿Estaremos de vuelta a tiempo de ayudar a mi madre?

—Por supuesto. Kata, no sé cómo explicártelo, siempre me ocuparé de ti. Eso incluye a la familia que tanto quieres.

La mejor respuesta. ¿Cómo podía no derretirse ante él cuando le decía cosas como esas? ¿Cómo iba a pensar que no le importaba? Bien sabía Dios que Gordon jamás había pensado en nadie salvo en sí mismo. Después de escuchar las palabras de Hunter, le parecía injusto comparar a los dos hombres.

—Gracias. Cuando la llevemos a casa, tendré que quedarme con ella mientras se recupera...

Hunter comenzó a negar con la cabeza antes de que ella terminara de hablar.

—Hasta que no sepamos quién quiere matarte, tendrás que estar en un lugar seguro. No puedes quedarte en casa de tu madre. Sería muy fácil dar contigo. Quienquiera que te persiga es capaz de apostar un francotirador para matarte. ¿Quieres que tu familia corra peligro?

Kata no tenía ganas de bravuconadas, ni quería poner a su madre en peligro. Si lo pensaba bien, ni siquiera debería estar en el hospital con ella.

—No. Tienes razón, pero ¿qué pasa con los cuidados que debe recibir mi madre? Gordon no se ocupará de ella. Se ha puesto tan enferma porque a él no le importa lo suficiente como para preocuparse de su bienestar, y mi hermana...

—Shhh... —Le apretó un dedo contra los labios, haciéndola estremecer de pies a cabeza—. Me parece admirable que quieras ocuparte de tu madre, pero hay maneras de conseguirlo sin que corras peligro. Confía en mí.

Kata recordó las palabras de Jack. No había confiado en Tyler, el guardaespaldas que Hunter le había buscado; algo que Hunter interpretaría como falta de confianza en él. Jamás lo había visto de ese modo, pero la explicación de Jack hacía que aquella lógica fuera obvia. Hunter podía ser terco y dominante, pero también era capaz e ingenioso. Ella estaba demasiado exhausta, después de la tensión sufrida durante todos esos días, y tener la seguridad de que podía contar con su ayuda era al mismo tiempo un alivio y un trago difícil de pasar.

—¿Qué has pensado? Gordon no permitirá que otro hombre entre en su casa. —Que Hunter enviara a uno de sus amigos quedaba, por tanto, fuera de toda discusión.

—Todo a su debido tiempo. Déjame realizar unas llamadas. No haré nada que complique la situación de tu madre.

Kata le acarició el bíceps, reparando distraídamente en que no podía abarcarlo con la mano. Hunter era sólido como una roca.

—Gracias.

Deseó que la besara, pero no lo hizo.

En lugar de ello, él dio un paso atrás, todavía agitado. Kata suspiró, se adentró en las sombras que se cernían sobre la cama y apretó los labios contra la pálida mejilla de su madre para,



después, seguir a Hunter al exterior mientras las primeras luces del amanecer inundaban el cielo con una amalgama de tonos anaranjados y dorados.

Sin decir palabra, él la ayudó a subir a un Jeep negro que no conocía. Hunter se sentó tras el volante y abandonó el aparcamiento antes de sacar el móvil. Un par de llamadas más tarde, había conseguido un lugar para ellos, cortesía de Jack, y una chica responsable, amiga de Kimber, que trabajaba por horas y que cuidaría a su madre hasta que se recuperara.

Se sintió tan agradecida que se avergonzó de haber recurrido a Ben en ausencia de Hunter.

—Gracias.

—De nada.

—Una enfermera no resultará barata. Tengo que saber lo que va a costar para...

—Yo me encargaré de todo. —Su tono le advertía de que no volviera a mencionar el asunto.

Parecía que había ofendido su dignidad masculina. ¿Pensaría que ella había insinuado que él no podría pagarle? Kata se estremeció. ¡Qué hombre más terco...! Incluso aunque en el fondo le parecerá muy dulce.

Se mantuvieron en silencio durante el resto del trayecto. El tráfico se hizo más intenso y él condujo con suavidad, pero con los hombros tensos. Le vio flexionar los dedos, cerrarlos con fuerza sobre el volante hasta que se le pusieron blancos los nudillos. Observó su perfil: afilado, intenso.

Aquello no era buena señal.

De repente, Hunter entró en un aparcamiento y apagó el motor del Jeep. Se encontraban ante un bloque de oficinas. ¿Qué hadan allí? Antes de que Kata pudiera preguntar, él abrió de golpe la puerta del vehículo y bajó de un salto, cerrando con fuerza.

Rodeó el Jeep mientras la miraba a través del parabrisas, y le abrió la puerta, interponiendo su cuerpo entre ella y la calle.

—Vamos.

Kata no se hizo ilusiones. Dada la agitación de Hunter, sabía que cuando estuvieran a solas en un lugar cerrado le zurraría con dureza y la follaría metódicamente. Ignorando un estremecimiento de anticipación, salió del vehículo. Tenía que hablar con él ahora, antes de que fuera demasiado tarde.

—Lamento haberme escapado de Tyler. Y que me encontraras en el regazo de Ben.

Él miró el aparcamiento con el ceño fruncido de una manera feroz, luego la arrastró con él hacia la brillante puerta negra del edificio.

—Lo discutiremos más tarde.

—Necesito decírtelo ahora. —Le siguió por el asfalto y le puso la mano en medio del pecho ancho y duro—. Porque si no lo hago ahora, estarás cada vez más enfadado y llegarás a pensar cosas que no son ciertas.

Hunter le cogió la muñeca. Sus ojos azules, normalmente llenos de risa o pasión, parecían un gélido paisaje del Ártico. Jamás le había visto tan cerca de perder el control sobre su temperamento. Intentó zafarse de él, pero él se mantuvo firme.

—Te he dicho que hablaremos más tarde. Cuando estemos a cubierto y no ofrezcamos un blanco fácil para el tipo que intenta matarte.

La soltó y le indicó que continuara. Hunter centró la atención en una caja de aluminio a la derecha de la entrada. Pulsó un código y se escuchó un «che». La puerta se abrió.



—Adelante.

Kata vaciló. La mujer independiente que ella era quiso negarse a cumplir esa orden. La parte más lógica sabía, sin embargo, que quedarse fuera del edificio no era una opción inteligente. De alguna manera, lo que prevaleció fue que, como mujer, odiaría decepcionarle.

—Sí, Señor. —Las palabras se le escaparon mientras entraba en el edificio.

El la recompensó con una caricia en la espalda y ella deseó que la siguiera tocando.

La puerta se cerró tras ellos con un ruido ensordecedor antes de que él se volviera y conectara la alarma.

Cristal tintado, superficies lisas y cromadas, un pasillo sombrío. Un par de sillones de piel, un escritorio vacío.

—Estamos en la oficina de Jack. La usa para reunirse con los clientes. Es un lugar seguro y cómodo. Ven conmigo. —La cogió del brazo.

La condujo hasta otra puerta, cogió una llave-tarjeta de un panel y la introdujo en la ranura. Entraron en un apartamento impersonal. Había una pequeña salita con una mesita de piel y una larga *chaise* acolchada, una cocina americana, un comedor con una mesa pequeña y una cruz fijada a la pared. Hunter encendió la luz dorada del techo y luego la hizo entrar en un dormitorio amplio y oscuro.

Todas las paredes estaban pintadas de color crema, excepto la del cabecero de la ancha cama, que estaba pintada de un profundo e intenso tono rojo. Un brillante suelo de mármol, dos mesillas de noche de estilo medieval y el cabecero a juego, completaban el espacio. No había ninguna ventana en aquel dormitorio oscuro.

Hunter cerró la puerta a su espalda y luego se volvió hacia ella.

—¿Conocías los sentimientos de Ben hacia ti?

«Bien, ahora que estaban solos, Hunter iba directo al grano.»

—N-no, hasta esta mañana. Jamás me insinuó que quisiera ser otra cosa que...

Cuando vio que Hunter se erguía en toda su altura, Kata cerró la boca. Sería mejor no recordarle en ese momento que Ben y ella habían compartido cama. El apreciaría más la insinuación que una descripción detallada.

—¿Amigos con derecho a roce? —terminó él la frase. Sus celos flotaron en la habitación con la intensidad de las llamas en el infierno.

Kata intentó abordar el asunto con calmada indiferencia.

—Jamás me pareció que quisiera nada más.

—Vamos, Kata. Te organizó una fiesta de cumpleaños en Las Vegas, que supuso muchas horas de preparación y un buen pico, para intentar que se hiciera realidad tu fantasía de participar en un trío. Deberías haberlo imaginado. Y cuando te enteraste de que tu madre estaba mal, él fue la primera persona a la que recurriste, en quien confiaste. ¿Qué quieres que piense? ¿Qué sientes tú por él?

—Si lo que me estás preguntando es si estoy enamorada de él no; no lo estoy. Y no quiero hacer el amor con él. Pero sabía que podía contar con Ben si necesitaba ayuda.

—Sí, porque le importas. Y a ti también te importa él.

—Como amigo. Y los amigos se ayudan entre sí, por eso sabía que me echaría una mano.



Hunter arqueó una ceja.

—Y como es tu amigo... ¿buscas su mano? ¿Sus caricias?

Ya le había dicho que no deseaba acostarse con Ben.

—Maldita sea, deja de tergiversar mis palabras. ¡Estás empezando a cabrearme!

—¿Que tú estás cabreada? Yo he estado las últimas treinta y seis horas paseándome por la selva para cazar a unos traficantes de armas que son más escurridizos que una anguila, y lo único que conseguí fue cansarme y deshidratarme. Una de las cosas que me mantuvo en pie fue saber que me estabas esperando. Desde que me subí a ese avión en Venezuela estoy más duro que una piedra, muñéndome de ganas de follarte. Y, ¿qué me encuentro al regresar? A ti dormida en el regazo de tu amante.

La manera en que lo gruñó, la furia que hervía en sus ojos, todo indicaba que estaba a punto de explotar. ¿Cómo estaría ella si volvía a casa después de unos días agobiantes y se encontraba a otra mujer en el regazo de Hunter? Enfurecida... y muy dolida. Quizá los dos necesitaran contar hasta diez.

Kata suspiró.

—Ya he intentado explicártelo antes. No recuerdo cuándo me quedé dormida. Y tú sabías desde el principio que Ben y yo éramos más que amigos. Pero, te lo juro, ya no somos amantes. He rechazado todas sus insinuaciones sexuales desde que estuve contigo en Las Vegas. Ya no le deseo.

—Entonces, ¿por qué se ha mostrado tan posesivo contigo delante de mí?

—La verdad es que no tengo ni idea.

Hunter apretó los labios en una línea siniestra.

—En realidad ése ni siquiera es el problema. El problema es que confiaste más en Ben que en mí.

Kata se encogió ante el dolor que se traslucía en su voz.

—Tú no estabas aquí. Sé que tuviste que irte y no te culpo, pero mi madre me necesitaba. Apenas conozco a Tyler. Si se negaba a ayudarme con mamá, me quedaría sin recursos y lo sabía. ¿Por qué debía preguntarle al tipo que me mantenía encerrada si me dejaba salir?

—Tyler estaba protegiéndote. Si necesitabas ayuda, tendrías que habérselo dicho, no escaparte por la ventana.

—He tenido... ¿Cuántos? ¿Cuatro días?... para acostumbrarme a que estamos casados. En ellos me han disparado, me he enfrentado a tus exigencias de dominación y mi madre ha estado a las puertas de la muerte. Perdona por no cumplir tus expectativas.

—Esa boca que tienes te va a meter en graves problemas, cielo. Deberías haber confiado en que yo me ocuparía de todo.

—¿Igual que tú deberías confiar en mí cuando te digo que haberme quedado dormida en el regazo de Ben no significa nada?

Hunter se puso una mano en la nuca y clavó los ojos en el techo como si pidiera paciencia al Cielo. Respiró hondo y la miró con unos ojos azules gélidos como el hielo.

—Desnúdate.

A ella se le detuvo el corazón. ¿Aquí? ¿Ahora?



—¿Vas a darme una zurra? —Kata recordó la manera en que le había calentado el trasero antes de conseguir que se deshiciera de placer en la casa de su hermano. Pensar que podría hacerlo de nuevo hizo que se estremeciera en una confusa mezcla de miedo y anticipación.

Él no respondió. Su mirada repitió la orden sin palabras, prometiendo más castigos si ella no obedecía.

Hunter y ella ya había jugado a eso antes y Kata había acabado desnuda y suplicando por más. Sería mejor admitir que disfrutaba desnudándose para él y reservar fuerzas para las batallas que se avecinaban.

Con un valor que no sentía, se descalzó y dejó caer el bolso; se quitó la camisa y se deshizo de los pantalones; desabrochó el sujetador y se despojó de las bragas. En el mismo momento en que se quedó desnuda, una horrible sensación de vulnerabilidad, de haber dejado al descubierto incluso el alma, la atravesó.

Al verla, la mirada de Hunter se volvió ardiente. Él cerró los puños a los costados, pero no hizo ningún movimiento para ponerla sobre sus rodillas. Quizá no le esperaba una zurra. La posibilidad de que así fuera le hizo sentir una irracional decepción que impactó como una piedra en su estómago.

—¿Y ahora qué?

Hunter la miró fijamente en silencio, casi cortándola con aquellos ojos penetrantes.

Ella contuvo el miedo y puso los brazos en jarras.

—Si vas a echarme la culpa de algo que no hice y a castigarme por ello, ahórratelo. Me vuelvo con mi madre. —Se inclinó para recoger la ropa.

Hunter pisó las prendas y bloqueó la salida, colocando su cuerpo delgado y musculoso entre ella y la puerta.

—No vas a ningún lado. —Mostraba una expresión de furia y de lujuria inconfundibles—. Ponte de rodillas e inclina la cabeza —ordenó con esa voz baja y escalofriante que la excitaba como nada en el mundo.

Kata notó una opresión en el vientre ante la orden. Se quedó paralizada. Su instinto le gritaba que huyera y la lógica le decía que aquello era estúpido e inútil. Pero lo deseaba con todas sus fuerzas.

Hunter apretó los labios mientras esperaba en medio de un estremecedor silencio. Lentamente, se puso de rodillas y notó la dureza del suelo. Pero no pensaba mostrar debilidad ni tampoco inclinaría la cabeza con arrepentimiento. No había hecho nada malo.

Observó la tentadora erección que estaba a punto de reventar la cremallera de Hunter y alzó la mirada con desafío.

—Te he dicho que lo siento. Admito que debería haber pedido ayuda a Tyler, pero es la única disculpa que obtendrás de mí. Aguántate.

Hunter se movió con tanta rapidez que Kata apenas le vio. Pero sintió que le ponía las fuertes manos en la cintura y la alzaba, dejándola suspendida en el aire. Se agitó con violencia, hasta que notó los sólidos muslos de Hunter bajo el estómago después de que él se sentara en la cama y la colocara sobre su regazo.

Ante el desamparo de su posición, la atravesó una ardiente llamarada. Era evidente que a él también le gustaba aquello. Su erección, aún mayor si cabe, la agujoneaba, burlándose mientras ella se retorció para intentar recobrar la libertad.



Hunter la sujetaba con un antebrazo sobre la nuca y otro en la parte posterior de los muslos, inmovilizándola. Se inclinó y le susurró al oído.

—¿Qué crees que conseguirás con ese descaro?

Aunque su sexo latía con vida propia, su boca todavía iba por libre.

—¿Quieres saber la verdad? Pues claramente a ninguna parte. Estás siendo maleducado y arrogante.

—Y tú eres irrespetuosa y obstinada. Y ¿sabes qué pienso? Que me estás provocando a propósito porque crees que me daré por vencido o que me cabrearás tanto que te impondré mi dominación por la fuerza y así no tendrás que someterte. Pero no ocurrirá ninguna de las dos cosas. Usa la palabra de seguridad o acepta tu castigo.

Si fuera lista, diría «Ben» y le exigiría a Hunter que la dejara marchar. Pero aquello no aliviaría el dolor, cada vez más intenso, del deseo insatisfecho.

—¿Y darte la posibilidad de hacerme sentir culpable? ¡Que te jodan!

—Oh, todo se andará... Prepárate para tu castigo.

El cuerpo de Kata latió ante esas palabras. Se retorció bajo su mano, aunque sabía que él jamás la soltaría, lo que añadía una sinuosa excitación a su deseo. ¿Tendría algún tipo de enfermiza desviación?

—Quiero estar bien seguro. ¿Te niegas a decir la palabra de seguridad?

Ella se tensó.

—No me toques.

El relajó los brazos lo suficiente como para que ella pudiera mirarle por encima del hombro y viera su lasciva y siniestra sonrisa.

—Sabes que lo haré. Igual que yo sé que dentro de un rato me rogarás que te folle y te correrás como nunca te habías corrido antes. Ya que te niegas a decir la palabra de seguridad, comenzaremos con diez azotes, Kata. Cuéntalos.

Antes de que ella pudiera discutir, Hunter alzó una mano y la dejó caer sobre su trasero con un duro golpe. Ella gritó cuando una explosión de calor estalló en el centro de su nalga izquierda, haciendo que le ardiera la piel. Una conflagración que se propagó con rapidez por el resto del trasero. «¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios!» En sólo unos segundos, su sexo se anegó de fluidos. Ramalazos de deseo la atravesaron mientras intentaba con todas sus fuerzas aguantar el dolor.

—Cuéntalos —insistió él—. O comenzaré de nuevo.

Kata se estremeció de los pies a la cabeza.

—Uno.

—Bien, ¿por qué te estoy castigando?

—¡Porque eres un... un bruto insensible!

—Respuesta incorrecta. —Entonces él volvió a golpear la parte más carnosa del trasero, justo donde la nalga derecha se unía con el muslo, y donde ella sentiría una leve molestia cada vez que caminara.

Un angustiante placer atravesó los sentidos de Kata, seguido de cerca por un ardiente sofoco. La sangre se le espesó como la miel. Respiró hondo y jadeó y apretó las palmas contra el colchón intentando —sin conseguirlo— alejarse de él. Los pechos colgaban sobre la cama y sentía los pezones muy tirantes. Si Hunter los viera, sabría que la paliza estaba excitándola.



Hunter le cogió las muñecas y se las sujetó en el hueco de la espalda, dejándola completamente indefensa de nuevo. Aquello provocó que nuevos jugos mojaran su sexo.

Le agarró las dos muñecas con una mano y le acarició las nalgas con la otra, aplacando el ardor de su piel.

Ella contuvo la respiración y apretó los muslos en busca de alivio.

—¿Kata? No hagas eso o añadiré más —le advirtió él con un gruñido mientras la forzaba a separar las piernas—. Tienes cinco segundos. Sigue contando.

Más sangre se agolpó en su sexo, lo sentía hinchado y palpitante. Inspiró temblorosamente y se preguntó cómo chantres iba a lograr contar hasta diez sin que le diera un ataque de nervios.

—Dos.

—Buena chica. ¿Por qué estás recibiendo este castigo?

Hunter mantuvo la palma suspendida sobre su culo. Kata podía sentir el calor que emitía mientras deseaba ansiosamente la brutal intimidad de su contacto. Siempre le habían gustado los hombres con extremidades grandes, pero pensaba que era porque tendrían un equipo en consonancia; ahora sabía exactamente qué le excitaba del tamaño de las manos de un hombre. Cuando el dolor entre sus piernas se hizo insoportable, rezó para que Hunter le diera más.

—Porque me escapé de Tyler.

—Sí. —Le acarició el ardiente trasero otra vez, ahora con más presión, antes de zurrarle tres veces en rápida sucesión, golpeando estratégicamente la carne en lugares nuevos; primero la nalga izquierda, después la parte superior de la derecha y, finalmente, justo entre ambas.

El deseo se incrementó. Ahora Kata notaba sensible todo el trasero, como si le estuvieran prendiendo fuego. Los jugos comenzaron a deslizarse desde su sexo, cubriendo sus pliegues de tal manera que sentía cada pequeño estremecimiento de sus caderas con intensidad. El clítoris palpitaba al mismo ritmo que su corazón. Contuvo la respiración.

—Tres, cuatro, c-cinco.

La excitación hizo que la voz sonara jadeante. Kata se retorció otra vez, y se dio cuenta de que estaba humedeciendo la tela de los pantalones bajo su sexo. Se movió intentando escaparse antes de que él notara cuánto la excitaba todo aquello.

Hunter presionó la palma entre sus omóplatos para mantenerla en el sitio y deslizó la otra mano entre sus piernas. Santo Dios, era imposible que él no notara la humedad que empapaba el interior de sus muslos y lo hinchados que tenía los labios vaginales. Si volvía a zurrarle otra vez, vería los fluidos rezumando en la hendidura entre sus nalgas.

—Hmm... no estarás intentando ocultarme lo mucho que disfrutas de la zurra, ¿verdad?

¿Sólo disfrutar? La simple certeza de que tendría que recibir cinco azotes más la obligaba a contener un gemido. Kata cerró los ojos avergonzada cuando un estremecimiento de excitación la atravesó de arriba abajo, pero aquello no quería decir que estuviera a punto de rendirse.

—Esa es tu opinión.

—Qué terca eres... —La risa de Hunter no fue agradable cuando deslizó otra vez la mano entre sus piernas, rozándole el clítoris con un dedo. El placer se avivó como si una bola de fuego crepitara ahí mismo. Kata cerró los puños con fuerza, apretando los dedos hasta clavarse las uñas en las palmas. El corazón le bombeó aceleradamente, la sangre se espesó; todo su cuerpo se cargó de electricidad.



Instintivamente, alzó las caderas hacia la mano de Hunter. Él se quedó quieto.

—Alto. Dime, ¿por qué te estoy castigando?

—Porque recurrí a Ben —gimió ella.

Hunter le propinó dos azotes repentinos en el sensible culo, en la parte más carnosa de cada nalga.

—Muy bien.

Por asombroso que resultara, el placer se agrandó y Kata se dejó llevar por él, abrazándolo con la misma fuerza que a aquellas punzadas de candente dolor; cada vez estaba más cerca del clímax.

—Seis, siete. Por favor...

—Muy bien. Me encanta la manera en que levantas el culo en el aire, es como si me suplicaras que te diera más.

Kata se quedó congelada. ¿Estaba haciendo eso? Cuando Hunter le deslizó un dedo caliente por las ardientes posaderas, ella arqueó la espalda y alzó las caderas, anticipando el siguiente golpe. Estaba perdida en una amalgama de necesidad y confusión.

Él le zurró otras dos veces más, con más fuerza aún.

—Jamás volverás a ponerte en peligro. Nunca. ¿Entendido?

No, Kata se veía consumida por el éxtasis que estaba a punto de alcanzar. El dolor fluía por su trasero y sus muslos, la piel le zumbaba. El sexo latía en una ardiente demanda. Las sensaciones la envolvían en llamas de necesidad, la llevaban cada vez más arriba, cada vez más cerca del abismo. Gimió.

—¿Kata?

—Ocho —jadeó entrecortadamente—. N-nueve.

—¿Entendido?

Él no dejaría que alcanzara ese orgasmo que la abrumaba. Santo Dios, cómo lo deseaba. La fuerza del deseo la destruía. Se retorció en el regazo de Hunter, intentando frotarse contra sus muslos.

—No puedes dejar de presionar, ¿verdad? Soy tu marido y tu Amo. Yo te digo cuándo te corres. Te digo dónde estás segura. No volverás a escabullirte a mis espaldas. Si lo haces, no seré responsable de hasta dónde te empujaré o lo duro que te follaré. Tienes que rendirte a mí.

La mujer independiente que era quiso decirle que se fuera a la mierda. La sumisa se estremeció y se preparó para el último azote, rezando para que le hiciera alcanzar el cielo.

—Pídeme amablemente lo que quieres, Kata. Y hazlo bien a la primera... —«O de lo contrario no habría orgasmo.» Escuchó la amenaza implícita en su voz.

Kata friccionaba los pezones y el monte de Venus contra los vaqueros que cubrían los muslos firmes y separados de Hunter, pero contuvo el aliento porque no era suficiente, sabía que necesitaba la sensación intoxicante de su mano en las nalgas. Jamás se hubiera imaginado que aquello le gustara, pero aquel dolor era algo increíble... Debería odiarle por hacerle esto, por volverla vulnerable, sin embargo, necesitaba correrse.

—Por favor, Señor, ¿puedo correrme? Por favor, haz que me corra.

—¿Te preocuparás más de tu seguridad en el futuro?

—Sí. —Habría dicho cualquier cosa para que volviera a zurrarle.



—¿Confiarás en que yo puedo protegerte y cuidarte? —El frotó la palma caliente sobre su culo. Ella contuvo el aliento.

—Sí, Señor.

—Buena chica.

Kata escuchó el silbido cuando la mano surcó el aire y se estremeció de anticipación. Se preparó, pero nada podría haberla prevenido para ese golpe brutal, esta vez en el centro de la nalga derecha. Una bomba infernal atravesó su piel. Los escalofríos arrancaron chispas de su carne, e invadieron bruscamente su sexo. La necesidad era ahora arrolladora. Se balanceó al borde de un orgasmo que era al mismo tiempo aterrador e imprescindible. Si no lo alcanzaba, se moriría.

—Por favor, Hunter, Señor. Por favor... —Kata no podía contener el temblor provocado por el deseo más imponente que hubiera sentido en su vida, necesitaba alivio ya.

Sin que ella lo esperara, él le soltó las muñecas y la giró sobre su regazo. Las lastimadas nalgas fueron a caer sobre la abrasiva tela vaquera. Kata siseó ante la sensación, pero no fue suficiente para llegar al éxtasis. Sólo incrementó el deseo.

—Mírame.

Kata levantó la frenética mirada hacia él. La inconfundible lujuria que vio en sus ojos sólo añadió más leña al fuego. Pero aquello no era todo. Cada instante, cada aliento, estaban llenos de su furia posesiva.

Hunter le puso la mano en la rodilla, luego la deslizó lentamente por el interior del muslo, hasta que detuvo el pulgar dolorosamente cerca de su sexo.

—¿A quién perteneces?

Kata gimió y arqueó las caderas hacia él.

—A ti.

—¿Volverás a olvidarlo? —Pasó el dedo lentamente por los resbaladizos pliegues, rozando el duro e hinchado clítoris.

—No —jadeó ella.

—¿Volverás a desobedecerme otra vez?

¿Para sentir esas sensaciones otra vez...? ¿Ese sublime viaje a otro lugar donde Hunter la marcaba como su posesión? Por obtener eso, haría casi cualquier cosa que le complaciera... o provocara.

Cerró los ojos, hundiéndose en aquel mar de necesidad.

—No. Por favor...

—Mírame, Kata. —En el momento en que ella abrió los ojos, murmuró—: Córrete ahora. —Y le palmeó el monte de Venus, justo encima del clítoris.

Era todo lo que ella ansiaba y necesitaba.

Kata se dejó llevar con un grito gutural cuando el placer la atravesó de arriba abajo, la sangre se espesó e inflamó todavía más el brote del deseo. Explotó. Se estremeció y convulsionó. Hunter introdujo otra vez la mano entre sus piernas para rodear suavemente el clítoris y prolongar la tensa escalada de su vientre, hasta que Kata ya no pudo pensar ni respirar ni hacer cualquier otra cosa, salvo dejarse llevar por el clímax.

Aunque él no estaba dentro de ella, se sintió completamente poseída. Hunter la había absorbido, se había convertido en su realidad. Envuelta en aquella neblina de éxtasis, sus brazos,



su cuerpo, eran lo único que parecía auténtico. Le miró a los ojos con impotencia, perdiéndose en el dominante fuego azul de sus pupilas. Kata necesitaba agarrarse a algo y lo hizo a su camisa, suplicándole en silencio. ¿Misericordia? ¿Más deleite? No lo sabía. En respuesta a su petición, él introdujo dos dedos en su vagina y le acarició con fuerza aquel lugar tan sensible, empujándola al vacío sobre otro elevado acantilado de placer.

Después de recuperar la razón con un último gemido, abrió los ojos. Hunter estaba inclinado sobre ella, acariciándole las mejillas con los nudillos y secándole las lágrimas. ¿Había llorado? Sí, y todavía sollozaba cuando la potencia de aquel momento compartido la venció una vez más. Hunter le había dado una zorra y, como consecuencia, ella había perdido la razón; se había visto envuelta por una sensación excitante y aterradora. Sin embargo, al encontrarse ahora llorando en su regazo, se sintió inexorablemente atada a él, en cuerpo y alma, de una manera en que jamás se había sentido unida a nadie en su vida.

Él le enjugó suavemente las lágrimas otra vez, luego la alzó y la colocó de rodillas entre sus muslos.

—Te necesito, cielo.

Kata levantó la mirada hacia la cara de Hunter, tensa y ruborizada. Su necesidad era patente y apremiante, igual que la de la dura protuberancia bajo la cremallera. A pesar de estar envuelta todavía en la maravillosa sensación del éxtasis, la inundó el deseo de complacerle por completo. Por alguna razón sabía que no se relajaría hasta que él estuviera igual de satisfecho que ella. Era una emoción extraña e ilógica, pero innegable.

Le bajó la cremallera con dedos temblorosos, buscando su aprobación con la mirada. Los ojos de Hunter ardían de deseo. La jadeante respiración de él marcó el ritmo del descenso de la cremallera. A Kata se le aceleró el corazón. Él se puso en pie para que ella le bajara los pantalones y los calzoncillos. Ella se inclinó para acabar de quitarle las prendas. Hunter se deshizo de ellas con una patada y se arrancó la camiseta, dejando al descubierto su pecho musculoso, la tableta de abdominales y cada asombroso centímetro de su erección.

Le pasó los dedos por el pelo y luego apresó con suavidad pero con firmeza sus cabellos, acercándola lentamente hacia sus muslos abiertos. Ella alargó la mano y cogió el grueso miembro, relamiéndose mientras caía sobre él.

Cuando ella recorrió el húmedo glande con la lengua, él tensó los dedos en su pelo.

—Sí, cielo —susurró, anhelante—. Así, abre la boca así... ¡Ahhhh, sí!

Al escuchar el intenso placer en su voz, Kata se estremeció. Se acercó unos centímetros, abrió más la boca e introdujo el grueso miembro en su húmeda cavidad para absorber la esencia de Hunter; la textura dura y sedosa; el suave olor a sudor y almizcle; el sabor a sal en la abertura del glande; el vello castaño que le cubría los muslos y que se espesaba en la base de la erección. Él gimió y se retorció cuando ella le tomó hasta el fondo de la garganta.

Hunter apretó más los dedos y arqueó las caderas, impulsándose hacia su boca.

—¡Joder, qué gusto!

Kata se encendió ante sus alabanzas y anheló más. Comenzó a succionarle con frenesí, deslizado los labios por la dura longitud, lamiéndolo y friccionándolo con la lengua, rozando los dientes con suavidad en la hinchada punta.

—Joder... —repitió Hunter con un gemido—. Me moría de ganas de sentir esta boca. Trágame, cielo.



—Sí, Señor —susurró ella.

Entonces él extendió la palma de la mano en la parte posterior de su cabeza y con la otra mano empuñó la erección.

Con anterioridad el sexo oral había sido sólo una manera de excitar a su amante antes del sexo, pero con Hunter era un placer por derecho propio. Él inundaba sus sentidos con su aroma almizclado y su sabor único, con sus gruñidos y gemidos, con los duros muslos y los dedos tensos con que le tiraba del pelo. Le vio echar hacia atrás la cabeza con los ojos cerrados y se perdió. Quiso complacerle por completo, hacer más hondo el innegable lazo de unión que había entre ellos.

Introdujo el hinchado y aterciopelado glande otra vez entre los labios y le tomó más a fondo, más rápido, incapaz de no darle todo lo que él quería. Jugueteó con suaves toquecitos de la lengua. Él tensó los dedos y la guió, marcando un ritmo más acelerado y caliente. Ella accedió, llevándolo hasta el fondo de la garganta. Hunter emitió un largo gemido y ella se recreó en el sonido.

Kata cogió los pesados testículos con la palma. Notó que se tensaban cuando arrastró otra vez la lengua a lo largo del miembro y la curvó en torno al sensible glande, que pellizcó suavemente con los dientes.

—¡Qué placer! ¡Sigue! ¡Chúpamela hasta el fondo!

La orden provocó que la atravesara un desesperado anhelo por darle aquel goce que demandaba, y que volviera a notar un vacío en su interior. Los pechos comenzaron a palpitarle doloridos. Notó un calambre de ansiedad en la vagina y se deslizó una mano entre las piernas, buscando el clítoris.

Hunter arrancó la mano de sus pliegues resbaladizos.

—No, cielo. Eso lo hago yo. Soy yo quien te da los orgasmos.

Ella gimió, pero él se limitó a cogerle las dos muñecas y a levantarlas hasta su torso, donde las mantuvo sujetas con una mano. Entonces la obligó a volver a tomar su polla entre los labios con la otra.

A pesar de que él le negaba la posibilidad de satisfacerse a sí misma, la sangre se le aceleró y el corazón comenzó a palpar desbocado. Hunter se estaba volviendo una adicción para ella. Lo sabía, y en su cabeza resonaron todas las alarmas. A pesar de que finalmente se arrepentiría, en ese momento estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para disfrutar del éxtasis que él podía proporcionarle.

El llenó su boca, cada vez más rápido. La urgente necesidad que mostraba la impulsaba a chupar con más intensidad, con más velocidad. Las palabras se transformaron en gemidos torturados. Hunter se puso más duro todavía y comenzó a palpar en su lengua. El deseo clavó las uñas en ella. Kata quería eso, necesitaba saber que podía proporcionarle ese placer, igual que él necesitaba proporcionárselo a ella.

—Kata... —Apenas entendió su nombre entre los bruscos jadeos—. Ahora, cielo.

Ella gimió, asintió con la cabeza y le chupó con más intensidad que nunca.

Unos segundos más tarde, él tensó todos los músculos. Gritó y le inundó la boca con aquel picante sabor masculino al tiempo que llenaba sus oídos con un gemido largo y gutural. Ella tragó y siguió succionándole mientras alcanzaba el clímax, envuelta en un eléctrico placer por haberle



complacido. Y lo sintió de nuevo cuando él la miró, un momento después, con unos suaves ojos azules y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Gracias.

Kata no sólo quería darle placer; necesitaba ganarse sus alabanzas y su ternura y ansiaba su aprobación. En el pasado siempre había dado por hecho que los amantes encontrarían el placer en ella, igual que ella hacía con ellos. Con Hunter era diferente. ¿Por qué?

—Dios mío, eres increíble. —La voz ronca fue directa al corazón de Kata—. Me siento tan feliz de que seas mía.

«Suya.» Sí, y ella lo sabía en su propia alma. Escuchar su aprecio calmaba su ansiedad, provocaba una sensación de paz que no alcanzaba a comprender. De alguna manera se sentía limpia, casi feliz.

Hunter se recostó en la cama con un gemido. Kata reposó la frente en su muslo y suspiró cuando él le pasó las manos por el pelo en agradecimiento.

Kata nunca había sentido esa clase de unión. Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas. Santo Dios, quería experimentarla una y otra vez. Sería capaz de cualquier cosa para conseguirlo. Le limpiaría la casa, cocinaría para él, se arrodillaría a sus pies. Haría lo que él quisiera.

¿En qué se diferenciaría de su madre si lo hacía?

La pregunta atravesó su cerebro como una bala. Se le enfrió la sangre. Se incorporó de golpe, evitando la mirada penetrante de Hunter.

Dada la debilidad de su madre por Gordon, le aterrorizaba estar dispuesta a postrarse para ganarse el placer que Hunter podía proporcionarle y su aprobación. Después de la manera en que él había manejado el reto de Ben y sus propios desafíos, sabía que Hunter no era como Gordon en las cosas importantes. Pero, ¿y si ella se parecía más a su madre de lo que pensaba? ¿Qué ocurriría si perdía su propia identidad a favor de un marido sexy e insoportablemente atractivo y poderoso y dejaba de ser Kata, la independiente e inteligente agente de libertad condicional, para convertirse en la ansiosa y sumisa Kata?

Durante toda una década, ella había despreciado la debilidad con que su madre permitía que la dominara el gilipollas con el que se había casado. La destrozaba darse cuenta de que poseía la misma debilidad.

De repente, se vio como el juguete de Hunter; esperando, suplicando que le proporcionara placer y reconocimiento porque no podía vivir sin ellos. Después de todo, él la había sometido con sólo diez azotes y un golpecito en el sexo. Hunter la había poseído, la había convertido en alguien que no reconocía. La había llevado a un mundo donde sería capaz de cualquier cosa por hacerle feliz. Podía perderse allí con demasiada facilidad. Se podía perder en él.

—¿En qué estás pensando, cielo? —preguntó Hunter, intentando abrazarla. Cuando ella se alejó, él frunció el ceño—. Necesitamos hablar.

Kata respiró hondo. Quizá sus pensamientos estuvieran llegando demasiado lejos. Morgan no parecía haberse perdido en Jack. Le habían parecido una pareja de cuento de hadas, felices y plenos de una manera que no era frecuente. Pero eso no era real. La manera en que ella se había abandonado a Hunter por completo sí lo era. Y lo peor es que ansiaba terriblemente hacerlo de nuevo.



Ahora sabía que Hunter no se apropiaría de su independencia. Sería duro y exigente, pero para sentir aquel asombroso placer otra vez, para complacerle, ella le entregaría voluntariamente su alma hasta que ya no quedara nada.

Cerró los ojos y sollozó.

Hunter miró con el ceño fruncido a su fatigada esposa. Habían alcanzado una sincronía perfecta; ella le había entregado libre y naturalmente una sumisión completa. Se había sentido muy orgulloso, pero ahora ella tenía una expresión de pánico. Kata se había sumergido de golpe en una escena donde se encontraba descarnada y poseída por las emociones.

Hunter apretó los dientes. Ella necesitaba ternura y tranquilidad... descanso.

Se acercó a ella, ignorando la manera en que intentó alejarse de él y la subió a la cama.

—Acuéstate. —La empujó para que apoyara la cabeza en la almohada y le frotó el hombro en un gesto tranquilizador—. Cuéntame qué te preocupa.

Kata se negó a mirarle.

«¡Mierda!»

Echando mano de toda su paciencia, curvó su cuerpo contra el de ella. Kata le dio la espalda, sollozando con más fuerza. Maldición, ¿se trataba de algo más que un choque emocional?

Hunter se dio cuenta de que no la había escuchado antes, ése había sido su primer error. Comprendía la urgente situación de la madre de Kata y se lo debería de haber dicho. Sabía de sobra que ella se había visto presionada y confundida. Pero Kata ni siquiera había intentado recurrir a él, no había confiado en que sería capaz de protegerla. No conocía palabras con las que describir lo traicionado que se había sentido al verla sobre el regazo de Ben, sabiendo que había corrido en busca de su ayuda en vez de acudir a él.

Con la zurra, Hunter la había castigado. Ella se había sometido a él de una manera hermosa. Ahora, después de experimentar una unión increíble y de alcanzar el cielo, ella intentaba poner distancia entre ellos de nuevo.

—Cielo, no hagas esto. Tienes que decirme qué te pasa para que podamos solucionarlo.

Kata gateó fuera de la cama.

—¿Dónde está mi bolso?

La vio escudriñar la habitación con los ojos entrecerrados. Hunter comenzó a preocuparse en serio.

Dios, debería de haber imaginado que si le pedía que le abriera el corazón, las revelaciones no podían ser unilaterales. Tenía que ser accesible también para ella y explicarle por qué su negativa a confiar en él era tan inaceptable... y dolorosa. Kata tenía que entenderlo. Se sentiría jodidamente vulnerable al revelar sus angustias a alguien que poseía el poder de devastarle, pero merecía saber la verdad; en especial si él quería lo mismo. No obtendría nada sin ofrecer honradez a cambio.

—Cielo, respira hondo. Yo buscaré tu bolso. Luego hablaremos. Kata ni siquiera le miró.

Hunter contuvo la ansiedad y recorrió la estancia hasta dar con el bolso. Se lo ofreció a ella a regañadientes. Kata lo abrió, rebuscó en el interior y sacó un pliego de documentos y un bolígrafo. Garabateó algo en la última página y luego le tendió los papeles.



—Fírmalos.

Un incontrolable estremecimiento le tensó las entrañas. Cogió los documentos con una mano, los abrió y se tropezó con las tres únicas palabras de la creación que podían hacerle sentir un profundo miedo.

Y una intensa ira.



CAPÍTULO 14

—¿Demanda de divorcio? —La explosión de su voz reverberó en las paredes como un trueno. Hunter aplastó los documentos en la mano. Tragó saliva y pareció echar fuego por la nariz. Kata se sobresaltó.

—N-no creo que pueda soportar esto ni cinco minutos más. No podemos seguir así toda la vida.

—¿No estás dispuesta a intentarlo? —Hunter se apretó contra ella, mirándola fijamente—. Jamás... ocurrirá —dijo lentamente, como si cada palabra fuera un voto—. Vamos a resolverlo, Kata. No cometeré el mismo error que mi padre, no pienso quedarme de brazos cruzados mientras mi mujer se larga.

Ella se quedó paralizada. La declaración de Hunter explicaba muchas cosas. El intentaba contener las emociones, pero su expresión estaba llena de tristeza y furia. A Kata le palpitó el corazón cuando sus miradas se encontraron y vio en sus ojos un sinfín de preguntas.

—El año que me gradué, mi madre le llevó a mi padre los documentos de divorcio para poder largarse con su amante. Él no hizo nada para impedirlo.

La falta de respuesta por parte de su padre había molestado a Hunter profundamente, era evidente.

—Quizá ya no la amaba.

La risa de Hunter fue fea y siniestra.

—Se habría cortado las venas para conseguir que volviera. Yo no pienso cometer ese error, Kata. Lucharé por retenerte a mi lado hasta que deje de respirar.

Por eso se había negado Hunter a hablar de su madre en Las Vegas. Ahora cada línea de su rostro estaba cargada de determinación y dolor. Kata tuvo que luchar contra el deseo de rodearle con los brazos y consolarle.

Ahora entendía por qué verla en el regazo de Ben había supuesto una ofensa para él. Hunter ya era de por sí posesivo y protector, pero si a eso se añadía que su madre se había fugado con su amante... Ciertamente es que cuando le había plantado la demanda de divorcio ante las narices, desconocía el dolor que había sufrido en su pasado. Ella, mejor que nadie, entendía las emociones que los asuntos paternos podían provocar en uno. Estaba claro que aquello era algo que tenían en común. Lo lamentó por él.

Pero eso no quería decir que fuera a quedarse.

Hunter dejó caer la cabeza con los hombros tensos.

—Ninguno de nosotros la volvió a ver. Murió un año después.

Kata contuvo la respiración. ¿No sólo les había abandonado, sino que había muerto? Otro golpe terrible para un joven que todavía se recuperaba del divorcio de sus padres.

—¿Cómo fue?

—Un ladrón entró a robar en su apartamento y la estranguló. Vivía sola y no tenía a nadie que la protegiera. El crimen sigue sin resolver.

Tampoco era de extrañar que Hunter tomara tan en serio la amenaza contra su esposa. Sabía de primera mano lo que podía ocurrir.

—Lamento que tu madre muriera de esa manera. Mi padre lo hizo de un repentino ataque cardíaco cuando tenía diez años, así que sé lo que sentiste al perderla. Tu familia y tú tuvisteis que



pasarlo muy mal. —Le acarició la mano—. Hunter, yo no soy ella. No puedo reemplazarla. Y tú no eres tu padre. Estarás bien aunque yo me vaya. Nuestro matrimonio fue un impulso, apenas notarás que no estoy.

Aunque Kata se temía que Hunter la había marcado a fuego para siempre. Incluso así, no podía quedarse e intentar que funcionara lo que había entre ellos por el dolor que acarrearía más tarde.

—Chorrad...

—No intentes convencerme. Lo único que conseguiremos es resultar heridos los dos. Hunter cogió los documentos. —¿Esto tiene algo que ver con Ben?

¿Por qué él no se daba cuenta de que ese matrimonio apresurado no podía ser permanente? Ella no podía estar con alguien que era capaz de hacerla entregarse de aquella manera tan exigente. Hunter sólo se aferraba a ella porque no quería tener que sufrir como su padre. No era racional... Pero tenía que ser sincera con él.

—No, no tiene nada que ver con él. Ni con otro. Me quiero alejar de ti para recuperar mi vida.

Hunter tragó saliva otra vez y apretó los puños a los costados. A pesar de la furia y de lo orgulloso que era, su vulnerabilidad era inconfundible. Que ella quisiera el divorcio le estaba destrozando. Y si bien sabía que era la elección adecuada, la culpa y la angustia le provocaban una opresión en el pecho.

—Esto no tiene sentido. Huyes porque te has sometido a mí tan completamente que te asusta. No permitiré que escapes de lo nuestro. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. No firmaré los papeles a menos que esté convencido de que no sientes nada por mí.

Kata se sintió frustrada y se le llenaron los ojos de lágrimas de impotencia.

—No puedes negarte a dejarme ir. Si lo hicieras no serías mejor que Gordon.

Él la miró fijamente.

—¿De verdad piensas que alguna vez te degradaría hasta hacerte perder la autoestima?

Ya habían cruzado ese puente.

—No.

—¿Qué te impediría ir al médico cuando es evidente que estás enferma?

—Sé que no harías eso —admitió ella con suavidad—. Te estás esforzando mucho para mantenerme viva.

—¿Crees que te haría dejar el trabajo, que te alejaría de tus amigos para que te volvieras totalmente dependiente de mí?

Kata le lanzó una mirada furiosa entre las espesas pestañas negras.

—No. Mi preocupación es que para satisfacerte a ti yo sea capaz de dejar que me hagas lo que desees en la cama... Y, finalmente, en todos los demás aspectos de mi vida. No podría respetarme a mí misma. Por favor, firma los documentos.

«Jamás.»

Al disciplinarla por no confiar en él, al intentar acercarla más, la había sometido demasiado rápido y con demasiada intensidad. La había asustado. Había sido un error.

Conociendo la dinámica de la familia de Kata y cómo le afectaba a ella, Hunter había especulado con que eso podría llegar a ocurrir. Pero se había dejado llevar por los sentimientos y la falta de sueño. Ahora tendría que tragarse todas las destructivas emociones que conllevaba pensar en su madre y ocuparse de Kata con mucha suavidad. O ella huiría de él.



Respiró hondo varias veces para intentar controlarse. Kata tenía razón en una cosa; cuatro días no era tiempo suficiente para conocer a alguien ni para hacer funcionar un matrimonio. Él ya le había confesado sus sentimientos. Restablecer la confianza que habían alcanzado durante el castigo era primordial. Era vital que le probara que su esencia no cambiaría sin importar lo sumisa que se mostrara con él. Kata tenía que saber que poseía una fuerza indomable y que él no quería que cambiara. Pero nada de lo que existía entre ellos sobreviviría si ella huía del sometimiento que él necesitaba darle... y que ella ansiaba.

Ella había intentado controlar la situación con aquellos documentos que él todavía conservaba arrugados en la mano. Quería volver a enfadarse por no confiar en él, y dudar de que no la presionarla demasiado. Pero sería contraproducente.

Con las manos más temblorosas de lo que le hubiera gustado, Hunter depositó los papeles encima del tocador, luego la cogió por los hombros.

—Cielo, quiero que te sometas, no que seas débil. No quiero asumir el control de tu vida. Tienes tanto poder sobre mí que me aterra. En sólo unos días, los sentimientos que me provocas no han hecho sino crecer. Han arraigado en mi interior profundamente y durarán toda mi vida. — La miró a los ojos—. No creo ni por un minuto que acabes entregándome tu independencia, y tampoco lo quiero. Eres una mujer asombrosa y fuerte. Tienes que saberlo.

—No lo sé, no estoy segura de ello. —Los ojos color avellana de Kata parecían verdes por las lágrimas no derramadas—. Eres demasiado intenso. Demasiado dominante. Con el paso del tiempo me doblegarás, y yo te daré y te daré hasta que un día me despertaré y me encontraré con que ya no me queda nada; igual que le ha ocurrido a mi madre. Puede que no quieras que ocurra, pero me pregunto si, en lo más profundo, no será ésa tu manera de asegurarte que jamás huiré de ti. Y si ocurre, me odiaré a mí misma.

Hunter comprendía sus miedos, pero Kata se equivocaba. El sólo quería amarla.

La certeza de que debía haber conocido a sus padres nada más casarse le golpeó como un puñetazo. Pero con alguien intentando matar a Kata, las cosas no habían seguido un cauce lógico, y lo más importante había sido ponerla a salvo. Tenía que arreglar las cosas.

—¿Cómo puedes pensar que te perderás a ti misma por mi culpa cuando, desde el momento en que te conocí, no has hecho más que luchar por lo que quieres y deseas? Esa actitud franca y esa convicción son una de las razones por las que te amo. Has luchado por tu madre, por ti misma... Incluso por tu placer. Kata, no eres una mujer que deje de saber quién es.

Ella negó enfáticamente con la cabeza.

—Después de esa zorra debería estar furiosa contigo. Debería estar cabreadísima. Pero en lo único que podía pensar era en complacerte.

—La inclinación de una sumisa es complacer a su Amo.

—Genial, entonces te excitarás mientras yo pierdo la vergüenza lentamente.

Él le acarició la mejilla.

—No es algo unilateral. Yo también quiero complacerte. Siempre. Algunas veces incluso tengo que controlarme para darte lo que necesitas y no lo que yo deseo. ¿Acaso no crees que en lugar de zurrarte, hubiera preferido hacer el amor contigo?

—¿Estás diciendo que me has zurrado por mi bien? —Parecía incrédula—. ¿Qué tú no has disfrutado ni un poquito?



—Tal vez un poco —confesó él—, pero lo he hecho por ti. Confiesa, ¿no notaste una sensación de felicidad y tranquilidad? ¿El deseo de entregarte? ¿No te sentiste más cerca de mí?

La expresión aturdida de la joven le dijo a Hunter que ella se preguntaba si él podía leerle la mente.

Se acercó más a ella, enternecido pero excitado por la proximidad del cuerpo desnudo y los exuberantes pechos de Kata.

—Quiero protegerte y amarte, pero no aplastarte. Para mí, ganar tu sumisión es un placer en sí mismo. Si alguna vez te sientes desbordada, usa la palabra segura. Nos detendremos y hablaremos de ello. Cuando regrese al deber activo, iremos más despacio. Pero no necesitas esos documentos, cielo. Necesitas confiar en que sé qué nos conviene a los dos.

Kata se puso rígida entre sus brazos e intentó alejarse, negando con la cabeza.

—Esta noche deseaba complacerte. Eso me asusta. Puede que para ti sea natural, pero es muy duro para mí. —Se atragantó—. Tú necesitas a una chica dulce a la que le guste obedecer y que jamás se aleje de tu lado. No a mí. Firma los papeles.

Ella apretó los labios en una línea mientras sus ojos se volvían a llenar de lágrimas. Hunter se dio cuenta de que a pesar de que Kata consideraba que el divorcio era la solución correcta, alejarse de ella dolía. Aquello le calentó el corazón y endureció su determinación.

—Te necesito a ti. No romperé este matrimonio sin una buena razón. El miedo no lo es. —Le introdujo los dedos en el pelo y tiró de él, haciendo que echara la cabeza hacia atrás y que su boca fuera accesible a la de él—. Voy a ganarme tu confianza, a demostrarte lo bueno que puede ser todo entre nosotros. Puede que tú me lo des todo, cielo, pero yo te devolveré eso y más. El domingo tengo que reincorporarme a mi unidad. Dame hasta entonces.

Ella parpadeó mientras consideraba sus palabras. Hunter recurrió a toda su fuerza de voluntad para no cubrir sus labios con los de él y devorarla. La mente de Kata se revelaba contra la increíble química que había entre ellos, pero cuando él obtenía su rendición, ella dejaba de pensar y comenzaba a sentir. Tenía que llevarla de nuevo a ese estado en el que sólo dominaban las sensaciones y emociones, no el miedo. El había impuesto su disciplina y, aunque Kata necesitaba más, también necesitaba su ternura.

Inclinó la cabeza y le sujetó el labio inferior entre los dientes, apaciguando a continuación el mordisco con la lengua. Ella contuvo la respiración. Entonces él cubrió dulcemente los labios abiertos con los suyos, conteniendo como pudo el deseo de tumbarla sobre la espalda, separarle los muslos, enterrarse profundamente en su interior y amarla de una manera absoluta para que ella supiera lo mucho que la necesitaba.

Kata tenía un sabor dulce y a Hunter se le aflojaron las rodillas cuanto se sumergió muy despacio en su boca. Durante un breve momento, ella se tensó. Pero él la tranquilizó con una suave caricia en la espalda antes de sujetarle la nuca con mano firme. Ella se dejó aplastar contra él y se aferró a su bíceps.

Hunter se hundió pacientemente en su boca, como si buceara en el agua en busca de un tesoro, cada vez más profundo, hasta que ella se rindió y le dio la bienvenida de manera inconsciente. Sus lenguas se enzarzaron en una larga caricia, en una silenciosa promesa de placer. El suave gemido de Kata fue directo a su miembro.

En cuanto la escuchó, se retiró, rozando suavemente los labios femeninos con los suyos, lamiéndolos durante un instante antes de apartarse. Kata se puso se puntillas e intentó retenerle,



rodeándole el cuello con los brazos y aferrando los cortos mechones. En ese momento, le deseaba. Pero él tenía intención de que le implorara. De que no se le volviera a ocurrir huir.

Hunter trazó un camino de besos en su barbilla mientras le deslizaba la mano por el hueco de la espalda, acariciando las caderas, recorriendo el exterior del muslo con la punta del dedo, cada vez más cerca de su culo pero sin llegar a tocarla allí. Repitió el movimiento siguiendo un patrón aleatorio, añadiendo en un momento la presión del pulgar en la pierna, en otro el roce de los nudillos en la curva de la cadera o en la piel sensible y caliente de las nalgas. Y mientras, suspiraba justo detrás de su oreja. Kata gimió de nuevo y se estremeció.

—Esos ruiditos que haces, cielo, me desarman —le susurró al oído.

Ella se contoneó enardecida contra él, frotando los pezones, duros como guijarros, en su torso. Entonces se acercó para deslizar sus caderas contra las de él. Hunter la sujetó, inmovilizándola. ¿Así que esa pequeña bruja trataba de robarle el control friccionando su dulce coño contra su polla? Se lo permitiría... con el tiempo. Pero no hasta que ella estuviera preparada para darle el control completo sobre su cuerpo, de que fuera capaz de ver que eso era lo correcto.

—Durante el vuelo —murmuró—, me pasé horas soñando contigo. Imaginando todas las maneras en que conseguiría que te corrieras.

Ella dejó de respirar. Se arqueó contra él en silencio, suplicándole con su cuerpo. Eso era bueno... pero no suficiente. Quería su mente, su corazón, su alma.

Indagó con la boca en el suave y almizclado perfume que se concentraba en el hueco entre el cuello y el hombro. Mordisqueó la piel sensible y la chupó, excitando todas las terminaciones nerviosas. Luego la lamió, jugando con las sensaciones que provocaba en ella. Al notar que Kata se estremecía, sonrió.

—No puedes.

Por supuesto que podía. Llevó la mano hasta su cintura, acariciándole a su paso las costillas y la detuvo justo debajo de uno de los pechos, pesados e hinchados.

—¿Por qué no puedo, cielo? —Movié el pulgar para rozar apenas la parte inferior del seno; no hizo más movimientos, pues sabía que ella anhelaría más—. ¿Crees que no deberíamos o que no soy capaz?

—Estoy segura de que puedes, pero no es una buena idea. —No le ocultó el temblor de su voz.

—Me encantaría tumbarte en la cama y averiguar cuánto puedo excitarte con mis manos —musitó al oído mientras trazaba etéreos y pequeños círculos sobre su nuca—. Quiero descubrir la presión exacta que debo aplicar a tus preciosos pezones rosados para erizarlos y hacerte suplicar más. Quiero que tu coñito no esté sólo mojado, sino empapado...

Kata aspiró entrecortadamente y se apretó más contra él. Tenía de nuevo los pezones erguidos. Hunter contuvo una sonrisa cuando los notó duros contra su torso. «Perfecto.»

La besó en la comisura de la boca. Cuando ella intentó capturar sus labios, Hunter se dedicó a espolvorear suaves besitos por su mandíbula, trazando un lento camino hacia su otra oreja.

—Entonces, quiero introducir mis dedos en tu cuerpo.

—Hunter, para. —El tono fue enérgico, pero la respiración era brusca y jadeante.

El sonrió antes de alcanzar el lóbulo.

—Cielo, eso sólo será el principio. No puedo esperar a notar la ardiente presión de tu coño. Será un sedoso torno y me muero de ganas por encontrar ese sensible lugar en tu interior, rozarte el clítoris con el pulgar y observar cómo te vuelves loca por mí.



Kata le cogió la cara entre las manos y le obligó a mirarla a los ojos. Las pupilas femeninas brillaban feroces y muy verdes. Un oscuro rubor cubría la tez morena de sus mejillas y tenía los labios rojos e hinchados. Aquella imagen le endurecía la polla, le oprimía el corazón y hacía que no pudiera dejar de presionarla.

—No me hagas esto —suplicó Kata con un ronco gemido.

—¿Quieres que no te diga lo que me muero por hacerte sentir? No quiero callar, cielo.

Ella negó con la cabeza e intentó retroceder.

—Bien sabe Dios que el sexo entre nosotros es bestial, pero tienes que escucharme. No puedo ser lo que quieres. Intentar solucionarlo con sexo sólo lo enturbiará todo aún más.

No, necesitaban el sexo para volver a conectar, para que le pudiera demostrar que no había razón para dejarse llevar por el pánico. Para que Kata se diera cuenta de que no tenía que temer sus anhelos más profundos. Tenía la esperanza de que una vez que atravesara sus defensas, pudiera prolongar la confianza hasta abarcar el resto de los asuntos.

—Quiero tu precioso culo. —Siguió diciendo él como si ella no hubiera hablado, negándose a prestar atención a sus miedos—. Te voy a pasar las manos por él, por esas nalgas enrojecidas por mi zurra. —Le deslizó la punta de los dedos por la espalda hasta llegar a la sensible hendidura entre sus nalgas—. Te aseguro que disfrutarás cuando te folle aquí.

Ella se quedó sin respiración e intentó alejarse, pero Hunter la retuvo con fuerza.

—Nadie te ha penetrado aquí y quiero ser el primero. —«El único»—. Podría correrme con sólo pensar en acercarme a esas dulces nalgas, separarlas e introducir mi pene, goteando de placer, aquí atrás; penetrarte hasta el fondo. Quiero eso, cielo. Quiero ver si te corres con el sexo anal.

Kata bajó la mirada con el ceño fruncido, como si estuviera luchando con fuerza contra el atractivo que suponía su seducción.

Hunter le asió la barbilla y le hizo mirarle a los ojos.

—Nada de huir, ni de esconderte de mí. Mírame. Dame hasta el domingo, Kata.

Una expresión testaruda atravesó la cara de Kata, acompañada de un intenso deseo. Hunter esperó con una paciencia irritante.

Ella suspiró, abrió la boca y la cerró.

Hunter continuó presionando.

—Hasta que sepamos quién intenta matarte y pueda detenerle, conmigo estás a salvo. Quédate. Te protegeré.

—No me han vuelto a amenazar. Quizá se hayan dado por vencidos.

El también se había dado cuenta de ese hecho, pero su instinto le decía que la amenaza no había cesado.

—Creo que se trata más bien de que quien te persigue está esperando a que bajemos la guardia.

Kata vaciló.

—Bueno. Hasta el domingo, pero tienes que tener en cuenta lo que he dicho y darme espacio.

Eso era lo último que Kata necesitaba. Pero por lo menos le daba tiempo. Si llegaba a confiar en él, le daría a cambio algo maravilloso.

—Lo intentaré. —Le acarició la barbilla y le sostuvo la mirada— Pero tienes que confiar en mí.



Ella le miró con solemnidad y él esperó con todas sus ansias que aceptara sus palabras. Por fin, ella asintió con la cabeza.

Suspirando de alivio, Hunter le colocó la mano en la cadera y la acercó.

—¿Por dónde íbamos? —musitó contra sus labios—. Oh, sí... Después de encontrar todas las maneras de excitarte con mis manos, empezaré a hacer lo mismo con mi boca. ¿Sabías que tengo una enorme fijación oral? Siempre voy a estar saboreando una parte de ti. Tus labios... —Le besó lentamente la boca antes de inclinarse hacia su oído y susurrar—. Tu cuello... —Otro leve roce en la sedosa piel de la garganta que la hizo gemir—. Tus pezones...

Hunter le pasó los pulgares sobre las duras cimas y escuchó con emoción que ella se quedaba boquiabierta y se arqueaba hacia él. Puso una mano en la espalda y con la otra sopesó un pecho, atrayendo el pequeño brote hacia su boca.

«¡Dios, sí!» Le encantó sentir la dura punta en la lengua antes de rodear la carne excitada con los labios y morderla suavemente. Kata gimió y frotó las caderas no sólo contra él, sino por él; contoneándose, retorciéndose, suplicando más en silencio.

No era suficiente... para lo que quería.

Con la pasión fluyendo en sus venas como lava ardiente, chupó con fruición un pezón mientras trabajaba el otro entre el pulgar y el índice. Al día siguiente estarían doloridos, ahora ella no sentía más que una creciente excitación. Kata le sujetó la cabeza con firmeza y le clavó los dedos en el cuero cabelludo. Aquel pequeño dolor excitó a Hunter todavía más.

Se alejó un poco y estudió su trabajo. Un pezón hermoso. Rojo, duro, hinchado. Se inclinó hacia el otro y le dio el mismo tratamiento, masajeando mientras el primero con firmeza. Pronto ambas cimas estuvieron igual de oscuras y anhelantes.

Entonces, Hunter le rodeó la cintura con las manos y se dejó caer de rodillas ante ella, trazando círculos en el vientre de la joven con la lengua antes de zambullirse en su ombligo.

El se abrazó a sus caderas y se inclinó un poco más, satisfecho cuando ella comenzó a gemir. Puede que Kata no supiera por qué, que su mente no estuviera de acuerdo, pero le deseaba.

Comenzó a mover la mano sobre su estómago, su vientre, avanzando lentamente hacia su sexo. Entonces se sentó sobre los pies y la estudió. Tenía la piel de gallina. Le buscaba con involuntarios movimientos de caderas y estaba todavía más mojada. Hunter sonrió.

Le rodeó los muslos con los dedos, poniendo los pulgares en la parte más baja del vientre, y comenzó un tortuoso descenso. Hacia abajo, cada vez más abajo, hacia su mismo centro. Kata respiró hondo y soltó el aire. Él sólo sintió que tenía que tocarla. La escuchó emitir un gemido que endureció su miembro todavía más, poniendo a prueba su voluntad. Pero se mantuvo firme.

Después de lo que pareció una eternidad, finalmente rozó el clítoris con el pulgar. Estaba duro, hinchado, y asomaba enrojecido de su capuchón.

Ella dejó de respirar y, metiéndole los dedos entre los cabellos, le apretó contra su cuerpo.

—Hunter...

El se inclinó hacia su clítoris, golpeando el sensible brote con su cálido aliento.

—Y aquí. También aquí voy a querer tener mi boca todo el tiempo.

—Hazlo ahora —le exigió ella con voz aguda.

—¿Te gustaría?

Hunter sintió que ella asentía con la cabeza llena de énfasis.



—No soporto el dolor. ¿Cómo demonios consigues que te desee de esta manera?
Él volvió a pasar el pulgar sobre el resbaladizo clítoris, un simple aleteo y luego nada.

—Nunca es demasiado, cielo. ¿Quieres correrte?

—Síiiii —gimió ella—. Por favor.

«Oh, una súplica educada. Menudo progreso.»

—Pronto. Antes necesito algo de ti. —Y sólo para asegurarse su colaboración, hizo rodar el pulgar sobre el ansioso brote una vez más muy despacio.

—Lo que sea —jadeó ella.

Ésas eran unas palabras tan hermosas como peligrosas.

—Buena chica. Esto funciona en los dos sentidos. Yo también haría lo que fuera por ti.

Hunter se levantó y sonrió, cubrió de nuevo su boca con la de él y se sumergieron en un beso dulce como la miel y lento como la melaza. Kata se retorció, gimió, se agarró a sus hombros; cada movimiento tenía un toque de desesperación.

—Ven conmigo. —La cogió de la mano y la llevó hasta la mesa acolchada de la salita, por dos razones. La primera era que quena estar tan lejos de los jodidos papeles del divorcio como pudiera. La segunda, que lo que necesitaba hacerle sería más fácil allí.

Una vez que llegaron hasta la mesita baja, le ordenó que se tumbara boca abajo sobre la superficie. Cuando el frío cuero entró en contacto con su piel, Kata se puso tensa. Cuando le miró por encima del hombro, el pánico oscurecía su mirada color avellana. Hunter no podía dejar que su mente tomara el control.

La aplastó contra el mueble con una mano en la espalda y le acarició suavemente las nalgas con la otra, para seguir deslizándola entre sus piernas hasta su sexo, donde jugueteó con el clítoris lo suficiente como para que cualquier pensamiento desapareciera de su cabeza.

—Me encanta acariciarte aquí, estás empapada. —Rodeó el manojito de nervios endurecido con la punta del dedo—. Me pregunto cuánto tiempo podría mantenerte al borde del orgasmo. ¿Dos minutos? ¿Diez? ¿Una hora?

—¡Maldita sea, no! ¡No me presiones así!

Hunter presionó un botón bajo el tablero y transformó la mesita negra en una mucho más funcional, con unas anillas a ambos lados. Rebuscó en el cajón inferior y sacó dos pares de esposas. En menos de diez segundos, Kata tenía las dos muñecas amarradas a las anillas de la mesa.

—Déjame complacerte —dijo él con firmeza. Ella tiró de las muñecas, con el cuerpo todavía más tenso de ansiedad.

—¿Qué vas a hacer?

—Quieres alcanzar el orgasmo...

Kata le miró furiosa por encima del hombro y el pelo se sacudió sobre su espalda. ¿Y?

—Pero todavía no lo ansias.

—No me atormentes. —Kata se retorció en vano—. ¡Maldita sea, suéltame!

No hasta que le hubiera dado más de lo que necesitaba. A menos que ella utilizara la palabra segura, él seguiría presionándola. Cualquier otra cosa que ella dijera serían palabras que se llevaría el viento.



Metió de nuevo la mano en el cajón y sacó un tubo de lubricante. Y, bendito fuera Jack, encontró también un vibrador doble nuevecito, todavía en su caja. Perfecto para lo que él necesitaba.

Lo cogió y se levantó.

—Ahora vuelvo.

Se dirigió a la cocina, donde desenvolvió el juguete, lo lavó y le puso las pilas, que también había encontrado en el cajón. De regreso a la mesa, se sentó en ella y colocó a Kata sobre su regazo sin soltarle las esposas y comenzó a lubricar el juguete y los dedos.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Había un atisbo de miedo en su voz.

—Tú estás bien, así que quiero que pruebes unas... experiencias nuevas. —Movi6 un dedo en la hendidura entre las nalgas y presion6 en busca del pequeño frunce que 6l sabía que nadie más había tocado.

—¡Para!

—¿Te duele? —Hunter sabía que no le estaba haciendo daño, apenas ejercía presión con el dedo.

—N-no... pero...

—Entonces no hables a menos que te pregunte o que desees usar la palabra segura. ¿Entendido? Si lo haces así, no te tocaré más. Tú eliges.

Kata se mantuvo en silencio durante tanto tiempo que Hunter llegó a pensar que tendría que llevar a cabo su amenaza.

—Sí, Señor —susurró ella finalmente. Hunter sintió un profundo alivio.

Lentamente, presionó el dedo en el interior de la apretada entrada. Ella se opuso con fuerza, pero con un pequeño impulso, traspasó el anillo de músculos y penetró. Ella contuvo la respiración. Cuando intentó mirarle por encima del hombro, Hunter le puso la mano libre entre los omóplatos, inclinándola sobre la mesa. Ella tenía que confiar en su unión, no en sus sentidos. Kata se resistió durante un momento, luego se rindió.

Sacó el dedo y lo deslizó por el estrecho anillo otra vez, esparciendo más lubricante, luego presionó con dos. Ella tensó las nalgas y 6l le acarició la cadera con ternura.

—Relájate.

—No es muy agradable. —Pero se aflojó lentamente.

Sí, para 6l tampoco lo era. Kata era ardiente como el infierno, le quemaba los dedos. La presión era abrasadora y apremiante... Santo Dios, cuando introdujera allí la polla no sólo sería increíble, eran muchas las mujeres que decían que ser penetradas analmente por un hombre era uno de los actos más sumisos posibles. Sin duda alguna, sería una experiencia íntima y dominante también para 6l... Justo lo que deseaba con Kata.

Separó los dedos en su interior.

—Cielo, esto es para que te resulte más fácil tomarme llegado el momento.

Hunter siguió moviendo los dedos en el estrecho conducto, de un lado a otro, dentro y fuera, masajeándola y tentándola cada vez que la veía apretar los puños. No tardó mucho en arrancarle un trémulo suspiro y en ver cómo se aferraba a los bordes de la mesa con todos los músculos de los hombros y los brazos en tensión. Tenía la respiración entrecortada y la piel ruborizada. De su sexo manaban cada vez más fluidos. Estaba condenadamente excitada.



—¿Necesitas correrte, cielo? Por ahora no tienes permiso.

Sabía que la estaba volviendo loca.

Entonces retiró los dedos y cogió el vibrador para colocar el estimulador anal contra su entrada.

—Impúlsate hacia mí.

—¿Qué estás...? ¡Oh!

Hunter presionó el flexible juguete hasta que traspasó el apretado anillo. Ella siseó al notar que el vibrador comenzaba a resultar más ancho. Él se detuvo. No quería hacerle daño, sino que disfrutara de cada centímetro.

—Oh... ¡Dios mío! —Kata se quedó sin aliento—. Yo... me quema... —jadeó, y él esperó pacientemente a que las sensaciones fueran aminorando en intensidad y ella aceptara el juguete en su interior.

—No tienes permiso para hablar. —Continuó insertando el vibrador muy lentamente.

—Pero Hunter...

La acalló dándole un azote en el muslo.

—¿Cómo tienes que dirigirte a mí?

—Señor, lo sé, pero...

—Di la palabra segura o cierra la boca. —Sabía que ella aprendería tarde o temprano.

En silencio, introdujo el juguete completamente en su culo, dejando la base a ras de las nalgas. Santo Dios, era una imagen preciosa; su trasero, todavía sonrojado por la zurra; la apretada entrada virgen, estirada por completo; la terca sumisión, casi lista para aceptarle.

Encerró en la palma de la mano la corona de la erección y comenzó a friccionarla suavemente.

—Kata, gira la cabeza. Mírame. Así, buena chica. Ahora quiero que seas sincera conmigo. ¿Estás bien?

—Me quema.

—Lo sé. —Pero él notaba por la manera en que hablaba que se callaba algo—. ¿Y?

Kata contoneó el trasero, moviendo el vibrador en su interior. La vio mordisquearse el labio inferior.

—Me duele.

Así que le gustaba la penetración anal. Algunas mujeres no soportaban la sensación. Personalmente, le encantaba el poder y la intimidad de tomar a una mujer por ese conducto prohibido. Era un alivio que a Kata también le gustara.

—Pronto nos encargaremos de eso. —La sujetó por los muslos para que no pudiera escabullirse—. Antes, hablaremos.

Una fina capa de sudor cubría todo el cuerpo de Kata. Su piel brillaba cuando le miró con una expresión suplicante.

—Pero...

—Me haces daño, Kata. No me puedes arrojar a la cara algo como un divorcio sin haber hablado antes conmigo, ni haber intentado resolverlo.

—No sabía lo de tu madre. —Hunter observó que ella apretaba los dientes ante el incremento del placer—. Esos documentos me los dio mi hermana, que es abogada.



Saber que no fue ella quien pensó en el divorcio era todo un con j suelo. Un hecho que le llenó de esperanza.

—¿Y?

—No estaba segura de si firmarlos o no. Y cuando me abrumaste por completo...

—¿Crees que ésa es una buena razón para destruir lo que tenemos? —Dios, ¿le temblaba la voz? Frunció el ceño—. Jamás te castigaré por los sentimientos que tengas. Son auténticos y sinceros. Sin embargo, lo haré por no hablar conmigo. Hagamos lo que hagamos en el dormitorio, el matrimonio es una sociedad. Y esa decisión la tomaste sola.

Kata no dijo nada por el momento. Luego le miró a los ojos.

—Eres un cavernícola y no me quieres escuchar. Puede que seas el hombre perfecto para alguna sumisa...

—Soy el hombre perfecto para ti. Si necesitas hablar conmigo de algo que sientas o de algo que hayamos hecho, estoy dispuesto a ello. Quiero que te comuniques conmigo, no el divorcio. Te amo. Tú también sientes algo por mí. Y eso te asusta, así que intentas huir. Pero las cosas no funcionan así. Somos una pareja y resolveremos las cosas. —Vaciló—. Tienes un castigo pendiente.

Ella se quedó boquiabierta.

—Oye, tú estás decidiendo por tu cuenta que debes castigarme. Eso no es una decisión consensuada.

—Ahí es donde entra nuestra relación como Amo y sumisa. Para que sea un éxito, tienes que comunicarte conmigo. Desde luego, eso aún no lo has hecho, y es mi trabajo ayudarte.

—Chorradas.

—¿Estás usando tu palabra segura?

—Ya estamos otra vez con eso. Eres un capullo.

El la miró con una ceja arqueada.

—Me parece que no. Quieta.

—Pero el vibrador...

—Está donde debe estar.

Lentamente, Hunter hizo girar el juguete hasta alinear el estimulador para el punto G con la anegada entrada de su sexo. Cuando ella contuvo el aliento, él sonrió y se lo insertó. Genial, ahora era perfecto. Entonces ajustó el interruptor al mínimo y deslizó la otra mano entre sus piernas, hasta alcanzar el clítoris.

—¡Oh, Dios mío! —gritó ella. Más fluidos brotaron encima de su palma. Ella gimió otra vez cuando Hunter rodeó con el dedo el necesitado botón. Kata se restregó contra la mano en busca de alivio. Pero él se retiró e incrementó la vibración.

Kata se estremeció de los pies a la cabeza. Cuando él tocó de nuevo el clítoris deslizó a la vez la otra mano sobre sus nalgas, de un hermoso color rosado por la zurra anterior. Ella giró frenéticamente las caderas en busca de un alivio que no parecía que fuera a encontrar en breve.

Hunter incrementó todavía más la vibración. Ella apretó los puños y gimoteó, retorciéndose. Tenía el clítoris hinchado, duro como una piedra. Estaba tan cerca de alcanzar el éxtasis que él contenía el aliento con ella.

—¡Es demasiado! Maldita sea. Por favor...

—¿Por favor qué? ¿Quieres correrte?



El cuerpo de Kata corcoveó otra vez en su regazo cuando ella buscó alivio inútilmente. Se correría cuando él decidiera, y no porque ella se había contoneado para ello. De ninguna manera recompensaría su comportamiento de los últimos días.

—Sabes que sí —sollozó—. Tócame. Fóllame. Haz que me corra.

Le acarició de nuevo el trasero con toda la paciencia del mundo.

—Cielo, ¿estás ordenando o suplicando?

—Suplicando... —Kata clavó las uñas en el cuero acolchado mientras continuaba retorciéndose—. Te prometo que no volveré a sentarme en el regazo de Ben. No me escaparé de tu protección. Por favor.

—¿En el futuro hablarás conmigo de lo que sientes en vez de sorprenderme con cosas tan ofensivas como una demanda de divorcio?

—Te lo juro...

Kata era muchas cosas; impetuosa y terca; vulnerable y sexy a más no poder. Sí, poseía una lengua viperina; pero no era una mentirosa. Hunter sonrió.

—Buena chica. —Le acarició suavemente los negros mechones sedosos que se extendían sobre la espalda y continuó trazando la línea suave de la columna. Cuando le dio un ligero golpe en el trasero, Kata tembló. Entonces se deslizó de debajo de ella y se puso en pie.

—¿Hunter?

El no respondió. Se colocó detrás de ella y retiró cuidadosamente el juguete, ignorando la protesta de Kata, y lo dejó a un lado.

—Quiero que te arrodilles con el culo en pompa, cielo.

Kata vaciló, jadeando, con el cuerpo excitado impulsándola a obedecer la orden. Pero finalmente accedió, se puso de rodillas y alzó los deliciosos globos gemelos de su trasero rosado hacia él.

—Además de imaginar todas las maneras en que podría llevarte al orgasmo con mis manos y mi boca... —Dio un paso hacia la mesa y le sujetó las caderas con las manos—, también pensé en todas formas de conseguir que te corrieras usando mi polla, una y otra vez. Empezando por ésta.



CAPÍTULO 15

Hunter situó el resbaladizo glande ante la estrecha y anegada entrada y comenzó a introducir su miembro poco a poco. Cada célula de su cuerpo le instaba a tomarla con rápida dureza, pero se contuvo, determinado a que el clímax fuera más intenso que nunca. Sin embargo, notar la presión de su funda hinchada alrededor de su pene le hizo apretar los dientes. El deseo le transformó la sangre en lava ardiente.

Santo Dios, penetrar a Kata siempre era una experiencia extraordinaria. Le cautivaba como nada antes lo había hecho. Se perdía en su sedoso y estrecho canal hasta el punto de quedarse sin respiración. Aquella cercanía que compartían era... Había practicado sexo con muchas mujeres pero jamás se había entregado de esa manera. A partir de ahora, no disfrutaría de ninguna otra.

—Hunter... —gimió ella, suplicando; indagando.

Escuchar su nombre en labios de Kata era lo único que necesitaba para correrse. Era lo que quería oír todos los días durante el resto de su vida. Quería unirse a ella de tal manera, formar algo tan indisoluble, que ella no pudiera volver a pensar en dejarle.

—Sí —graznó él—. Kata, ah... —Se enterró en ella por completo y dejó caer la cabeza hacia atrás, gimiendo—. Joder, eres asombrosa.

Ella respiró entrecortadamente.

—Ahh... Sé que no debería gustarme la manera en que me impones estas sensaciones.

«Memeces.»

—No puede haber nada mejor que estar profundamente sumergido en tu cuerpo.

—Sí —sollozó.

Decidido a llevarla hasta el límite, se retiró casi por completo y se hundió hasta el fondo. Fue como bañarse en miel, era una sensación lenta y dulce; su pasaje ciñéndole por completo. Pensó que se volvería loco.

Se clavó en ella hasta que chocó con su cérvix. Kata arañó de nuevo la mesa acolchada y bajó la cabeza, mostrando inconscientemente su sumisión. La imagen casi le hizo perder el control. Puede que su esposa no quisiera admitir su naturaleza, pero él la sentía, la saboreaba, la olía. La misma naturaleza que distorsionaba sus respuestas. Ella jamás sería realmente feliz con alguien que no pudiera ofrecerle la dominación que ansiaba con tanta intensidad. Y Hunter tenía intención de mantenerla muy contenta.

Dios, estaba tan mojada y apretada... El palpar de los músculos internos de Kata le cautivaba y estaba cerca de alcanzar el orgasmo. Hunter apretó los dientes; tenía los pulmones a punto de explotar, la piel ardiendo... pero logró contenerse.

—No debería entregarme a ti de esta manera —jadeó ella.

«Más memeces.»

—Me muero por complacerte, cielo.

Le demostró sus últimas palabras recostándose sobre la piel húmeda de su espalda, apretándole el clítoris con la mano y embistiendo en su vagina.

Kata arqueó la garganta y gritó.

—¡Hunter!



—¿Quieres correrte ahora?

—Sí... ¡Sí!

—¿Hablarás conmigo antes de tomar cualquier decisión sobre nosotros?

—Lo haré —sollozó—. Por favor...

Le inundó una ardiente satisfacción al escucharla. Soltó las riendas y se dejó llevar por el deseo que había estado conteniendo. Comenzó a embestir, empujándola hacia delante con cada envite. Kata gimió y clavó las uñas en la mesa. Hunter se perdió en la intensidad con que le ceñía.

Kata gimió en éxtasis, los mechones de pelo oscuro le cubrían los hombros con la sedosa suavidad del pelaje de una marta cibelina. Santo Dios, todo en ella era sexy. La penetró una vez más, dándole todo el placer que podía, abandonándose a un ritmo que les llevaba cada vez más alto. Notó cómo palpitaba en torno a su miembro, cómo respiraba hondo varias veces antes de exhalar un grito agudo.

El sudor cubría la espalda de Hunter, le empapaba el pelo y se deslizaba por sus sienes, y todavía continuó penetrándola, determinado a entregarse a ella con una devoción total y un goce absoluto. Quería que en esa ocasión todo fuera distinto a lo que ella hubiera experimentado; que nunca lo olvidara. Porque dentro de tres días, él tendría que irse. Tenía que asegurarse de que no pedía el divorcio en su ausencia. Perderla sería su muerte.

Apretó su cuerpo contra el de ella con más fuerza, entregándose al lujo de sentirla bajo sus manos mientras seguía taladrándola con dureza. Le pobló de besos el hombro, apartando el pelo bruscamente para poder desrizarle los labios por el cuello y aspirar el olor almizclado de su piel, con un toque a sudor femenino y excitación, regado con algo que siempre le recordaría a Kata. El olor y la sensación que provocaba su mujer lo conducían inexorablemente hacia el borde.

—¡Hunter! —Le constriñó la polla con fuerza, casi a punto de estallar. En respuesta, el placer se deslizó por su espalda y le hizo hervir la sangre. Se le tensaron los testículos. Maldición, no aguantaría mucho más.

Le apretó la palma de la mano contra el clítoris.

—¡Ahora! Córrete, cielo.

Ella lo hizo, gritando con fuerza al alcanzar el clímax. Lo succionó con su sexo con tanta fuerza que él no pudo moverse durante un largo rato. «¡Joder!» Las paredes vaginales le tenían apesado, le estrechaban, le acariciaban. ¿Había sentido alguna vez algo tan bueno? El placer se deslizó por su espalda, afilado como una cuchilla... Le atravesó de arriba abajo. Entonces mordió suavemente el hombro de Kata y se vació en ella, derramando en su interior todo lo que tenía: su semilla, su necesidad, su alma...

Kata lo era todo para él. La sumisa que siempre había buscado, la esposa audaz e inteligente que siempre le desafiaría. Tenía que arreglárselas de alguna manera para detener a un asesino, asegurarse de que Ben era agua pasada y convencer a Kata de que sentía lo mismo que él. Y apenas tenía unos días.

Kata se esforzó en recuperar el aliento. Hunter tenía las piernas enredadas en las de ella y la rodeaba con los brazos. Notaba su respiración jadeante en el hombro. Santo Dios, él la envolvía por completo, le hacía sentir todo.



Se estremeció. Las compuertas que contenían su miedo se habían abierto para derramar la realidad de su sumisión que, añadida al cansancio, amenazaban con ahogarle. Pero esposada a la mesa y cautiva del musculoso cuerpo de Hunter, Kata no podía moverse.

La envolvió una creciente oleada de angustia. Tragó saliva intentando contener el sentimiento, pero se le formó en el pecho un sollozo gigante, todavía más intenso que la liberación que siguió a la zurra. Se atragantó, incapaz de dominarse. Las lágrimas surgieron incontrolables mientras los brazos y las piernas se volvían de gelatina.

Sabía que Hunter quería que ella descubriera todas sus emociones. Que él le había mostrado las suyas. Jamás olvidaría la expresión furiosa y vulnerable que había mostrado cuándo le habló de su madre, cómo describió su impotencia cuando su padre accedió al divorcio. Aquello era una herida que se había enconado en su corazón.

La manera en que él había dominado su cuerpo por completo probaba que no tenía intención de dejarla marchar. La cruel capitulación a la que la había sometido era su manera de contraatacar. Hunter haría cualquier cosa para retenerla. La consumiría durante el proceso. Y ella se temía que, a la larga, acabara por resultar fatal.

Se estremeció. Maldición, ya le había dado mucho más que a cualquier otro hombre, más de lo que jamás había imaginado que pudiera dar. Pero él no descansaría hasta que la poseyera por completo, hasta que obtuviera su alma.

Debía poner alguna distancia entre ellos. Cada vez que Hunter la tocaba, la devastaba un poco más. Después de cada encuentro, ella siempre pensaba que él no podía dejarla más expuesta y vulnerable. Y siempre se equivocaba.

¿Qué consecuencias tendría en su psique pasar tres días más con él? ¿Cuáles pasar toda su vida? ¿Cuánto tiempo resistiría antes de convertirse en un felpudo? Él la empujaba, la presionaba y le exigía todo. Entonces, cuando ella estaba indefensa, mostraba una feroz ternura que llenaba todos los recovecos de su alma. Con respecto a Hunter, ella era débil, se mostraba ridículamente ansiosa por someterse. Y, a pesar de ello, él había arraigado tan firmemente en su ser, que la asustaba muchísimo. Se temía que jamás podría arrancarlo de su corazón.

Quiso acurrucarse hasta formar una pelota, pero no podía porque estaba esposada a la mesa. Más sollozos incontrolables, imparable y dolorosos agitaron su pecho. Hunter la observaba con aquellos ojos a los que no se les escapaba nada, mimándola con sus tranquilizadoras caricias. Ella no podría darse por completo de esa manera día tras día, año tras año, durante toda la vida. Hunter no comprendía lo que significaba sentirse diseccionada una y otra vez. Él no sabía que ese sometimiento la llevaba a cuestionarse a sí misma... Ni que se quedaba totalmente vacía cuando se entregaba a él.

Pero después de disfrutar del sexo más sensacional de su vida, Kata no tenía manera de reservarse nada.

—Kata, cielo —le susurró al oído.

Ella se intentó alejar y negó con la cabeza.

—¿Ha sido demasiado intenso?

Con él, sí. Siempre lo era.

—No lo hagas —logró decir entre sollozos—. Deja de hacerme esto.

—Shh... —Le pasó la mano por la espalda de arriba abajo para tranquilizarla.



Luego Hunter se estiró hasta la anilla en una de las esquinas de la mesita y abrió las esposas con un rápido «clic». Repitió el mismo movimiento en el otro lado, liberándole las muñecas. Sin salir de su interior, Hunter se sentó en la *chaise* con ella encima del regazo mientras le frotaba los antebrazos y las muñecas, intentando calmarla con su ternura. Kata se negó a mirarle por encima del hombro, pero sentía su mirada clavada en el pelo y no podía evadirse de la sensación que producía su rígido miembro en el interior de su sensible vagina.

No podía entregarse a él otra vez, no podía abrirle su corazón. Santo Dios, ya no le quedaba nada que ofrecer.

Hizo acopio de todas sus fuerzas y se puso en pie, haciendo que el miembro saliera de su sexo. Notó las piernas de goma y se dejó caer al lado de Hunter en la *chaise*.

El suspiró y la alzó para sentarla en su regazo.

—Para, Kata. Deja que yo me ocupe de ti.

La llevó de vuelta al dormitorio. Ella se tensó al sentir la placentera caricia de su piel. Había una parte de ella que quería que él se fuera... Pero pensar en no volver a estar con Hunter hacía que se viera invadida por el pánico.

Una píldora amarga de tragar. Sollozó con más fuerza.

Él la besó en la coronilla y se acomodó en la cama, poniéndola sobre sus piernas.

—Déjame sola un minuto —le rogó. Odió el tono suplicante de su voz, sabía que él también se había entregado por completo. Sin embargo, a la chica asustada que vivía en su interior le horrorizaba acabar convirtiéndose en alguien como su madre.

Hunter vaciló, luego se deslizó por la cama, alejándose.

—Vengo ahora mismo.

Pasaron unos preciosos minutos, pero Kata no podía centrar los pensamientos ni tranquilizarse. Unos momentos después, él regresó, volvió a sentarse contra el cabecero de la cama y la colocó en su regazo antes de coger la bandeja que había dejado en la mesilla de noche.

—Abre la boca —le ordenó, colocando una galleta de canela delante de sus labios.

Ella negó con la cabeza. El dulce no solucionaría sus problemas. Hunter frunció el ceño.

—Hace horas que no comes nada. Venga, tómala. No discutas.

¿Aquel hombre no sabía aceptar una negativa?

—No me hacen falta todas esas calorías.

—Las necesitarás cuando haya acabado contigo. Abre la boca.

Exasperada, Kata la abrió y mordió la galleta, y casi gimió al notar la textura esponjosa y dulce en la lengua. Alargó los dedos para cogerla y comérsela entera. El retiró la mano.

—No, cielo. Yo te la daré.

¿Quería que comiera de su mano? Kata levantó la mirada hacia los ojos azules, llena de dudas. Sí, eso era lo que quería. Tenía intención de alimentarla él. La idea la excitó y molestó a la vez. Era un gesto demasiado íntimo. Y se temía que incrementara su dependencia de él.

Incluso con esos pensamientos atravesando su mente a toda velocidad, Kata se sentía extrañamente feliz al estar tan cerca, tan unida a él. No podía decir que no. Hunter la animó a comer hasta que no dejó ni las migas, luego le ofreció uvas y un plátano, al que también él dio algunos mordiscos.



Mientras, con la mano libre, él le acariciaba la espalda con suavidad, la besaba dulcemente en el hombro y el cuello. Por fin, Kata se relajó y su inquietud decreció empujada por el cansancio.

Entonces, Hunter le puso un dedo bajo la barbilla y le cubrió la boca con la suya.

—Eres increíble. Cuando estoy contigo, me siento el hombre más afortunado del mundo.

Y ella se sentía como se debían de haber sentido los troyanos cuando les regalaron el famoso caballo; le parecía haber sucumbido a una bestia atractiva y aparentemente inofensiva, sólo para darse cuenta al final de que la habían sometido a un asedio en toda regla, en el que él sólo aceptaría la rendición total.

Hunter presionó los labios con más intensidad. Al principio, Kata se puso rígida, pero él la besó de una manera lenta y embaucadora hasta conseguir que su cuerpo se licuara. Hasta que ella se combó contra él. Entonces la cogió de la mano y la llevó a la ducha.

Tras instarla a colocarse debajo del grifo de agua caliente, Hunter no permitió que se lavara. Lo hizo él mismo en medio de un reverente silencio. Con el corazón desbocado y los ojos por fin secos, aunque irritados, Kata observó cómo él le besaba los hombros, le lavaba los pechos, le enjabonaba las nalgas.

—Sé que esto ha sido muy intenso para ti. Te he presionado mucho, pero estoy orgulloso de la manera en que has aceptado todo lo que di. ¿Ves?, todavía estás aquí conmigo y sigues siendo la misma.

Ella no se sentía la misma. Le zumbaba todo el cuerpo y tenía la mente en blanco. Las emociones se arremolinaban en un torbellino gigante que la aterraba, pero decirselo a Hunter sólo iniciaría una discusión y ella estaba demasiado cansada para ganar. Así que se limitó a quedarse quieta y erguida mientras él le enjabonaba el pelo, mientras se arrodillaba para lavarle los pies, las pantorrillas, los muslos, el sexo.

Hunter se demoró más tiempo allí, jugando y tanteando con los dedos hasta que Kata tuvo que apoyarse en la pared para no caerse. Se mordió los labios al sentir la escalada de placer, pero nada podía detener el deseo —ni a Hunter—, a pesar de saber que, si se corría otra vez, no quedaría ninguna parte de su alma que él no hubiera reclamado.

Como si lo hubiera intuido, él se arrodilló ante ella y le obligó a poner el pie en la repisa de la ducha, consiguiendo que sus pliegues quedaran expuestos para él.

—Hunter —gimió ella—. Por favor...

—No permitiré que te alejes de mí. Eres tan dulce, estás tan mojada. Te necesito.

Kata no tuvo oportunidad de decir una palabra más. El aplicó sus labios sobre la carne sensible y provocó su deseo hasta que el miedo quedó relegado a un segundo plano, hasta que ella supo que sólo la sensación de la lengua de Hunter reclamando su pasión la llevaría al éxtasis, hasta que lo único que deseó fue el orgasmo que él mantenía alejado de su alcance.

Hunter se deslizó entre sus pliegues empapados, destrozando sus defensas. Kata no pudo impedirlo; sus manos se movieron con vida propia y le acariciaron el cuero cabelludo antes de aferrarle por los cortos cabellos para que no se apartara. Pero no era necesario que le retuviera. Aquella experimentada boca tenía intención de llevarla cada vez más alto, de hacerla sentir cada vez más ardiente, hasta que entregara su alma a cambio de la liberación.

—¡Sí! —sollozó ella—. ¡Síiiii!

—Quiero oír tus gritos, cielo. Córrrete.



Como si aquellas palabras fueran algún catalizador misterioso, el clímax la alcanzó y la hizo explotar en mil pedazos. Se sujetó a él y le clavó las uñas en los hombros, mientras su grito ensordecedor resonaba entre las paredes del cuarto de baño. Y él siguió bebiendo de ella, extrayendo hasta el último retazo de placer y alargando el orgasmo.

Luego, Hunter se sentó con ella en brazos en la repisa y terminó de lavarla y enjuagarla con rapidez. La ayudó a salir de la cabina y la secó como si fuera una niña, pasándole suavemente el peine por el pelo mojado.

Kata le observó y contempló su propia imagen en el espejo empañado. A pesar de su enorme tamaño, Hunter se mostraba capaz y contenido al ocuparse de ella. Se le veía completamente seguro de sí mismo, en paz. Sin embargo ella parecía una refugiada de guerra; una de esas mujeres que habían sobrevivido a pesar de haber visto demasiado.

Cuando terminó, Hunter la llevó a la cama y miró la pantalla del móvil.

—Nos quedan cinco horas antes de que le den el alta a tu madre. Pareces exhausta.

Ella asintió con la cabeza. Dormir. Podía librarse de esa abrumadora sensación de cansancio durmiendo un poco. Se acurrucó en la cama y se hizo un ovillo en un extremo, subiendo la sábana hasta debajo de la barbilla.

Pero él la cogió del brazo suavemente y la hizo rodar contra su cuerpo. Sin advertirle primero, Hunter deslizó el muslo entre los suyos, y se colocó sobre ella. Luego sumergió la acerada longitud de su miembro en su interior, introduciéndose hasta la empuñadura con un único movimiento.

Sin tregua, el cuerpo de Kata palpité de necesidad.

—¿Otra vez? —jadeó ella.

A la vez que preguntaba, separó más los muslos y le rodeó con los brazos, estrechándole más cerca. El se sumergió profundamente con rapidez, sometiéndola con su poderosa dominación; aquella que la mente de Kata ya no podía combatir. Un increíble placer creció en su vientre.

—Sí, otra vez. Y otra. Siempre te daré más de lo que crees que puedes tomar. Y no tengo ninguna duda de que tú siempre me excitarás con tu rendición y tu fuerza.

Se quedó conmocionada. Antes de que pudiera pensar qué decirle o cómo impedir que la diezmara todavía más, Hunter procedió a empujar en ella con profundas y destructivas embestidas.

Desde el primer envite, Kata comenzó a gemir sin poder evitarlo. No eran gemidos de mero placer, de los que se emitiría en una relación sexual cualquiera, eran súplicas feroces, acentuadas por la manera en que le clavaba las uñas en la espalda y se arqueaba salvajemente hacia él.

Hunter le sujetó las caderas, controlando sus movimientos y obligándola a aceptar la tortura que suponían sus lentas penetraciones. Cada centímetro de su miembro taladró la carne hinchada y sensible, entrando repetidamente en ella; cada empuje terminaba más profundamente sumergido en su interior. Ella se retorció, sin aliento, y se aferró a él con todas sus fuerzas.

—Ah, así. Perfecto, cielo. ¿Te gusta?

Claro que le gustaba y él, maldito fuera, lo sabía.

El se retiró y volvió a arremeter, rozando aquel lugar en su vagina que excitaba todas sus terminaciones nerviosas.

—Te he hecho una pregunta.



Cuando él se apartaba, Kata contraía los músculos internos, intentando retenerle profundamente insertado en su interior, la intimidad del acto era más extraordinaria que nunca. La despojaba de las últimas defensas que le quedaban.

Apretó los labios y cerró los ojos en un fútil intento por dejarle fuera. Si no lo hacía así, diría o haría cualquier cosa que Hunter quisiera.

—Quiero hacer el amor contigo, Kata. Quiero que sea de una manera tierna y lenta. Pero si sigues intentando alejarme, no dudaré en castigarte otra vez.

«Castigo. Zurra. Tortura sensual.» Hunter la llevaría hasta el límite de la cordura, luego la empujaría a un negro abismo de placer tan abrumador que el refugio que le ofrecerían sus brazos sería la única posibilidad de sobrevivir. Pero sus caricias tenían un precio: su alma. El se estaba convirtiendo en una adicción, y ella no sabía cómo liberarse de algo que ansiaba con tanta desesperación. Ni lo que haría cuando ya no pudiera enfrentarse a él.

—Me gusta mucho —admitió.

Él le acarició la cara.

—Abre los ojos.

Lo hizo a regañadientes, sabiendo que él desnudaría de nuevo su alma. Cuando sus miradas conectaron, él volvió a introducirse profundamente, fricciónándose contra aquel lugar sensible.

A ella le resultó imposible contener el gemido de necesidad.

—Eres única. Tu coño palpita de una manera increíble a mi alrededor y en tu mirada sólo veo súplica. Espero con ansiedad la oportunidad de traspasar los límites, de intensificar nuestra unión.

Con lentos y metódicos empujes, Hunter continuó machacando aquel lugar que tanto placer le daba, con ese ritmo lento que la hizo comenzar a arder. Gimoteó y se aferró a él con la respiración jadeante. Santo Dios, estaba tan cerca.

—Córrete, cielo. No te contengas.

Aquel susurro en su oído la hizo vibrar del placer. La cautivó e hizo que un oscuro latido creciera entre sus piernas. Violentos estremecimientos agitaron su cuerpo y explotó sin retener nada. Un rugido gutural resonó en sus oídos y se dio cuenta de que era ella quien lo había emitido. Hunter la poseyó sin parar y el placer de Kata creció todavía más, haciendo que se convulsionara. Gritó otra vez. Un instante después, él se derramó en su interior con un aullido posesivo.

Hunter buscó su mirada mientras jadeaban sincronizados y apoyó la frente en la de ella. Seguía sepultado en lo más profundo de su cuerpo, como si se hubiera convertido en parte de ella. Kata jamás se había sentido tan cerca de otro ser humano y aquello la asustaba de una manera increíble.

—Te amo —susurró Hunter, besándole la punta de nariz antes de retirar su miembro suavemente.

Kata cerró los ojos. Unos minutos después, sintió un paño húmedo entre las piernas. El la limpió con ternura. Se sintió muy cansada mientras observaba cómo él la cuidaba íntimamente. Aquello, como él, era demasiado apabullante.

Cuando él se tumbó a su lado y se curvó contra su espalda, Kata supo que debía luchar para no darle cada parte de sí misma.

Pero una vocecita en su cabeza le susurró que ya era demasiado tarde.



Tras dormir unas horas, Kata y Hunter regresaron al hospital. El médico estaba atendiendo una urgencia y aún no había firmado los papeles del alta de Carlotta. Kata esperó con impaciencia, estremeciéndose cada vez que miraba a su madre perdida entre las sábanas. A pesar de la palidez, se la veía un poco mejor, aunque todavía estaba muy débil.

Finalmente, Hunter habló con la enfermera y movió algunos hilos hasta que arregló los papeles. En este instante, Kata bajó la mirada y observó cómo la tomaba de la mano. Incluso ahora, no sabía si debía agarrarse a él o rechazarle.

Casi había anochecido cuando aparcaron delante de la casa de Gordon y su madre. Las luces del interior no estaban encendidas y sólo se veía el reflejo cambiante de la televisión a través de la ventana delantera. Parecía que su padrastro estaba en casa, «¡qué bien!»

Lo único que quería era acurrucarse en un rincón y dormir un mes seguido, pero tenía que mantenerse despierta por su madre.

—¿Qué tal te encuentras, mamá? —preguntó Kata, girándose en el asiento.

Recostada en el asiento trasero del Jeep, Carlotta sonrió. Tenía mala cara y la sonrisa era forzada.

—Te preocupas demasiado por mí, hija. El médico ha dicho que me pondré bien. Sólo tengo que seguir el tratamiento.

Pero los médicos habían prescrito mucho descanso y Kata sabía que no lo conseguiría al lado de Gordon.

—Por favor, quédate en casa de Mari unos días. Permite que te cuide. Estoy segura de que estará encantada.

—Ya lo hemos hablado. Tiene mucho trabajo con Carlos y los niños. No voy a darle más. Además, mi casa es ésta. Gordon estará esperándome.

Maldición, ¿no se daba cuenta de que no era más que un bastardo manipulador?

—Mamá, necesitas que alguien se ocupe de ti.

—Estaré bien, de veras.

Por el rabillo del ojo vio que Hunter fruncía el ceño. Él no sabía por qué ella estaba intentado que su madre no regresara a casa. Sí, le había hablado de Gordon, pero... Quizá se diera cuenta del alcance de la situación cuando viera a aquel bastardo en acción. Después de la manera cómo la había alimentado con su propia mano y la había bañado, no creía que Gordon le cayera bien.

Debería alegrarse de que Hunter viera por fin al tipo de mujer en que ella temía convertirse y por qué. Quizá sirviera para que él le diera el tiempo y el espacio que necesitaba. Pero su mayor preocupación en ese momento era que Hunter no se enfrentara a golpes a Gordon.

—¿Preparada? —preguntó a su madre mientras Hunter detenía el Jeep y se bajaba de un salto.

Cuando Carlotta asintió con la cabeza, Kata abrió la puerta y recogió el equipaje. Vio que su madre intentaba ponerse en pie. Pero Hunter no iba a permitirlo, le observó inclinarse y coger en brazos a su madre como si no pesara nada.

—Señor Edgington, soy perfectamente capaz de caminar hasta la puerta. No tiene que molestarse así.

—Llámeme Hunter, y no es molestia, señora.

Hunter la miró y, a pesar de la tensión que había entre ellos, Kata no pudo evitar sonreír.



—No ganarás nada discutiendo con él, mamá. Créeme.

Los tres se acercaron a la puerta principal. Kata sacó sus llaves, segura de que Gordon sólo se cabrearía —y la tomaría después con su madre— si le hacían levantarse del sofá para abrir la puerta. Era un capullo egoísta que sólo pensaba en su bienestar. Su madre era conveniente para él, igual que la maquinilla de afeitar o el móvil. Y se comportaba así porque Carlotta no era capaz de hacerle frente.

Kata se preguntó si, tras pasar meses o años sometida a aquella intensa relación con Hunter, también perdería las ganas de enfrentarse a nada.

Abrió la puerta y Hunter la siguió al interior con su madre en brazos. Estaba un poco pálida y temía dejarla allí. ¿Y si Carlotta no acaba de mejorar porque Gordon no la dejaba descansar? Hunter había contratado a una enfermera, lo que suponía un alivio, pero Kata deseaba poder quedarse ella misma a supervisar la recuperación de su madre.

Kata maldijo para sus adentros a quien estaba tratando de matarla. Aquel bastardo la había empujado a los brazos de Hunter y ahora no le dejaba hacer lo que le dictaban el amor filial y el deber. Y eso le irritaba profundamente.

—¿Dónde está el dormitorio, señora? —preguntó Hunter.

—Tienes que cruzar la salita, al final del pasillo.

—Gracias. —Hunter asintió con la cabeza y se dirigió hacia allí—. La enfermera se llama Becka. Llegará dentro de una hora aproximadamente. Se ocupará de comprar las medicinas. Nos quedaremos con usted hasta entonces.

—Es muy amable por vuestra parte. No me lo habéis contado ¿cómo os conocisteis?

A Kata se le aceleró el corazón. Le había pedido a Hunter que no mencionara que se habían casado, no era el mejor momento para alterar a su madre. Y, la verdad, ¿para qué molestarse cuando ni siquiera ella estaba segura de que siguieran estándolo después del domingo?

—¿Eres tú, Carlotta? —gritó Gordon por encima del volumen del televisor, con los pies apoyados en el brazo del sofá.

Kata vio de reojo que aquella comadreja estaba tumbada en el sillón en camiseta y boxers. Tenía el pelo canoso despeinado y sus ojos azules mostraban tan poca expresión como el resto de su cara.

—Sí, querido. —La voz de su madre fue entrecortada. ¿Se debía a que estaba cansada y sin aliento o a que le producía ansiedad ver a aquel bastardo?

—Llegas tarde —gruñó Gordon.

Aquel hombre se las arreglaba como nadie para sacarla de quicio.

—No es culpa suya. Tuvimos que esperar a que le dieran el alta. De lo que ya estarías enterado si te hubieras molestado en ir a recoger a tu mujer.

—Kata... hija, no le digas eso —imploró su madre, mirándola por encima del protuberante bíceps de Hunter.

—Cállate, chica. Trabajo duramente para darle cobijo y comida a tu madre. Lo único que pido a cambio es un poco de paz y relax cuando vuelvo a casa. Ya me he ocupado de que alguien hiciera las labores domésticas mientras ella estaba ingresada. Así que ¡déjame en paz!

Cuando Hunter entró en la línea de visión de Gordon, éste se sentó en el sofá y le miró con el ceño fruncido.



—¿Quién coño es usted?

Kata debía callarse, lo sabía... pero no era capaz.

—Alguien que está dispuesto a ayudar a mamá, ya que tú eres demasiado perezoso y egocéntrico para acostarla.

—¿Acostarla? La tratas como a una inválida. —Gordon se levantó y arqueó las cejas con incredulidad—. Son casi las siete, quiero cenar.

—Señor Buckley, dado el estado de su mujer no es aconsejable que se levante de la cama por ninguna razón. Kata, dale las instrucciones del hospital.

Ella encogió los hombros y metió la mano en el bolso, luego le lanzó los papeles a su padrastro.

—Como puedes ver, ahí dice que debe guardar reposo absoluto durante la próxima semana. Hunter ha contratado a una enfermera para encargarse de ella y...

—No quiero desconocidos en casa. Carlotta no necesita cuidados especiales. —Miró a Hunter—. Deje a mi mujer en el suelo. Puede ir ella sola hasta la cocina.

—Su mujer va a acostarse. —La voz de Hunter tenía un tono acerado—. Usted es un hombre capaz, con dos brazos y dos piernas. Debería ser usted quien cocinara.

Kata miró a su marido de reojo. Parecía muy enfadado. Tuvo que contener una sonrisa.

—No voy a permitir que nadie me diga lo que tengo que hacer en mi casa —gruñó Gordon, luego la miró a ella y dijo en tono burlón—: Katalina, aquí no va a entrar ninguna enfermera. Te quedarás tú y te ocuparas de tu madre y de mí.

—No puedo. —No pensaba decirle a Gordon por qué. Si consideraba que la neumonía de su madre era un simple catarro, jamás se creería que alguien estaba tratando de matarla.

—¿No puedes? —Señaló a Hunter con el pulgar—. ¿Es que no puedes mantener juntas esas gordas piernas el tiempo suficiente para cuidar de tu madre?

—¡Gordon! —protestó Carlotta.

Kata notó que Hunter se tensaba y que lanzaba a Gordon una mirada asesina.

—No vuelva a hablar así a mi mujer. Por lo general no me molesto en avisar, pero dado que forma parte de la familia de Kata le haré una advertencia: muéstrele el respeto que merece o le daré una paliza tal, que acabará pidiendo clemencia. Y no piense que la tendré.

De repente, Gordon pareció encontrar su instinto de conservación y retrocedió.

Carlotta contuvo la respiración.

—¿Casados? ¿Os habéis casado, hija?

Kata cerró los ojos. Eso sí que era sentarse a hablar de cómo querían llevar su relación.

—Mamá, lo más importante es que descanses. Hablaremos después. Esto es demasiado agotador para ti.

Hunter se dirigió a la habitación por el largo pasillo y su madre se incorporó entre sus brazos, señalando la primera puerta de la izquierda; pero él entró en la que solía ser la habitación de Kata.

—Mi dormitorio es el otro —indicó su madre suavemente.

—Sí, señora. Pero creo que se encontrará más cómoda sola en una habitación. Y así no molestará a su marido.

—Sí, toso demasiado fuerte. —Le dio una palmada en el hombro—. ¿Así que se ha casado con mi Kata?



—Sí, señora. Y la amo.

Carlotta giró la cabeza y le dirigió a Kata una sonrisa.

—No sé cuándo y cómo ocurrió, pero quiero todos los detalles más tarde. Este hombre parece preocuparse mucho por ti, hija.

Sí, eso es justo lo que diría su madre.

—Mamá, tienes que descansar. Pronto te lo contaré todo. —«Es muy poco probable.»

Una vez dentro de lo que ahora era una habitación de invitados, Kata adelantó a Hunter y abrió la cama. Cuando las sábanas estuvieron colocadas y las almohadas mullidas, él depositó a Carlotta entre ellas y la arropó como si fuera una niña. Su madre recostó la cabeza con un suspiro, y se quedó dormida tan pronto su cabeza tocó la almohada.

Kata le dirigió a su marido una mirada de agradecimiento. Puede que derribara todas sus defensas emocionales sin piedad, pero había sido una verdadera ayuda con su madre. Incluso había puesto a Gordon en su lugar. En cuanto se fueran, su padrastro vejaría a su madre y se negaría a dejar entrar a la enfermera; eso era lo único que importaba en ese momento. Pero ver cómo Hunter golpeaba figuradamente a Gordon en donde más le dolía, había sido muy dulce.

—Debemos dejarla descansar —comentó Hunter—. Y quiero preguntarte algo.

La cogió de la mano y la hizo atravesar el pasillo hasta la habitación de enfrente. En el momento en que cerró la puerta, le vio apretar los dientes; resultaba evidente que su temperamento pendía de un hilo.

—¿Por qué tu madre sigue viviendo con un capullo integral como este tío?

Ella cerró los ojos. Hunter se daba cuenta de que su madre se había casado con un bastardo, pero además, la pregunta significaba que él no comprendía por qué Carlotta había dejado que la situación se le fuera de las manos. ¿Se habría percatado de que volverse tan dependiente como su madre era su mayor temor?

—Tanto mi hermana como yo hemos intentado que le deje. Créeme —suspiró—. Ahora que Gordon la ha despojado de su vida, ocuparse de él es su único objetivo. La ha dejado sin trabajo, sin amigos y sin independencia. Le ha arrebatado la autoestima. He intentado convencerla para que venga a vivir conmigo, pero no lo he conseguido.

—Es una mujer muy hermosa. Y lo suficientemente joven para comenzar de cero.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ella no lo ve así. Y cada vez que le saco este tema, me asegura que es feliz. Sé que miente. Teme ser una carga para mí. Además, Gordon la buscaría y la arrastraría hasta casa. No está dispuesto a quedarse sin su chacha personal, su cocinera y su esclava sexual.

—Entonces tenemos que llevarla a otro lugar.

Kata se mordió los labios. Hunter tenía razón.

—Volveré a llamar a Joaquín. Mari no podrá mantener alejado a Gordon, pero Joaquín sí. Bueno, Gordon jamás le encontrará. Pero tampoco estoy segura de que yo pueda localizarle.

Hunter negó con la cabeza.

—Si está realizando una misión encubierta, no lo lograrás. Si quieres perder de vista a este gilipollas, sé de un lugar donde la tratarán a cuerpo de rey. Gordon jamás la encontrará, así que no podrá traerla de vuelta. Ella misma decidirá cualquier otra cosa más permanente cuando se encuentre bien, pero al menos le podremos brindar la oportunidad de un nuevo comienzo.



—¿Adonde la llevarás?

—Déjame eso a mí.

Eso requeriría una buena dosis de confianza, pero Hunter se ganaba la vida protegiendo a la gente. No permitiría que le pasara nada a su madre.

—No sé si ella aceptará la ayuda de un desconocido.

—Yo me ocuparé de todo. Haz su maleta. Si el memo de tu padrastro va a explotarla hasta morir y se niega a cuidar de ella, no quiero que se quede aquí ni tres minutos más.

—¿Ahora mismo? —Kata se quedó sin respiración—. A Gordon le van a dar los siete males.

Hunter resopló.

—Que intente detenerme.

Kata vaciló.

—Puede que mi madre no quiera irse. La única vez que la convencí para que le dejara fue hace tres años; la ayudé a ahorrar dinero suficiente para comprarse un coche y un móvil de prepago. Hicimos las maletas y, cuando estaba a tres horas de la ciudad, lloraba demasiado para ver bien la carretera y tuvo un accidente. Se destrozó la pierna y el pie izquierdos. —Kata se había prometido no llorar, lo había jurado, pero unas lágrimas ardientes le inundaron los ojos irritados. Santo Dios, ¿cómo le quedaban lágrimas todavía?—. La operaron varias veces y le llevó meses recuperarse. Yo me ocupé de ella. Gordon se negó en redondo a hacerlo. Después de todo, jamás habría tenido el accidente si no hubiera intentado abandonarle. Mi madre cojea y él no hace más que repetirle que tiene suerte de que sea lo suficientemente bueno como para aceptar material deteriorado.

Hunter apretó los puños.

—No es persona ni es nada. No te preocupes por tu madre, la convenceré de que lo mejor para su recuperación es irse de aquí, por el bien de todos, incluido el de Gordon. Cuando esté mejor, no querrá regresar. Confía en mí.

Sabiendo lo tenaz que era Hunter, Kata sabía quién ganaría esa batalla. Se sintió esperanzada por su madre. Con Hunter apoyándola, Gordon no se saldría con la suya.

—¿Harías eso por mi madre?

—Y por ti. Haría cualquier cosa por ti, cielo. —La besó suavemente en los labios.

Al mirar los ojos azules de Hunter, supo que él estaba seguro de cada palabra que decía. Puede que le exigiera tanto que ella temiera entregarle su propia alma, pero sabía con todo su ser que ayudaría a su madre a comenzar una nueva vida. Si no hubiera sospechado ya que estaba muy cerca de enamorarse de Hunter, aquello hubiera conseguido que lo hiciera.



CAPÍTULO 16

Hunter conducía el Jeep por la carretera principal a través de la noche mientras la madre de Kata dormía en el asiento trasero. Después de que Kata hubiera hecho la maleta de Carlotta con rapidez y de tener que amenazar a Gordon con acabar con su vida si no se apartaba de su camino, había llamado a la enfermera para cancelar sus servicios, asegurándole a la madre de Kata que aquello sería lo más prudente hasta que estuviera recuperada. Luego consiguió las medicinas pertinentes y se pusieron en camino.

Vio que Kata clavaba los ojos en la oscuridad de la noche a través de la ventanilla con la mirada perdida, parecía agotada y desorientada.

Hunter contuvo una maldición. Ella había tenido un día muy duro y él no le había facilitado la labor. De hecho, se dio cuenta de que lo había jodido todo. Después de observar que Carlotta permitía que Gordon la tratara como si sus necesidades y deseos no fueran importantes, Hunter comprendió a la perfección los miedos de Kata. Antes sabía, a nivel teórico, que su padrastro era un controlador hijo de puta, pero no había caído en la cuenta de que lo era porque Carlotta se lo permitía... Y eso era lo que más temía Kata, acabar siendo como su madre.

La afilada y sexy vivacidad de Kata le había intrigado desde el principio. Añadido a su sumisión natural, ella le había atraído como ninguna otra mujer. Aunque había intentado explicárselo en repetidas ocasiones, al final él había dejado de pensar con la cabeza que tenía sobre los hombros. ¿No era una putada? La confianza de que todo iría sobre ruedas respecto a su relación después de hacer el amor con ella esa mañana, se había ido a pique al ver interactuar a Carlotta y a Gordon.

—¿Estás seguro de que a tu padre no le importará tener compañía? —preguntó su esposa en medio del oscuro silencio.

Hunter miró a Carlotta por el espejo retrovisor antes de volver la vista a la carretera.

—Ahora que está en casa tras la última misión, agradecerá la compañía, cielo.

De hecho, podría ser bueno para los dos. Como mínimo, el Coronel y Carlotta se harían amigos, y de eso nunca se tenían demasiados.

—Odio aprovecharme de él así. Estoy segura de que tiene mejores cosas que hacer de niñera de mi madre.

—El Coronel necesita relajarse y esto le servirá de entretenimiento. Tiene un montón de hombres dispuestos a hacer el trabajo duro y, sin embargo, sigue trotando por el mundo detrás de los criminales en busca de adrenalina. —Ya no le quedaba otra cosa desde que había permitido que su mujer le abandonara.

—Gracias. —Kata le miró finalmente, le cogió la mano y se la apretó—. Por todo... Por haber puesto a Gordon en su lugar. Eso es lo que más aprecio de todo.

Él deseaba haber hecho todavía más.

—Se lo merecía. Me hubiera gustado darle una paliza, pero es de esas comadreas que sólo llamaría a la policía. Y sospecho que un incidente de ese tipo contrariaría a tu madre.

—Mucho. Gracias por contenerme, imagino lo que te habrá costado. —Esbozó una sonrisa cansada.

Él deslizó el pulgar sobre la suave piel de la mano de Kata, perdido en sus pensamientos. Luego la miró con solemnidad.



—Espero que sepas que jamás te trataría como Gordon trata a tu madre.

Kata tragó y apartó la vista.

—Sé que nunca me humillarías a propósito ni querrías que me sintiera débil. Pero, al igual que Gordon, me quieres poseer. Y me temo que, al final, te lo permitiría.

Tal y como él había sospechado.

—Soy posesivo, cielo, no lo niego; pero jamás querría que estuvieras aislada del mundo ni que fueras infeliz. Si alguna vez tuvieras tan poco respeto por ti misma, pondría fin al matrimonio. Aunque sospecho que antes lo harías tú si llegáramos a esos extremos.

Kata parpadeó y apretó los labios, luchando contra las lágrimas.

—No lo entiendes. Tú no me das miedo. La que me doy miedo soy yo misma. A una parte de mí le encantaría entregarse a ti por completo, lo mismo que hizo mi madre. No voy a mentirte, me gusta ser el centro de tu atención. Me haces sentir especial, pero tu intensidad me aterra. Y después del sexo... me asusta pensar en todo lo que te he entregado. No podría vivir si pierdo el respeto por mí misma.

Kata sabía que él no era como Gordon, pero Hunter no sabía cómo demostrarle que ella tampoco era como su madre.

No disponía de mucho tiempo y el que tenía discurría con rapidez. A pesar de lo mucho que deseaba dominarla y hacerla suya por completo en todos los aspectos, Kata no estaba preparada. Y, sabiendo lo asustada que estaba, y con razón, se preguntó si alguna vez llegaría a estarlo.

Pero no podía darse por vencido.

—Lo que ocurre entre nosotros en la cama no tiene porque verse reflejado en el resto de nuestra vida. Yo me voy el domingo y estaré seis meses fuera. Me quedan ocho años en la Marina si quiero tener una jubilación. Lo cierto es que vas a ser tú quién esté al frente de todo mientras yo esté fuera. No podría ser así a menos que supiera que eres fuerte y capaz. Tú nunca permitirías que te apartara de tu trabajo, de tus amigos, que te quitara el coche, el móvil... la libertad. Y yo jamás te pediría que me entregaras nada de eso. Claro que me gustaría que tu trabajo fuera más seguro..., o que no vieras a Ben..., pero jamás te obligaría a hacer nada de eso.

—Sin embargo, yo noto este demente deseo de agradarte que nunca había sentido. Ahora mismo no quiero entregarme de la manera que describes, pero quién sabe si al final... —Se encogió de hombros.

Le dolió la vergüenza que rezumaba su voz. No quería que ella prescindiera de lo que necesitaba. Pero antes Kata tenía que saber lo que necesitaba. Tenía que ayudarla. Hunter se centró en conducir mientras su mente trabajaba a toda velocidad. El asunto requería mucha meditación. Quizá conocer más hechos le ayudaría a saber por dónde empezar.

—¿Por qué le pediste a Ben un trío por tu cumpleaños?

Kata parpadeó, parecía muy sorprendida por la pregunta.

—No fue así. Le conté en una ocasión que ésa era una de mis fantasías. Pero fue muchos meses antes de mi cumpleaños. Me dijo que intentaría hacerla realidad. Pero cuando tú entraste en escena y...

Hunter dio un respingo. Él había entrado en escena y dañado seriamente la situación.

—¿Por qué deseas hacer eso?

—Por... —Encogió los hombros y volvió a mirar por la ventana—. No es importante.



Pero algo le decía que sí lo era.

—Aún nos faltan un par de horas para llegar a casa de mi padre, y el medicamento que ha tomado tu madre para la tos le hará dormir todavía durante un buen rato. Si es importante para ti, también lo es para mí. Por favor...

—Dios, ¿has pedido algo «por favor»? ¡No me lo puedo creer! —bromeó ella antes de emitir un profundo suspiro—. Supongo que debería haberme imaginado que Ben no lo entendería, y pensaría que no era más que una fantasía estúpida...

—¿Qué es lo que no entendió Ben? Fue él quien organizó el trío. Lo sé de buena tinta.

—Y bien que le habría gustado.

Ella se retorció en el asiento.

—Es que en realidad yo no quiero participar en un trío. Mi fantasía era más bien que el hombre con el que estuviera... me entregara a otro. Que me exigiera que mantuviera relaciones sexuales con alguien de su elección porque piensa que soy tan sexy y asombrosa que quiere presumir, y yo querría complacer ese capricho. Ya te dije que era una tontería.

La confesión hizo que Hunter se quedara helado. La profundidad de la naturaleza sumisa de Kata le aturdía.

—No es una tontería si es lo que tú quieres.

Kata rechazaba seguir sus órdenes porque no estaba acostumbrada a estar bajo el control de nadie y no sabía dónde y cómo trazar los límites, pero que quisiera ser tan completamente poseída por un hombre hasta el punto de ser compartida... Eso entraba en el territorio de la esclavitud. Hunter no sentía ningún interés en compartirla, pero las palabras de la joven confirmaban todo lo que él pensaba sobre sus deseos. Kata consideraba la sumisión como una debilidad, pero la necesitaba a un nivel muy profundo. Tenía que encontrar la manera de que ella se diera cuenta de que sucumbir a sus necesidades no la convertía en un felpudo. Pero eso sólo podría conseguirlo si se aceptaba a sí misma y aprendía a confiar en él.

—No va a ocurrir nunca, así que no importa. Olvidémoslo. —Kata retiró la mano y apartó la vista como si, de repente, encontrara fascinante la vacía carretera oscura.

—¿Desde cuándo tienes esta fantasía?

Ella encogió los hombros.

Hunter le lanzó una severa mirada.

—Espero una respuesta ahora o detendré el coche y te pondré sobre mis rodillas. No me importa quién pase.

Kata contuvo el aliento antes de respirar hondo. Dios, ella ya estaba excitada... Igual que él.

—Genial. Desde hace más de siete años. Leí un libro en donde un tipo compartía a su novia con su mejor amigo y... —Se encogió de hombros otra vez—. Se me metió en la cabeza.

—¿Te gustó la escena que Ben preparó para ti?

—Siempre he sentido curiosidad por saber qué sentiría al ser acariciada por dos hombres a la vez. Pero lo que yo quería era que fuera él quien asumiera el mando. Sin embargo no lo hizo. Estaba demasiado borracho y ése no es su estilo. Además, en ese momento tú me abrumaste por completo y olvidé esa absurda fantasía. Me perdí en ti y en tus demandas. Eso es todo. ¿Podemos cambiar de tema?

—Bien. —«Por ahora.»



—Cuéntame por qué tú accediste a la petición de Ben.

—Me dijo que estabas muy buena. —Hunter se encogió de hombros—. Pero resultaste ser mucho más de lo que esperaba. Llevo años deseando conocer a una sumisa fuera de un club. Casi todas las que acuden a ellos son mujeres de las que abusaron en algún momento de su vida. Quería conocer a una mujer fuerte, con carácter. Jamás me imaginé que me tropezaría con la mujer de mis sueños.

Ella esbozó una sonrisa desvaída.

—Si hace una semana alguien nos hubiera dicho que nos encontraríamos aquí en este momento, no nos lo habiéramos creído. Entonces ni siquiera sabía que existías.

Estaba de acuerdo. Kata había trastocado su vida, aunque no querría que fuera de otra manera. No le iba a preguntar si lamentaba haberse casado con él, ya habría tiempo para eso; pero le podía decir cómo se sentía y esperar que ella lo entendiera.

—Me alegro de que estemos aquí. Eres todo lo que siempre he querido.

Kata le miró con el ceño fruncido y una expresión que él sólo podía describir como de perplejo asombro.

—A ti no te da miedo nada... nuestro matrimonio, mi padrastro, mis neuras. Ojalá yo fuera un poco más valiente... —Ella sonrió con tristeza, luego suspiró.

—Eres una mujer valiente. La sumisión requiere coraje, y tú te has entregado en sólo unos días con más honradez de la que logran muchas sumisas en toda su vida. No pierdas las esperanzas con lo nuestro.

—No estoy segura de que pueda acostumbrarme a esto. Sería mejor que firmaras los papeles.

«Joder, no. Ni en un millón de años.»

—¿Mejor para quién?

—Para los dos, pero tú no me escuchas. —Kata apartó la mirada.

Porque se equivocaba.

La balada que sonaba en la radio en ese momento llenó el silencio. Hunter nunca había prestado demasiada atención a la música. Pero ahora sentía en los huesos el significado de las palabras del cantante. Llevaba mucho tiempo ansiando las caricias de Kata, solo y sin saberlo. Necesitaba su amor. ¿Qué diablos iba a hacer si no la podía convencer para que creyese en ellos antes de que tuviera que irse?

—¿Cómo fue nuestra boda? —preguntó ella con suavidad.

A pesar del cambio de tema, Hunter sonrió.

—Intensa. Alocada. Christi y Mick se casaron antes que nosotros.

—¿Quiénes?

Él se rió.

—La pareja que conocimos en el club. Durante la ceremonia, el juez de paz no dejaba de restregarse los ojos, quejándose de que tenía una resaca de campeonato. Su ayudante lo único que hacía era subir el volumen de la música; no sé si para mantenerle despierto o para mandarle al infierno. —Se rió entre dientes otra vez—. En las bodas de Las Vegas sólo suena Elvis. ¿Qué típico, verdad? Pero no me arrepiento.

Kata no dijo ni una palabra, sólo miraba ensimismada el parabrisas, como si estuviera viendo aquella imagen que él describía. Hunter frunció el ceño.



—¿Soñabas con que tu boda fuera de otra manera?

La expresión de Kata se volvió melancólica.

—Creo que como casi todas las mujeres. Me encantaría haberme casado de blanco y sintiéndome hermosa. Que mi hermano me condujera por el pasillo; que mi hermana y mi madre estuvieran en la primera fila. Me hubiera gustado llevar un enorme ramo de rosas blancas, un vestido largo y que el hombre que me esperaba frente al altar estuviera locamente enamorado de mí.

Si lograba que siguieran casados, se juró que algún día él haría realidad ese sueño.

—Por lo menos la última parte era real, cielo. —Estiró el brazo y le cogió la mano—. Te amo. Sé que tú también sientes algo por mí, aunque estás aterrada; pero creo que podremos resolverlo todo.

—¿Cómo? Estamos huyendo de un asesino, mi madre está enferma y no nos ponemos de acuerdo en nada. Lo que hay entre nosotros me da muchísimo miedo. Tú te irás y...

Hunter se inclinó y le dio un suave beso, silenciándola.

—Todo se solucionará. Vamos a encontrar al asesino. Tu madre se curará. Nos llevaremos muy bien en cuanto te des cuenta de que estamos hechos el uno para el otro. No hay razón para que estés asustada. En cuanto a que tendré que irme, sí. Pero volveré. Es muy sencillo.

Ella se mordisqueó el labio.

—Oye, ¿eso no es un burger? Tengo mucha hambre.

No era un cambio de tema demasiado sutil, pero presionada ahora sería contraproducente. Cuatro días no era tiempo suficiente para que alguien se enamorara, estuviera cómodo con su nuevo estilo de vida sexual y venciera años de miedos a mantener una relación así. Kata necesitaba tiempo. Hunter miró el reloj y contuvo el deseo de maldecir. Le quedaban setenta y dos horas. El tiempo se acababa. Rezó para que fuera suficiente...

Pero sus esperanzas comenzaban a desvanecerse.

Kata tragó, nerviosa, mientras Hunter llevaba a su madre en brazos hasta el umbral de una casa a oscuras en las afueras de Tyler, Texas. Cuando entraron en aquella residencia de estilo clásico sureño, con fachadas de ladrillo y grandes ventanales, una alta sombra apareció ante ellos. Era un hombre que poseía la misma altura y constitución que Hunter. El mismo corte de pelo, los mismos rasgos. Era guapo como un demonio, pero estaba casi demacrado; atormentado. ¿Sería así Hunter al cabo de veinte años si ella le abandonaba y él no volvía a enamorarse otra vez?

—Hijo. —El hombre se relajó al identificar al recién llegado—. Me alegro de verte.

—Coronel, te presento a la señora Buckley. —Él saludó con un gesto de cabeza a la madre de Kata, que se veía diminuta entre sus brazos.

—Carlotta. —Su madre tosió—. No tengo intención de ser una carga. Si soy un inconveniente...

—No lo es. Llámame Caleb. —Miró a Hunter—. Déjala en el sofá del salón. Yo mismo la subiré a su habitación cuando termine de prepararla.

El Coronel incluso hablaba como Hunter: un poco brusco y autoritario. Kata se entretuvo en la puerta. ¿Sería una buena idea dejar allí a su madre? No era probable que Gordon la encontrara ni,



si lo hiciera, que se enfrentara a alguien tan intimidante como el Coronel pero, ¿podría recuperarse su madre con un desconocido revoloteando a su alrededor?

—De acuerdo —dijo Hunter.

En cuanto se movió para obedecer a su padre, Kata sintió que la mirada penetrante del Coronel se clavaba en ella y se le detuvo el corazón. Aunque no podía ver su cara con claridad entre las sombras, algo en su postura decía que no estaba contento.

El Coronel dio un paso adelante y la luz del vestíbulo le iluminó los rasgos. ¡Oh, Dios! Era ver cómo sería Hunter dentro de veinte años. El pelo espeso y rubio, aunque el suyo ya tenía algunas canas. Ojos muy azules. Atractivo, duro, exigente.

—Er... hola, señor. Soy Kata. —Le tendió una mano, rezando para que no le temblara.

Maldijo para sus adentros. Si Hunter y ella no permanecían casados mucho tiempo, daba lo mismo caerle bien o no a su padre. Pero ese razonamiento no calmaba su ansiedad.

—¿Eres la esposa de Hunter?

—Sí. —Al menos por el momento.

El cogió la mano que ella le tendía y la miró con dureza. ¡Maldición! No pensaba encogerse ante aquella mirada evaluadora. Alzó la barbilla y le sostuvo la vista, negándose a acobardarse.

—Tiene coraje, hijo. —Gritó a Hunter a través de la estancia—. Me gusta.

Por fin, una rígida sonrisa asomó a los rasgos de su suegro como si supiera que ella había estado conteniendo el aliento. La guió hasta una acogedora sala, donde dominaba la decoración en tonos chocolate y una enorme pantalla plana. Kata se relajó, pero se preguntó qué había esperado encontrar el Coronel en ella.

Hunter depositó a su madre en el sofá y la cubrió con una manta. La pantalla titilaba en silencio. Kata se sentó al lado de Carlotta y sostuvo su mano temblorosa. Carlotta se quedó dormida casi al instante. Entre la enfermedad y la medicación, estaba exhausta.

—Está claro que tu madre necesita descansar. —El Coronel tenía los ojos clavados en ella—. Me aseguraré de que lo hace.

A Carlotta no le gustaba estar ociosa, pero en esta ocasión era bueno para ella.

—Gracias.

El miró a Hunter con el ceño fruncido.

—¿Es cierto lo que me dijiste? ¿Su marido quería que ella le hiciera la cena?

—Sí. Se enfadó al ver que no la hacía.

—¡Menudo capullo! —maldijo el Coronel; luego la miró a ella—. Disculpa mi lenguaje, pero ese hombre no me merece otra opinión.

Kata encogió los hombros.

—No se preocupe por mí. Yo también le considero un capullo. Le odio a muerte.

El Coronel echó la cabeza atrás y se rió.

—Definitivamente, esta chica no es como ésas con las que solías andar. Logan todavía no ha aprendido la lección. No llevaba aquí ni cinco minutos y ya estaba intercambiando mensajes de texto de alto voltaje con una chica ligerita de cascos de la localidad que no hace más que pedirle caña.

—¡Déjalo ya, papá!



Kata volvió la mirada con rapidez hacia el hombre que acababa de entrar en la habitación. Supuso que se trataba de Logan porque poseía los mismos ojos azules y penetrantes que su padre y su hermano mayor, y la misma constitución grande e intimidatoria. Pero ahí acababan las similitudes. Tenía el pelo negro y la piel morena. El hoyuelo en la barbilla debía de provenir de otra rama de la familia.

En ese preciso instante, sonó el móvil del recién llegado. Este lo sacó y deslizó el teclado para silenciarlo oprimiendo un botón.

—Le dije que sería a medianoche. Natalie necesita una buena zurra. —Volvió a meter el teléfono en el bolsillo—. ¿Qué tal te va, hermano?

Hunter cruzó la estancia con una sonrisa.

—¿Qué tal te va a ti, cabrón?

Los dos hermanos se abrazaron y se dieron vigorosas palmaditas en la espalda.

—Parece que muy bien.

—Te hacía en Dallas.

Logan negó con la cabeza y miró a su alrededor con atención hasta clavar los ojos en Kata.

—Estaba ansioso por conocer a la mujer que te ha robado el corazón.

—Kimber nos llamó por teléfono para darnos la sorprendente noticia de tu boda —explicó el Coronel con una mueca. Hunter puso los ojos en blanco.

—Nuestra hermanita necesita aprender a callarse la boca. Santo Dios, ¡qué lo publique en los periódicos! No, mejor ¡que lo escriba en su muro del Facebook!

—Estoy seguro de que lo hará en cuanto se recupere del parto —aseguró el Coronel—. Esta tarde estuve con ella y el bebé. Ese niño tiene unos buenos pulmones. Y parece que va a sacar los ojos de los Edgington.

—Estoy de acuerdo —intervino Logan—. Es un bebé precioso. Deke se ha vuelto a enamorar.

Hunter dio un respingo.

—Tenía intención de pasar a ver a Kimber y al bebé esta mañana al llegar al hospital —confesó—, pero cuando llegué... me distrajeron otras cosas.

Verla sentada en el regazo de Ben. Kata se estremeció. Estar con Ben no había tenido ninguna connotación emocional o sexual para ella, pero el incidente había desembocado en una discusión que había sacado a la luz dolorosas revelaciones e impidió que Hunter fuera a ver a su sobrino recién nacido.

El móvil de Logan volvió a sonar. El miró la pantalla, arqueó una ceja con irritación y se lo volvió a meter en el bolsillo.

—¿Quién quiere comida china? —preguntó a continuación, como si ninguno de los presentes supiera que una mujer impaciente se moría por recibir su disciplina.

—Buena idea —convino Hunter.

Veinte minutos y un whisky después, Kata estaba sentada con los tres hombres ante la mesa redonda de la cocina, intentando no dormirse. El cansancio provocado por las horas de viaje y el intenso sexo de esa mañana se unió a los días de vigilia en el hospital. Apoyó la frente en la mano y cerró los ojos. Daría cualquier cosa por una cama y ocho horas de sueño ininterrumpido.

Hunter mencionó entonces el único tema que garantizaba la irritación de los otros varones alfa presentes.



—¿Como que alguien está tratando de matar a Kata? —Logan miró a su hermano con preocupación.

—¿Tenéis sospechosos? —Su padre, en cambio, buscó respuestas tras observarla protectoramente.

Oh, Kata no estaba para más drama —ni testosterona— en ese momento.

—Nadie ha intentado nada contra mí desde el domingo. Quizá... hayan desistido. O el asesino a sueldo que mataron en la cárcel se llevó el secreto a la tumba o se dieron cuenta de que iban a por la chica equivocada.

—O quizá estén contratando a alguien mientras hablamos. Entre que yo te he protegido como un halcón y que no has estado en un mismo lugar demasiado tiempo, has tenido suerte —dijo Hunter.

Kata no estaba conforme.

—¿Quién iba a tratar de matarme? Puede que haya cabreado a un tipo de una banda al informar sobre su falta de formalidad. Soy agente de libertad condicional —le explicó a Logan y al Coronel al ver sus caras de confusión. Hunter negó con la cabeza.

—No creo que un esbirro de una banda posea el tipo de conexiones necesarias para contratar a un asesino a sueldo con esa clase de equipo.

—¿Un profesional? —La idea parecía disgustar a Logan.

—En efecto. —Hunter asintió con la cabeza.

—¿Qué sabemos del asesino además de que está muerto? —preguntó su suegro.

—Poco. No tenía huellas ni afiliaciones que pudiéramos rastrear. Se lo cargaron a los diez minutos de ingresar en prisión. Todavía no han identificado el cuerpo.

Logan emitió un largo silbido.

—Un trabajo rápido. Alguien se dio mucha prisa para que no se descubriera nada.

—Sí, mucha prisa. —Hunter cogió la mano de Kata y se la apretó—. Jack conoce a todos los policías locales. En cuanto averigüe algo sobre el tipo, me llamará. Quizá demos con una buena pista. Kata no sabe de nadie que pueda querer matarla salvo Cortez Villarreal.

—Hay algo que no encaja. —El Coronel cruzó los brazos y la miró fijamente.

Parecía que quería interrogarla y, francamente, no estaba de humor.

—Maldición, nadie más tiene motivos para estar cabreado conmigo. No sé quién quiso matarme ni por qué. Si lo supiera, os lo diría.

El Coronel arqueó una ceja leonada ante su respuesta. Hunter contuvo una sonrisa.

—Kata no duerme ni come en condiciones desde hace dos días. Esta mañana estaba particularmente... exigente.

Oh, no era posible que él hubiera dicho eso con una expresión de gato que se ha comido al canario. En cuanto estuvieran a solas iba a echarle una buena bronca. Aun así, le lanzó una mirada de advertencia.

Cuando volvió a sonar el móvil de Logan, con un nuevo mensaje de texto, él sonrió ampliamente. Incluso el Coronel tenía una mirada condescendiente. Kata siguió mirando a Hunter —«¡será bastardo!»— llena de furia hasta que se excusó. Ninguno se rió, pero estaba segura de que querían hacerlo.



Se dirigió a la sala y se sentó en el sofá antes de coger la mano de su madre entre las suyas. Un segundo después sonó el timbre de la puerta, sobresaltando a Carlotta.

Logan cogió el pedido y se deshizo del chico que hacía la entrega en menos de sesenta segundos. Hunter se encargó de coger unos platos de papel, cervezas y unas botellas de agua. El Coronel se acercó a ellas.

—Carlotta, tienes que comer algo. Te haré unos huevos con tostadas.

Su madre giró la cabeza y observó las pequeñas cajas de cartón y el montón de galletitas de la fortuna sobre el mantel.

—No es necesario molestarse, Caleb. La comida china está bien.

—Estás tomando antibióticos, la comida muy especiada puede sentarte mal en el estómago.

—De veras, no te molestes. —Soltó la mano de Kata y se puso en pie.

El Coronel pasó junto a Kata para llegar hasta ella.

—Yo me encargaré de ti. No quiero discutir sobre el asunto.

Antes de que su madre pudiera responder, el hombre la cogió en brazos.

Carlotta miró alarmada a Kata.

—Caleb, te lo aseguro, puedo caminar. No quiero ser una carga.

—Hace sólo veinticuatro horas estabas ardiendo de fiebre. Lo que tienes no es ninguna tontería. Ahora eres de la familia. Ya te darás cuenta de que los Edgington cuidan de los suyos.

Carlotta se mantuvo callada mientras miraba boquiabierta al Coronel.

—Mi marido no aprobaría que me llevaras en brazos.

La expresión del hombre se volvió todavía más siniestra.

—Con todos mis respetos, Carlotta, cualquier hombre sano que pretenda que su mujer cocine para él tan sólo unas horas después de que a ésta le hayan dado el alta en el hospital, no merece tener esposa.

Era cierto, pero el Coronel no estaba actuando bien al decírselo a su madre... La estaba haciendo sentir incómoda. Kata se estremeció.

—P-prefería que me dejaras caminar. —Carlotta había fruncido los labios.

—Cuando estés más fuerte.

—Coronel, yo la ayudaré —intervino Kata.

—Hunter dice que tú sólo te quedarás hasta mañana por la tarde. Es mejor que tu madre y yo nos acostumbremos el uno al otro desde el principio. Tengo intención de hacerme cargo de ella hasta que esté bien.

Fin de la conversación, al menos por parte del Coronel. Su madre debió de darse cuenta del tono con el que había hablado; ninguna de las dos discutió el asunto.

Si el hombre quería insistir en que Carlotta debía comer huevos y tostadas, Kata sería quien cocinara; así conseguiría tranquilizar a su madre.

El Coronel la sentó ante la mesa de la cocina y le estaba poniendo una manta sobre los hombros cuando Kata entró.

—Coronel, coma mientras está la comida caliente. Yo me ocuparé de mi madre.

—Cielo, estás a punto de caerte —intervino Hunter, que la había seguido a la cocina, con el ceño fruncido—. Siéntate, Kata. Come.



—Mi madre necesita mi ayuda y yo estoy bien —mintió, notando que la fatiga estaba a punto de vencerla—. La hamburguesa de antes me dio fuerzas.

El la cogió del brazo.

—Apuesto lo que sea a que te derrumbas en menos de diez minutos. No seas tan terca y deja que me ocupe yo.

Ella se zafó de él con todas sus fuerzas y puso los brazos en jarras.

—¿Recuerdas que te dije que si intentabas controlarme fuera del dormitorio te colgaría de los huevos? ¿Quieres que busque una cuerda?

—De acuerdo —dijo él con las manos en alto, ocultando una sonrisa—. Por lo menos deja que te ayude.

Sabiendo que iba contra sus instintos no exigir, Kata apreció su oferta, pero no pensaba aceptarla así como así.

—Preparar unos huevos no es difícil. Se me da bien la cocina.

Hunter no dijo nada. Se limitó a observarla mientras registraba las alacenas en busca de una sartén y la colocaba en el fuego. Parecía muy cansada.

—¿Crees que a tu madre le apetecerá un poco de zumo? —preguntó Hunter abriendo la nevera—. Te puedo preparar otro a ti también.

¿Por qué no se le había ocurrido a ella que su madre podría querer zumo? Peor, ¿por qué no dejaban de temblarle las manos?

Ahora mismo, no tenía fuerzas para hacerle nada a Hunter ni siquiera aunque quisiera.

—Claro, gracias.

Hunter sirvió el zumo en dos vasos y le ofreció uno a ella, dándole el otro a su padre, que esperaba con el ceño fruncido.

Kata les ignoró a ambos y se dirigió a la nevera. Notó que se le aflojaban las piernas cuando se inclinó para coger los alimentos que necesitaba. Se sujetó a la puerta del electrodoméstico mientras recababa la energía suficiente para coger el tocino y ponerlo en la encimera, luego buscó los huevos. Respiró hondo.

Cuando atravesó de nuevo la cocina, con los huevos en la mano, sus cansadas piernas llegaron al límite de sus fuerzas y trastabilló. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando se percató de que Hunter tenía razón; no le quedaban fuerzas para cocinar.

Su marido se acercó y la sostuvo con un brazo alrededor de la cintura al tiempo que ponía la mano debajo de los huevos para evitar que cayeran al suelo.

—Cielo, ¿estás bien? —susurró contra su mejilla, abanicándola con su cálido aliento.

Maldita sea, no quería admitir su debilidad.

—Sólo estoy algo cansada. Dame un minuto. —Cogió el vaso de zumo y tomó varios sorbos—. Me pondré bien enseguida.

La expresión agradable que Hunter había mostrado durante toda la tarde se disolvió e hizo aparición su cara de Amo.

—No me mientas. Ha llegado el momento de que descanses. Papá, ¿puedes encargarte de Carlotta? Kata y yo vamos a hablar.

Dicho eso, se inclinó y la tomó en brazos, atrayéndola contra su pecho.



—¿Qué haces? —chilló ella.

Logan intentó sofocar un ataque de risa.

Hunter no respondió.

—Dejadnos algo de la cena —gritó cuando ya estaban en el pasillo.

Kata se retorció, pero él no cedió.

—¡Maldición! ¡Déjame en el suelo! No te atrevas a humillarme así.

No respondió. Una docena de escalones después, él dio una patada a una puerta y cerró a su espalda. Entonces la dejó caer. Kata sintió una cama en la espalda y, en ese momento, estalló. ¿Cómo se le ocurría tratarla como una niña que necesitara disciplina delante de todo el mundo?

Aunque no podía negar que la cama era algo celestialmente suave. Sintió la tentación de cerrar los ojos y dormir.

—Esto es ridículo. —Intentó incorporarse y salir de allí.

—Estoy de acuerdo. —Hunter se cernió sobre ella. Su expresión, incluso en la oscuridad reinante, era muy seria—. Amo tu espíritu, pero si no te cuidas como debes, lo haré yo.

Cada palabra que salía de su boca sonaba más parecida a lo que el Coronel le había dicho a su madre, dominante y definitiva, sin tener en cuenta sus sentimientos. Sin escucharla.

Kata se dejó caer de nuevo sobre el colchón, cerró los ojos, aunque su mente estaba inundada de pensamientos. ¿Estaban destinados a ser como sus padres? Aquella horrible pregunta la atravesó. Hunter se comportaba como una copia más joven del Coronel; decidido, protector, mandón, inflexible. Y esa misma mañana, se había dado cuenta de que ella era mucho más parecida a su madre de lo que jamás había supuesto.

Una parte de ella había esperado que Hunter estuviera en lo cierto, que su amor creciera y se hiciera fuerte, pero... ¿cómo?, cuando cada día había más pruebas de que la relación estaba condenada al fracaso y de que ella, esclava de una creciente debilidad sumisa, lo permitía.

Hunter se inclinó y le dio un suave beso en la frente. Incluso embargada por la furia, notó chispas que hicieron hormiguitar la piel por su contacto. Todo su cuerpo anhelaba más.

La verdad parpadeó en su mente: se había enamorado de un hombre que acabaría con su independencia. Se haría con ella de la misma manera en que la había acostumbrado a sus caricias, arruinándola para cualquier otro hombre.

El Coronel había intimidado a su madre y la había hecho callar en menos de cinco minutos. Concedido, estaba enferma y llevaba años con Gordon, pero Kata se preguntó cuánto tiempo tardaría Hunter en hacerle alcanzar el mismo grado de sumisión. ¿Cinco años? ¿Uno? ¿Menos? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que ella perdiera completamente el respeto por sí misma? ¿Cuánto para que se perdiera en él?

Ésas eran preguntas para las que no quería tener nunca respuesta.

Kata y él abandonaron el dormitorio y se reunieron con el Coronel quien, al parecer, se había hecho cargo de la cena de Carlotta mientras Hunter se pasaba los últimos veinte minutos con los labios pegados a los de ella al tiempo que le masajeara la dolorida musculatura. Le hubiera gustado que Kata echara una cabezadita, pero estaba demasiado preocupada por su madre para



hacerlo. En cuanto Carlotta estuviera dormida en su cama, estaba seguro de que ella haría lo mismo.

Mientras se calentaba la comida china, le acarició los tensos hombros, intentando tranquilizarla. Se sentaron después a la mesa para dar cuenta de las verduras hervidas, el pollo *kungpao* y el arroz. Notó que Carlotta observaba cómo Kata picoteaba el brócoli y miraba desconcertada de vez en cuando a su padre.

Tras la comida, los hombres limpiaron la cocina en eficiente silencio, invitando a las mujeres a quedarse quietas. Y, cuando terminaron, el Coronel alzó a Carlotta en brazos, a pesar de las cansadas protestas de la mujer, y la llevó a un dormitorio en el piso de arriba, contiguo al suyo.

Kata siguió a la pareja, le dio a su madre la medicina y la arropó. Después de despedirse de su madre con un beso en la mejilla y de que ésta le brindara a su hija una débil sonrisa, la mujer se quedó dormida. Hunter, que observaba todo desde el umbral, buscó los ojos de su esposa.

—Se pondrá bien —dijo, pasándole el brazo por los hombros—. Sólo necesita descansar.

—Si empeora, la llevaré al médico —prometió el Coronel.

—Gracias —respondió Kata—. Recuerda que no sólo tiene dolor físico. No sólo necesita cuidados, sino también que alguien la escuche.

Dicho eso, Kata pasó junto a ellos y salió de la habitación. Hunter notó que su padre se quedaba perplejo.

—Supongo que ésa es la manera que tiene tu mujer de decir que he sido como un bulldózer. Tiene razón.

—Piensa lo mismo de mí. —Hunter metió las manos en los bolsillos—. Tú y yo estamos cortados por el mismo patrón. No sabría ocuparme de Kata de una manera distinta. La amo.

El Coronel le lanzó una mirada ilegible.

—Ándate con cuidado, hijo. Si la presionas demasiado, te obligaré a dejarla marchar.

Hunter sabía que le hablaba la voz de la razón y la experiencia.

—¿Es eso lo que te ocurrió con mamá?

Sabía que no debería haber preguntado pero, maldición, ni siquiera en ese instante comprendía por qué su padre había dejado marchar a su madre. El Coronel jamás se lo había explicado y, después de que se fuera, no había vuelto a verla. Quizá comprender aquello le ayudaría con su zozobante unión.

—Con el paso del tiempo diría que sí. Intenté controlar tanto su vida para evitar perderla, que al final todo se volvió contra mí. —El Coronel se frotó la nuca—. Amanda quería más afecto, quería saber que yo apreciaba sus sentimientos y opiniones, pero lo único que se me daba realmente bien era protegerla y, cuando no estaba de misión, mostrarle lo mucho que la deseaba. No fue suficiente.

Hunter respiró hondo. Había muchas similitudes entre ambas situaciones.

—Ella quería marcharse; lo entiendo. Pero tú te diste por vencido y la dejaste ir con suma facilidad.

—¿De verdad crees que me resultó fácil? —gruñó el Coronel—. Dejarla marchar fue lo más difícil que he hecho nunca. La amaba, pero no sabía ser cómo ella quería. Le di espacio, accedí a la separación. Con esa estrategia esperaba que se diera cuenta de cómo había cambiado. Luego me enteré de que se estaba viendo con otro hombre. A pesar de la furia que me embargó, seguí



esperando que volviera hasta el día de su muerte. Al final me di cuenta de que la había amado tanto como para dejarla libre; sin embargo, ella no me amaba lo suficiente como para regresar conmigo. No podía obligarla.

Hunter sintió cada palabra en sus mismos huesos. Su madre había sido tan irresponsable como para dejar tirados a un marido y tres hijos y jamás había mirado atrás. Kata había luchado contra él desde antes de que dijeran «sí, quiero».

Una oleada de temor atravesó su vientre al recordar los años de discusiones de sus padres. La furia que su madre había mostrado; la manera en que suplicaba que le devolviera la libertad. Al final la había buscado de la única manera que pudo. Incluso cuando estaba en la escuela primaria, Hunter era consciente de la depresión y la cólera que la envolvía. Y, a pesar de ello, se había sorprendido cuando se marchó. Siempre había asumido que el Coronel mantendría unida a la familia.

Pero ese papel correspondía al amor. Cuando su padre se dio cuenta de eso, la dejó partir.

—Siempre he sabido que desaprobabas que no hubiera luchado para conservar a tu madre.

Hunter le sostuvo la mirada.

—Te perdí el respeto ese día.

—No es que te molestaras en ocultarlo, pero tienes que entender que no podía retener a Amanda contra su voluntad. Hice lo que pensé que daría mejor resultado a largo plazo. —Encogió los hombros como si finalmente hubiera aceptado los años de dolor y soledad—. Después de tanto tiempo sin querer ver lo infeliz que era y sin hacer nada para solucionarlo, iba a perderla de todas maneras.

En ese momento, todo quedó clarísimo para Hunter.

—Tienes razón, papá. Se requiere mucha inteligencia para darse cuenta de que no vas a ganar. Y mucho valor para renunciar a tu mujer.

No sabía si él sería tan valiente.

El Coronel esbozó una amarga sonrisa.

—Me parece que no soy tan inteligente. Carlotta ni siquiera es mi mujer y ya la estoy agobiando. Sé cómo debo comportarme, pero parece que no puedo llevarlo a la práctica. Te sugiero que tomes nota.

O Kata desaparecerá.

Por debajo de la amalgama de ansiedad, negatividad y cólera, sabía que su padre tenía razón. Y eso le llevaba a pensar que por mucho que intentara demostrarle cuanto la amaba, era posible que acabara haciéndole daño.

—Ya sabes cómo es ese verso de la Biblia, «El amor no es egoísta. Es paciente y amable...»

Hunter cerró los ojos. Sí, lo sabía; igual que sabía que él había sido egoísta, impaciente e insistente.

—¡Joder!

—Las cosas entre Kata y tú no van tan bien como te gustaría, ¿verdad, hijo? Es difícil acoplarse al principio.

—Ya quiere el divorcio. —Escupió las palabras a regañadientes mientras se pellizcaba el puente de la nariz. Le dolía admitir lo mucho que había echado todo a perder, pero su padre estaba siendo muy honesto con él.



El coronel contuvo la respiración.

—¿Y tú qué quieres?

—La amo. No puedo soportar pensar que no sea mía.

Su padre le dio una palmadita en el hombro.

—Pero si su corazón no te pertenece, de todas maneras no es tuya. Algunas veces... hay que dar libertad. Mejor hacerlo ahora, antes de que te odie. —Una expresión nublabla su rostro, como si dolorosos recuerdos inundaran su mente.

Hunter observó a su padre mientras salía de la habitación. Miró el pálido rostro de Carlotta; Kata se parecía mucho a ella. No se le había escapado lo mucho que había perturbado a Kata la interacción entre sus progenitores. Él no era capaz de reprimir la necesidad de cuidar de ella de la misma manera, pero se daba cuenta de que como no cambiara de táctica con rapidez, la perdería para siempre.

Con un pesado suspiro, apagó la luz del dormitorio y bajó las escaleras. Logan, cuyo teléfono no dejaba de sonar, le comunicó que Kata se había ido a dormir.

—Es una chica insistente —comentó Hunter.

Logan encogió los hombros.

—Ahora son tres. A todas les va el sado. —Se pasó la mano por el pelo—. Es como un juego para ellas. Todas quieren que las domine.

Hunter negó con la cabeza. De acuerdo, su vida amorosa iba de mal en peor y era la última persona que debiera dar un consejo, pero tenía que intentar echar un cable a su hermano.

—¿Cuánto tiempo hace ya?

La pregunta hizo que Logan apartara la mirada.

—No sé. Unos cinco años.

Una pequeña eternidad. Logan era demasiado joven y vital para mantenerse casto voluntariamente

—¿Y aún no tienes en carne viva la palma de la mano?

Logan le miró con el ceño fruncido y le dio un puñetazo en un hombro.

—Vete a la mierda. Les doy lo que necesitan. Xander espera sexo y asistencia.

—Quizá ellas tengan suficiente con lo que les das, pero ¿lo es para ti? —Hunter meneó la cabeza y le amonestó—. Hermanito, vas a tener que superar lo de...

—¡No digas su nombre! —gruñó—. No lo hagas.

Hunter levantó las manos en un gesto defensivo.

—De acuerdo. ¿Has vuelto a intentarlo con ella?

Una expresión de deseo y sufrimiento atravesó la cara de Logan.

—Me dio con la puerta en las narices.

El encogimiento de hombros de su hermano le dijo lo impotente y perdido que se sentía. Era una emoción que le resultaría muy familiar si perdía a Kata.

El Coronel pasó junto a ellos para dirigirse a su habitación y puso una mueca de disgusto.

—No he podido evitar escucharos. El capullo de su padrastro todavía vive en la misma casa. Adam Sterling me sonríe cuando me ve por el barrio, es como si disfrutara recordándome que su pequeña princesa destrozó el corazón a mi hijo.



A Hunter no le sorprendería lo más mínimo. Logan gruñó algo feo y anatómicamente imposible. Pero antes de que pudiera aclarar ese punto a su hermano, comenzó a sonarle el móvil. Lanzó una mirada al reloj mientras lo sacaba del bolsillo. ¿Quién le llamaría a las once y media?

Hunter miró la pantalla y, con un nudo en el estómago, presionó el botón verde.

—Jack, dime.

—Por fin tengo algo de información, y no va a gustarte nada.

No le gustaba nada que estuviera relacionado con el presunto asesino de Kata desde que éste había hecho aparición. Todo aquello apestaba.

—Han identificado al asaltante por las huellas dactilares. Acabo de enterarme de que se llama Manuel Silva. ¿Te suena de algo el nombre?

—De nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, ahora viene la parte fea: Es un conocido asesino a sueldo, originario de Bogotá.

Se quedó sin aire en los pulmones.

—¿Colombia? ¿Estás seguro?

—Al cien por cien. Conseguí que mi amigo me enseñara los archivos antes de que el asunto pasara a manos de la CÍA. Al parecer, la Agencia tiene mucho interés en él. Todavía no sé por qué. El INS le deportó hace unos años. Ha realizado un montón de trabajitos para narcotraficantes y la última vez que se le vio fue en los alrededores de Nueva Orleans hace unas semanas. Contratar sus servicios era caro, más de cien de los grandes. —Jack parecía sombrío y a Hunter se le heló la sangre en las venas—. Sea quien sea el que quiere cargarse a Kata, está dispuesto a pagar mucho dinero. La pregunta es por qué.

Por primera vez en su vida, Hunter casi estaba entumecido por el miedo.

—No lo sé.

—¿Hay alguien en Nueva Orleans que pueda querer matar a Kata?

—No lo ha mencionado. Le preguntaré.

—Bien. Te mantendré informado de cualquier cosa que surja.

—Gracias, Jack. —Aunque las noticias eran escalofriantes—, Mantenme al tanto.

—¿Qué ocurre, hijo? —preguntó el Coronel en cuanto colgó. Hunter respiró hondo.

—El hombre que intentó asesinar a Kata se llamaba Silva, es un asesino a sueldo colombiano. Probablemente llegó aquí procedente de Nueva Orleans. No encuentro relación entre los hechos. Cortez Villarreal trafica con estupefacientes, vale, pero ¿cómo es posible que un tipo de una banda de Lafayette conozca a un asesino a sueldo al que la CÍA pisa los talones?

—En el caso de que no sea Villarreal el que persigue a Kata, ¿tienes alguna idea de quién puede ser?

—No. —No tenía sentido, pero era cierto que no sospechaba de nadie más.

—El que la conexión no sea obvia no quiere decir que no exista —señaló Logan—. Silva y Villarreal pueden ser amigos, familiares o deberse algún favor. O simplemente puede haberle contratado.

—¿Cómo podría Villarreal permitirse los honorarios de Silva? De todas maneras puede que tengas razón, no debo juzgar un libro por la portada. Quizá haya una conexión sencilla y yo no la vea.



Tal vez. De todas maneras, Cortez Villarreal era el único sospechoso que tenía. Hunter habría preferido rastrear todos los lugares, meterle miedo a todos los posibles implicados, hacer preguntas, buscar respuestas... Pero se le acababa el tiempo. Logan se levantó en busca de sus zapatos, recordándole que era casi medianoche; el comienzo de un nuevo día. Y a él que sólo le quedaban tres para acabar con ese peligro de una vez por todas. Comenzó a pensar en un plan tras otro, descartando algunos y profundizando en otros. No estaba seguro de cuál funcionaría mejor sin tener más información, pero odió todos y cada uno de ellos.

Hunter llamó a Jack otra vez. En cuanto respondió, comenzó a escupir preguntas Heno de furia.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Cortez Villarreal?

—¿Exactamente? No, pero corre el rumor de que está por la zona y que sólo está dejando que pasen unos días para asomar la nariz. He estado investigando por ahí por si necesitamos mantener una conversación con él.

—Creo que ha llegado el momento. En cuanto le encuentres, házmelo saber.

—Tomo nota.

El Coronel le miró preocupado.

—¿Qué estas pensando hacer, hijo?

Hunter colgó, con un pánico creciente por la seguridad de Kata.

—Ha llegado el momento de hacer algo drástico.

La luz del sol se colaba por las ventanas el viernes por la mañana cuando Hunter escuchó que alguien cogía la manilla de la puerta. Se espabiló al momento, se incorporó y cogió el arma que había dejado sobre la mesilla de noche. Era su esposa, con el pelo despeinado, una camiseta que apenas le cubría el ombligo y unos pantalones de pijama negros que le ceñían las caderas. ¡Joder! Hunter siempre estaba preparado para ella, pero verla hacía que comenzara a dolerle la polla.

—Perdón, no quería despertarte.

El miró el reloj. ¿Las nueve? Jamás dormía hasta tan tarde. Se había pasado la noche abrazando a Kata, temiendo que tuvieran contados los días que les quedaban juntos. No se había dormido hasta después de las cinco.

—Me alegro de que lo hicieras. Tengo que levantarme. Cielo, una pregunta: ¿El nombre de Manuel Silva significa algo para ti?

La mirada perpleja le dijo todo lo que necesitaba saber.

—¿Debería?

—¿Conoces a alguien en Colombia? ¿De dónde procede Villarreal?

—No lo sé. No estudié su árbol genealógico cuando me asignaron el caso.

—¿Sabes si alguien de Nueva Orleans puede tener algo contra ti?

Ella parpadeó y encogió los hombros.

—No que yo sepa. Hace años que no voy por allí.

Así pues, Hunter tenía que suponer que había alguna conexión entre Silva y Villarreal que él no veía. No tenía otro punto de partida.

—¿De qué se trata? —Kata cruzó los brazos y le miró con impaciencia.



—No creo que sea nada. ¿Qué tal se encuentra tu madre?

Kata se acercó y se sentó en el borde de la cama. Hunter intentó no pensar en que podía verle las rosadas aréolas a través del escote de la camiseta blanca.

—Por eso estoy aquí. Aprecio mucho todo lo que habéis hecho por ella tu padre y tú, pero aquí se siente incómoda. Esta mañana el Coronel insistió en cocinar para ella otra vez, se empeñó en llevarla en brazos al porche para que tomara el aire y luego la cargó de la misma manera hasta la habitación. Se ha pegado a ella como una lapa y llega a un punto en el que se levanta de un salto en busca de los pañuelos de papel cuando la oye estornudar.

En otras palabras, aunque su padre sabía lo que no debía de hacer, y aún después de que le hubieran roto el corazón por ese motivo, no lograba cambiar. No obstante, Hunter tampoco lo había hecho mucho mejor la noche anterior cuando se trató de darle espacio a su esposa.

Se aclaró la voz.

—Kata, que alguien se ocupe de ella es bueno para su recuperación.

—No si ella no puede relajarse. El Coronel se comporta como... un General. Mi madre no se encuentra cómoda con él revoloteando a su alrededor todo el día. Se quiere ir a casa de Mari, así que he hablado con mi hermana y...

—No. De eso nada. No pienso permitir que regreses a Lafayette ahora. —No era un buen momento para ser inflexible, pero maldita fuera, ella tenía que darse cuenta de las dificultades que presentaba su plan—. ¿Has pensado que quien te quiere matar podría seguirte a ti o a tu madre? ¿Y si Gordon va a buscarla? Carlotta necesita estar tranquila durante más tiempo. Se siente incómoda porque no está acostumbrada a que nadie se preocupe de ella, pero se acostumbrará.

Kata negó con la cabeza.

—Ceo que no. Créeme, que alguien esté intentando matarme me asusta mucho, pero no puedo dejar a mi madre aquí; es malo para ella.

—Carlotta no podrá descansar demasiado con dos nietos pequeños armando escándalo a su alrededor. Apuesto lo que quieras a que acaba cuidándolos.

Kata se mordisqueó los labios y permaneció un rato en silencio.

—Le dejé muy claro a Mari que no puede estar fuera de la cama.

—Mari está agobiada por el trabajo, los niños y un marido anárquico. Tu madre se ofrecerá a ayudar y... no puede permitirselo.

—Tu padre la abruma.

—El Coronel es demasiado... atento. Lo sabe e intentará evitarlo. Hablaré con él.

—¿Tú? —explotó ella llena de incredulidad—. ¿Tú vas a hablar con tu padre para que no sea tan sobre-protector? Hum... Le dijo la sartén al cazo...

Él se estiró sobre la cama y la cogió de la muñeca, tirando de ella.

—No estás usando la cabeza, Kata. Quieres que tu madre sea feliz, pero tienes que pensar también qué es lo más conveniente para ella. ¿Quieres que vuelva con Gordon? Porque si va a casa de Mari, él acabará yendo a por ella. Si se queda aquí, el Coronel no permitirá que ocurra tal cosa.

—Pero él la agobia todavía más. Mi madre no quiere quedarse aquí. —Kata intentó apartarse—. Ya has expuesto tu punto de vista, quiero que escuches el mío.



Hunter no podía permitírselo.

—No puedo arriesgarme a que te vayas a Lafayette con tu madre ahora. No, cuando cabe la posibilidad de que te ande buscando un asesino. Lo siento mucho, pero nos quedamos.

Kata se levantó y cogió la maleta.

—Y tú siempre tienes que estar al mando, ¿verdad? No sólo es una cuestión de dormitorio, así que deja de fingir que sí. Y ya que estamos en ello, firma esos malditos documentos de divorcio. Mari tiene trabajo hoy, así que llamaré a Ben. Él nos llevará a casa.

Dicho eso, Kata salió de la habitación y cerró la puerta de golpe. Hunter se levantó de la cama en busca de los pantalones. Mientras se los ponía, escuchó un portazo en el cuarto de baño y el agua de la ducha. Estaba loca si pensaba que le dejaría poner una puerta entre ellos con el fin de llamar a Ben para que fuera a buscarlas. Pero no podía coartar su libertad o la perdería. Hunter soltó una maldición. Ojalá tuviera delante a un terrorista con el que desahogarse a puñetazo limpio. Joder, no quería firmar nada, pero mientras él estuviera lejos cumpliendo con su deber, Kata podría conseguir el divorcio sin su colaboración, y no podría hacer nada para detenerla. No quería tener en cuenta las sabias palabras de su padre, no estaba preparado para dejar de luchar por Kata.

Mientras se acercaba a la puerta del cuarto de baño, sonó el móvil en su bolsillo. Una mirada a la pantalla le hizo soltar un gemido.

—Será mejor que se trate de algo importante, Andy.

—Recuerda con quién hablas, Raptor.

«Maldición.» Andy Barnes era ahora su comandante, no sólo un amigo. Sería mejor que se disculpara.

—Lo siento, señor. ¿Qué ocurre?

—Tu permiso ha sido cancelado.

—¿Qué? ¿Me han cancelado dos veces el mismo permiso? —Aquello era impensable a menos que fuera una condenada emergencia nacional—. ¿Ha ocurrido algo?

—La organización de Sotillo ha vuelto a ponerse en marcha, es definitivo. Los más importantes traficantes que tenemos vigilados se reunirán el sábado por la noche. Te necesitamos allí.

Hunter puso el máximo empeño en concentrarse en las palabras de Andy a pesar de que todavía podía oír las de Kata resonando en su cabeza, amenazando con llamar a Ben.

—¿Cómo? Víctor está muerto. Si leyeras mi informe... En él explico que en mi última misión averigüé que su hermano, Adán, también está muerto. ¿Quién demonios está ahora detrás de esto?

—Sotillo tenía seguidores. Supongo que alguno de ellos. La muerte de Víctor creó un vacío de poder. Por supuesto, su negocio es muy goloso para cualquiera. Vamos a enviar a un pequeño equipo de cuatro hombres y...

—¿Cuatro hombres? Si van a llevar a cabo un negocio importante, cada una de las partes contará con un pequeño ejército. Cuatro hombres no lograrán terminar el trabajo...

—Cuatro hombres podrán introducirse en la casa sin que nadie se dé cuenta. Demasiados hombres significa mucho equipo y eso es más fácil de detectar; algo podría salir mal.

Menos potencial significaba menos efectividad. Aquella misión parecía un auténtico suicidio.

—Quiero hacer un escrito formal expresando mi desacuerdo.



—A su debido tiempo. —Caramba, Andy parecía cabreado—. Quiero que estés en la base mañana a las tres de la tarde.

Dicho eso, Andy colgó el teléfono. Con manos frías, Hunter apretó el botón de desconexión de su móvil. Eran las nueve de la mañana, apenas quedaban treinta horas. ¿Cómo diablos iba a salvar su matrimonio y a deshacerse del peligro que acechaba a su esposa antes de irse?

Hunter no veía la manera de conseguir ambas cosas, y cualquier buen soldado aprendía a dar prioridad a determinados objetivos cuando todo se iba al infierno. Entre ambas cuestiones, no tenía duda de cuál era prioritaria. Examinó mentalmente las posibles salidas. Sólo le quedaba una.

Y dolía como el demonio.

Apretó los dientes y llamó de nuevo a Jack, que respondió al primer timbrazo.

Hunter ni siquiera dejó que su amigo le saludara antes de ir directo al grano.

—Tenemos que movernos esta noche. A partir de mañana estaré fuera del país por tiempo indefinido. Jack maldijo y suspiró desolado.

—Bueno, tendremos que hacerlo. Los rumores de la calle dicen que Villarreal está cansado de ocultarse de la policía y que quiere estrujarle el cuello a tu mujercita. Por lo que sé, no hay conexión evidente entre Silva y él.

—Lo que dices hace que sea creíble el motivo de Villarreal y es nuestro sospechoso número uno. —Maldición, Hunter sentía como si las paredes se cerraran a su alrededor. El peligro que corría Kata, la distancia, su trabajo... Tenía que centrarse con rapidez y protegerla de cualquier peligro que pudiera acecharla.

—¿Sabes algo más de él? —Hunter odiaba sentirse impotente. Por lo general tenía todas las respuestas y hacía rodar cabezas con la misma eficacia. Estar cerca de Kata y protegerla era lo más importante.

—Me he documentado un poco —dijo Jack—. A Villarreal le gusta gastar la pasta con atractivas strippers. Esta noche será la grandiosa reapertura de Las Sirenas Sexys. Le diré a Deke que le pida a Alyssa que nos avise si aparece por allí. Si es así, Deke y yo podemos acercarnos y mantener con él una agradable conversación hasta que decida dejar en paz a Kata.

—Bien, yo me ocuparé de mantenerla ocupada esta noche mientras vosotros os ocupáis de ese imbécil. Estaré ahí por la mañana para hablar con él y poner fin a todo esto.

Después de coordinar la operación para esa noche, Hunter realizó dos llamadas de teléfono más, ambas necesarias aunque no le gustaban ni un pelo. Luego se vistió con rapidez, se cepilló los dientes y buscó el teléfono de Kata, que entregó a su padre para que lo guardara. No quería que ella tuviera forma de Mamar a Ben mientras estaba en peligro. Y si no le volvía a llamar jamás, mejor todavía.

Hunter se frotó las húmedas palmas de las manos en los vaqueros y respiró hondo ante la puerta del cuarto de baño donde Kata acababa de encerrarse. No le sirvió de nada; seguía teniendo los músculos tensos. Ojalá hubiera otra manera... Pero no la había y él lo sabía. No existía otra opción.

Se le aceleró el corazón mientras forzaba la puerta. El aire húmedo y fragante le envolvió. Todo olía a ella, a lirios frescos y vainilla; todo dulzura. Era demasiado excitante. Como siempre, se puso duro al instante.

Dios, ¡cómo amaba a esa mujer!



Al verle, Kata contuvo la respiración y estiró el brazo para coger la toalla. Él llegó antes, encantado de que ella sólo llevara puesto un tanga de encaje azul claro. Suave piel dorada y exuberantes pechos con enhiestos pezones rosados que le tentaban como nada en el mundo. Los empapados mechones oscuros le caían por la espalda, enmarcando la cara recién lavada. Apenas podía esperar para volver a estar dentro de ella, para abrazarla. El día anterior ella no había estado preparada y él no la había presionado, no había disfrutado de la íntima y sedosa intimidad de su sexo.

Pero esta noche, las espadas estaban en alto.

Al darse cuenta de que él no iba a darle la toalla y de que se interponía en el camino hacia su ropa, Kata le miró orgullosa, con la barbilla alzada.

—¿Qué quieres ahora? Ya te he dicho cómo me siento y lo que necesito. Si lo que pretendes es impedir que me vaya, no lo conseguirás.

Ah, esa terca vena de Kata que tanto le gustaba. En condiciones normales discutiría con ella hasta que ambos se cansaran, o hasta que decidiera seducirla y la hiciera gritar de placer. Pero esta situación estaba muy lejos de ser normal. Hasta el amanecer, lo más importante era protegerla. Era lo único indispensable. Hunter sólo conocía una manera de conseguirlo... Concederle lo que tanto deseaba.

Algo que le destrozaría el corazón.

No se hacía ilusiones, jamás volvería a ser el mismo. Iba a sentirse tan jodido, miserable y solo como se había sentido su padre durante los últimos quince años, igual que se sentía Logan ahora. Hunter siempre había jurado que haría lo que fuera cuando encontrara a una mujer que lo significara todo para él.

Y, maldita sea, en unas horas no le quedaría más remedio que dejarla marchar.

Cruzó los brazos sobre el pecho para contener el deseo de abrazarla, de perderse en su tentadora piel... y no detenerse jamás.

—Para empezar, si te vas a casa no sólo te expondrás tú misma al peligro, sino también a tu familia. Puede que tú no sepas quien es el gilipollas que te amenaza, pero él te conoce muy bien. ¿No crees que podría atentar también contra todos a los que amas?

Kata alzó la barbilla con terquedad, pero asintió con la cabeza, aunque no quisiera reconocerlo, sabía que él tenía razón. A pesar de ello, Hunter tenía que poner las cartas sobre la mesa y sabía de sobra que la suya era la mano perdedora.

—Quiero proponerte un trato, cielo. Hoy haré todo lo que sea necesario para neutralizar la amenaza que pesa sobre ti. Mañana serás libre en todos los aspectos. —Apretó los puños—. Incluso firmaré los putos papeles del divorcio.

En cuanto escupió esas palabras, quiso poder borrarlas. Para él, ella lo era todo... Lo había sido desde el momento en que la vio por primera vez. Deseó poder conseguir que lo entendiera pero, a menos que también le amara, que aceptara sus necesidades y las de ella, estaban condenados.

La sorpresa fue evidente en la expresión de Kata, junto con algo de... ¿pena, tal vez? ¿O quizá sólo estaba viendo reflejados sus propios deseos?

Ella suavizó el gesto.

—G-gracias por ser, finalmente, un poco razonable.

¿Razonable? Dentro de cinco segundos no pensaría así.

—Pero sólo lo haré si pasas esta noche conmigo.



CAPÍTULO 18

«¿Hunter estaba dispuesto a firmar la demanda de divorcio?»

Kata tragó saliva mientras la atravesaban unas conflictivas emociones. Esperó sentir alivio; después de todo, la montaña rusa emocional en la que había estado subida los últimos días iba a detenerse. Sin embargo, sólo sintió una repentina desilusión. Lo más probable era que después de esa noche no volviera a ver jamás a Hunter. Parpadeó para contener las lágrimas que le hacían arder los ojos como si fueran ácido. Era como si le hubieran arrancado el corazón.

¿Se había vuelto loca? Había sido ella quien había exigido el divorcio. ¿Por qué una retorcida parte de su interior quería aquello en cuanto él cedía un poco?

Santo Dios, ¡se había enamorado de él!

Kata cerró los ojos. Menudo momento para darse cuenta.

—¿Me has oído? —Hunter estaba apoyado contra el marco de la puerta y tenía la mirada clavada en su cuerpo.

Era arrogante y desafiante. Maldición, no parecía que tuviera el corazón roto. ¿La amaba tanto que no le importaba tirar la toalla tras intentar conquistarla durante sólo cuatro días...? Pero no antes de que se saliera con la suya una vez más y le robara otro pedacito de su alma, por supuesto. Sería entonces cuando la dejaría marchar.

Quizá, finalmente, Hunter se había dado cuenta de que su matrimonio era una apuesta perdedora.

—Sí —respondió con un repentino nudo en la garganta—. Pasaré la noche contigo y tú firmarás la demanda.

Al decir esas palabras sintió como si un cuchillo mellado le hiciera un horrible agujero en el pecho; pero él no iba a cambiar y su dominación la perturbaba. Que los padres de Hunter se hubieran separado por culpa de la naturaleza dominante del Coronel no era buena señal. Pasar el día con Caleb había demostrado que el leopardo no podía borrar sus manchas. Y Logan parecía forjado con el mismo molde, al menos si se fiaba de los exigentes gruñidos con los que había respondido a las chicas con las que mantenía aquellas relaciones de BDSM y que ella había escuchado sin querer. Quizá fuera demasiado sensible, pero prefería morir antes de que cualquier hombre desplegara sobre ella el tipo de poder que Gordon ejercía sobre su madre.

Había compartido con Hunter el mejor sexo de su vida. Siempre había sabido que tendría inclinación por alguien con honor, honrado y determinado. Dejando a un lado el tema de la dominación, su esposo era todo lo que quería de un hombre y sentía algo muy profundo por él, pero ella jamás sería el tipo de mujer que él necesitaba y eso acabaría por destrozarla.

Tenía que encontrar las fuerzas necesarias para alejarse antes de que se hicieran más daño el uno al otro.

Hunter la taladró con una penetrante mirada azul.

—¿Y?

—Lo haré —dijo con un hilo de voz—. ¿Qué sabes sobre el asesino?

—Tengo un plan. Jack y Deke me ayudarán. Mañana todo habrá acabado.



En esa cuestión, Kata confiaba en él por completo. Estar casada con Hunter podía ser tan aterrador como saltar a un abismo, pero sabía que él jamás permitiría que nadie ni nada le hiciera daño. Y a pesar de todo lo ocurrido entre ellos, le debía la vida.

—Gracias. No sé cómo lo has logrado, pero te estoy muy agradecida.

—Te lo explicaré todo cuando esté solucionado.

Kata asintió con la cabeza a pesar de sentirse muy intrigada. Hunter siempre actuaba así. No podría cambiarle, pero quería tocarle, acariciarle las mejillas, besarle en la boca. El tipo de cosas que haría una mujer enamorada, así que no hizo nada.

—Gracias.

—De nada. Ten la maleta preparada a las cinco. El Coronel y Logan se ocuparán de tu madre. Conseguiré que mi padre resulte menos abrumador. Te aseguro que está en buenas manos. Mañana serás libre por completo. —Se interrumpió y bajó la mirada a las braguitas de encaje de color azul—. Pero esta noche... nada de bragas.

Dicho eso, él se dio la vuelta y se fue, cerrando la puerta muy despacio.

Kata clavó los ojos en la sólida madera de roble que se interponía entre ellos. ¿Eso era todo? ¿No le daba un beso? ¿Ni un abrazo? Desde luego ella lo hubiera querido, incluso aunque esa noche se dijeran adiós.

Se vio atravesada por una oleada de desolación que la dejó sumida en una profunda tristeza. Hunter parecía más indiferente que ella.

Miró su reflejo en el espejo empañado con el ceño fruncido y cerró los ojos para luchar contra la amalgama de emociones que pesaba sobre ella. Necesitó de todas sus fuerzas para conseguirlo. ¿Cómo era posible que Hunter se hubiera metido en su corazón con tanta rapidez que ahora no sabía cómo iba a vivir sin él?

Negó con la cabeza. No le había necesitado durante veinticinco años, así que encontraría la manera de conseguirlo también durante el resto de su vida. Pero antes tenía que centrarse en conseguir llegar al final de esa noche, porque Hunter la desnudaría en cuerpo y alma. Dejaría al descubierto todo lo que había en su interior y lo tomaría. Temía que después, jamás volvería a ser la misma.

Hunter condujo a través de la ciudad en silencio. Kata quiso preguntar adónde iban, pero la quietud reinante no invitaba a conversar. Sabía que, donde quiera que fueran, él la protegería.

Pero no tenía la misma certeza con respecto a su corazón.

Antes del anochecer, se detuvieron por fin ante una casa bastante grande. Estaba en las afueras, en una calle aislada. Era una casa de ladrillo con las contraventanas negras y grandes ventanales que daban a un paseo con robles de altura imponente, cuyas ramas formaban un agradable túnel vegetal sobre un camino adoquinado. Había flores por todas partes. Se respiraba un aire a dinero antiguo y decadencia sureña.

Cuando Kata salió del vehículo, Hunter se acercó y le sostuvo la puerta. Ella observó que había un todoterreno negro aparcado delante.

—¿Hay alguien más aquí?

El cerró la puerta.



—Acompáñame.

—¿Quién vive aquí?

—El dueño no estará aquí esta noche. No quiero más preguntas.

Definitivamente Hunter mostraba su cara de Amo. El tono duro y la distancia que había puesto entre ellos, dolía. Luchar sólo haría que, al final, saliera más lastimada, pero deseó rodearle con los brazos, apretar los labios contra los suyos y pedirle que se abriera a ella.

Aquélla era la actitud que él le había pedido desde el principio. Dio un respingo ante ese pensamiento.

Hunter la cogió del codo y la condujo por el camino adoquinado hasta la puerta. Kata no podía dejar de pensar en que aquella noche juntos resultaría impersonal. A pesar de todo lo que él la había presionado, de cómo se había colado en su vida, en su psique e incluso en su corazón, el Hunter que tenía ahora delante resultaba tan remoto que quiso gritar.

—¡Espera!—Kata tragó saliva para aplacar los nervios—. N-no quiero que sea así. Tú... —Intentó aferrar alguno de sus alocados pensamientos, encontrar las palabras correctas—. Es como si yo ya no te gustara, incluso parece que me odias. Si es así...

No llegó a terminar la frase. Hunter la tomó entre los brazos y capturó su boca; le agarró el pelo con los puños, enredó los labios con los suyos y su corazón palpitó contra el de ella. Le obligó a abrir la boca y se sumergió en ella. Al instante, el beso se tornó profundo; íntimo. Él envolvió su lengua con la suya como si no tuviera otra cosa que hacer en toda la noche. Con un ansia devoradora, Hunter engulló sus sentidos y silenció sus preocupaciones. Ella se apretó contra él, le rodeó el cuello con los brazos y se perdió en el familiar sabor de su marido. Santo Dios, quería que ese beso no terminara jamás.

Ella gimió y él se apartó, apretando los labios en una línea sombría.

—Te deseo; no lo dudes nunca. Entra.

Hunter abrió la puerta. Kata pudo observar que se encontraban en un vestíbulo de paredes en tonos cálidos, techos altos y muchos detalles de estilo toscano antes de que él la condujera por un largo pasillo. Contuvo las preguntas. Él le revelaría sus intenciones cuando fuera necesario. A pesar de lo mucho que odiaba admitirlo, Hunter conocía su cuerpo como la palma de su mano. A ella le encantaría cualquier cosa subyugante, controladora y exigente que tuviera planeada.

La llevó hasta la última habitación y la invitó a entrar en un dormitorio enorme, envuelto en sombras grisáceas. Una vez en el interior y con la puerta cerrada, pulsó un interruptor y una luz dorada inundó la estancia. Las paredes estaban pintadas a rayas blancas y beige. Había un tradicional cabecero blanco enmarcado por pesados cortinones de brocado y una elaborada cornisa blanca en el techo; una chimenea de mármol encendida y una repisa blanca prestaban a la habitación un aire de decadente elegancia. No había instrumentos de BDSM por ningún lado.

Kata se volvió hacia Hunter con una pregunta en la mirada.

Él tragó saliva.

—¿Te gusta?

Era un espacio acogedor, romántico, seguro, pero...

—Sí. Imagino que me esperaba algo parecido a la sala de tu hermano.

Una expresión que ella no logró descifrar atravesó la cara de Hunter.

—Esta noche es tuya, cielo. Haremos lo que tú quieras.



Estuvo a punto de preguntarle por qué sólo podían estar así esta noche y no todas las veces anteriores, pero lo sabía. Simplemente no era algo que a él le gustara hacer siempre. Pero, esa noche, Hunter estaba dispuesto a anteponer los deseos de ella a los suyos.

Lo que hizo que le amara todavía más.

Kata contuvo las lágrimas.

—Esto es... —«Increíble»—. Gracias.

Pareció que Hunter quería decir algo más, pero se mantuvo en silencio con las manos en los bolsillos.

—Dime qué es lo que quieres.

Con él todo era como un ciclón de deseo, tan intenso que siempre se sentía en medio de una rugiente tormenta. Durante los últimos días, Kata había deseado que aflojara un poco, que no intentara llegar a su mente y a su alma. Pero ahora que él le daba lo que quería, Kata no sabía qué hacer.

—¿Podemos simplemente... estar juntos? ¿Qué sea algo suave... quizá tierno?

Durante unos segundos, los duros ángulos de la cara masculina se fruncieron de incertidumbre. Por fin, él le acarició el hombro y le puso la mano en el cuello.

—Por ti, sí.

Su corazón estaba a punto de romperse. Lo haría en cuanto él se inclinara y la besara suavemente, acariciándole los labios, rozándoselos con la lengua. Kata se aferró a los anchos hombros de Hunter y apretó su boca contra la suya. El no dudó en abrirla, en hacer más hondo el beso hasta que ella sintió que se ahogaba en las dulces garras del placer.

—¿Quieres acostarte?

Por supuesto. Esa despedida iba a ser larga y ardiente. Kata no quería apresurarse ni permanecer de pie. Aquella noche iban a estar envueltos en sábanas suaves, mantas arrugadas y suspiros tiernos... Un capullo para amantes.

—Por favor.

Hunter se acercó al interruptor y apagó la luz.

Desde su primera noche en Las Vegas, ella sabía que a él le gustaba tener la luz encendida; quería disfrutar del efecto que tenía sobre su cuerpo. La oscuridad que ahora reinaba en el dormitorio era otra concesión por su parte.

Lo irónico era que ahora ella ya se sentía cómoda con él en cualquier situación. De hecho, hubiera preferido poder ver cada expresión de la apuesta y familiar cara de Hunter.

Antes de que ella pudiera decírselo, él la cogió de la mano.

—Tú mandas.

Kata frunció el ceño. Sabía que él estaba dejándole marcar la tónica, intentando darle lo que quería, pero ese comportamiento era tan poco propio de Hunter que se preguntó si cuando hicieran el amor esa noche estaría del todo con él.

Se mordisqueó los labios y le llevó hasta la enorme cama. Él la siguió sin decir palabra, esperando que ella le empujara para hundirse en el colchón, hasta sentir sobre la espalda las sábanas sedosas y embriagadoras.



El se desperezó a su lado y, llevando su mano con la de él, le hizo girar la cara. Sus miradas se encontraron entre las sombras; indagadoras. .. Y, maldición, Kata estuvo a punto de sollozar. Le miró y le rodeó con los brazos para apretarse contra su cuerpo.

Hunter deslizó sus brazos alrededor de ella.

—Dime qué es lo que quieres esta noche, cielo. Sea lo que sea, te lo daré.

Ése sería su regalo de despedida. Lo oyó en su voz.

Kata se vio apresada por una mezcla de tristeza y pánico. Contuvo un sollozo y le cubrió la boca, desesperada por degustar su sabor masculino, su abrazo suave. Él le devolvió el beso, cada aliento, cada roce de labios, cada caricia de la lengua. Intentó dejarse llevar por la pesada y dulce marejada de deseo que él creaba normalmente en su interior, pero no estaba allí.

—¿Qué te pasa? —Ella clavó los ojos en él en la oscuridad, intentando entender.

—Nada. —Hunter le acarició la cara—. Intento darte lo que quieres.

Sí, eso había dicho antes, pero algo no iba bien.

—Dime qué quieres tú.

Él le brindó una sonrisa llena de pesar.

—Todo lo que no haces. Así que mejor no toquemos el tema. Déjame darte esta noche.

Hunter estaba tratando de ser algo que no era. Por ella. La dejaría ir... por ella. De repente, supo lo que quería.

—Quiero que seas tú —farfulló en el silencio.

Hunter suspiró.

—Kata...

—Sé que antes tenía miedo. —Él se había colado en lo más profundo de su ser, aquel hombre la había encandilado. Aunque había intentado detenerle, él se había metido en su alma y le había robado el corazón. Kata no podía proteger lo que ya le había entregado—. Esta noche es nuestra última noche juntos. Quiero estar contigo por completo.

Esta vez, sería su regalo para él. Para los dos.

Él tensó la mano que tenía en su cuello.

—¿Estás segura?

Sí y no. Hunter iba a despojarla de cada barrera y de cada artificio, pero por una vez en su vida, no tenía miedo de entregarle su confianza, su amor. Mañana podría volver a ser la mujer sarcástica, introvertida y cáustica. Pero esa noche quería conectar con Hunter de una manera en que no habían conectado antes. En que nunca conectaría con otro hombre.

Sonrió.

—Sí, Señor.

Él vaciló, luego tiró de su mano para que se pusiera en pie.

—Está bien, cielo. Ven conmigo.

Kata le apretó la mano mientras él la guiaba fuera de aquel acogedor dormitorio y la llevaba por el pasillo. Se detuvo ante otra puerta. Se mantuvo inmóvil cuando él sacó una tela negra de seda del bolsillo trasero y se la puso sobre los ojos, aguardando un momento; como si esperara que ella objetara algo. Kata apretó los labios y se obligó a seguir adelante, a cumplir la promesa que se había hecho a sí misma.



—Muy bien. —Él alabó su contención—. Gracias. Estoy orgulloso de ti.

La hizo girar. Kata esperaba que él le atara las muñecas, pero sólo anudó la tela en la parte de atrás de la cabeza.

—Kata, ¿puedes ver algo? Dime la verdad.

—No. —Era la aterradora realidad.

Kata escuchó un suave «clic» y luego un largo chirrido. Notó una corriente de aire frío cuando él la empujó hacia delante, guiándola con un brazo alrededor de la cintura y la mano en la cadera. Luego oyó que se cerraba la puerta.

Tragó nerviosa. ¿Qué era lo que Hunter no quería que viera? Recordó la sala de Logan. Se estremeció. El había admitido que aquellos artilugios no le resultaban extraños y sabía que le desquiciaban. ¿Era por eso por lo que le había vendado los ojos?

—La palabra segura esta noche es «rojo». ¿Entendido?

—Rojo. Sí. —Kata sabía, sin preguntar, que si cualquier cosa que Hunter le hiciera la asustaba o lastimaba, podría decir esa palabra y él se detendría sin vacilar.

Frunció el ceño. ¿Cuándo había comenzado a confiar en él de esa manera? Ese hombre la había seducido, se había casado con ella cuando estaba demasiado borracha para ser racional, la había dominado, zurrado y castigado. Pero también le había proporcionado más placer y mostrado más devoción que nadie en su vida, y jamás había faltado a su palabra. Tampoco ahora le haría daño.

Y saldría de su vida después de esa noche.

La realidad cayó de nuevo sobre ella. Surgió una llamarada de pánico acompañada de la necesidad de sentirle cerca. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Sería por la vulnerabilidad que suponía tener los ojos vendados? ¿O por los inútiles sentimientos que Hunter despertaba en ella?

Demasiado asustada para responder a esas preguntas, se volvió hacia donde él estaba y le rodeó con los brazos.

—Tranquila. —La sostuvo y la estrechó contra su cuerpo—. ¿Estás bien, Kata?

—Estoy un poco asustada. —Quería decirle más, pero se obligó a mantenerse en silencio y confiar en él. A complacerle.

—Estarás bien. Esta noche no has elegido lo que siempre te has dicho a ti misma que quieres, y me alegro. —La sinceridad era palpable en su voz—. Déjame darte lo que necesitas. Ríndete a mí.

Kata alargó la mano para tocarle.

—Sí, Señor.

Hunter le cubrió la boca otra vez con la suya, con una hambrienta demanda, y ella se perdió.

Ya lo lamentaría más tarde, pero ahora quería abrirse a él por completo. Si ésta era su única noche, quería que la conexión entre ellos fuera más profunda que nunca. Quería saber que había estado con él sin artificios, barreras o miedos.

Sabía que podría dolerle al día siguiente, pero también que él haría cualquier cosa que fuera necesaria para ofrecerle un placer absoluto. Se puso en sus manos y dejó a un lado cualquier reserva.

—Desnúdate, Kata. Primero los zapatos, después la camisa, el sujetador, los pantalones... Hazlo en ese orden. Dobla las prendas y ponlas en la mesa que está a tu lado. Una vez que estés lista, dámelas.



Le dio un vuelco el corazón, como si hubiera saltado a un abismo. Una semana antes, habría odiado su tono a pesar de lo mucho que la conmoviera. Ahora, se concentró en el sonido de su voz, en entregarse, complacerle, experimentar todo lo que podían llegar a ser. Sólo esa noche.

—Sí, Señor. —Se quitó los zapatos y buscó la mesa a tuestas, encontrándola justo a su lado. Siguió desabrochándose la camisa, soltó un botón tras otro con una temeraria destreza hasta que se la quitó. La dobló lo mejor que pudo y la dejó a un lado. Respiró hondo y se deshizo del sujetador. La orden era cada vez más aterradora. Se abrió el botón de los vaqueros y los deslizó por las piernas; siguiendo las instrucciones de Hunter no se había puesto bragas.

Kata se quitó los vaqueros y los dobló antes de ponerlos encima del resto de la ropa. Con un profundo aliento, se la ofreció a él. Hunter estaba justo ahí, cogiendo la ropa que ella le tendía, y la recompensó con un beso en la boca.

Kata se mantuvo erguida ante él, con el corazón desbocado y la sangre corriendo a toda velocidad. Orgullosa, asustada... preparada.

Hunter la tomó de la mano, la guió a través de la estancia y la empujó suavemente hasta que su espalda reposó contra algo acolchado. Kata se estremeció y quiso preguntar qué era lo que había planeado, pero no lo hizo.

—Separa las piernas.

Tomó aire y obedeció. Notó que algo frío y suave, que parecía cuero, se deslizaba alrededor de un tobillo. Se escuchó un sordo «clic». Hunter repitió la misma acción en la otra pierna. Luego le acarició el muslo, el vientre, los pechos hasta llegar a la muñeca, que alzó por encima de su cabeza. Al momento, sintió el frío roce metálico de unas esposas. Por fin, él cogió la otra mano y entrelazó sus dedos antes de hacer que levantara el brazo.

Kata quedó esposada arriba. Santo Dios, estaba inmovilizada por completo ¿por qué la quería ver tan impotente? Y aún así, al escuchar el gemido de aprobación de Hunter junto a su oreja y la presión urgente y dura de su cuerpo contra ella, sintió el poder que tenía sobre él.

Tras cerrar la esposa alrededor de su muñeca, él deslizó la punta de un dedo por el interior del brazo, por el pecho, sobre el pezón, que apretó con la presión necesaria para que notara una tímida pizca de dolor.

Hunter se inclinó y le deslizó los labios por el hombro hasta la oreja.

—Nos están observando, cielo.

Ella se quedó paralizada y sin aliento. ¿Había alguien allí con ellos? ¿Quién?

Unos ojos ardientes vagaron por su piel, evaluándola y acariciándola. Kata se estremeció, presa de la helada emoción que la atravesó de los pies a la cabeza. Se sintió vulnerable y fue consciente de cada tenso centímetro de su piel, de los apretados brotes en que se habían convertido sus pezones, de los pliegues anegados de su sexo deslizándose uno contra otro cada vez que se movía. Y un desconocido podía verlo todo.

Como si pudiera escuchar sus acelerados pensamientos, Hunter murmuró:

—Hombros erguidos, el pelo a la espalda. Muéstrale lo jodidamente sexy que eres. Demuéstrale que soy el más afortunado bastardo del mundo por poder follarte esta noche.

«¿Él?». Los pensamientos, las palabras de Hunter la excitaron de la misma manera que las inseguridades la hicieron flaquear.

—Un desconocido está mirándome las caderas y los muslos.



—Son hermosos y exuberantes. Yo también los estoy mirando. Si ves que no puedes comprometerte a someterte esta noche, usa la palabra segura. Sino comenzaré a acariciarte mientras él observa.

Kata debería estar horrorizada al pensar que la miraba un extraño. Ansiosa por lo que pensaría ante su aspecto, pero Hunter exigía su conformidad. Y ella quería complacerle.

Esto era su fantasía hecha realidad. Contuvo el aliento. Oh, Dios, ¿tenía Hunter intención de ofrecerle su fantasía completa? Siendo tan posesivo como era, ¿la compartiría con otro hombre?

Hunter le rozó los pezones con el pulgar, disolviendo sus pensamientos. Apretó su cuerpo contra el de ella, la besó en el cuello y la hizo sentir más sexy que nunca. Kata suspiró y deseó poder relajarse. Por él.

—Sí, Señor.

—Eres tan condenadamente sexy —gimió él contra su piel mientras le besaba los pechos, lamiendo y excitando los pezones hasta convertirlos en picos enhiestos.

Ella notó un calambrazo, como si hubiera metido los dedos en un enchufe. El placer fluyó de un pico a otro y luego descendió como una flecha entre las piernas. Su primer instinto fue apretar los muslos, pero las ataduras se lo impidieron. Gimió.

Casi podía sentir la sonrisa de Hunter cuando se acercó todavía más e introdujo un pecho en su boca, succionando la cima con dureza.

El primer tirón fuerte fue una sorpresa. Kata lloriqueó y le hormigueó todo el cuerpo. Florecieron unas sensaciones familiares, pero de alguna manera desconocidas como una nueva primavera. El placer, hibernado desde la última vez que él la había tocado, resurgió como una llamarada, excitando todos sus nervios.

Él deslizó entonces la mano por su abdomen hasta sus pliegues mojados, encontrando infalible su dolorido clítoris. Y dejó de importarle quién pudiera estar viendo cómo Hunter le daba placer.

Se puso en manos de su marido. Sin control, sin responsabilidad, sin saber lo que ocurriría después. Una semana antes, habría pensado qué le haría a continuación y si lo toleraría. Ahora, sólo podía pensar en que quería más.

—Así, empapada —murmuró él contra su piel—. Hueles de maravilla, me muero por saborearte.

Pensar en la boca de Hunter sobre ella, llevándola más allá de su control mientras alguien observaba, hizo que su deseo se incrementara. Kata apretó los puños e intentó respirar a pesar de que, entre sus piernas, la dolorosa presión se intensificaba todavía más.

Los dedos largos y hábiles de Hunter rozaron su sexo otra vez, rodeando el pequeño brote en un ritmo imprevisible que la dejó sin respiración. Cada vez que la tocaba, la llevaba más cerca del límite del placer. Cuando Kata apenas era capaz de coger aire, él se apartó. Ella estaba tensa, y se retorció contra sus ataduras.

—Por favor... —suplicó.

Pero Hunter no se ablandó.

—Él nos observa. Sé una buena chica y acepta lo que te doy.

Santo Dios, esas palabras. Estaba dispuesta a resistir ese tormento por complacerle.

—Sí, Señor.



Antes de que ella pudiera tomar aliento, Hunter se arrodilló entre sus pies y la sujetó por las caderas. Su corazón se aceleró de anticipación cuando sintió su cálida respiración en el sexo. Se tensó, esperando.

El primer roce de su boca no fue tentativo ni suave. Buceó en su interior con avidez, devorando su carne hábilmente, deslizando la lengua entre los pliegues empapados y acariciando su clítoris con una firmeza que la hizo ponerse de puntillas y desear salirse de su piel. Él se rió entre dientes antes de volver a hacerlo una y otra vez.

En cada ocasión su boca profundizaba más, de una manera más íntima, como si él tuviera intención de saciarse por completo. Como si pensara dejar su impronta en ella para siempre.

El placer se incrementó y Kata quiso tocarle, sentir el suave roce de su pelo corto en los dedos, la protuberante forma de la musculatura de sus hombros contra las palmas. Pero atada y con los ojos tapados, sólo podía resistir aquella deliciosa tortura.

De repente, se unió al ritmo la pesada respiración de un hombre en su oído. «¡Oh, Dios!, el desconocido», pensó mientras Hunter atrapaba el clítoris entre los labios. Ver cómo Hunter la hacía consumirse de deseo excitaba al extraño. El dolor entre sus piernas se apretó un poco más.

El latido del corazón le atronó en los oídos. El precipicio del orgasmo surgía amenazador ante ella; sólo una dulce caricia más de la lengua de Hunter y caería por el borde. Pero él se apartó. Soltó las ataduras de sus tobillos y luego las de las muñecas. Se las frotó con manos firmes y suaves hasta que ella recuperó la circulación en los dedos.

—¿Qué haces...? —Se dejó caer laxa contra él, notando el roce de su camisa almidonada y de los vaqueros contra la piel hipersensible, incrementando sus sensaciones.

—No digas ni una palabra —le advirtió Hunter en tono seco al tiempo que le daba un azote en el trasero.

Kata gimió, le dolía todo el cuerpo. Era como una granada sin espoleta a punto de estallar en cualquier momento. El golpe en las nalgas sólo magnificó la inminente explosión entre sus piernas.

—Date la vuelta. —La cogió por las caderas y la hizo girar, dejándola frente a un torso masculino que olía a almizcle y pino... Un olor vagamente familiar que no pudo situar. De repente, sintió la jadeante respiración de Hunter en el pelo, contra la oreja—. Bésale.

¿Al desconocido? La anticipación y el miedo se apoderaron de sus entrañas a partes iguales. Kata quiso preguntarle quién era, pero entonces no se trataría de su fantasía. Sería la voluntad de Hunter.

Unos labios firmes se rozaron suavemente contra los suyos, tiernos y con un ligero sabor a menta. Era agradable. Kata se relajó y respondió al beso. El desconocido se apoderó de su boca, rozando su lengua con la de él. La excitación formó espirales de deseo en su vientre, que se aunaron entre las piernas y la azotaron sin misericordia.

En ese momento, Hunter la rodeó con los brazos y comenzó a frotarle el clítoris con un ritmo cruel y constante.

—Ni se te ocurra correrte.

—Pero...

El desconocido la acalló con otro beso duro, y ella se aferró a su sólido bíceps mientras esperaba que Hunter la condujese más arriba. Contuvo la respiración y el hombre se tragó el sonido con su boca. Aquel era un beso impaciente, voraz, intenso.

—Apártate —gruñó Hunter.



Al instante, el desconocido se alejó de su boca. Kata todavía estaba procesando la orden de Hunter, intentando comprenderla. Pero él eligió ese momento para dejar de acariciarle el clítoris y subir las manos hasta su cara. Pintó con sus fluidos la suave piel de los labios, tanto el superior como el inferior. Kata sintió un hormigueo en el estómago.

—Bésale otra vez.

Lo hizo sin vacilar. Si antes el desconocido la había besado con resolución, ahora lo hacía con exigencia, mordisqueándole y lamiéndole los labios, succionándose los con un gruñido.

—Soy demasiado egoísta para regalarle uno de tus orgasmos —le susurró Hunter al oído—. Son míos, pero estoy viendo lo mucho que le gusta el sabor de tu coño, cielo. Quiero que juegue contigo hasta que te haga gritar.

Kata gimió.

—¿Te parece bien? —le preguntó al otro hombre.

—¡Joder, claro que sí! —susurró el desconocido contra su boca.

Una vez más encontró que la voz le resultaba familiar, pero sus sentidos estaban en otra cosa y su cuerpo se rebelaba.

Él le encerró la cara entre las manos y se apoderó de sus labios con otro beso urgente, dejándola hambrienta y anhelante. Luego se alejó y comenzó a recorrerla con la boca. Se deslizó por el cuello y por la curva superior de los pechos. Tardó en capturar un pezón en su boca pero, cuando lo hizo, comenzó a succionarlo con intensidad. Ella contuvo el aliento y le introdujo los dedos entre los cabellos. Él se rió entre dientes contra su piel.

El extraño le rozó el vientre antes de dejarse caer de rodillas. Kata apenas tuvo un momento de respiro, en el que sintió su mirada penetrante, antes de que él separase los labios vaginales con los pulgares. Contuvo el aliento cuando él cerró la boca en el clítoris y comenzó a chuparlo suave pero intensamente.

Ella gritó y levantó los brazos hacia atrás, envolviéndolos alrededor del cuello de Hunter para sostenerse.

—¿Te gusta esto, cielo? —susurró a su oído, con la gruesa polla clavándose dura e insolente en las curvas de sus nalgas a través de los vaqueros.

A ella le había gustado más cuando lo había hecho Hunter, pero la certeza de que él la observaba era algo excitante y atractivo en sí mismo. Gimió por toda respuesta.

El se rió en su oído. Retirando el pelo a un lado, comenzó a besarle los hombros y a estrujarle los pezones hasta que estuvieron erizados. La cabeza del desconocido oscilaba de arriba abajo entre sus piernas, deslizando la lengua contra el duro brote de nervios una y otra vez. La fricción casi la venció. Kata centró la atención en contener el orgasmo, pero el desconocido era... muy bueno. Ella se aferró a Hunter con más fuerza.

—Eres tan sexy, cielo —murmuró sólo para ella, lanzándola todavía más arriba.

Dios, estaba tan cerca que le parecía que su sangre era lava ardiente en sus venas.

—Dale un respiro, hombre —dijo Hunter—. Está a punto de correrse.

Al instante, el desconocido aminoró la intensidad de sus caricias, las succiones voraces se convirtieron en suaves lametazos. Kata gimió en señal de protesta.

—Ya te lo he dicho, tus orgasmos son míos. Pero me encanta saber lo excitada que estás. Separa más las piernas para él.



Kata se mordió los labios. Hunter la controlaba por completo, incluso a través de los movimientos de otro hombre. Se retorció, cubierta por una capa de sudor, acalorada y anhelante. Hunter le acarició los brazos, le mordió los hombros. Ella quería más.

Él le hizo girar la cara hacia él y Kata dejó caer la cabeza, aproximando sus labios a los de él. Pero Hunter se resistió.

—No eres tú quien manda. ¿Necesitas una zurra, Kata?

Seguro que iba a hacer que el desconocido la mantuviera al borde del orgasmo tanto tiempo como quisiera, y ella no podría hacer nada para impedirlo. A pesar de que aquello le gustaba, deseó que fuera la boca de Hunter la que la acariciara tan íntimamente, su lengua la que la volviera loca de goce, todavía más que ahora.

Por fin, ella separó las piernas.

—Más —musitó él contra sus labios.

Con un gemido, ella obedeció.

—Suficiente. Arquea las caderas hacia delante —dijo Hunter encima de su hombro, mirando hacia abajo mientras ella lo hacía—. Sí. Un poco más. Perfecto.

Los labios del desconocido ya estaban allí, lamiendo la hendidura de su sexo de arriba abajo, separando los labios vaginales otra vez para poder jugar con la lengua en la base del clítoris, aguijoneando la punta. La sensación la despojó rápidamente de cualquier reserva, y Kata se arqueó más hacia delante, ofreciéndose a esa boca ansiosa.

El aceptó la invitación al instante, separando los labios sobre el sexo y hundiendo la lengua lo más profundamente que pudo, al tiempo que friccionaba los dientes contra el clítoris de una manera que la hizo clavar las uñas en Hunter llena de desesperación.

La tortura le pareció eterna. La mantenía al límite de un placer más afilado que un lecho de púas, con cada punta clavada en su piel. Y Kata supo que no era porque la tocara un desconocido, sino porque Hunter lo quería así para poder concederle su fantasía.

En algún momento, él iba a arrancar el control de su cuerpo de las manos de ese hombre para darle todo lo que ella anhelaba. El mismo pensamiento casi la lanzó por al abismo.

—Aléjate —ordenó Hunter—. Vuelve a estar a punto.

El desconocido emitió un gemido de frustración pero retrocedió. Hunter la rodeó hasta detenerse al lado del otro hombre. Una ráfaga de aire fresco acarició su piel recalentada mientras oía el susurro de la tela. ¿Se estaban desnudando? Se le puso la piel de gallina.

Un poderoso agarre en sus hombros la obligó a agacharse antes de escuchar la voz de Hunter.

—Ponte de rodillas.

Aquellas palabras la hicieron estremecer de arriba abajo. ¿Quería que se la chupara a un desconocido mientras él miraba? Una emoción extraña corrió pareja con la incomodidad. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Querría él que lo hiciera en realidad o sólo le estaba concediendo la fantasía que no había llevado a cabo la noche que se conocieron?

—Kata. —Una advertencia, seca y ruda.

Podría hacerlo para complacerle. Sucumbió a la presión de sus manos, de su voz, y hundió las rodillas en la gruesa alfombra.

Una mano suave le acarició el pelo antes de urgir a inclinarse hacia delante. Sus labios se tropezaron con la aterciopelada piel de una erección. Abrió la boca para recibirla, segura de que



no pertenecía a Hunter. En cuanto lamió el glande, se cercioró. Aquel hombre sabía salado, selvático, carnal... Extraño. El desconocido gimió.

—Más —exigió Hunter—. Hasta el fondo de la garganta.

La orden provocó en ella varios efectos: un estremecimiento erótico, una emoción prohibida, un deseo de agradar. Abrió la boca y acarició con la lengua la parte inferior de la gruesa erección antes de tragarla tan profundamente como pudo.

El gemido sofocado del desconocido le dijo que le había gustado, así que lo volvió a hacer.

Cuando abrió más la boca para acogerle una tercera vez, Hunter le agarró el pelo con el puño y la apartó de esa erección para dirigirla a la suya. El sabor familiar le golpeó la lengua y su deseo se incrementó. Eso era lo que ella quería. Le deseaba a él.

Si ésta era la última noche juntos, no quería disfrutar de una fantasía inspirada por un viejo libro; quería estar con Hunter. Su relación podría ser breve, y ella podría estar demasiado asustada para que pudieran seguir juntos para siempre jamás, pero no podía negar que le amaba.

Kata devoró con ansia la polla de Hunter, tomándole hasta la garganta. La rodeó con la lengua suavemente, le lamió el glande, cerró los labios en torno a la corona y luego repitió todo el proceso.

—¡Joder! —Un hondo suspiro abandonó los labios de Hunter antes de apretarle las manos en el pelo—. Santo Dios, adoro tu boca.

Y ella adoraba complacerle. Tenía la certeza de que sus amantes habían quedado satisfechos en el pasado, pero Kata quería más con Hunter, quería ser la mejor para él, que no pudiera olvidarla nunca. ¿Egoísta? Posiblemente. Pero sabía sin lugar a dudas que ella tampoco le olvidaría.

Esa noche quería guardar tantos recuerdos como pudiera.

—Te deseo —admitió, suspirando contra los músculos de su abdomen—. ¿Está bien si sólo te deseo a ti?

Al instante, Hunter la hizo ponerse en pie y la sujetó por los hombros.

—¿Estás segura? Se supone que ésta es tu fantasía, la que yo te arrebaté en Las Vegas.

—¿Quieres compartirme? —Kata llevó las manos a la venda para arrancarla.

El desconocido la detuvo.

—Si no voy a quedarme, prefiero guardar en secreto mi identidad —susurró.

Kata bajó las manos y se acercó más a Hunter. Él le acarició la cara.

—Cielo, jamás he querido compartirte. Si la decisión fuera mía... Bueno, creo que ya conoces la respuesta. —Le dio un duro beso en los labios y miró a su amigo—. Lárgate, tío.

El desconocido emitió un gemido, pero tras unos cuantos susurros de telas y el ruido de la puerta, se marchó. Hunter le arrancó entonces la venda de los ojos.

—Estamos solos. Pase lo que pase, ahora es elección tuya, cielo.

—Tómame —susurró—. De todas las maneras que quieras.

—¿Estás segura? No te trataré con suavidad.

—Lo sé. Por favor, Señor.

El vaciló, parecía como si quisiera decir algo. Entonces, con una mirada de aprobación, la condujo a través de la estancia hasta un caballete e hizo que se inclinara sobre él. Kata lo hizo sin protestar.



Tras encender todas las luces de la habitación, Hunter le sujetó las muñecas con esposas a los lados, luego repitió el proceso en los tobillos. Después, la cogió de las caderas, apuntó la erección al dolorido hueco entre sus piernas y se zambulló hasta el fondo, tan profundamente que ella supo que no volvería a ser la misma.

Hunter le cubrió la espalda con su poderoso cuerpo y comenzó a embestirla con un ritmo rápido y aterrador.

—Nadie es como tú —le gruñó al oído—. Nadie podrá sustituirte nunca.

Kata arañó el aparato de madera, empujándose hacia él. El placer que había mantenido alejado mientras la boca del desconocido la saboreaba creció de nuevo, ahora imparable. Su corazón se aceleró.

Hunter arremetió una y otra vez, enterrándose, reclamándola por completo. Ella apretó los puños y él acarició suavemente los rizos mojados, rozando el clítoris.

—Mi más jodida fantasía es que eres mía para siempre; con este coño desnudo y un pequeño anillo perforando la capucha del clítoris, para que mi lengua siempre tenga un juguete con el que volverte loca... Y anillos a juego en los pezones en los que colgar unos pesos. Si fueras mía para siempre, querría marcar mi posesión en cada centímetro de tu cuerpo. Querría verlo, tocarlo todos los días, poseerte por completo. Sería el amante y el marido más atento del mundo. —Él cerró los ojos y gimió con fuerza.

Sus palabras la hacían volar. La imagen estalló en la mente de Kata. Su funda latió en torno a él, apresándole con sus músculos internos. ¿Quería que se depilara? ¿Que se pusiera unos *piercings*? Jamás había considerado hacerlo por un amante y se negaba a cambiar su esencia por complacer a un hombre, pero pensar en hacerlo para Hunter le hacía arder con más intensidad.

Los resbaladizos dedos se deslizaron de nuevo por el clítoris.

Kata se quedó sin respiración, balanceándose otra vez al borde del abismo.

—Todavía no, cielo.

—Hunter... Por favor.

Él la sujetó de la cintura posesivamente y arremetió contra ella una y otra vez.

—Lo sé. Claro que lo sé. —El gruñido fue como una maldición. Rezumaba necesidad, sangraba desesperación—. Si te corres iré detrás, y no estoy preparado para dejarte ir todavía.

Kata tampoco estaba segura de estar preparada para dejarle. Separarse era lo más inteligente y les ahorraría un montón de sufrimiento a largo plazo, pero... Apretó los puños, deseando desesperadamente poder tocarle.

—Lento —le rogó—, y profundo. Ámame.

—Sí. —Estableció un ritmo constante y atormentador, unas embestidas relajadas que la hicieron balbucear súplicas incoherentes para que le permitiera alivio.

—Te amo —se estrelló otra vez contra ella—. Tengo que follarte sin parar. Ya no puedo contenerme más. Córrete conmigo.

Con esas palabras ella explotó con un gemido gutural. Él se había adueñado de su aliento, de su mente y, posiblemente, de su corazón. A su espalda, Hunter se puso rígido y rugió; comenzó a latir en su interior mientras ella le ordeñaba con su sexo, tomando todo lo que él podía darle. Las lágrimas que ardían en sus ojos resbalaron por sus mejillas. Hunter siempre provocaba eso, la desgarraba por dentro, hacía que desnudara su corazón, los conectaba de una manera más fuerte y profunda que nunca.



Él cerró el puño en su pelo y tiró con fuerza hasta que pudo acceder a su boca para cubrirsela con la suya. Gimió mientras la besaba, y Kata se estremeció de pies a cabeza.

Hunter se retiró con un jadeo, la liberó con rapidez y la envolvió entre sus brazos, apretando su cuerpo húmedo contra la piel empapada de sudor. Los latidos de sus corazones se fundieron. La tomó en brazos otra vez y atravesó con ella el pasillo hasta el acogedor dormitorio.

La dejó sobre la cama y se dejó caer tras ella. —Déjame abrazarte.

Kata estaba exhausta y rendida; asintió con la cabeza en silencio. No quería dejarle. Nunca. A lo largo de la noche él la despertó, la excitó, la desafió. La empujó más lejos que nunca y ella le dio todo. Llegó a ocurrírsele pedirle que no firmara la demanda...

Pero, ¿qué había cambiado en realidad? Él todavía sería tan controlador como su padre y ella, al parecer, seguiría pareciéndose demasiado a su madre. Al final, se harían desgraciados el uno al otro. Kata tenía que permitir que ocurriera lo inevitable.

Con el corazón roto, se acurrucó entre sus brazos y sollozó.



CAPÍTULO 19

Hunter no durmió. Kata estaba ahora encogida a su lado, aunque la había hecho rodar sobre la espalda dos veces en las últimas horas para fundir sus bocas y sus cuerpos de una manera profunda y tierna que la había hecho llorar de éxtasis debajo de él antes de acurrucarse como una pelota, exhausta. Y a pesar de lo mucho que todavía deseaba sumergirse en su apretada vagina y hacer otra vez el amor con ella, no podía ser.

La desesperación tensaba cada uno de sus músculos. Tenía que dejarla marchar porque era lo correcto. Kata se había sometido esa noche de la manera más maravillosa posible, pero seguía insistiendo en que no estaba preparada para una relación como ésta a largo plazo. Después de conocer a Gordon, Hunter sabía por qué pensaba así, aunque no estuviera de acuerdo. No podía obligarla a superar sus miedos por él. Por mucho que odiara el divorcio de sus padres, el Coronel tenía razón. No podía retenerla contra su voluntad. Ella tenía que querer estar con él. Tenía que superar sola sus miedos.

Y éstos estaban jodidamente arraigados.

Miró el reloj. Eran casi las tres de la madrugada. Contaba los segundos que les quedaban y su corazón se desgarraba. ¿Cómo iba a soportar el enorme agujero que ella dejaría en su alma? Nadie podría llenarlo jamás. Lo único que esperaba es que Kata fuera feliz algún día.

El móvil vibró sobre la mesilla de noche. Lo cogió con rapidez. En la pantalla parpadeaba el nombre de Jack. Su tiempo con Kata había terminado.

Se puso alerta.

—Dime.

Jack lanzó un largo suspiro.

—Hemos encontrado a Cortez Villarreal. No llegó a entrar en Las Sirenas Sexys, así que tuvimos que seguirle la pista hasta un laboratorio de metadona de la ciudad.

—¿Y? —Hunter se sentó en la cama tras apoyar la cabeza de Kata sobre la almohada y puso los pies en el suelo.

—Está muerto. Según el detective de homicidios, lleva muerto entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas.

¡Mierda! Eso explicaba por qué nadie más había vuelto a atacar contra Kata. Villarreal no había tenido tiempo de contratar a otro asesino antes de su inoportuna defunción.

—¿Causa de la muerte?

—Una bala en la cabeza. Es la marca de la casa. De hecho, uno de los rivales de Villarreal se atribuye el mérito y posee detalles sobre el asunto que no puede saber nadie más que el asesino. Me apropié de su móvil y su portátil antes de que llegara la policía. Te haré saber cualquier cosa que encuentre.

—Gracias. —Hunter se sintió aliviado.

Colgó el teléfono y se acercó a la ventana para abrir los cortinones para permitir que entrara la plateada luz de la luna e iluminara la resplandeciente piel de Kata. Clavó los ojos en ella y suspiró. Eso era todo. El final. No tenía ninguna razón para demorarse más allí. Sólo que la amaba. Parecía que el peligro que la acechaba había desaparecido, pero pediría a Jack y a Deke que velaran por



ella, por si acaso. Había prometido firmar la demanda de divorcio y salir de su vida. Cumpliría su palabra incluso aunque ello le matara.

Tragó saliva, tecleó en el móvil y lo puso en modo cámara. Sólo una imagen. Necesitaba tener algo, su cielo e infierno personal. Hunter quería recordar a Kata así, cómo su esposa, en su cama, con aquella suave expresión de saciedad y tranquilidad.

En cuanto oprimió el botón observó la fotografía, sabiendo que ésa sería la primera del millón de veces que la mirara. La imagen era perfecta. Kata había salido hermosa y exuberante, con los labios hinchados y el pelo enredado cubriendo los montículos de sus pechos ... Pero no era suficiente.

Aplastando los deseos de despertarla, tomarla e intentar razonar con ella otra vez, Hunter se puso los vaqueros. Cogió los papeles arrugados, los desdobló y alisó. La palabra «divorciado» parecía atacarle desde el documento. Maldijo para sus adentros cuando vio la firma de Kata. Al lado de ésta había una línea en blanco que parecía esperar a que él pusiera su nombre, declarando legalmente disuelta aquella unión. Cogió el bolígrafo y vaciló, cerca de atragantarse con la furia y la pena.

Si el divorcio era lo que ella necesitaba para ser feliz, él la amaba lo suficiente como para dejarla en libertad.

Hunter apoyó la punta del bolígrafo en la página y se obligó a escribir su nombre. Resistiendo el deseo de lanzar el boli al suelo, lo dejó suavemente sobre los documentos en la mesilla de noche.

Antes de que pudiera pensárselo mejor, se puso el resto de la ropa y se dirigió a la puerta. Lanzó desde el umbral una última mirada a Kata, que seguía enredada entre las sábanas y su espeso y sedoso cabello. El corazón se le retorció en el pecho, pero no había nada más que hacer o decir, salvo marcharse.

Cerró la puerta en silencio. El carácter definitivo de sus movimientos le devastaba. Se apoyó contra la madera y se pasó la mano por la cara. Jamás había hecho nada tan difícil. Tenía la impresión de que se estaba rompiendo en un millón de pedazos.

De repente, Tyler apareció en el pasillo.

—¿Te vas?

—Sí. —Volvió a mirar la puerta cerrada—. Llévala de regreso a casa de mi padre cuando se despierte. Gracias por ofrecerte para trasladar a Kata y a su madre a Lafayette.

—Yo también tenía que volver. —Tyler encogió los hombros y el pelo le cayó sobre los ojos verdes—. ¿Estás seguro de lo que haces? Kata es una mujer increíble.

Una nueva oleada de angustia atravesó a Hunter. En su mente sabía que aquello no era culpa de Tyler, pero eso no impidió que sujetara a su amigo por la camisa y lo apretara con violencia contra la pared.

—Sé que sueles sentirte atraído por las mujeres de otros hombres. Aunque yo haya firmado esa demanda de divorcio, Kata no está disponible para ti. Te arrancaré los brazos y las piernas si te atreves a tocarla. Y lo que pasó anoche no ha ocurrido.

Tyler no hizo más que señalar con la mirada el puño que Hunter había cerrado sobre su camisa.

—Estás haciendo el gilipollas.

—Es probable —concedió Hunter. Soltó a Tyler.



—Como te comenté cuando me invitaste —indicó, alisándose la camisa—, estoy enamorado de otra persona. Y, aunque no me hayas pedido mi opinión, tengo que decirte que estás actuando con demasiada premura. Kata siente algo por ti.

Sentimientos, sí. Pero no eran lo suficientemente fuertes para vencer sus miedos y Hunter no estaba seguro de si lo serían en algún momento. El la amaba. Deseó con todas sus fuerzas que fuera suficiente.

Kata se despertó cuando los primeros rayos del sol entraron en el dormitorio. «¡Hunter!» Abrió los ojos y se encontró la cama vacía. Tocó con mano temblorosa las sábanas donde él había dormido. Estaban frías.

Un poco más allá, en la mesilla, los familiares documentos, arrugados grapados y ordenados, revelaban todos los hechos. El bolígrafo negro que había encima resultaba amenazador.

Un creciente temor la atravesó ruidosamente, parecía que escuchara timbales en su cabeza en medio del ensordecedor silencio.

Kata estiró el brazo dubitativamente hacia los papeles, como si éstos pudieran morderla. Los hojeó y vio que Hunter había firmado. Dentro de unos meses ya no estarían casados.

«¡No, no, no!»

Cerró los ojos, pero eso no impidió que brotaran las lágrimas. La noche anterior había sido perfecta. Si podía sobrevivir a una noche bajo su dominación, podría hacerlo otra vez. Y otra. ¿No es cierto? Hunter jamás le haría daño, jamás la pisotearía. ¿Habría dejado pasar al hombre de su vida porque estaba demasiado asustada para confiarle su corazón?

Kata sollozó y cogió la almohada, apretándola contra su pecho. Santo Dios, olía a él, a madera, a lluvia de verano, a hombre. La apretó con más fuerza.

—Se fue hace unas horas.

Kata se volvió jadeante hacia la voz. Tyler estaba sentado en una silla, en el rincón más oscuro del dormitorio. Le vio ponerse en pie y acercarse. Su almizclado olor a pino atravesó la estancia. Los recuerdos se agolparon en su mente. Él había sido el desconocido de la noche anterior.

Al instante se le encendió la cara y su cuerpo hormigueó... Pero estrechó la almohada con más fuerza contra sus pechos desnudos. Pensar en acostarse con Tyler la dejaba fría. Puede que hubieran llevado a cabo algunos actos íntimos, pero ahora no importaba. Toda su intimidad pertenecía a Hunter, el hombre que le había proporcionado su fantasía... y sus pesadillas.

Él dio un respingo.

—Mira, vamos a hacer como que lo de anoche no ocurrió nunca. Aunque podría ser agradable hacerte una proposición, Hunter me mataría. Y no me interesas lo suficiente.

La tristeza era palpable en las sombras que cubrían su rostro recio y Kata lo sintió por él. No estaba segura de haber visto antes tal expresión de soledad en un hombre.

—Estás enamorado de la mujer de Luc.

—Puede ser. Te daré un minuto para vestirte. —Miró el montón de ropa pulcramente doblado.

—Gracias. —Kata se obligó a preguntar—. ¿Dijo algo antes de marcharse?

Aunque le daba miedo la respuesta, tenía que saberlo.



—Villarreal está muerto. De acuerdo con los planes previstos, Jack y Deke le siguieron la pista anoche y encontraron su cuerpo. Pensamos que le mató alguien de una banda rival. La amenaza ha terminado.

Se había acabado todo.

¿De acuerdo con los planes previstos? Kata frunció el ceño, pensativa. Y cayó en la cuenta. La noche anterior no había sido sólo una despedida, Hunter la había ocultado hasta asegurarse de que estaba a salvo y la había sobornado con el divorcio que ella le pedía desde el principio de su matrimonio, para que no se fuera a su casa ni se pusiera en peligro. Y lo había hecho por ella.

A Kata se le cayó el corazón a los pies. El dolor fue inaguantable, casi tanto como el amor que brotó en su interior. Se mordió los labios para contener el deseo de enterrar la cara entre las manos y llorar. Sintiera lo que sintiera Hunter, había prometido cumplir el trato hasta el final. Puede que la dominara en el dormitorio, pero en lo que realmente importaba le había dado a ella todo el poder.

—Si te sirve de consuelo, estaba fatal. Ese hombre te ama.

No, escucharlo no era un consuelo. Se sentía igual de mal.

—¿Dónde está? —Quizá podrían hablar y retrasar las cosas mientras ella reunía el valor. Su permiso no terminaba hasta dentro de treinta horas.

Tyler puso expresión de pena.

—Se ha ido. Su comandante le rescindió otra vez el permiso. Apuesto lo que quieras a que estará fuera del país esta misma tarde.

Por lo menos durante seis meses. «Oh, Santo Dios.» Se rodeó con los brazos mientras nuevas lágrimas afloraban a sus ojos. Eso no podía ser el final; no así.

Tyler se acercó y le puso el brazo sobre los hombros torpemente.

—Iré... er... hay zumo y tostadas en la cocina para cuando estés vestida.

En cuanto él salió, Kata se enjugó las lágrimas y se puso la ropa. Recorrió el pasillo hasta una alegre cocina siguiendo el aroma del pan tostado y la mantequilla.

—¿Dónde está tu teléfono? —exigió.

Tyler negó con la cabeza.

—A menos que estés segura de que quieres quedarte con él, déjale en paz. No le hagas sufrir más.

—Le amo.

—Pero, ¿puedes vivir con él tal y como es? —Una tormentosa expresión atravesó la cara del hombre y emitió un tenso suspiro—. No des un paso más hasta que no estés segura. Alyssa lo hizo conmigo antes de casarse con Luc. Yo le importaba, pero... no quería lo mismo que yo. Lo intentó... —Negó con la cabeza al tiempo que emitía una maldición—. No es que llegáramos demasiado lejos, pero aún así me dejó destrozado. No era a mí a quien amaba, lo entiendo, pero desearía que no me hubiera dado esperanzas. Me habría costado menos recuperarme.

A Kata le dio un vuelco el corazón. ¿Estaba preparada para estar con Hunter cómo él necesitaba, en todos los aspectos? La noche anterior no la había esclavizado. Se había sentido fuerte, conectada con él; demasiado poderosa para resistirse, pero, ¿estaba lista para seguir así toda la vida?

—Si tienes que pensarlo tanto, es que no estás segura.



Intentó negarlo, pero no pudo.

—No regresará a casa hasta dentro de muchos meses y entonces podría haber pasado página.

—Si él no es para ti, entonces tú también lo habrás hecho. Problema resuelto.

En ese momento, con los labios todavía hinchados por los besos de él y su olor pegado a la piel, no creyó que, para ella, Hunter fuera un problema resuelto.

Después de forzarse a tomar una tostada crujiente y un zumo amargo, Tyler la llevó de regreso a la casa del Coronel en su coche. Logan le abrió la puerta con unos vaqueros y una camiseta blanca que ceñía un cuerpo musculoso que, evidentemente, estaba acostumbrado a hacer mucho deporte. La miró con frialdad, pero la dejó entrar, cerrando a su espalda.

—Tu madre está arriba. Quiere hablar contigo. —Se giró y se alejó de ella.

Kata le cogió del brazo.

—¿Hunter pasó por aquí antes de marcharse?

—Sí. —Logan era como un bloque de hielo, salvo por la furia ardiente que mostraba su cara—. Firmó tus putos papeles, a pesar de que eso le destrozó. Si vuelves a joderle de nuevo, te juro que no seré responsable de lo que te haga.

Tras gruñir esa advertencia, se dio la vuelta y se perdió en el fondo de la casa, cerrando de un portazo la puerta de la cocina. Kata dio un respingo y se apretó una mano temblorosa contra la boca. Había hecho mucho daño a Hunter. Había estado tan absorta en sus miedos que no había percibido la profundidad del dolor de su marido. Santo Dios, esa certeza hizo que se sintiera muy culpable. ¿Qué había hecho?

—¿Kata? —La llamó su madre desde lo alto de la escalera.

Suspirando, se frotó las manos en los vaqueros y subió los escalones de dos en dos. Si su madre quería hablar con ella a una hora tan temprana, es que algo no iba bien. Quizá si se centraba en los problemas de Carlotta, olvidaría un poco los suyos.

—Sí, ya voy.

Al llegar arriba, lanzó una mirada al dormitorio en el que el Coronel había instalado a su madre; justo al lado del suyo. Carlotta se balanceaba en una mecedora antigua con una sonrisa tranquila en la cara. Aquella mirada sosegada no parecía propia de su madre.

—Buenos días —saludó Kata, tanteando las aguas.

—¡Hija! —Frunció el ceño—. Necesitas una ducha. Y disimular ese mordisco de amor en el cuello.

Instintivamente, Kata se llevó las manos a la garganta para taparse. Hunter tenía inclinación a dejarla marcada cuando hacían el amor.

Pero jamás volvería a tener una marca de su posesión. Una oleada de dolor la inundó y contuvo las lágrimas. Ahora tenía que centrarse en su madre, su angustia podía esperar. Bien sabía Dios que tendría toda una vida para ocuparse de ello.

Forzó una sonrisa fingida.

—¿Cómo te sientes hoy? Tienes mejor aspecto.

—Me siento mejor. Estoy tranquila por primera vez en años, gracias a Hunter.



Kata miró a su madre con desconcierto.

—¿Porque te sacó de casa de Gordon?

—Y porque me animó a hablar con su padre. Ahora Caleb y yo nos entendemos muy bien. Creo que nos convertiremos en buenos amigos. Es un buen hombre. Los dos lo son.

«¿Buenos amigos?»

—Ayer mismo no podías ni verlo delante. Decías que era un arrogante.

—Hunter se lo echó en cara. Discutieron. Escuché algunas cosas sin querer. No te preocupes por mí, hija. —Carlotta le cogió una mano y se la apretó—. Me recuperaré aquí, con Caleb. Pienso divorciarme de Gordon y volver a cuidarme.

—¿De veras? —«¿Su madre había tomado todas esas decisiones en una noche?»

Carlotta esbozó una amplia sonrisa y asintió con la cabeza. Kata sintió una gran alegría, pero fue una sensación agrisada. Había intentado durante años que su madre cambiara de vida, pero se había tropezado con un obstáculo tras otro. Hasta que intervino Hunter. Él se había hecho cargo de ella y, al hacerlo, le había dado otro regalo precioso. Algo que le agradecería eternamente. Incluso aunque su vida se estuviera yendo al garete, su madre pensaba luchar. Eso significaba muchísimo para ella.

—¡Es genial! —Se abrazó a su madre—. Es lo mejor para ti. Mari estará encantada.

—Eso me ha parecido cuando la llamé esta mañana, sí. —De pronto, una expresión de pesar cruzó su cara—. Mi dulce niñita, ¿por qué no has hablado conmigo? No alcanzo a decirte lo mucho que lamento el pésimo ejemplo que he supuesto para ti. Te he hecho dudar de ti misma y puede que haya arruinado tu matrimonio.

—No —quería reconfortar a su madre—. Yo... —¿Qué? No podía decirle a su madre que no había jugado ningún papel en ello—. La decisión de no permanecer casados fue mía.

La expresión de su madre era de irritación.

—Sí, por mi culpa. Escuché la discusión entre Hunter y Caleb. Jamás se me hubiera ocurrido que a ti te daría miedo volverte como yo. ¿Tú? —meneó la cabeza—. Es imposible. Tú eres fuerte.

—Quizá ahora sí, pero mira lo que han hecho de ti los años que has pasado con Gordon.

—Porque yo quise. No me faltó valor para hacerle frente, sino ganas de hacerlo. —Su madre le apretó la mano—. Cuando tu padre murió, apenas tenía treinta y seis años. Me encontré con tres niños, sin dinero y el corazón roto. ¿Qué podía hacer? Cuando conocí a Gordon, él me pareció la solución a mis problemas. Créeme, no tardé mucho en darme cuenta de que no era la elección perfecta. Joaquín le odió en cuanto le escuchó hablarme en tono despectivo, pero con él tuvisteis un techo, comida y buenos colegios. Yo no era importante.

—Mamá, ¿te casaste con él por dinero? ¿Por nosotros? —Hasta ese momento no había entendido el motivo que había llevado a su madre a consentir una unión que, evidentemente, no se basaba en el amor.

—No es la primera vez que una mujer antepone sus hijos a sí misma. Gordon sabía que no le amaba, y creo que eso es lo que le hacía sentirse menospreciado. Se vengó haciéndome sentir del mismo modo. Y luego, después de que Joaquín se marchara de casa y de que perdiéramos a aquel niño en el hospital... —Encogió los hombros—. Cada día que pasaba yo sentía menos aprecio por la vida. No me importaba que Gordon me tratara mal. La rutina de ocuparme de él y de la casa era anestésica, en especial después del accidente. Incluso estoy agradecida.

Kata negó con la cabeza lentamente, intentando asimilar las palabras de su madre.



—Durante todo este tiempo te comportaste como si Gordon fuera el hombre adecuado para ti, pero sabías que...

Carlotta asintió con la cabeza.

—No quería que mis hijos se sintieran culpables por mis elecciones. Después de cumplir los cuarenta... me resigné a vivir con Gordon. Ya no era una jovencita con toda la vida por delante.

—¡Estás equivocada! —exclamó Kata—. Eres maravillosa y mereces ser feliz. Lo único que tienes que hacer es luchar por ello y perseguir lo que quieres, pero...

—¿De veras, Kata? —Su madre le dirigió una sonrisa misteriosa, como la del gato que acabase de comerse al canario—. ¿Has luchado tú por Hunter? Puede que él sea exigente y, a veces, difícil; pero después de todo, es un hombre. Y tú no eres de las que tira la toalla. Tu perpetuo entusiasmo siempre me ha recordado a tu padre. Él jamás dejaría de perseguir algo que quisiera. —Frunció el ceño—. Ni una sola vez durante todo este tiempo, me imaginé que mantenías a los hombres a distancia por temor a volverte como yo.

Al oír cómo lo exponía su madre, su comportamiento sonaba cobarde.

—He observado como Gordon te insultaba. Sabía que no te gustaba, pero no hacías nada para cambiar la situación.

Los ojos oscuros de su madre suavizaron la mirada.

—Kata, siempre has tenido más fuerza y coraje que yo, al menos hasta que conociste a Hunter. Yo permití que la muerte de tu padre y el comportamiento de Gordon me minaran poco a poco, pero tú... Estoy orgullosa de ti, hija. No tomes la decisión equivocada por lo que yo hice. Si Hunter es tu media naranja, no deberías dejarle escapar.

Eso era exactamente lo que había hecho, permitir que los miedos y las posibilidades más siniestras arruinaran la posibilidad de ser felices.

—Hunter me abrume algunas veces y pensé que...

—¿Qué si lo hacía muchas veces terminarías siendo como yo? Él ya lo sabe. Hoy se reintegra al servicio activo y no estará de vuelta hasta Navidad. Tienes tiempo de tomar decisiones. Necesitas espacio para pensar; para sanar. No te preocupes, hija. Creo que cuando regrese, seguirá queriéndote como ahora.

Por primera vez desde que Hunter le prometió firmar la demanda de divorcio, esbozó una auténtica sonrisa.

Hunter estaba sentado en el Jeep del Coronel en la acera de enfrente al apartamento de Kata. Había conducido esa mañana hasta Lafayette para hablar con Jack y Deke y ver el cuerpo de Villarreal con sus propios ojos. Tras haber realizado la siniestra tarea, todavía quedaban algunas horas que matar hasta el momento de tomar el vuelo que le llevaría a la base y después a Venezuela.

Barnes se había fumado crack si pensaba que todos los hombres que enviaba a la misión regresarían vivos. Así que había dedicado algún tiempo a asegurarse de que la Marina estaba informada de su cambio de estado civil. Si moría antes de que el divorcio fuera un hecho, no había ninguna razón para que Kata se quedara sin la pensión que le correspondería como viuda de un SEAL.



También visitó a la hermana de Kata. Suponía que no atendería a demasiados clientes un sábado, sin embargo había hecho una excepción con él y aceptó concertar una reunión. De hecho, estaba deseando verle. Y echarle la bronca. Tras una corta, pero esclarecedora conversación, Mari seguía sin adorarle, pero sabía cómo estaban las cosas y que siempre amaría a su hermana. Como resultado de la entrevista, había surgido la semilla de una amistad por el bien de Kata.

Se acomodó mejor en el asiento del coche, en aquella ardiente tarde de principios de junio, mientras miraba a través del parabrisas tintado. Lo único que faltaba por zanjar era confirmar que Tyler dejaba a Kata sana y salva en casa. Contendría el deseo de acercarse a ella y persuadirla de que la última noche no había sido un hecho fortuito, sino que ella podía ser a la vez una mujer fuerte y su dulce sumisa y, aún así, seguir respetándose a sí misma al día siguiente.

Pero, si no se había dado cuenta aún, no había muchas probabilidades de que cambiara de opinión. Por su bien, tenía que dejarla en paz.

Comenzó a vibrar el móvil en el asiento de al lado. El nombre de Jack apareció en la pantalla. ¿No habían atado ya todos los cabos sueltos del asunto de Villarreal?

—¿Qué ocurre? —ladró al teléfono.

—Muchas cosas. Tío, tienes un sexto sentido. ¿Estás seguro de que no quieres trabajar con Deke y conmigo?

Puede que si Kata y él tuvieran un futuro juntos... Atajó el pensamiento. Era una tontería.

—Cuéntame.

Jack suspiró.

—Investigué el móvil de Villarreal y Deke hizo lo mismo con su portátil. Encontramos toda la mierda normal, ya sabes: llamadas a camellos y distribuidores de droga. Pero hubo una cosa que nos llamó mucho la atención... No hay nada que relacione a este tipo con el asesino. No habló con nadie de la zona de Nueva Orleans durante el mes pasado. A menos que contratara al asesino a través de terceros, Villarreal no estuvo en contacto con Manuel Silva.

A Hunter se le heló la sangre. Desde el principio había pensado que Villarreal era demasiado insignificante para dar un golpe así. Pero sin más sospechosos, se había dejado llevar por las pruebas circunstanciales.

Golpeó el volante con el puño.

—¡Joder! Tengo que subirme a un avión dentro de dos horas y no tengo ni puta idea de quién intenta matar a mi mujer ni por qué.

—¿No sabes de nadie que quiera verla muerta?

—No. Su madre la considera una santa, su hermana la adora y el hermano trabaja para la MÍA, de incógnito en algún lugar desconocido.

—¿Y el tipo que te la presentó? ¿No podría estar celoso?

—¿Ben? Maldición, no. Si ése quisiera matar a alguien, sería a mí. Pero no se metería conmigo porque podría barrer el suelo con su cuerpo. Lo he hecho antes y no tendría problemas para hacerlo de nuevo.

—Tío, me das miedo hasta a mí. Hunter resopló.

—No te pases. Tengo que solucionar esto.

—Si no hay nadie que quiera cargársela de sus conocidos —caviló Jack—, ¿no has pensado que podría ser alguien que quisiera hacerte daño a ti?



Hunter se quedó pensando. No parecía posible, pero no podía permitirse el lujo de pasar por alto ninguna posibilidad. —¿Una ex-novia celosa?

—No. —Hacía muchos años que sólo tenía rollos de una noche. Desde que se había alistado en la Marina, su vida amorosa pasaba por horas bajas.

—¿Alguien que quisiera hacerte daño golpeándote dónde más duele?

La lista de capullos que querían hacerle daño era larga y sería difícil de comprobar. Lo mejor sería ir descartando lo más improbable.

Una oleada de pánico amenazaba con carcomer su compostura. Se remontó en el tiempo, siguiendo la secuencia de acontecimientos.

—¿Quién de las personas que conozco querría hacerme daño matando a Kata...? ¿Quién sabía el domingo, cuando Silva la atacó, que nos habíamos casado la noche anterior? Las personas que nos acompañaban y que no hemos vuelto a ver otra vez. Ben, a quien no se le ocurriría hacerlo. — Hunter siguió pensando cronológicamente. Sólo se lo dije a una persona antes de que atentaran contra Kata.

Se quedó paralizado.

—Andy Barnes. —Apretó el volante entre los dedos mientras la sospecha y la furia inundaba sus venas—. Mi comandante.

Si aquello era culpa suya, Hunter destriparía a aquel bastardo con sus propias manos.

—¿Por qué querría matar a tu mujer?

El móvil era una incógnita.

—Éramos amigos. Su último ascenso me lo ofrecieron primero a mí. Hemos promocionado juntos desde la escuela militar. Siempre pensé que la nuestra era una rivalidad amistosa, pero desde que es mi comandante se ha convertido en un capullo.

Jack comenzó a teclear en un ordenador. Los sonidos eran audibles a través de la línea telefónica.

—Dame toda la información que sepas sobre ese tipo. Nombre y apellidos, número de identificación, todo...

Hunter siempre había tenido cabeza para los números y agradeció a Dios que siguiera siendo así. En unos segundos escupió todas las cifras relativas a Barnes, incluyendo identificación, número de teléfono, dirección y cualquier otra información interesante.

Menos de un minuto después, Jack emitió un largo silbido.

—Acabo de entrar en los registros telefónicos de tu comandante. Tiene un buen número de llamadas a América del Sur.

—No es una sorpresa. —Tenían buenos contactos en Venezuela, informadores y otras personas a las que no les gustaba cómo estaban gobernando su país en esos momentos—. Pero hizo muchas preguntas sobre Kata.

—El sábado realizó muchas llamadas a un móvil en Nueva Orleans. Se interrumpieron bruscamente el domingo. Al estudiar su cuenta corriente, veo que no estaba en buena forma hasta que recibió una transferencia la mañana del domingo. Es el tipo de cantidad que me hace sospechar que es una prima por un trabajito, ya me entiendes. Pero no ha hecho ningún pago.

Porque Kata seguía viva.



—No sé con quién puede estar Barnes en contacto... —Hunter revisó con rapidez los movimientos de su comandante. Sus misiones durante los dos últimos años habían estado relacionadas con Sotillo y sus hombres—. Joder, Barnes me canceló el permiso para enviarme a Venezuela esta noche. La misión consiste en interceptar una reunión entre un traficante de armas y sus clientes. La última misión con ese objetivo fue una pérdida de tiempo, pero la de ahora es un suicidio.

—Tal vez quiera acabar contigo. Oh, oh... Tu comandante acaba de recibir un mensaje de texto desde un móvil venezolano. Dice: (Alcanzaré el apartamento del blanco dentro de tres minutos).

«¿Un móvil venezolano? ¿Se trataría de alguno de los secuaces de Sotillo?»

A Hunter casi se le detuvo el corazón en el pecho. Quizá Andy había contratado a un nuevo asesino para matar a Kata. —¿Puedes averiguar el número?

Un buen rato y algunos «clics» más tarde, Jack suspiró. —Es un móvil de prepago.

Maldición, una posibilidad menos de rastrear al asesino.

Alguien de la organización de Sotillo quería cargarse a Kata. Pero, ¿por qué? ¿Pretendían deshacerse de él matando a su esposa? Si era así, ¿por qué no esperar hasta que estuviera fuera del país, cuando ya no podría protegerla? Aun sin conocer los motivos, Hunter sabía que si Barnes estaba detrás de todo aquello, y la organización de Sotillo iba a por Kata, las cosas iban a ponerse muy feas.



CAPÍTULO 20

Hunter puso fin a la llamada tras pedir a Jack que acudiera a apoyarle acompañado de Deke. A continuación envió un mensaje de texto a Tyler para que no perdiera de vista a su esposa. Como éste no le respondió, y sabía que estaban de camino al apartamento de Kata, supuso que aún no habían llegado.

Por un instante consideró llamar a algún superior de Barnes, pero las posibilidades de dar con alguien que estuviera dispuesto a dejar a un lado la burocracia y tomar una decisión rápida eran nulas. Además, aquello explotaría en cualquier momento. Ya daría explicaciones más tarde. Jodido papeleo.

Hunter comenzó a trazar un plan mientras miraba a su alrededor. Unos niños jugaban en el parque cercano sin ser conscientes del peligro que podrían estar corriendo, algunas personas se iban de fin de semana y otras hacían footing para desprenderse de la pereza de la semana. ¿Debería de ir al piso de Kata y protegerla allí, o esperar fuera y ver si podía atajar al asesino?

Todavía no había tomado una decisión cuando les vio llegar. Observó cómo Tyler aparcaba el todoterreno negro al otro lado de la calle, justo delante del complejo de apartamentos. A través del parabrisas tintado del Jeep del Coronel le vio salir del vehículo, escudriñar los alrededores y rodear el coche para ayudar a Kata con la maleta. Ella se había duchado y cambiado de ropa, pero seguía igual de exuberante. Notó que el corazón se le contraía en el pecho.

Hunter quiso acercarse a ellos y advertirles, sin embargo se quedó donde estaba por si el asesino les vigilaba. No quería ceder el elemento sorpresa, a menos que se viera forzado a ello. Se limitó a seguir sus movimientos con la mirada.

Tyler le puso la mano en el hueco de la espalda y la guió para entrar en el atrio del complejo. Deseó con todas sus fuerzas que su amigo quitara las manos de encima a su mujer, pero dado que estaba protegiéndola, lo dejaría pasar.

Enseguida desaparecieron por el camino sombreado entre unos edificios. Nadie les siguió.

Era ahora o nunca. Abrió la guantera y cogió su SIG, que metió en la cinturilla del pantalón, dejando caer un puñado de balas de reserva en el bolsillo. Salió del coche y cruzó la calle esquivando el tráfico. Les siguió a una distancia prudencial, ocultándose detrás de los árboles y arbustos para que no le vieran.

Seguía sin ver a alguien o algo que pudiera resultar sospechoso, lo que le erizó el vello de la nuca. Tenía el presentimiento de que aquello estaba a punto de explotar.

Tyler esperó en el camino de grava a que Kata cogiera las llaves del bolso y se dirigieron a las escaleras exteriores que daban acceso a los portales. Doblaron la esquina y desaparecieron de su vista. Hunter maldijo y sacó la pistola de la cinturilla, dispuesto a todo. Odiaría que apareciera algún civil y se viera involucrado en la situación, pero si alguien le veía y llamaba a la policía, Hunter estaría agradecido eternamente.

Temiendo cruzarse con un transeúnte en cualquier momento o con cualquier otra clase de peligro, siguió las señales que indicaban la numeración de los apartamentos en los distintos edificios. Durante el fin de semana en Las Vegas había mirado el carnet de conducir de Kata y recordaba que vivía en el 251-D Deseó poder adelantarles y comprobar la zona, pero le habían tomado mucha ventaja. Maldición.



Avanzó hasta otro árbol lleno de musgo y volvió divisarlos; estaban en el segundo tramo de escaleras que llevaba hasta su bloque. Tyler sostenía la maleta mientras Kata abría la puerta del portal.

Hunter contuvo el aliento y comenzó a subir el primer tramo de escaleras mientras entraban. Kata lo hizo primero y Tyler la siguió.

De repente sonó un disparo. Tyler gritó. El cristal de la puerta se hizo añicos. Fue entonces cuando Kata emitió un grito espeluznante.

Con la adrenalina espoleándole, Hunter corrió hacia allí a toda velocidad. No quería asustarla ni advertir al asesino de su presencia. Su único objetivo era protegerla, defenderla.

Durante una misión, contenía la ansiedad y se centraba en el objetivo sin ninguna dificultad, sin embargo, aquello no era una misión. Kata era su esposa. El corazón le palpitaba con tanta fuerza que casi no podía oír si sus pisadas sobre el pavimento eran demasiado fuertes ni si Kata suplicaba por su vida.

Lo más probable es que sólo dispusiera de unos segundos para acabar con el asesino antes de que él matara a Kata, si es que no lo había hecho ya. Dejó a un lado ese pensamiento y se obligó a concentrarse. Si comenzaba a creer que ella estaba muerta, le daría un infarto.

La puerta estaba destrozada. Cuando llegó al último escalón, vio sangre en el suelo. Los rayos de sol incidían en el cristal quebrado y le cegaron durante un momento. Se agachó y protegió los ojos con la mano para ver el interior; Tyler no estaba por ningún lado. Y lo que vio, hizo que se le detuviera el corazón.

Víctor Sotillo estaba dentro del portal, junto al enorme ventanal destrozado que daba al desnivel que salvaba la fachada posterior del edificio, y utilizaba a Kata como escudo apuntándole a la sien con una pistola. Ella se estremecía de terror y tenía los ojos muy abiertos. Hunter quiso consolarla, pero antes tenía que ponerla a salvo del traficante.

Se preguntó cómo era posible que éste estuviera allí. ¿Sería un jodido fantasma?

—Suelta el arma —le exigió el criminal.

Si lo hacía, estaba perdido. Aquel hombre no tenía escrúpulos y no dudaría en matar a Kata ni en dejarle a él incapacitado antes de obligarle a ser testigo de lo que le hiciera a ella. Tenía que elaborar un plan alternativo.

Hunter supuso que Sotillo había disparado a Tyler y que el impacto le había hecho caer por el ventanal. Debía de haber muerto. Aplastó el ramalazo de pena y temor.

—¿Cómo es que estás vivo? —A Hunter le importaba una mierda, pero le haría ganar tiempo hasta que aparecieran Jack y Deke; esperaba que Kata y él no hubieran muerto cuando ellos llegaran—. Te alcancé en el pecho.

El bigote de Sotillo se curvó hacia arriba cuando los finos labios esbozaron una sonrisa.

—Un milagro de la medicina moderna, ¿no crees? Tuve... ¿cómo se dice? Un paro cardíaco camino del hospital, pero los médicos me hicieron revivir y aquí estoy. —Su expresión se tornó siniestra—. Sin embargo, fueron incapaces de salvar a mi hermano después de que tu bala le destrozara el pecho.

Mierda, había disparado al hermano equivocado. Aquel error podía costarle muy caro.

—Lo siento, Víctor. Por lo que sabía, Adán era mucho mejor persona que tú.

Sotillo pareció ahogarse de furia y apretó el arma con más fuerza contra la sien de Kata.



—Adán era un buen hombre. Murió por tu culpa. Tu unidad nos atacó cuando salíamos de casa de mi abuela. Tú le mataste.

¿La casa de su abuela? Mentira. Si había ido a visitar a una anciana, ¿por qué había tantos hombres armados por todos lados?

Y Andy había mentido cuando le dijo que Adán estaba vivo y que se proponía dirigir la organización; probablemente para ocultar el hecho de que Víctor sí lo estaba.

Miró a Kata e intentó transmitirle calma. Necesitaba que ella entendiera que no estaba sola. La vio estremecerse, pero parecía que la cólera estaba aplastando el miedo. Estaba furiosa.

Excelente. Esa era la Kata que él conocía y amaba. La que lucharía por seguir con vida. Las posibilidades de que lo consiguieran... Bueno, había más probabilidades de que un asteroide impactara en la Tierra.

—¿Y? ¿Quieres matarme, Víctor?

Kata puso los ojos en blanco, como preguntándole en silencio si se había vuelto loco. Él la ignoró. Sotillo negó con la cabeza.

—Sufrir la angustia de una pérdida es mucho peor que pasar a mejor vida. Quiero que sufras tanto que la muerte te parezca un premio. Le ordené a Barnes que hiciera que te reincorporaras hoy. Lo tengo todo preparado para colarme en mi país esta noche. Al principio iba a salir mañana, pero debo adelantar los planes. Se está preparando un buen golpe, supongo que Barnes te ha informado de ello, ¿no? Creo que la llamaste «misión suicida», pero para entonces tú ya estarás muerto. —Sotillo sonrió.

Hunter comenzó a encajar las piezas en su lugar. Debía agradecer a Dios que los planes del traficante hubieran cambiado. De otra manera, él se hubiera encontrado fuera del país mientras Kata era abordada. .. y asesinada. Ahora en cambio, cabía la posibilidad de que pudiera salvarla.

—Este plan es mucho mejor —murmuró Sotillo—. Ahora podré disfrutar de tu angustia cuando mate a tu mujer ante tus ojos. Será mucho mejor que escuchar hablar del dolor que sentiste.

Hunter contuvo el miedo. No podía perder a Kata, en especial no podía ver cómo la mataban por venganza, por culpa de algo que él había hecho en cumplimiento del deber.

—Y mi comandante te ayudó a determinar cuál era la persona más importante de mi vida para que la eliminaras, ¿verdad? Por una gratificación apropiada, por supuesto.

Hunter escuchó amartillar un arma a su espalda.

—Exactamente. —Andy Barnes apareció por detrás, atravesando la puerta—. Deja el arma en el suelo.

Hunter no lo hizo. Renunciar a la pistola significaba rendirse y morir. Así que se centró en intentar que Barnes siguiera hablando.

—Tenías que saber en qué acabaría esto, Andy.

—Me ha llevado más tiempo del que pensaba. Te apuesto lo que quieras a que si no hubieras estado tan ocupado tirándote a esta puta, lo habrías adivinado al instante.

La cólera le inundó como agua hirviendo. Hunter se contuvo para no hacer algo impulsivo. Le rechinaron los dientes.

—Eres una deshonra para tu país y para tu unidad. ¿Por cuánto dinero nos delataste?



—Por el suficiente para cancelar mis deudas, pagar la hipoteca y regalar a mi mujer las vacaciones que quería desde hace años. Mi jodido país no paga tan bien como Sotillo. Prefiero dejar el patriotismo a idiotas como tú.

—¿Contrataste a Manuel Silva?

—En cuanto me llamaste para decirme que te habías casado. Era el golpe de suerte que había estado esperando. No me llevó demasiado tiempo dar con Silva, quien en dos horas estuvo ante el bloque de apartamentos de tu mujer. Si no se hubiera ido a la oficina, dando tiempo a que hablara contigo y a que llegaran tus amigos, ella estaría muerta. Tuve que mover algunos hilos más para encontrar a un poli dispuesto a matarlo en la cárcel.

»Suspendí tu permiso el lunes, pensando que eso haría que todo resultara más fácil. Pero te moviste rápido y la dejaste a buen recaudo. Cuando di con ella en el hospital, había demasiados colegas tuyos merodeando a su alrededor.

Maldición, debería haber tenido en cuenta que su comandante no tenía ni un solo pelo de tonto. Le había subestimado; era un jodido bastardo.

—Te ordené regresar hoy por la misma razón. —Le lanzó a Sotillo una mirada llena de rencor—. Pero Víctor ha cambiado los planes.

—¿Lo has hecho por dinero, Andy?

El traidor se rió en su cara.

—El dinero sólo fue un aliciente. Lo he hecho porque siempre te has considerado mejor que yo; siempre te ascendieron antes, te dieron medallas que me correspondían a mí y te pavoneaste ante mí con mujeres que hubiera dado cualquier cosa por tirarme. Será un placer estar aquí y observar cómo te mueres por dentro tras obligarte a ver cómo nos la cargamos.

Barnes también le mataría a él. Se lo había confesado todo y no podía permitir que siguiera con vida. Sotillo se burló.

—Claro que sufrirás. El día que enterré a Adán, mientras sostenía a mi madre sollozante, comencé a buscar la manera de dar con una persona que amaras por encima de todo para arrancarla de tu lado. Barnes fue de gran ayuda al contarme tu vida. Tu padre y tu hermano son hombres duros a los que es difícil pillar en un renuncio. Tu hermana embarazada era un blanco tentador, pero su marido hacía que todo resultara demasiado complicado. Fue entonces cuando Barnes me habló de tu nueva esposa y del profundo amor que sientes por ella.

Víctor deslizó un dedo por la mejilla de Kata, por el hueco de su garganta, por la curva de su pecho, y Hunter tuvo que contener el deseo de disparar. Tenía que convencerle de que Kata no era importante para él, o la mataría en cualquier momento, causándole, como el muy bastardo quería, una angustia sin límites. Puede que Kata no fuera suya durante más tiempo, pero él siempre la protegería y amaría.

—Odio tener que decírtelo, pero has ido detrás de Kata para nada. Nos vamos a divorciar —dijo Hunter—. ¿Viste al tipo que llegó con ella? Supongo que le habrás matado antes de que se cayera por la ventana. Pues los vi desnudos y juntos anoche. —No era mentira, e intentó ser tan preciso como fuera posible. Andy era un as con el lenguaje corporal—. En su bolso encontrarás la demanda de divorcio. Ya la hemos firmado los dos.

—Mientes —escupió Barnes—. La amas.

Lo hacía, no podía negarlo y tampoco lo intentaría.

—Registra su bolso. Verás los papeles.



—¿Katalina? —preguntó Sotillo.

Hunter trató de transmitirle sus intenciones con la mirada.

—Tiene razón —dijo Kata—. Nos casamos en Las Vegas, sin pensarlo. Yo estaba borracha y él salido. Pero Tyler me visitó ayer por la noche y... —Encogió los hombros—. Hunter nos vio. Esta mañana cuando me desperté, él había firmado los papeles y se había largado. Fin de la historia.

—¡Joder! —gritó Barnes—. Déjame ver esos documentos. Sácalos del bolso muy despacio. No intentes nada o Víctor te meterá una bala en la cabeza.

Una vez más, Hunter observó a Kata. Ella le sostuvo la mirada un segundo, respiró hondo y metió la mano en el bolso. «Espera un momento, cielo.»

Unos segundos después, Kata extrajo los documentos. Pasó las páginas hasta llegar a la última y la puso delante de las narices de Sotillo.

Víctor frunció el ceño, luego apartó la mano de Kata y lanzó a Barnes una mirada llena de furia.

—No mienten. Te mataré.

—Te lo juro, la ama. Lo sé. Está montando este numerito para que tú creas que no es así.

—¿Incluidas las firmas? —preguntó Kata con ironía mientras volvía a meter los papeles en el bolso—. No sería posible tal cosa.

Antes de que Hunter pudiera decir nada, ella le dirigió una mirada de advertencia.

Maldición, Kata iba a intentar algo, pero ¿qué? El miedo le encogió los testículos. Negó imperceptiblemente con la cabeza; no quería que jugara a hacerse la heroína. Pero Kata le ignoró y sacó la mano del bolso ligeramente para que él viera cual era su intención. La pistola que llevaba para protegerse brilló bajo los rayos del sol durante un instante mientras ella miraba significativamente por encima del hombro en dirección a Sotillo. Joder, se había olvidado de que Kata iba armada. Ya había usado esa pistola contra Silva, pero no podía permitir que intentara nada contra Víctor mientras éste le apuntaba a la sien. Hunter frunció el ceño, rogándole en silencio que actuara con cautela.

—¿Qué ocurre? —exigió Andy—. ¡Saca la mano del bolso!

Hunter se interpuso entre Kata y él, dándole la espalda a Sotillo. Era un riesgo calculado. El venezolano no quería matarle, al menos por el momento. Quería que viera morir a Kata. No le asesinaría por la espalda. Sin embargo, Andy ya le había demostrado que era imprevisible. Tenía que deshacerse de él antes de que apretara el gatillo y disparara a Kata.

—¿Qué diablos haces? —exclamó Barnes, levantando el arma y apuntando a la cara de Hunter.

Él le miró fijamente. Si sacrificándose salvaba la vida de Kata, no le importaba morir. Si no... Se aseguraría de alguna manera de que, si moría, Barnes y Sotillo lo hacían con él.

Esperando a que Kata tuviera el arma preparada en la mano, Hunter curvó el dedo alrededor del gatillo.

—Tira el arma. ¡Ahora! —gritó Andy.

A su espalda había una pelea. Escuchó gruñir a Sotillo. El disparo resonó en aquel reducido lugar. Kata gritó. Comenzaron a sonar las sirenas cada vez más cerca. Andy se distrajo durante un instante...

Hunter aprovechó la ocasión, sabiendo que, probablemente, sería la única que tendría.

—¡No! —Con la adrenalina impulsando su sangre, levantó la pistola hasta el pecho de Andy. Barnes no llegó a hacer ningún movimiento antes de caer—. No, señor.



Hunter no esperó a que estuviera tendido en el suelo. Se volvió a tiempo de ver cómo Kata clavaba el codo en el estómago de Víctor, que soltó un gruñido. Ella no perdió el tiempo y disparó. Al instante, Sotillo abrió la boca, sorprendido al ver que la sangre manchaba el falso uniforme que llevaba. Tenía la cara pálida y la expresión de furia que asomaba en sus ojos fue casi tangible cuando agarró de nuevo a Kata y apretó el arma contra su sien con tanta fuerza que ella gimió. Curvó el dedo en el gatillo.

—Muere, puta.

Desesperado, Hunter barajó a toda velocidad las posibilidades que tenía, pero el cuerpo de Kata impedía que pudiera disparar a Sotillo. No podía arriesgarse a darle a ella.

Pero la joven no permaneció quieta, se revolvió frenéticamente impulsada por la furia y disparó al pie de Víctor. Este se retorció de dolor al instante y su bala salió desviada cuando comenzó a sacudir con fuerza el miembro herido. El tiro resonó en el portal. Cayeron unos trozos de falso techo sobre ellos mientras Kata volvía a levantar el arma y apretaba el gatillo, apuntando a la yugular de Sotillo. La sangre lo manchó todo. Víctor gritó, intentando detener el flujo con una mano. Kata le dio una patada para que soltara la pistola y él perdió el equilibrio, pero se agarró del pelo de la joven mientras caía.

Hunter intentó interponerse y arrancar los dedos del criminal de los espesos mechones de Kata, pero el hombre, moribundo, se aferró a ellos con más fuerza, tambaleándose otra vez ante la ventana rota que se alzaba, ominosa, a su espalda.

—Ella morirá conmigo —dijo entrecortadamente.

Hunter se abalanzó sobre ellos, pero el bastardo rezumaba cólera y odio. Y se aferró al pelo de Kata mientras caía por la ventana hacia la muerte. Con una sonrisa siniestra, la arrastró consigo.



CAPÍTULO 21

Nochebuena

Hunter estaba a punto de salir de la terminal del aeropuerto Dallas/Fort Worth y se detuvo para ponerse el abrigo. Maldición, había volado desde Venezuela, donde en diciembre la temperatura media rondaba los treinta grados, hasta Dallas, donde tendría suerte si el termómetro marcaba diez. Era para hacer tiritar a cualquiera.

Se colgó el petate al hombro y atravesó las puertas automáticas para enfrentarse al frío. Justo a tiempo; Logan le esperaba junto a la acera en el Jeep del Coronel.

Su hermano saltó del vehículo y abrió la puerta de atrás antes de tenderle la mano.

—¿Qué tal estás?

«Jodido. Jodidísimo.»

Hunter se la estrechó.

—Bien. ¿Y tú?

Logan encogió los hombros.

—Es Navidad, así que debemos aparentar ser felices, ¿no crees? Deke, Kimber y el bebé llegarán esta noche. Se quedarán unos días.

—¿Qué tal les va? Supongo que el bebé estará enorme.

—¡No te haces una idea! El pequeño Caleb supone todo un reto. Tiene un carácter de mil demonios.

Hunter tiró el petate en la parte trasera del vehículo y esbozó una sonrisa, contento de que todo se hubiera resuelto positivamente para su hermana tras un comienzo tan complicado.

—No me extraña. Ni Deke ni Kimber han tenido nunca problemas para expresarse cuando están enfadados.

Logan se rió mientras se dirigía al asiento del conductor.

—Vamos, hay por aquí demasiados polis deseando ponerme una multa.

Hunter se dirigió a la puerta del acompañante. —A ver... ¿qué más novedades? —pensó su hermano en voz alta—. Carlotta ya está en casa de papá.

Escucharlo fue como sentir un golpe en el plexo solar. Ver a Carlotta le recordaría todo lo que había perdido. Kata sobrevivió a la caída por el ventanal porque Sotillo aterrizó debajo de ella, amortiguando el golpe. Aun así, sufrió una fuerte contusión y se rompió el brazo, perdiendo mucha sangre y el conocimiento; sin embargo en el hospital la estabilizaron con rapidez. Hunter se había vuelto loco de preocupación por ella, pero la policía lo reclamó para realizarle infinidad de preguntas. Después fueron los altos cargos militares quienes exigieron su presencia, agobiándole con un montón de papeleo burocrático. Había intentado decirles que no contaran con él hasta que Kata estuviera bien, pero cuando los médicos aseguraron que sólo tenía lesiones menores y le llamó por teléfono un almirante amenazándole con un consejo de guerra si no explicaba por qué había matado a su comandante, se vio obligado a marcharse. Fue el Coronel quien le tuvo al tanto de la salud de Kata hasta que ésta se recuperó por completo.



Una vez incorporado al deber activo, había intentado escribir a Kata, pero no fue capaz de verter sus sentimientos en un papel. Además, ella le había pedido el divorcio y jamás se había retractado, así que se mantuvo en silencio. Durante todos esos meses, se dedicó con empeño a una misión tras otra, rechazó otro ascenso e intentó decidir qué hacer con el resto de su vida.

Algo sobre lo que todavía no tenía ni idea.

Hunter intentó dejar a un lado el dolor por la pérdida de Kata y toda la incertidumbre que le inundaba. No estaba de humor para celebrar las fiestas navideñas, pero pondría buena cara por la familia.

—¿Qué tal está Carlotta?

—Bueno, uno de estos días le concederán el divorcio de Gordon. Ahora está trabajando el hospital Madre Francés como enfermera de quirófano. Y por fin se animó a ir a fisioterapia para recuperar la movilidad del pie. —Logan mostró su aprobación con la cabeza—. Progresó a pasos agigantados y parece sentirse feliz. Creo que papá anda bastante colado por ella, pero por ahora no hay nada, se lo toman con calma.

Ya iba siendo hora de que alguno de los Edgington encontrara la felicidad, y nadie la merecía más que el Coronel, que llevaba una década de sufrimiento. Se había sacrificado para hacer feliz a su esposa y, desde entonces, no había vuelto a ser el mismo. A Hunter comenzaba a resultar familiar esa sensación. Pero si Kata era más feliz ahora que cuando estaba con él, lo soportaría.

—¿Carlotta no va a pasar las fiestas en Lafayette con Mari y su familia?

Logan encogió los hombros.

—Creo que no.

—¿Y tú qué tal estás, hermanito?

—Ni mejor ni peor. —Recorrió los accesos del aeropuerto hacia la autopista—. No te preocupes, voy tirando.

—No creo que estés muy bien si no has disfrutado del sexo durante los últimos cinco años.

Logan le lanzó una mirada furiosa.

—¿Cuánto has disfrutado tú en los últimos seis meses?

Nada. No es que hubiera tenido muchas oportunidades, pero tampoco le había interesado. Hunter miró por la ventanilla del coche, sabiendo que se había metido él solo en la trampa de su hermano.

—Bueno, no hace mucho que me divorcié. Pero tú has tenido tiempo de sobra para superar lo de T...

—No pronuncies su nombre —gruñó—. O te juro que detengo el coche y te doy una paliza.

Hunter comprendía la cólera de su hermano. Apenas podía pensar en Kata sin ahogarse y estaba enfadado consigo mismo por haberla dejado escapar. Odiaba pensar que se sentiría así durante años... Pero estaba seguro de que eso sería lo que pasaría.

—Lo siento. Estoy pasando una mala racha. Ella ha regresado a la ciudad para las fiestas. —Logan tenía la mirada clavada en la transitada autopista.

—Entiendo. —Sin duda era una situación difícil. Lo sería siempre. .. Nunca había sabido qué era lo que había sucedido entre ellos, pero lo que quiera que hubiera pasado había dejado a Logan para el arrastre.



—Por cierto —interrumpió su hermano sus pensamientos—, dada la cantidad de gente que hay en casa de papá estos días y que faltan camas, nos jugamos a las pajitas quién tenía que irse a otro lugar. Perdiste tú.

—Yo no estaba. —Hunter frunció el ceño—. Estoy seguro de que has hecho trampa.

Logan le guiñó el ojo.

—Pues te jodes.

Tomaron la autovía hacia Tyler y amenizaron el largo trayecto con canciones de rock y conversación ligera. Una vez dejaron atrás la febril actividad de Dallas, los árboles se fueron espaciando hasta que sólo hubo prados a su alrededor, un kilómetro tras otro. Las tierras que en junio habían estado verdes, ahora eran yermos terrenos de color tostado. Justo lo que él sentía en su interior.

Sacó el móvil y clavó los ojos una vez más en la foto que había robado a Kata. Como siempre, la imagen sirvió para apaciguarle y destrozarle.

Dios Santo, daría cualquier cosa por poder retroceder en el tiempo y cambiar... ¿el qué? Si se hubiera comportado de otra manera con Kata, se habría mentido a sí mismo y a ella. Su ex-mujer temía el tipo de relación que él necesitaba y sólo se había sentido libre con él cuando la relación ya estaba a punto de concluir. Aquella última noche había resultado demasiado agri dulce. Aunque Hunter había sentido un atisbo de esperanza cuando ella había querido hacer el amor sólo con él, al final...

—¿Qué tal está Tyler? —preguntó. Prefería hablar de cualquier cosa a tener que pensar en aquel tema.

—Todavía va al fisioterapeuta para recuperarse de las lesiones de la espalda, pero está casi al cien por cien. Aún me parece increíble que no se quedara parapléjico.

—¿De veras? —La pérdida de sangre debida al disparo en el brazo había resultado peor que la caída por la ventana. Hunter se sintió aliviado cuando supo que las heridas de Tyler sólo requerían cirugía y fisioterapia. No necesitaba sentirse culpable por más cosas.

Llegaron a las afueras de la ciudad y tomaron el desvío a la autopista 69. Todas las tiendas y restaurantes mostraban decoraciones navideñas. Debería sentirse animado por el espíritu reinante, pero estaba más deprimido que nunca.

Respiró hondo y sacó el tema que más temía.

—¿Llegaron a casa de papá los documentos del divorcio?

Logan vaciló.

—No. ¿Por qué iban a llegar allí?

—Porque yo tampoco los recibí. Lo único que recibí fue una carta oficial en la que me comunicaban que me habían concedido una vivienda familiar. Supongo que cuando comuniqué a la Marina que me había casado, pensaron que querría una casa de verdad.

Y él deseaba poder compartirla con Kata.

—Ya lo solucionarás —afirmó Logan arrastrando las palabras.

—Sí, después de Navidad. —No se iba a ocupar de eso ahora, sólo le deprimiría más—. Esta vez me quedaré dos semanas. Le dije a mi nuevo comandante que no se le ocurriera llamarme a menos que la tierra corriera un peligro mortal.

—Espero que así sea.



Hunter resopló.

—No parecía demasiado ansioso por darme una razón para dispararle.

—Ya supongo. Te has ganado a pulso que tus superiores te tengan miedo. —Logan condujo durante un minuto más hasta detenerse ante un semáforo en rojo—. Me has preguntado por todos menos por Kata.

Santo Dios, dolía incluso escuchar su nombre. Ahora entendía por qué Logan no quería que nadie mencionara el de su antigua novia.

Respiró hondo e intentó responder a la pregunta con indiferencia.

—Supongo que si le pasara algo ya me habría enterado.

—Cierto. —Logan giró a la derecha, alejándose de casa del Coronel.

Hunter frunció el ceño.

—¿Dónde voy a alojarme?

—He hecho un arreglo. Te quedarás en casa de un amigo mío que pasa fuera las fiestas.

Se lo dijo con una amplia sonrisa que preocupó a Hunter. ¿Desde cuándo Logan tenía una relación tan estrecha con alguien como para llamarle amigo? Las únicas personas que podían ser consideradas así —si es que eso era posible— eran aquéllas con las que trataba en el club de BDSM que frecuentaba.

—¿Qué coño encuentras tan divertido?

Logan detuvo el vehículo al lado de una casa pequeña, a seis manzanas de la de su familia.

—La sorpresa que te vas a encontrar ahí dentro. Feliz Navidad, hermano.

Cuando salió del coche y cogió la maleta de la parte trasera, Hunter le siguió a regañadientes.

—Si estás tendiéndome una encerrona con una de esas tías que les pone que les zurre, dímelo. Sólo quiero ver a papá y al resto de la familia...

—Lo siento. —Logan se acercó a la puerta del conductor mientras sacaba unas llaves del bolsillo. Las lanzó en dirección a Hunter, que las cogió al vuelo—. Vendré a recogerte para la cena. Si prefieres quedarte aquí, envíame un mensaje de texto.

—¿Qué coño...? —Hunter se volvió hacia su hermano y bramó a voz en grito hacia la carretera—. ¡Maldición, no quiero esto!

—Sí, claro que sí. —Logan entró en el coche y puso el seguro, antes de bajar la ventanilla para añadir—: Confía en mí.

Tras decir eso, se alejó.

Hunter suspiró. Estaría furioso si no supusiese tanta energía, algo que no había podido reunir en los últimos seis meses. Negó con la cabeza y miró la casa.

En el mismo momento en que entró, supo que allí vivía una mujer. La decoración no lo revelaba tanto como el olor. En el aire flotaba un cierto aroma a vainilla. Era una esencia almizclada a lirios que inundó sus fosas nasales... Un perfume que le dejó paralizado en el sitio.

«¿Kata?» Era su olor, pero no era posible que ella estuviera allí. Quizá al final sí que había perdido el juicio. Casi lo agradecería.

Era una ridiculez lo rápido que le latía el corazón cuando cerró la puerta y escudriñó la casa. Averiguaría lo que estaba ocurriendo allí y obtendría un poco de paz.



Llegó a una acogedora salita, con sofás de piel color crema y mesas de hierro forjado, desde donde se accedía a una cocina de tonos tostados y alacenas en color cereza. Allí, el aroma que buscaba se había difuminado, así que Hunter volvió sobre sus pasos hasta el pasillo.

En ese lugar el olor era más concentrado. Santo Dios, era cada vez más intenso; perfecto. Por primera vez se sentía como siempre, duro como una piedra. Intentó controlarse.

En los dos dormitorios que encontró en el pasillo tampoco flotaba ese perfume que provocaba en él un ardiente deseo. Al final del corredor había una puerta cerrada. ¿El dormitorio principal? Probablemente. Estaba seguro de que lo encontraría vacío y de que, al final, el intenso olor provendría de una vela o algo por el estilo. Pero... pensar aquello no impidió que su corazón latiera desbocado ni que sus esperanzas crecieran un poco más.

Hunter aferró la manilla y abrió la puerta.

Allí dentro encontró el paraíso de un Amo. Era una estancia oscura llena de juguetes, mesas y potros para atar a una sumisa. En mitad del cuarto estaba arrodillada una mujer desnuda que mantenía la mirada baja, las palmas hacia arriba y los muslos separados. Parecía como si un brillo oscuro formara remolinos alrededor de su cuerpo.

La sorpresa le dejó paralizado. Durante un instante no fue capaz de moverse. Tartamudeó y su corazón comenzó a latir a mil por hora.

—¿Ka... Kata...?

—Bienvenido, Señor.

¿Qué demonios pasaba? ¿Por qué estaba ella allí, esperándole, como el fiel reflejo de su fantasía perfecta?

—Mírame.

Ella alzó la cabeza lentamente, mostrándole sus familiares ojos avellana enmarcados con eyeliner negro. Kata le sostuvo la mirada con una lánguida sexualidad, segura del efecto de su cuerpo y de su amor. Entonces, Hunter deslizó los ojos más abajo.

Desde la última vez que la había visto, Kata había adornado su cuerpo de una manera que estuvo a punto de llevarle al orgasmo. Se había puesto un delicado aro en cada pezón. Más abajo, se había depilado el sexo por completo, y entre los pliegues resbaladizos titilaba un pequeño aro plateado. Santo Dios... Se acercó a ella tambaleándose.

Hunter estaba a punto de caer sobre Kata como un hombre desnutrido. Parecía que se estaba entregando a él, pero...

—Explícate.

Ella tragó saliva.

—Me ofrezco a ti voluntariamente.

La actitud de una sumisa conllevaba eso, pero... ¿era eso lo que Kata quería realmente?

—Ya hemos pasado por esto. Tú no deseabas darme lo que yo quería. No puedo decir que no esté encantado con la actitud que muestras ahora mismo —Dios, le encantaba todo en ella, salvo los miedos que les habían separado—, pero estamos divorciados por alguna razón. Yo no he cambiado.

—Yo sí —aseguró ella con suavidad—. Quiero someterme a ti de cualquier manera que necesites. Quiero complacerte, marido.



Aquella declaración hacía que él se hiciera un montón de preguntas, pero se concentró en la más importante.

—¿Ex-marido, no?

Kata estiró el brazo hacia la cama que tenía al lado y cogió unos documentos en los que Hunter no se había fijado. No era sorprendente, dada la imagen primorosa y desnuda que se había encontrado al entrar. Ella le tendió los papeles con mano temblorosa.

Con la mente puesta en la erección, que dolía como un diente cariado, los desdobló y examinó, aunque sabía de qué se trataba.

Hunter frunció el ceño.

—La demanda de divorcio. Los dos la firmamos, ¿qué ha ocurrido?

Ahora, ella parecía nerviosa.

—Jamás se los devolví a Mari para que pudiera tramitarlos. No quise hacerlo hasta volver a verte, te ruego que me perdones. Me someteré al castigo que estimes oportuno y luego tú decidirás lo que quieras que ocurra después.

Las palabras le atravesaron. La sorpresa le hizo estremecer. La esperanza le inundó.

—¿No estamos divorciados?

—No, y no lo estaremos a menos que tú quieras. Te amo.

Sus ojos avellana estaban llenos de lágrimas y rezumaban sinceridad. Hunter se quedó sin respiración. El corazón se le desbocó. Quiso cubrirla con su cuerpo y tomar todo lo que le ofrecía. Pero la parte de su cerebro que todavía se guiaba por la lógica, le obligó a recapacitar.

—La última vez que nos vimos estabas aterrada por mí y el tipo de relación que te pedía. Querías el divorcio y ahora, de repente, ¿dices que me amas? —Encogió los hombros intentando con todas sus fuerzas ocultar sus esperanzas y sus miedos—. Sí, observo que te has puesto unos *piercings* justo donde yo te dije y no puedo negar que la imagen de tu sexo desnudo me excita como el infierno, pero necesito mucho más para comprender qué es lo que te ha hecho cambiar.

Ella inclinó la cabeza y su sedoso pelo oscuro le acarició los hombros. El gesto, la intimidad — Dios, la mujer—, estaba a punto de hacerle perder el control.

—La última noche que estuvimos juntos fue una revelación para mí. Cuando dejé de estar asustada por el futuro y confié en ti, justo cuando dejé de resistirme, descubrí lo conectados que estábamos. Lo fuerte que era nuestra unión. Tú no eres Gordon y yo no soy mi madre; tampoco permitiría jamás que un hombre me degradara hasta anularme. Durante los últimos meses he resuelto un montón de dudas. Ya estoy tranquila. He aprendido a someterme y a no dejarme llevar por el pánico. A menos que tú ya no me ames, que hayas seguido adelante con tu vida, quiero ser tu mujer en todos los aspectos.

Hunter se sintió tan esperanzado que estuvo casi a punto de perder de vista cualquier pensamiento racional. Kata decía haber asumido el carácter de su relación. ¿Sería cierto? Santo Dios, esperaba que sí. Pero, ¿y si volvía a huir a las primeras de cambio, cuando se viera abrumada por él? No se veía capaz de soportar otra vez el tormento de perderla.

—Mi amor por ti jamás estuvo en duda. Siempre te amaré, pero si no podemos estar juntos como anhelo... —Entrecerró los ojos mientras clavaba en ella la mirada, intentando no fijarse en la pequeña joya que brillaba entre sus deliciosos muslos y que le hacía arder de deseos de tocarle allí con la lengua—. ¿Por qué debería creer que has cambiado realmente?



—He hablado largo y tendido con tu hermano, así como con Jack Cole y su esposa. Ellos me presentaron a Cheyenne, un Ama. Somos... amigas.

Hunter la miró con dureza, atravesado por una punzada de celos.

—¿Te has sometido a ella?

—Sí, con frecuencia. Para acostumbrarme, pero no se ha tratado de una relación sexual. Para la mayoría de las sumisas, abrirse a otra persona implicaba entregarse sexualmente.

—¿Jamás te has corrido con ella?

Kata se dio cuenta de su tono de escepticismo, porque se sonrojó.

—Cuando se plantó ante mí con una pala en una mano y un vibrador en la otra, me resultó imposible contenerme. Castígame como consideres. —Kata levantó la mirada hacia él, abierta y confiada—. Por favor, tócame, Hunter. Ponme a prueba.

La fuerza que mostraba Kata, añadida a los imperecederos sentimientos que él tenía por ella, hizo que cediera y le tendiera la mano. Cuando ella puso los dedos sobre su palma, el corazón le palpitó con furia contra las costillas. Hunter no pudo evitar notar que a los dos les temblaban las manos.

—¿Estás asustada? —La ayudó a ponerse en pie.

—No. Sólo nerviosa.

Sí, también él lo estaba. Puede que ella le estuviera entregando su cuerpo, pero él estaba poniendo el corazón en sus manos. Si eso no resultaba, sabía que quedaría destrozado y no estaba seguro de poder recuperarse.

—No seré suave contigo.

Kata asintió con la cabeza.

—No merezco que lo seas.

Ella sabía de sobra sumar dos y dos. Sólo quedaba una cosa que decir.

—Tu palabra segura es «divorcio». Si la dices, terminamos. Desapareceré para siempre.

—Jamás volverás a oírme decir esa palabra.

La posibilidad de mil mañanas brillantes parpadeó en la mente de Hunter. Tener a esa mujer a su lado, todos y cada uno de los días de su vida, era su mayor fantasía.

Poco familiarizado con la estancia, examinó el armario y los cajones. «¡Bingo!» Encontró justo lo que necesitaba en sólo unos segundos. Cogió algunos artículos y se los metió en los bolsillos antes de volverse hacia Kata.

—Enciende todas las luces.

—Cómo deseas. —Ella oprimió el interruptor cercano a la puerta. La luz cenital inundó la estancia e hizo brillar la piel desnuda de Kata, dorando sus hombros y espalda; sus nalgas.

A Hunter se le inundó la boca de saliva y sintió una opresión en el pecho. Santo Dios, ¡cuánto deseaba que ella fuera suya para siempre!

Kata encendió también las lámparas de las mesillas de noche que flanqueaban la cama. Una intensa y cálida luz inundó la cama; blanca, brillante, inclemente.

—Muy bien. —Pero todavía no le había ordenado nada que la agobiara de una manera particular—. Ahora, súbete a la cama, tumbate sobre la espalda y separa las piernas.

Ella lo hizo sin titubear.



Kata tenía que saber que, con esa luz, él vería algunos defectos que ella le había intentado ocultar en el pasado. Pero no dudó ni un instante mientras se subía a la cama, se tendía con la cabeza sobre la almohada y apoyaba los talones en el colchón.

¡Dios!, era preciosa. Hunter quiso abalanzarse sobre ella, pegar la boca a su sexo y sentir cómo explotaba en la lengua antes de llenarla con cada uno de sus doloridos centímetros. Pero contuvo la necesidad y se obligó a pensar qué haría a continuación. Tenía que averiguar si ella se sentía realmente libre sometándose a él. No sólo por él, sino también por sí misma.

—Los brazos por encima de la cabeza.

Una vez más, Kata obedeció sin ninguna vacilación. Él se subió a la cama y le cogió las muñecas. Luego sacó unas esposas del bolsillo, cerró una en torno a cada muñeca y pasó la cadena entre los barrotes del cabecero.

Se vio asaltado por el deseo de besar a Kata hasta que se convirtiera en arcilla entre sus manos, pero tenía que concentrarse en lo más importante. ¿Podría ella someterse sin ser seducida previamente? ¿Cederle su voluntad a él porque era lo que ambos necesitaban?

—Voy a inspeccionarte. —Clavó los ojos en ella con una ceja arqueada, esperando que ella se sobresaltara, protestara, o cerrara las piernas.

No lo hizo.

Gateó lentamente a los pies de la cama y se arrodilló entre los muslos de Kata para estudiar la suave piel sin vello y el *piercing* en el capuchón del clítoris. Maldición, nada le excitaba más que saber que ella había hecho eso para complacerle, y la imagen que tenía ante los ojos no contribuía a que pudiera contenerse.

Alargó el brazo y deslizó un dedo por la piel suave y húmeda del pliegue entre la pierna y el sexo. La oyó contener el aliento ante aquella suave caricia.

—Silencio, no hables a menos que te pregunte.

Kata no mostró rencor ni molestia.

—Sí, Señor.

—¿Te has afeitado o depilado con cera?

—Me he hecho la depilación láser. Es permanente. Cheyenne me recomendó a un buen profesional.

¿Había hecho eso por él? Aquel pensamiento hizo que el deseo se incrementara un poco más. Maldición, cada vez le resultaba más difícil concentrarse para ir poco a poco y no follarla como un animal en celo.

Respiró hondo para contenerse y pasó el dedo por el clítoris.

—¿Y los *piercings*?

Ella tensó los músculos. Contuvo la respiración. Pero respondió a la pregunta.

—Cheyenne me recomendó que acudiera a un tipo que se llama Bruce. Fue él quien me los puso; fue muy cuidadoso.

Lo que quería decir que el tal Bruce había visto a su esposa desnuda; a Hunter no le gustó ni lo más mínimo. Se tragó el deseo de golpear a ese hombre y se concentró en el hecho de que Kata había hecho todo lo posible para complacerle.

Dio un golpecito con el dedo al pequeño anillo y observó que ella se ponía rígida pero se obligaba a relajarse. La esperanza que crecía en su interior se hizo más intensa.



—¿Cuándo te los pusiste?

—A mediados de julio.

Había pasado tiempo de sobra para que hubieran cicatrizado. Tiempo suficiente para quitárselos si hubiera reconsiderado el tipo de compromiso que él quería. En ese momento, se dio cuenta de que sus palabras implicaban otra cosa: se los había puesto poco después de salir del hospital. Kata había pensado en él mientras estaba a miles de kilómetros, lamentado la distancia que les separaba. ¿Era ésa la manera que tenía ella de cruzar el abismo para que pudieran estar juntos?

Hunter soltó un trémulo suspiro, pero nada podía detener el incontrolable deseo que le atravesaba. Kata estaba ahora más cerca que nunca.

—No me gusta que otro hombre te vea desnuda.

Ella curvó los labios, pero no dijo nada.

—¿Qué significa esa sonrisa?

—Que me gusta que te muestres posesivo. Me hace sentir... amada. Segura.

—¿No te hace sentir controlada o agobiada?

—Si intentaras decirme cómo hacer mi trabajo o cómo hacerme cargo de mis responsabilidades exteriores, me opondría a ti. Te colgaría de las pelotas. Límitate a dominarme en el dormitorio y nos llevaremos muy bien.

Exactamente lo que él quería.

—¿Ya no tienes más fantasías sobre tríos?

Ella negó con la cabeza.

—Gracias por intentarlo. Sé que meter a Tyler en nuestra relación no te resultó fácil.

El se quedó paralizado.

—¿Por eso le rechazaste?

—No. Lo hice porque quería estar sólo contigo. Ser compartida era únicamente una fantasía, pero la realidad, tú y yo juntos, es mucho mejor.

Maldición, ¿podía ser más perfecta para él? Había atravesado dificultades, aprendido duras lecciones. Los dos habían tenido que alcanzar un compromiso. ¿Sería posible mantenerlo durante el resto de sus vidas?

Incapaz de resistirse, deslizó la lengua por la mojada hendidura, jugueteando con el anillo que perforaba la capucha del clítoris. «Hmm, ¡qué dulce!» Kata se tensó y contuvo el aliento. El sabor femenino inundó su lengua y Hunter celebró tenerla así de nuevo. Mientras succionaba suavemente el brote con la boca, apretó el anillo contra el tenso nudo, creando una fricción que ella no pudo resistir.

Siguió haciéndolo para llevarla cada vez más alto. Sus suspiros se convirtieron en gemidos. Kata arqueó las caderas.

Hunter la mantuvo sujeta y la miró con toda la severidad que pudo.

—Quédate quieta. No conseguirás que te lleve al orgasmo con esos contoneos y súplicas silenciosas. Te lo daré cuando crea que estás preparada. Si lo mereces. ¿Has entendido?

—Sí, Señor —respondió Kata en tono agudo. Él contuvo una sonrisa.



—Déjame disfrutar de tu sabor. ¿Sabes lo mucho que he deseado durante los últimos seis meses poder hacer esto? No querrás privarme de ello, ¿verdad?

Kata negó con la cabeza y tensó cada músculo del cuerpo cuando él acercó la boca a su sexo y comenzó a lamerlo lenta y ávidamente, perdiéndose en su sabor. Quería llevarla hasta el borde para que ella pudiera intuir el abismo de placer destructivo que la esperaba abajo, pero también deseaba que ella estuviera dispuesta a arriesgar cualquier cosa por él.

Kata cerró los puños, apretó los dientes y echó la cabeza hacia atrás cuando él volvió a jugar de nuevo con el pequeño anillo mientras clavaba dos dedos en la funda apretada, buscando ese lugar que... «¡Sí!»

Observó que la piel de Kata estaba cubierta por una capa de sudor y que estaba ruborizada en todas partes. Tenía los labios hinchados, el clítoris duro. Palpitaba en torno a sus dedos, pero se contenía, intentando controlar la respuesta.

Hasta ahora Kata estaba resistiendo bien el reto, pero había llegado el momento de desafiarla un poco más.

Se obligó a abandonar su dulce sabor y se sentó en el borde de la cama. Entonces, golpeó con los dedos el monte de Venus. Kata gritó y se arqueó hacia él, pero se controló al instante.

—Lo siento —jadeó.

Ella sabía que no había seguido las órdenes de estarse quieta y callada. Hunter no tenía que explicarle lo que venía.

—Date la vuelta. Ofréceme el trasero, te voy a dar una zurra.

La vio vacilar y se tensó. Sí, sabía que ella había disfrutado de la última zurra que le había dado... Pero antes había necesitado una buena cantidad de persuasión y de dominación. Había luchado contra él hasta el orgasmo.

Por fin, ella se giró con los brazos sobre la cabeza y se puso de rodillas sobre el colchón.

—Has vacilado. —Hunter le frotó las nalgas. Esperaba que la caricia resultara como poco amenazadora y que ella estuviera pensando en el azote que llegaría. Pero lo cierto es que él no podía mantener las manos apartadas de su culo.

—¿Tengo permiso para hablar?

—Sí, si vas a explicármelo.

—Estoy a punto de llegar al orgasmo, Señor. Un azote en las nalgas me habría hecho alcanzarlo al instante. Me ha llevado un momento tranquilizarme, lo siento.

¿Franqueza, admisión de que la disciplina la excitaba y una disculpa?

Hunter se sentó sobre los talones. Kata había llegado muy lejos y, evidentemente, había logrado un grado de sumisión muy alto. Estaba muy orgulloso de ella y a punto de explotar. Tan excitado, tan feliz, que le costó un infierno no arrancarse los vaqueros y sumergirse en su cuerpo, algo que arriesgaría el cariz de su relación para siempre.

Tenía que mantenerse controlado.

—Eso te costará cinco azotes más. ¿Entendido?

—Sí, Señor.

—Cuéntalos. —Le dio uno en el centro exacto de la nalga derecha. La carne resonó contra su mano y ella emitió un jadeo.

—Uno.



«Bien.» Hunter asintió con la cabeza mientras dejaba caer la palma sobre la curva izquierda, primero arriba y luego más abajo, golpeando un poco más fuerte cada vez.

Kata se puso tensa, pero se relajó al instante.

—Dos. Tres.

Notó que Kata se hundía más en la sensación al decir los números, con el cuerpo cada vez más laxo, y la cabeza pegada a la cama. Hunter veía dibujado el contorno de su mano en las nalgas y casi se arrancó la ropa para llegar hasta ella.

Se forzó a tener paciencia. Kata le había demostrado mucho... pero no había traspasado todavía todos sus límites. Las conversaciones con Logan, Jack y Morgan parecían haberla preparado para someterse. Y esa mujer, Cheyenne, a la que él no conocía, la había hecho ganar disciplina. Pero había un límite que otra mujer no podía ayudarla a cruzar.

De repente se moría por tomarla allí, por saber si ella podría ser suya de todas las maneras.

Pasó la palma de la mano otra vez por el trasero antes de alzarla y dejar caer una serie de golpes en la nalga derecha, en la parte carnosa de la izquierda, en la deliciosa hendidura entre ellas. No tuvo misericordia.

—Cuatro, cinco, seis. —La voz salía más tranquila con cada palabra. La piel resplandecía brillante de sudor y sangre enardecida justo bajo la superficie.

Hunter deslizó una mano entre las piernas de Kata y la sumergió en la humedad que inundaba aquellos dulces pliegues. El clítoris era un nudo apretado y todo su cuerpo parecía rogar que la tomara. Cuando presionó los dedos otra vez en su funda, los músculos internos de Kata se cerraron en torno a ellos, pero después de suspirar ante el doloroso placer, relajó por fin los músculos pélvicos y controló la desbordante necesidad de alcanzar el orgasmo.

El sonrió ampliamente y dejó caer cuatro vigorosos azotes en su trasero, uno tras otro. No hubo ningún aullido, lloro o súplica. Kata los aceptó en silencio.

—Siete, ocho, nueve y diez —suspiró.

—Excelente. —Hunter intentó sonar controlado, pero lo cierto era que ya no lo estaba. Saber que estaba con Kata y que ella se sometía con tal perfección... Ésa había sido su mayor fantasía durante los últimos seis meses. Necesitaba abrazarla, anhelaba tenerla bajo sus manos; saber que todavía llevaba la alianza. Haber visto el amor en sus ojos casi le había dejado noqueado. Parecía que ahora tenía al alcance de su mano todo lo que deseaba. Nada en la Tierra se la iba a arrebatar. Un intenso júbilo le inundó.

Se bajó los pantalones hasta las rodillas con un brusco movimiento y guió su erección a la anegada entrada. Se introdujo en ella de golpe mientras emitía un torturado gemido. El cuerpo de Kata se relajó para aceptarle. Como agua caliente que fluyera sobre una roca, ella le acarició y se sometió hasta que él se preguntó si se volvería loco de amor ante tan sublime goce.

Tras permanecer un buen rato sumergido en su interior, comenzó a moverse, llenándola una y otra vez, empujando contra los lugares más sensibles, llegando hasta el cérvix. Se apoyó sobre la espalda femenina y le puso la mano en el pecho.

—Respira conmigo, cielo.

Esperó un momento hasta que sus respiraciones se sincronizaron, hasta que sintió que ambos alcanzaban una profunda calma. Era perfecto. Ella era su hogar y él no quería dejarla jamás.



Sujetó a Kata con firmeza y comenzó a follarla siguiendo un ritmo salvaje. Cada envite arrancaba de ellos un suspiro; cada vez que se retiraba, se escuchaban sendos gemidos. Santo Dios, podía sentirla; su creciente excitación, la paz que transmitía al saber que era suya.

Era como si los seis meses de separación no hubieran existido. Se habían difuminado; él no era el mismo bastardo que había buscado una razón para levantarse de la cama cada día, que había partido la crisma de sus amigos a la mínima oportunidad, que había esperado todas las noches poder ahogarse en alcohol para alcanzar un poco de alivio. Ahora sólo existía ese momento perfecto, en el que estaba más conectado que nunca a Kata.

La agarró por las caderas y embistió hasta el fondo, cada vez más rápido. Luego deslizó una mano por el vientre de Kata hasta llegar al clítoris hinchado, que rodeó con los dedos. Ella estaba cerca del límite de su resistencia.

—¿Quieres correrte?

—Sólo si crees que me lo merezco, Señor.

Maldición, era una respuesta sumisa a más no poder y fue directa a su polla.

—Sí. ¡Córrete!

Casi al instante, Kata comenzó a convulsionarse. Su sexo le ciñó con más fuerza, apresándole en su interior. Hunter tuvo que respirar hondo para no llegar al clímax e inundarla. Seis meses sin sexo no eran fáciles de ignorar. Seis meses sin Kata no eran más que un tormento.

Sabiendo que tenía que retirarse de la apretada funda o correrse, salió del cuerpo de Kata, que todavía tenía inclinada la cabeza en señal de sumisión. Hasta ese momento todo había ido sobre ruedas, y si Kata seguía así... él se moriría de placer. Ella ya había llegado muy lejos.

Rebuscó en los bolsillos de los vaqueros, que seguían en sus rodillas, y sacó un tubo de plástico que había guardado allí previamente. Lo destapó para untar un poco de lubricante sobre el pequeño frunce rosado entre las nalgas y deslizó los dedos en el interior del ano.

Cada vez que había tocado el culo de Kata con anterioridad, ella se había resistido de alguna manera. Sin embargo ahora, se relajó y empujó hacia su mano.

—Voy a follarte aquí. —Presionó más a fondo—. Dime si te hago daño.

—Sí, pero no lo harás. Cheyenne me proporcionó una variada colección de dilatadores, cada uno más grande que el anterior. Estoy preparada para ti.

Si antes ya se había rendido a ella, esa respuesta le remató. ¿Kata había preparado su cuerpo voluntariamente para aquel acto final de sumisión?

—¿Por qué?

—Porque quiero que me tomes así si lo deseas. —Los ojos de Kata centelleaban, estaban llenos de vida y alegría mientras le miraba por encima del hombro—. Y porque pienso que me encantará.

El corazón le dio un vuelco. Ésa era ella. Su locura particular, Kata parecía totalmente sumisa, pero dispuesta a bromear con él y volverle loco. Se sometía en el dormitorio. La mujer con la que quería compartir su vida se había fusionado con la sumisa que necesitaba.

La rodeó con sus brazos y la llenó de besos en la espalda y en los hombros. Toda la reserva que había utilizado para poder contenerse hasta estar seguro había desaparecido. Se había disuelto en el ardiente fuego de la aceptación pura.

—Mi dulce Kata... Maldición, no sabes cuánto te he echado de menos.

Ella suspiró.



—Yo también te he añorado, Hunter. Durante todos estos meses sólo podía pensar en cuándo volverías a casa y en que entonces podríamos tener otra oportunidad. Estaba muy asustada, pero ya no lo estoy.

—Lo sé, cielo. Ahora eres valiente; en tu obediencia, eres fuerte. Estoy muy orgulloso.

—Tómame.

El tono ronco y suplicante de Kata aceleró la sangre en sus venas. No iba a ignorar tal petición.

Colocó el glande contra el hueco apretado y empujó suavemente para traspasar el anillo de músculos. Ella empujó hacia él. La resistencia cedió con rapidez y él se deslizó hacia el cielo. La cogió por las caderas y siseó cuando una oleada ardiente atravesó su cuerpo.

—Es tan distinto a un dilatador —gimió—. Es mucho mejor.

—Quiero que disfrutes de esto. Dime qué sientes.

Hunter se retiró y se sumergió de nuevo en su ano. A su alrededor, el recto de Kata se tensó y su cuerpo se rindió a él. Comenzó a mover las caderas con un ritmo continuo, un envite profundo tras otro. Santo Dios, estar dentro de esa parte de Kata era tan placentero que Hunter supo que jamás querría otra cosa. La deseaba ardientemente. Su corazón... Bueno, puede que ella fuera su esposa y su sumisa pero, sin duda, el esclavo era él.

Rebuscando en el bolsillo una última vez, sacó una bala vibradora y la puso en marcha. Hunter sabía que no aguantaría mucho más tiempo pero, maldición, si iba a perderse en el placer, ella le acompañaría.

Se inclinó sobre ella y puso la bala contra el clítoris. Kata se convulsionó y gritó. Su cuerpo se cerró en torno a él de manera casi insoportable. Hunter rechinó los dientes e intentó contenerse un poco más.

Fue una batalla perdida.

—Córrete. —Apenas logró pronunciar las palabras antes de que el clímax golpeará sus sentidos y le despojara de la habilidad de respirar, de ver, de hacer cualquier otra cosa salvo estremecerse ante la sensación de Kata palpitando en torno a él mientras alcanzaba el éxtasis. Hunter aulló y sus gritos se confundieron con los de ella.

Cayeron sobre la cama desordenadamente y, tan pronto pudo sentir las piernas, Hunter se retiró poco a poco. Se acabó de quitar los pantalones y se dirigió al cuarto de baño. Tras limpiarse, cogió un paño, que mojó en agua caliente y volvió al dormitorio, al lado de Kata.

La aseó con ternura y la liberó de las esposas. En cuanto estuvieron frente a frente, los ojos avellana buscaron los suyos y las preguntas mudas resonaron en la habitación. Ella quería saber si le había satisfecho... El instinto más básico en una sumisa.

Hunter se vio atravesado por una oleada de calor y se preguntó por qué no resplandecía. Apartó los rizos oscuros de Kata de su rostro con una sonrisa y le acarició la mejilla.

—Me has complacido muchísimo. Jamás, ni en mis sueños más descabellados, imaginé que me estarías esperando hoy. Ni mucho menos que estarías preparada para aceptar todo lo que quería compartir contigo. No sabes lo orgulloso que estoy ni lo mucho que aprecio lo que has hecho por mí. ¿Ya no tienes miedo?

La alegría se extendió por la cara dorada de Kata.

—No. Hunter, ahora sé que puedo amarte sin perder mi identidad. Aunque debo advertirte que te pararé los pies cuando lo necesites. Sin embargo, no volveré a huir. No me importaría conquistar mis miedos veinte veces para poder estar contigo.



Le dio un vuelco el corazón y una intensa alegría se extendió por su cuerpo mientras la abrazaba y le daba un suave beso.

—Gracias.

De alguna manera, su instinto le había llevado a esa mujer desde la primera vez que la vio. Ella había terminado por sentir lo mismo y había estado dispuesta a luchar por su felicidad. Se sintió el hombre más afortunado de la tierra.

—¿Sabes qué, Kata? «Señor» es alguien que te pone a prueba, que intenta saber si puede compartir una relación. «Amo» es el hombre con quien tienes intención de quedarte. —Le sostuvo la mano y se sintió aliviado al ver que todavía llevaba el aro de oro que él había puesto en su dedo meses antes—. ¿Te sometes a mí para siempre?

Ella se estiró hacia él y le acarició la mandíbula con la mano, obligándole a acercar su boca a la suya para darle un beso lento en el que compartieron el aliento y el alma.

—Sí, Amo. Te amaré siempre.

FIN